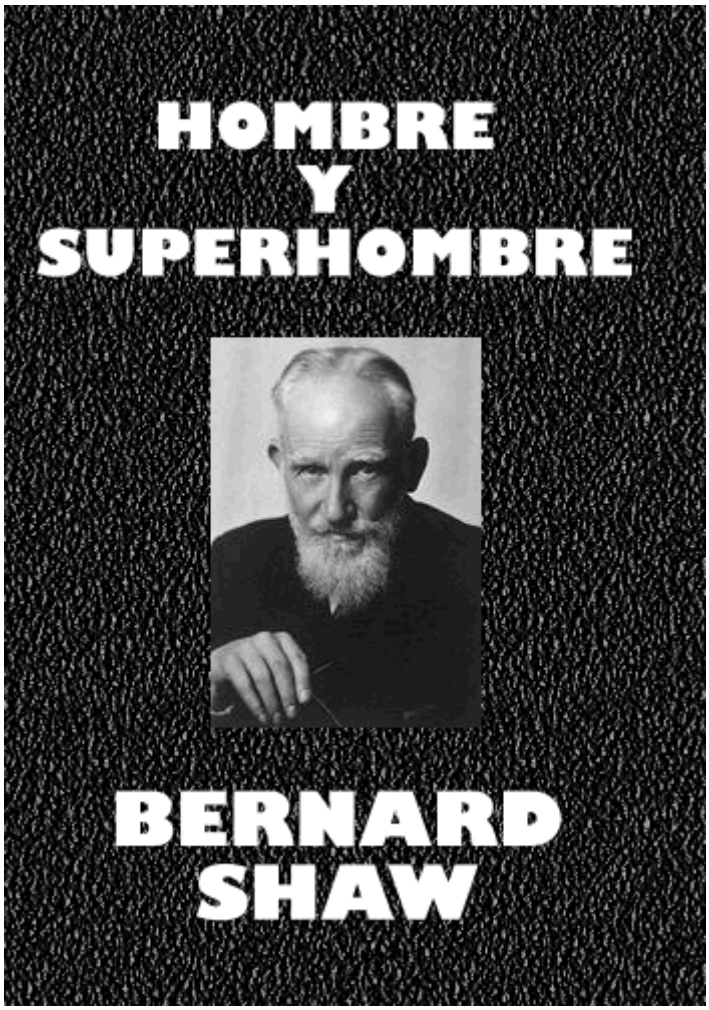
LIBROdot.com

HOMBRE Y SUPERHOMBRE

BERNARD SHAW



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

EPÍSTOLA DEDICATORIA MI QUERIDO WALKLEY:

Una vez me preguntó usted por qué no escribía una comedia sobre Don Juan. Probablemente, la ligereza con que asumió esa espantosa responsabilidad habrá hecho que lo haya olvidado, pero ha llegado el día fatal: aquí está su comedia. Digo que es suya porque qui facit per alium facit per se. Lo que produzca me pertenece y el trabajo lo he puesto yo, pero su moral, la manera, su filosofía y su influencia sobre los jóvenes tiene que justificarlas usted. Era usted hombre maduro cuando me sugirió la idea, y sabía cómo las gasto. Apenas han pasado quince años desde que nosotros dos, mellizos exploradores del Nuevo Periodismo de aquellos tiempos, que tuvimos como cuna las mismas hojas de diarios, iniciamos una era en la crítica del teatro y de la ópera, utilizándola como pretexto para propaganda de nuestras opiniones. No puede usted, pues, alegar ignorancia del carácter de la fuerza que puso en movimiento. Usted quería que j'épatais le bourgeois, y, si el burgués protesta, desde ahora señalo a usted como responsable.

Le advierto que si intenta rechazar su responsabilidad, sospecharé que la comedia le parece demasiado decorosa para su gusto. Estos quince años me han hecho más viejo y más serio. En usted no veo ese cambio que sienta bien. Sus veleidades y sus audacias son como los amores y consuelos que Desdémona pedía en sus oraciones: aumentan a pesar de que va dejando los días atrás. Ningún diario de vanguardia se atreve ya a cobijarlas. Sólo el majestuoso The Times está suficientemente por encima de toda sospecha para servirle de dama de compañía; y hasta The Times debe agradecer a veces a los hados que no se estrenen comedias todos los días, ya que después de cada uno de esos acontecimientos compromete su gravedad, se convierte. en epigrama su vulgaridad, en ingenio su estolidez, en elegancia su decoro, y hasta su decoro en picaronería, en críticas que la tradición del diario no le permite a usted firmar al pie, pero que usted se ocupa de firmar con el más extravagante floripondio entre lineas. No estoy seguro de que esto no sea un augurio de revolución. En la Francia del siglo XVIII estaba cercano el fin cuando se compraba la Enciclopedia y se encontraba en ella a Diderot. Cuando compro The Times y le encuentro a usted, in¡ profético oído atrapa un chirrido de carretas del siglo XX.

Sin embargo, no es esa mi actual preocupación. La cuestión es: ¿no le desilusionará una comedia sobre Don Juan en que no se trae al escenario ninguna de las mille e tre aventuras de ese personaje? Para conciliarle, permítame que me explique. Me replicará que nunca hago otra cosa; esa es la pulla que me gasta cuando digo que lo que yo llamo drama no es más que una explicación. Pero no debe esperar que adopte su manera inexplicable, fantástica, petulante y melindrosa de expresarse; debe tomarme como soy, como a una persona razonable, paciente, consecuente, llena de disculpas y trabajadora, que tiene el temperamento de un maestro de escuela y persigue los mismos fines que los miembros de las juntas parroquiales. No dudo de que mis dones literarios, que divierten al público británico, hacen que no se fije en mi carácter, pero a pesar de eso el carácter existe y tiene la solidez del ladrillo. Tengo conciencia, y la conciencia siente siempre ansias de explicar. Usted, en cambio, cree que un hombre que analiza su conciencia se parece mucho a la mujer que analiza su pudor. La única fuerza moral que condesciende a mostrar es la de su ingenio: lo único que exige en público es lo que su temperamento artístico exige en simetría, elegancia, estilo, gracia y refinamiento, y la limpieza que en orden de importancia viene inmediatamente después de la santidad, si no antes. Pero m¡ conciencia es el auténtico artículo de púlpito; Pie fastidia el ver cómoda a la gente cuando debería sentirse incómoda, e insisto en hacerle pensar para que confiese que peca. Si no le gustan a usted mis sermones, se los aguanta. No puedo evitarlo.

En el prefacio a mis Comedias para puritanos expliqué la situación en que se encuentra el teatro contemporáneo inglés, al cual, pese a ocuparse casi exclusivamente de casos de atracción sexual, le está prohibido mostrar los incidentes de esa atracción y hasta el analizar su naturaleza. Sugerirme, como hizo usted, que escribiera una comedia sobre Don Juan era retarme virtualmente a que tratara dramáticamente ese tema. El reto era suficientemente difícil para que valiera la pena de aceptarlo, porque, si se para uno a pensar, aunque tenemos en abundancia obras teatrales en que los protagonistas están enamorados y en consecuencia deben casarse o morir al final, o sobre personas cuyas relaciones mutuas las han complicado las leyes de matrimonio, por no mencionar obras más libres que trafican en la tradición de que los amores ilícitos son simultáneamente viciosos y deliciosos, no tenemos obras inglesas modernas en que el principal resorte de la acción sea la natural

atracción mutua de los sexos. Por eso es por lo que insisto en la belleza de nuestras intérpretes, discrepando de los países que nuestro amigo William Archer pone como ejemplos de seriedad a nuestros infantiles teatros. Los Romeos y TrisCanes, las Julietas e Isoldas de allí podrían ser nuestros padres y madres. No ocurre eso con la actriz inglesa. A la heroína que personifica no se le permite conversar de las elementales relaciones que hay entre hombres y mujeres. Su romántico parloteo sobre amores de novelista, sus dilemas puramente legales de si se casó o la "traicionaron", no llegan a nuestro corazón ni nos inquietan espiritualmente. Para consolarnos tenemos que contentarnos con mirarla, y la miramos, y su belleza sacia nuestras hambrientas emociones. A veces rezongamos poco galantemente contra ella porque no es tan buena actriz como bonita. Pero en un drama que con todas sus preocupaciones sexuales está en realidad desprovisto de interés sexual, es más de desear el buen aspecto que la habilidad histriónica.

Permítame que le insista en esto ya que es usted demasiado inteligente para tildarme de paradójico como hacen los tontos cada vez que agarro el bastón por la contera en vez de agarrarlo por el puño. ¿Por qué nuestras esporádicas intentonas de tratar del problema sexual en la escena son tan repulsivas y tan tristes que ni siquiera los más resueltos a que se ventilen y analicen las cuestiones sexuales pueden fingir que aquéllas les satisfacen congo plausibles esfuerzos de salubridad social? ¿No es porque en el fondo son completamente asexuadas? ¿Cuál es la fórmula usual de esas comedias? Una mujer ha entrado, en el pasado, ?n conflicto con la ley que regula las relaciones de los sexos. Un hombre, al enamorarse o casarse con ella entra en conflicto con el convencionalismo social que la desacredita. Ahora bien, los conflictos de los individuos con la ley se pueden dramatizar como cualquier otro conflicto humano, pero son puramente judiciales; y el hecho de que sentimos mucha más curiosidad por las reprimidas relaciones entre el hombre y la mujer que por las relaciones entre ambos y los juzgados o los jurados particulares de matronas, produce esa impresión de evasión, de insatisfacción, de fundamental incongruencia, de superficialidad, de inútil desagrado, del total fracaso en edificar y el parcial fracaso en interesar, que le es a usted tan familiar en los teatros como me era a mí cuando también yo frecuentaba esos incómodos edificios y veía que nuestros dramaturgos populares tenían la intención (así lo creían) de emular a Ibsen.

Doy por supuesto que cuando me pidió una comedia sobre Don Juan no quería

usted una de ese género. Nadie la quiere. El éxito que a veces tienen esa clase de obras se debe al incidental melodrama convencional con que el experimentado autor popular se salva instintivamente del fracaso. Pero, ¿qué quería usted? A causa de su desdichado hábito de no explicarse -espero que ahora se dará ya cuenta de su inconveniencia- he tenido que averiguarlo yo mismo. En primer lugar he tenido, pues, que preguntarme: ¿qué es un Don Juan? Vulgarmente, un libertino. Pero la antipatía que le tiene usted a lo vulgar va hasta el extremo de ser un defecto (la universalidad de carácter es imposible sin ser un poquito vulgar); y aunque pudiera usted tomarle gusto a lo vulgar se sentiría harto en las fuentes ordinarias, sin molestarme a mí. Por eso pensé que me pedía un Don Juan en el sentido filosófico.

Filosóficamente, Don Juan es un hombre que si bien es suficientemente inteligente para ser excepcionalmente capaz de distinguir entre el bien y el mal, sigue a sus propios instintos sin tener en cuenta la costumbre o las leyes civiles y canónicas, y, por lo tanto, mientras gana la ardorosa simpatía de nuestros rebeldes instintos (a los cuales halagan las brillanteces con que les asocia Don Juan) se ve en mortal conflicto con las instituciones existentes y se defiende mediante la superchería y la fuerza como defiende el labrador sus cosechas, con los mismos medios, contra las plagas. El prototípico Don Juan, inventado a principios del siglo XVI por un fraile español, aparecía, conforme a las ideas de su tiempo, como enemigo de Dios, cuya inminente venganza se siente en el transcurso de todo el drama, creciendo amenazadoramente de minuto en minuto. No sentimos ninguna ansiedad por Don Juan a causa de sus antagonistas secundarios. Don Juan elude fácilmente a la policía temporal y espiritual, y cuando un padre indignado busca la reparación personal por medio de la espada, Don Juan lo mata sin esfuerzo. El padre tiene que regresar del cielo como agente de Dios, en forma de su propia estatua, para poder prevalecer contra su matador y arrojarle al infierno. La moraleja es frailuna: arrepiéntete y corrígete ahora, porque mañana puede ser demasiado tarde. Ese es realmente el único punto en que Don Juan es escéptico, pues como cree firmemente en un infierno final, si arriesga la pena eterna es porque, por ser joven, le parece que está tan lejos que puede aplazar el arrepentimiento hasta cansarse de divertirse.

Pero de la lección que quería dar el autor no queda así nada en la que el mundo decide aprender en su libro. Lo que nos atrae e impresiona en El burlador de Sevilla no es que el arrepentimiento urja, sino el heroísmo de osar ser enemigo de Dios. Esos

enemigos, desde Prometeo hasta mi Discípulo del diablo, han sido siempre populares. Don Juan llegó a tener tantos admiradores, que el mundo no podía soportar su condenación y en una segunda versión lo reconcilió sentimentalmente con Dios y durante todo un siglo clamó por su canonización, tratándolo corno el periodismo inglés ha tratado a Punch, cómico adversario de los dioses. El Don Juan de Moliére vuelve al original en punto a impenitencia, pero en devoción pierde mucho. Cierto es que también se propone arrepentirse, ¡pero en qué condiciones! Oui, ma foi!, il faut s'amender. Encere vingt ou trente ans de cette vie-ci, et puis nous songerons a nous. Después de Moliére viene el artista-mago, el maestro amado por los maestros, Mozart, quien revela el espíritu del héroe en mágicas armonías, voces de duendes y esplendorosos ritmos que deslumbran como saetas de rayos de verano hechos sonido. Ahí tiene usted la libertad en amor y en moral burlándose exquisitamente de la esclavitud, e interesando, atrayendo, tentando y obligándole a uno inexplicablemente a poner al héroe y a su antagonista la estatua en un plano trascendental, dejando a la gazmoña hija y a su vanidoso enamorado en un anaquel de cacharros, para que en adelante vivan piadosamente.

Después de esas obras cumplidas el fragmento de Byron no cuenta mucho filosóficamente. Desde ese punto de vista nuestros vagabundos libertinos no son mas interesantes que el marino que tiene una mujer en cada puerto, y, al fin y al cabo, el héroe de Byron no es más que un vagabundo libertino. Además es mudo: no habla de sí mismo con un Sganarelle-Leporello ni con los padres o hermanos de sus amantes; ni siquiera, como Casanova, cuenta su vida. En realidad no tiene nada de verdadero Don Juan, porque no es más enemigo de Dios que cualquier joven aventurero que siembra avena loca. Si usted y yo hubiéramos estado en su lugar a su edad, quién sabe si no habríamos hecho lo mismo que el, a menos que su melindrosidad le hubiera salvado a usted de la emperatriz Catalina. Byron tenía tan poco de filósofo como Pedro el Grande: ambos eran casos de esa rara y útil pero inedificante variación que es el genio de energía que nace sin los prejuicios o supersticiones de sus contemporáneos. La resultante inescrupulosa libertad de pensamiento hizo de Byron un poeta más audaz que Wordsworth, como hizo de Pedro un rey más audaz que Jorge III; pero como esa era, después de todo, una cualidad negativa, no le impidió a Pedro ser un redomado canalla y un perfecto miserable, ni le capacitó a Byron para convertirse en una fuerza religiosa, como fue Shelley. Prescindamos,

pues, del Don Juan de Byron. El último de los verdaderos Don Juanes es el de Mozart, pues para cuando llegó a la mayoría de edad, su primo Fausto había ocupado su puesto por obra de Goethe y llevado su lucha y su reconciliación con los dioses mucho más allá de hacer el amor, pues se ocupó de política, de arte, de planes para rescatar del mar nuevos continentes, y de que se reconociera un eterno principio femenino en el universo. El Fausto de Goethe y el Don Juan de Mozart fueron las últimas palabras del siglo XVIII sobre ese tema: y para cuando los corteses críticos del siglo XIX, ignorando a William Blake con la superficialidad con que el siglo XVIII ignoró a Hogarth o el XVII a Bunyan, pasaron la fase Dickens-Macaulav-Dumas-Guizot y la fase Stendhal-Meredith-Turguenev, y se vieron frente a filosóficas obras de ficción debidas a plumas como las de Ibsen y Tolstoi, Don Juan había cambiado de sexo convirtiéndose en Doña Juana, que huía de la Casa de muñecas y se afirmaba como persona en vez de ser un número más en un espectacular desfile moral.

A usted le parecía muy natural pedirme a principios del siglo XX una comedia sobre Don Juan, pero en las precedentes consideraciones históricas habrá visto que Don Juan se nos ha anticuado a usted y a mí todo un siglo; y si hay millones de personas menos ilustradas que todavía siguen en el siglo XVIII, ¿no tienen a Moliere y a Mozart, cuyo arte no hay quien lo supere? Se reiría usted de mí si a estas alturas me ocupara de duelos, fantasmas y mujeres "femeninas". En cuanto al mero libertinaje, usted sería el primero en recordarme que el Festin de Pierre, de Molière, no es una comedia para amoralistas, y que un solo compás del voluptuoso sentimentalismo de Gounod o Bizet parecería una mancha licenciosa en la partitura de Don Giovanni. Hasta los más abstractos elementos de Don Juan están ya demasiado deteriorados por el uso para poder utilizarlos. El supernatural antagonista de Don Juan, por ejemplo, arrojaba a lagos de azufre hirviente a quienes se negaban a arrepentirse, para que los atormentaran diablos con cuernos y rabos. De ese antagonista y de ese concepto del arrepentimiento, ¿cuánto queda que pudiera utilizarse en una comedia mía como para dedicársela a usted? Por otra parte, las fuerzas de la opinión pública de la clase media, que casi no existían para un aristócrata español en tiempos del primer Don Juan, ahora triunfan en todo el mundo. La sociedad civilizada es una inmensa burguesía: ningún aristócrata se atreve hoy a escandalizar a su verdulero. Todas las mujeres, sean "marchesani, principessi, camerieri" o "citaddini", son igualmente peligrosas. El sexo es agresivo,

poderoso. Cuando se les hace una injusticia a las mujeres, no se agrupan para cantar patéticamente. "Protegga il giusto cielo"; echan mano de formidables armas legales y sociales y devuelven golpe por golpe. Una simple indiscreción basta para destrozar partidos políticos y carreras públicas. Más le vale a un hombre tener que cenar con todas las estatuas de Londres, con todo lo feas que son, que verse llevado por Donna Elvira al banquillo de los acusados ante la Conciencia No Conformista.

Como resultado, ya no es el hombre, como lo era Don Juan, el victorioso en el duelo de sexos. Se puede dudar hasta de si lo fue alguna vez. De todos modos, la enorme superioridad de la natural posición de la mujer en esta cuestión se va haciendo sentir con más y más fuerza. En cuanto a tirar de las barbas a la Conciencia No Conformista, como tiró Don Juan de las barbas de la estatua del Comendador en el convento de San Francisco, ni hablar; tanto la prudencia corzo la buena educación se lo prohiben a cualquier héroe que esté en sus cabales. Además, las barbas que corren peligro son las del propio Don Juan. Lejos de incurrir en hipocresía, como temía Sganarelle, Don Juan ha descubierto inesperadamente rana moral en su inmoralidad. El creciente reconocimiento de su nuevo punto de vista le va acumulando responsabilidades. Sus antiguas burlas las ha tenido que tomar tan en serio como yo algunas de W. S. Gilbert. Su escepticismo, en un tiempo su cualidad menos tolerada, ha triunfado ya tan completamente que Don Juan no puede seguir afirmándose con ingeniosas negaciones, y para salvarse de que se le interprete con clave debe en contrar una posición afirmativa. De las mil y tres aventuras galantes suyas, que se han convertido, cuando más, en dos intrigas que no cuajaron y le llevaron a sórdidas y prolongadas complicaciones y humillaciones, se prescinde totalmente como de indignas de su filosófica dignidad y comprometedoras en su posición, reconocida de nuevo, de creador de una escuela. En vez de fingir que lee a Ovidio, lee de veras a Schopenhauer y Nietzsche, estudia a Westermarck y se preocupa del porvenir de la raza en vez de preocuparse de la libertad de sus propios instintos. Sus calaveradas y sus aires de espadachín han seguido así el mismo camino que su espada y su mandolina, para acabar en la ropavejería de los anacronismos y de las supersticiones. En realidad, más tiene ahora de Hamlet que de Don Juan, porque las palabras puestas en boca del actor para indicar a la galería que Hamlet es un filósofo son en su mayor parte vulgaridades que, privadas de un poco de música verbal, serían más adecuadas para Pecksniff. Sin embargo, si del verdadero héroe,

tartamudeante e incomprensible para sí mismo salvo en chispazos de inspiración, se separa el intérprete que cueste lo que cueste tiene que actuar durante cinco actos; si se hace lo que hay que hacer siempre en las tragedias de Shakespear -extraer de los incidentes absurdamente sensacionales y de la violencia física del argumento, que no es suyo, la estofa auténticamente shakespeariana.- queda un verdadero adversario prometeico de los dioses, cuya instintiva actitud hacia las mujeres se parece mucho a la que se ve empujado a adoptar ahora Don Juan. Desde este punto de vista Hamlet era un Don Juan desarrollado con quien Shakespear manipuló para presentarlo como hombre respetable, de la misma manera que manipuló con Macbeth para presentarlo como asesino. Ya no es necesario hacer ninguna manipulación (al menos en el plano de usted y en el mío), porque el donjuanismo no se entiende mal en el sentido de que sea mero casanovismo. El mismo Don Juan es casi un asceta en su deseo de evitar esa falsa interpretación, por lo que mi tentativa de ponerlo al día lanzándolo en forma de inglés moderno en un moderno ambiente inglés ha producido un personaje que superficialmente no se parece nada al héroe de Mozart.

Con todo, me ha faltado valor para desilusionar totalmente a usted privándolo de echar otro vistazo al mozartiano dissoluto punito y a su antagonista la estatua. Estoy seguro de que usted quisiera saber algo más de esa estatua, conocerla, por decirlo así, cuando no está en funciones. Para complacerlo he recurrido a la artimaña del director de la compañía teatral ambulante que anuncia la pantomima de Simbad el Marino con carteles de segunda mano dibujados para Alí Babá. Para ello se limita a poner unas latas de aceite en el valle de los brillantes, cumpliendo así lo que los carteles prometen al público. Yo he adaptado esa fácil artimaña introduciendo en mi comedia de tres actos, perfectamente moderna, un acto absolutamente extraño a ella, en que mi héroe, encantado por el aire de la Sierra, tiene un sueño en que aparece su antepasado mozartiano y conversa y filosofa extensamente, en diálogo shavio-socrático, con la dama, la estatua y el diablo.

Pero no es esa fantasía la esencia de la comedia. Sobre esa esencia no tengo yo ningún dominio. Usted me propone que le destile una sustancia social llamada atracción sexual, y yo se la destilo. No adultero el producto con afrodisíacos ni lo diluyo en romance y agua, porque me limito a cumplir su encargo, no a producir para el mercado una comedia popular. Debe usted, pues, prepararse (a menos que, como la mayoría de las personas prudentes, lea la comedia antes que el prefacio) a verse

frente a una relumbrante exposición de la moderna vida londinense, vida en que, como usted sabe, lo que el hombre corriente se propone es obtener los medios necesarios para mantener la posición y los hábitos del caballero, y lo que la mujer corriente se propone es casarse. En 9.999 de cada 1.000 casos puede usted contar con que no harán nada, sea noble o bajo, que choque con esos fines; y en esa seguridad es en lo que se descansa respecto a su religión, su moral, sus principios, su patriotismo, su reputación, su honor, etcétera, etcétera.

En conjunto, eso constituye un sensato y satisfactorio cimiento para la sociedad. El dinero significa alimentación y el matrimonio significa hijos, y, hablando en términos generales, el que los hombres antepongan la alimentación, y las mujeres los hijos, es ley natural y no dictado de ambiciones personales. El secreto del éxito del hombre prosaico, tal como triunfa, es la sencillez con que persigue esos fines; el secreto del fracaso del artista, tal como fracasa, es la versatilidad con que se pierde en todas direcciones persiguiendo ideales secundarios. El artista es, o un poeta, o un granuja. Como poeta no puede ver, como ve el hombre prosaico, que la caballerosidad no es en el fondo más que un suicidarse románticamente. Como granuja no puede ver que el gorronear, el mendigar, el mentir, el jactarse y el descuidar su aspecto no dan buen resultado. Por lo tanto, no entienda usted mal mi simple manifestación relativa a la forma en que está constituida fundamentalmente la sociedad londinense, tomándola como reproche de un irlandés a Inglaterra. Desde el primer día que pisé esta tierra extranjera comprendí el valor de las prosaicas cualidadesele las que los irlandeses les enseñan a los ingleses a avergonzarse, así como la vanidad de las poéticas cualidades de las que los ingleses les enseñan a los irlandeses a enorgullecerse. Porque el irlandés denigra instintivamente la cualidad que hace que el inglés sea peligroso para él; y el inglés halaga instintivamente al defecto que hace que el irlandés sea para él un hombre inofensivo que le causa gracia. Lo malo del inglés prosaico es lo malo de todos los hombres prosaicos del mundo: la estupidez. La vitalidad que antepone la alimentación y los hijos, dejando bastante atrás el cielo y el infierno, y no poniendo en ninguna parte la salud de la sociedad como un todo orgánico, podrá atravesar a trancas y barrancas y con cierto éxito las fases relativamente tribales de vivir en manada; pero en las naciones del siglo XIX y en los commonwealths del XX, el que todo hombre esté dispuesto a enriquecerse a toda costa y toda mujer esté dispuesta a casarse a toda costa, no tiene

más remedio que producir, si no existe una elevada organización científica y social, un desastroso desarrollo de la pobreza, del celibato, de la prostitución, de la mortalidad infantil, de la degeneración en los adultos, y de todo lo que más temen los hombres sensatos. En pocas palabras, no tienen porvenir los hombres que, por mucho que les sobre la cruda vitalidad, no posean la suficiente inteligencia ni educación política para ser socialistas. No me entienda tampoco mal, por lo tanto, en la otra dirección: si bien aprecio las cualidades vitales del inglés como aprecio las cualidades vitales de la abeja, no garantizo que al inglés, como a la abeja (o al Cananita), no lo desalojen con humo y le despojen de su miel seres inferiores a él en simple capacidad adquisitiva, en combatividad y en fecundidad, pero superiores en imaginación y marrullería.

Sin embargo, la comedia sobre Don Juan ha de tratar de la atracción sexual y no de la nutrición, y ha de tratar de ella tal como actúa en una sociedad en que el aspecto serio del sexo se lo dejan los hombres a las mujeres como les dejan las mujeres a ellos el serio asunto de la nutrición. Es cierto que los hombres, para resguardarse de que el asunto de las mujeres les persiga agresivamente, han establecido un débil convencionalismo romántico en el sentido de que la iniciativa en el asunto del sexo debe partir siempre del hombre; pero la ficción tiene tan poca consistencia que ni siquiera en el teatro, último santuario de lo irreal, impresiona más que a los inexperimentados. En las obras de Shakespear es la mujer quien toma siempre la iniciativa. Tanto en sus obra.¡ de problemas como en sus obras populares, el interés desde el punto de vista del amor está en ver cómo caza la mujer al hombre. Puede hacerlo encantándolo, como Rosalinda, o mediante la estratagema, como Marianna; pero en todos los casos la relación entre el hombre y la mujer es siempre la misma; ella es la perseguidora y la maquinadora, él es el perseguido y la víctima. Cuando se desconcierta, como Ofelia, enloquece y se suicida; y el hombre va directamente desde el entierro a un combate de esgrima. En caso de personitas jóvenes, la Naturaleza puede, sin duda, evitar a la mujer el trabajo de maquinar. Próspero sabe que no tiene que hacer sino que se conozcan Ferdinand y Miranda, para que se entiendan como un par de palomas; y Perdita no necesita conquistar a Florizel como conquista a Bertram la médica de Todo lo que termina bien está bien (anticipada heroína de Ibsen).

Pero todos los casos maduros ilustran la ley shakespeariana. La única excepción

aparente, Petrucchio, no es real: Petrucchio está cuidadosamente caracterizado como un aventurero matrimonial puramente comercial. En cuanto se convence de que Katharine tiene dinero, antes de haberla visto se propone casarse con ella. En la vida real no sólo encontramos Petrucchios, sino también Mantalinis y Dobbins que persiguen a mujeres apelando a su compasión, sus celos o su vanidad, o se aferran a ellas con un inflamado romanticismo. Pero esos afeminados no cuentan en el plan general del mundo: hasta Bunsby, que como un pájaro fascinado cae en las fauces de la Sra. MacStinger, da verdadera pena e inspira verdadero terror si se le compara con aquellos. Yo encuentro en mis propias comedias que la Mujer, que se proyecta dramáticamente por obra de vais manos (y le aseguro a usted que no tengo en ese proceso más dominio que sobre m¡ mujer), se porta exactamente igual que en las obras de Shakespear.

Así, pues, su Don Juan ha nacido como proyección escénica de la tragicómica caza amorosa del hombre por la mujer; y mi Don Juan es la pieza en vez de ser el cazador. Con todo, es un verdadero Don Juan dotado de un sentido de la realidad que anula los convencionalismos, y que desafía hasta el fin al destino que finalmente lo vence. La necesidad que de él tiene la mujer para poder seguir cumpliendo la tarea más urgente de la naturaleza no prevalece sobre él hasta que su resistencia hace que la energía de ella se vaya concentrando y llegue a un punto en que se atreve a tirar por la borda su habitual manera de explotar las actitudes convencionalmente cariñosas y obligatorias, y lo reclama por derecho natural para un fin que trasciende de sus mortales propósitos personales.

Entre los amigos a quienes he leído esta comedia se cuentan algunos de nuestro sexo a quienes escandaliza la "falta de escrúpulos" -llaman así al absoluto desprecio a la melindrosidad masculina- con que la mujer persigue su propósito. No se les ocurre que si las mujeres fueran tan melindrosas como los hombres, moral o físicamente, se extinguiría la especie humana. ¿Hay algo más mezquino que hacer cargar a otros con trabajos innecesarios y después denigrar esos trabajos como indignos y poco delicados? Nos reímos de la arrogante Norteamérica porque obliga al negro a lustrarle las botas y después demuestra la inferioridad moral y física del negro basándose en que es lustrabotas; pero nosotros mismos hacemos cargar a un sexo con todas las fatigas de la creación, y después suponemos que ninguna hembra que tiene feminidad o delicadeza iniciaría ningún esfuerzo en esa dirección. La

hipocresía del macho en esta cuestión no tiene límites. Hay, sin duda, momentos en que el hombre siente agudamente la humillación que implican sus inmunidades sexuales. Cuando llega el terrible momento del parto, su suprema importancia y el sobrehumano esfuerzo y peligro que envuelve, en los cuales no participa el padre, lo relegan a la última categoría, y entonces se aparta del paso de la más humilde pollera, contento, si es suficientemente pobre, de que lo echen de casa para compensar su ignominia en copiosas libaciones de celebración. Pero cuando pasa la crisis se venga jactándose de ser el que gana el pan y hablando de la "esfera" de la mujer en tono condescendiente y hasta caballeroso, como si la cocina y el cuarto del niño fueran menos importantes que la oficina. Cuando se harta de jactarse babea poesías eróticas o efusiones sentimentales; y el tennisoniano rey Arturo que gesticula ante Guinevere se convierte en el Don -Quijote que se arrastra ante Dulcinea. Reconocerá usted que la Naturaleza vence en esto a la Comedia: la farsa más frenéticamente hominista o feminista es insípida en comparación con el "trozo de vida" más vulgar. La ficción de que las mujeres no toman la iniciativa es parte de la farsa. ¡Si todo el mundo está sembrado de señuelos, trampas, cepos y hoyos para que las mujeres cacen a los hombres! Den ustedes el voto a la mujer, y antes de que pasen cinco años habrá un tremendo impuesto a los solteros. Los hombres, por otra parte, imponen castigos al matrimonio privando a las mujeres de sus bienes, del voto, del libre uso de sus miembros, del antiguo símbolo de inmortalidad -el derecho a sentirse en su casa en casa de Dios, quitándose el sombrero-, de todo aquello de que puede obligar a la mujer a prescindir, sin obligarse a sí mismo a prescindir de ella. Todo en vano. La mujer debe casarse porque la especie humana perecería si ella no pariera; si el peligro de muerte y la seguridad de sufrir, de correr riesgos y de pasar terribles incomodidades no la detienen, no la detendrán la esclavitud ni el tener que vendarse los tobillos. Sin embargo, suponemos que la fuerza que lleva a la mujer a través de esos peligros y molestias tiene que inclinarse ante la exquisitez de nuestra conducta respecto a mujeres solteras. Se da por sentado que la mujer debe esperar inmóvil a que la cortejen. En efecto, la mujer espera a menudo inmóvil. Así es como la araña espera a la mosca. Pero mientras tanto teje su tela. Y si la mosca, como mi héroe, muestra una fuerza que promete sacarlo del embrollo, ¡con qué rapidez abandona la araña su fingida pasividad y abiertamente lo envuelve en hilo tras hilo hasta que se asegura la mosca para siempre!

Si los libros realmente impresionantes y las demás obras de arte los produjeran hombres corrientes, expresarían más el temor a la persecución por parte de la mujer que el amor a su ilusoria belleza. Pero los hombres corrientes no pueden producir obras de arte realmente impresionantes. Los que pueden producirlas son hombres dotados de genialidad, es decir, hombres seleccionados por la naturaleza para que sigan creando la conciencia intelectual del instintivo propósito de aquélla, En consecuencia, en el hombre genial observamos toda la inescrupulosidad y todo el "autosacrificio" (las dos cosas son la misma) de la mujer. El hombre genial arriesgará el ir a la hoguera o a la cruz, pasará toda su vida hambre en una bohardilla si es necesario, estudiará a las mujeres y vivirá a costa del trabajo y de los cuidados de ellas como estudió Darwin a los gusanos y vivió de comer ovejas, destrozará sus nervios sin obtener retribución, será un sublime altruista en no tener ninguna consideración consigo mismo, y un atroz egoísta en la alta de consideración a otros. En él la mujer se encuentra con un Propósito tan impersonal, tan irresistible como el suyo, y el choque es a veces trágico. Cuando lo complica el hecho de que el genio es una mujer, el tema es ya digno de un rey de críticos: George Sand es madre por ganar en experiencia para que la novelista se perfeccione, y devora genios - Chopins, Mussets y congéneres- como meros hors d'oeuvres.

Yo expongo, claro está, el caso extremo; pero lo que es cierto respecto al gran hombre que encarna la conciencia filosófica de la Vida y a la mujer que encarna su fecundidad, es verdad, en cierto grado, respecto e todos los genios y a todas las mujeres. Así es como en el mundo escriben libros, pintan cuadros, modelan estatuas y componen sinfonías, personas que están libres del dominio, respecto a otras universal, de la tiranía del sexo. Lo que nos lleva a la conclusión, que asombra a las personas vulgares, de que el arte, en vez de ser ante todo expresión de la situación sexual normal, es en realidad el único departamento en que el sexo resulta una fuerza desplazada y secundaria. con una conciencia tan confusa y unos propósitos tan desfigurados, que las ideas del arte son para el hombre corriente meras fantasías. Lo mismo da que el artista llegue a ser un poeta, un filósofo, un moralista o un fundador de religiones: su doctrina sexual no es más que una estéril y privilegiada demanda de placer, excitaciones y conocimientos cuando el artista es joven, y de contemplativa tranquilidad cuando es viejo y está harto. El romance y lo ascético, la amoralidad y el puritanismo son igualmente irreales en el gran mundo filisteo. El mundo que nos

muestran los libros, sean declaradamente épicos o manifiestos evangelios, o el que nos muestran los códigos, los discursos políticos o los sistemas filosóficos, no es la parte más importante del mundo; no es más que el que penetra en la conciencia de ciertas personas anormales dotadas de un talento artístico específico y de temperamento. Asunto serio éste para usted y para mí, porque el hombre cuya conciencia no corresponde a la de la mayoría está loco, y a la antigua costumbre de adorar a los locos le va sustituyendo la nueva de recluirlos. Y como lo que llamamos educación y cultura no es en su mayor parte más que la sustitución de la experiencia con la lectura, la vida con la literatura, y la realidad contemporánea con ficciones anticuadas, la educación, como sin duda habrá observado usted en Oxford, destruye mediante esas suplantaciones odas las mentes que carecen del suficiente vigor para ver a través de la impostura y utilizar a los grandes maestros del arte como lo que son y nada más, es decir, como patentadores de métodos de pensar muy discutibles fabricantes de representaciones de la vida muy discutibles y que para la mayoría no son válidas más que a medias. El escolar que utiliza su Homero para tirárselo a la cabeza a su condiscípulo lo utiliza quizá de la manera más segura y razonable; y observo, siempre con satisfacción, que usted hace de vez en cuando lo mismo, en su mejor edad, con su Aristóteles.

Afortunadamente para nosotros, ya que la literatura nos ha artificializado la mente de una manera abrumadora, lo que produce todos esos tratados, poemas y escrituras de una clase o de otra es la lucha de la Vida por llegar a adquirir una divina conciencia de sí misma en vez de tropezar a ciegas aquí y allí en la línea de menor resistencia. De ahí que en todos los libros sobre cuestiones en que el autor, aun el excepcionalmente dotado, está constituido normalmente y no tiene hacha propia que afilar, exista un impulso hacia la verdad. Copérnico no tenía ningún motivo para engañar a sus semejantes respecto al lugar que ocupa el sol en el sistema solar: lo buscó con la misma honradez con que el pastor busca su sendero en la niebla. Pero no hubiera escrito científicamente cuentos de amor. El hombre genial no comparte en las relaciones sexuales el riesgo que el hombre vulgar corre de que lo capture la mujer, ni tampoco la mujer genial está sujeta a la abrumadora especialización de la mujer vulgar. Por eso es por lo que nuestra literatura y nuestras obras de arte, cuando se ocupan del amor, se vuelven desde los honrados ensayos científicos en física hacia las tonterías románticas y los éxtasis eróticos o hacia el

severo ascetismo del hartazgo ("el camino del exceso lleva al palacio de la sabiduría", dijo William Blake, porque "nunca se sabe cuánto basta hasta que se sabe cuánto es más que bastante").

En esta cuestión del sexo hay un aspecto político demasiado amplio para mi comedia y demasiado grave para que lo pase por alto sin incurrir en pecado de frivolidad. Es imposible demostrar que la mujer dispone siempre de la iniciativa en las transacciones sexuales, que hasta ahora se la han confirmado más y más la supresión del rapto y el poco estímulo que encuentran las importunidades, sin verse llevado a reflexionar seriamente en el hecho de que esa iniciativa es la más importante de todas políticamente, porque nuestro experimento político de la democracia, último refugio del desgobierno ramplón, nos arruinará si a nuestros ciudadanos los criamos mal.

Cuando nacimos usted y yo, este país seguía estando dominado por una clase selecta criada en matrimonios políticos. La clase mercantil no había cumplido aún sus primeros veinticinco años de su nueva participación en el poder político, y su título de selección era el dinero. Además, se criaba, si no en matrimonios políticos, siguiendo al menos un criterio bastante riguroso de matrimonio de clase. La aristocracia y la plutocracia siguen todavía proporcionando los figurones de la política, pero ahora dependen de los votos de masas criadas promiscuamente. Y ello ocurre, téngalo en cuenta, en el mismísimo momento en que el problema político, que repentinamente ha dejado de equivaler a una ingerencia muy limitada y ocasional -en su mayor parte en forma de cotizar los empleos públicos- en el desgobierno de una compacta pero parroquial islita, con la ocasional prosecución de guerras dinásticas sin sentido alguno, y ha pasado a convertirse en la reorganización industrial de la Gran Bretaña. en la creación de un Commonwealth prácticamente internacional, y en el reparto de toda África y quizá de toda Asia entre las potencias civilizadas. ¿Puede usted creer que el pueblo cuyo concepto de la sociedad y de la conducta, cuyo poder de atención y horizonte intelectual los mide el teatro inglés tal como usted lo conoce, es capaz de afrontar solo esa colosal tarea, o comprender y apoyar a la clase de espíritu y de carácter que (al menos relativamente) es capaz de afrontarla? Recuerde que lo que nuestros votantes son en el anfiteatro y en la galería lo son en el colegio electoral. Todos estamos ahora bajo lo que Burke llamaba "pezuñas de la puerca multitud". El lenguaje de Burke levantó ampollas porque sus implícitas excepciones a

su universal aplicación equivalían a un insulto de clase, y no es ciertamente el cazo el que puede llamar tiznada a la sartén. A la aristocracia que él defendía, pese a los matrimonios políticos mediante los cuales procuraba asegurarse la buena crianza, la instruían lamentablemente unos maestros y unas institutrices estúpidos, le corrompía el carácter el lujo gratuito, le adulteraban la propia estima, hasta el punto de degeneración, la adulación y el servilismo. No es hoy mejor, ni lo será nunca: nuestros campesinos llevan dentro, en cambio, algo moralmente tan recio que de vez en cuando culmina en un Bunyan, un Burns o un Carlyle. Pero observe usted que esa aristocracia, a la cual se impuso desde 1882 a 1885 la clase media, ha vuelto al poder mediante los votos de "la puerca multitud". Tom Paine ha triunfado sobre Edmund Burke, y los cerdos son ahora cortejados electores. ¿Cuántos de su propia clase han enviado esos electores al parlamento? De 67o que lo componen apenas llegan a una docena, y éstos no han llegado más que gracias a la persuasión de conspicuas cualidades personales v de la elocuencia popular. La multitud pronuncia así juicio sobre sus propias unidades: se reconoce incapaz de gobernar, y no votará más que por hombres morfológica y genéricamente transfigurados por residencias palaciegas y carruajes, por el trascendente corte de sus trajes y por el brillo de su aristocrático señorío. Pues bien, usted y yo conocernos a esas personas transfiguradas, a los que han cursado a duras penas sus estudios universitarios, a los atildados Algys y Bobbies con sus monóculos, a los jugadores de cricket a quienes los años les traen el golf en vez de sabiduría, a los plutocráticos productos del "negocio de clavos y loza que les ha dado el dinero". ¿Sabe usted si reír o llorar al pensar que ellos, pobres diablos, van a guiar un equipo de continentes como guían un tronco de cuatro caballos, a transformar en ordenada productividad una confusa anarquía comercial y especulativa, a federar nuestras colonias en una potencia mundial de primera magnitud? De usted a esa gente la constitución política más perfecta y el programa político más sólido que les pueda brindar la benigna omnisciencia y, tan infaliblemente como el salvaje convierte en grosera idolatría africana la filosófica teología de un misionero escocés, harán de aquella constitución y de aquel programa una estupidez elegante o una caridad hipócrita.

Ignoro si le quedan a usted ilusiones en cuestiones de educación, progreso y demás. A mí no me queda ninguna. Cualquier folletista puede mostrar el canino a cosas mejores, pero donde no hay voluntad no hay camino. Mi niñera solía decir que

con una oreja de cerdo no se puede hacer una cartera de seda; y cuanto más veo lo que se esfuerzan nuestras iglesias, nuestras universidades y nuestros sabios literarios en elevar el nivel de la masa, más me convenzo de que mi niñera tenía razón. Lo único que el progreso puede hacer es sacar de nosotros el mejor partido posible, y, evidentemente, eso no bastará ni siquiera si los que ya se han elevado de los abismos más profundos dejan que otros puedan elevarse. A la burbuja de la Herencia se le ha dado un pinchazo: la seguridad de que prácticamente lo adquirido es insignificante como elemento hereditario, ha destruido las esperanzas de los educacionistas así como los terrores de los que hablan de degeneración; y ahora sabemos que la "clase gobernante" hereditaria no tiene más realidad que la granujería hereditaria. Debemos criar la capacidad política, o nos arruinará la democracia, a la cual nos forzó el fracaso de las otras alternativas. Pero si el despotismo fracasó únicamente por falta de un benigno y competente déspota, ¿qué probabilidades de triunfar tiene la democracia, que requiere toda una población de votantes competentes, es decir, de críticos políticos que si no pueden gobernar personalmente por falta de energía o de específico talento de administradores, pueden al menos reconocer y apreciar la capacidad y la benignidad en otros y así gobernar mediante representantes competentes y benignos? ¿Dónde se encuentran hoy esos votantes? En ninguna parte. La endogamia plutocrática ha producido una debilidad de carácter que es demasiado tímida para afrontar la plena severidad de una encarnizada competencia en la lucha por la vida y demasiado haragana y ramplona para organizar cooperativamente la comunidad. Como somos cobardes, derrotamos a la selección natural so capa de la filantropía; como somos holgazanes, descuidamos la selección artificial so capa de la delicadeza y la moral.

O se consigue un cuerpo electoral de críticos, o nos hundiremos como se hundieron Roma y Egipto. En este momento se inicia ante nuestros ojos la decadente fase romana del panem et circenses. Nuestros diarios y melodramas fanfarronean acerca de nuestro destino imperial; pero nuestros ojos y nuestros corazones se vuelven hacia el millonario norteamericano. En cuanto mete la mano en el bolsillo, se nos van los dedos instintivamente al ala del sombrero. Nuestra prosperidad ideal no es la del norte industrial, sino la de la isla de Wight, la de Folkestone y Ramsgate, la de Niza y Montecarlo. Esa es la única prosperidad que se ve en el escenario, donde los trabajadores son lacayos, doncellas de servicio, cómicos mensajeros y elegantes

que ejercen profesiones liberales, mientras que los personajes principales disponen milagrosamente de ilimitados dividendos y comen gratis, como los caballeros de los libros de caballerías de Don Quijote. Los diarios de la city hablan de la competencia que Bombay hace a Manchester y a otras ciudades. Pero la verdadera competencia es la que existe entre Regent Street y la Rue de Rivoli, entre Brighton y la costa meridional inglesa y la Riviera, por el dinero de los trusts norteamericanos. ¿Qué es todo ese creciente entusiasmo por la popa pa pública, ese obsequioso levantarse y descubrirse en cuanto flamea una bandera o se oyen los trompetazos de una banda de música? ¿Imperialismo? Nada de eso. Obsequiosidad, servilismo, avidez despertada por el prevaleciente olor a dinero. Cuando el Sr. Carnegie hizo tintinear sus millones en sus bolsillos, toda Inglaterra se convirtió en un voraz adulón. Las curvadas espaldas no se enderezaron, con desconfianza y por un momento, más que cuando Rhodes (que probablemente había leído mi Socialismo para millonarios) manifestó que sus bienes no los iba a heredar ningún haragán. ¿Es posible que, después de todo, el Rey de los Diamantes no fuera un caballero? Fuera lo que fuese, resultó fácil dejar de tener en cuenta el absurdo de un rico. No se volvió a mencionar la poco caballerosa cláusula, y las espaldas se volvieron a curvar pronto para adquirir su forma natural.

Pero le oigo a usted preguntarme alarmado si he puesto realmente todas estas ruidosas divagaciones en mi comedia sobre Don Juan. No. Lo único que he hecho ha sido que Don Juan sea un folletista político, y le doy a usted su folleto íntegramente en forma de apéndice. Lo encontrará al final del libro. Lamento decirle que es práctica corriente entre los romancers el anunciar a su héroe como hombre dotado de extraordinario talento, y después dejar que sea el lector quien se imagine sus obras, por lo que al concluir la lectura del libro uno se dice socarronamente que, si no fuera por la solemne seguridad preliminar que da el autor, sería difícil atribuir al héroe ni siquiera el sentido común corriente. No podrá usted acusarme de esa lamentable laguna, de esa pobre evasión. Yo no sólo le digo que mi héroe escribió un manual del revolucionario se lo doy íntegramente al final para edificarle si se toma la molestia de leerlo. En ese manual verá los principios de la cuestión sexual tal como yo concibo que los entiende un descendiente de Don Juan. No es que decline m¡ plena responsabilidad por sus opiniones ni por las de todos mis personajes, agradables y desagradables. Tienen razón desde sus distintos puntos de vista, y sus puntos de vista,

en el dramático momento en que se expresan, son también los míos. Podrán desconcertar a las personas que creen que hay un punto de vista totalmente justo, que generalmente es el suyo. Podrá parecerles que no puede estar en estado de gracia quien dude de eso. Sea como fuere, es positivamente cierto que quien esté de acuerdo con esas personas no puede ser dramaturgo ni nada que requiera conocer al hombre. Por eso se ha dicho que Shakespear no tenía conciencia. Tampoco la tengo yo en ese sentido.

Es posible que me recuerde usted que a esta digresión política le ha precedido una muy convincente demostración de que en la cuestión del sexo el artista no atrapa nunca el punto de vista del hombre corriente, porque no está en la misma situación. Primero digo que, con toda seguridad, lo que yo escriba sobre la relación de los sexos ha de confundir, y después procedo a escribir una comedia sobre Don Juan. Pues bien, lo único que puedo contestarle, si insiste en preguntarme por qué me porto de una manera tan absurda, es que me pidió usted que la escribiera, y que en todo caso mi manera de tratar el tema podrá ser válida para el artista, divertida para el amateur, y al menos inteligible, y por lo tanto quizá sugestiva, para el filisteo. Todo hombre que registra sus ilusiones proporciona datos para la auténtica psicología científica que el mundo sigue esperando. Yo fijo mi visión de las relaciones que existen entre hombres y mujeres en la sociedad más civilizada por lo que vale el fijarla. Es una visión como cualquier otra y nada más, ni verdadera, ni falsa, pero espero que será un modo de ver el tema, que arroja al orden familiar de causa y efecto un volumen de hechos y experiencia suficiente para interesarle a usted, si no al público de los teatros de Londres. En esta empresa he guardado ciertamente pocas consideraciones a ese público, pero sé que abriga una disposición muy amistosa hacia usted y a mí, dentro de los límites en que tiene conciencia de que existimos, y que comprende perfectamente que lo que yo escribo para usted debe estar a una considerable altura sobre su simple cabeza romántica. Aceptará mis libros como si los hubiera leído y mi talento como si tal cosa, con fiando en que yo escribiré obras cuya calidad justifique su veredicto. Podemos, pues, explayarnos a placer en nuestro propio plano; y si algún caballero señala que ni la epístola dedicatoria ni el sueño de Don Juan en el tercer acto de esta comedia son adecuadas para su inmediata representación en un teatro de Londres, no necesitamos llevarle la contraria. Napoleón proporcionó a Talma un anfiteatro de reyes, y se ignora cómo influyó en su

actuación. En cuanto a mí, lo que siempre he querido tener es un anfiteatro de filósofos; y esta comedia es para ese anfiteatro.

Debería reconocer solemnemente lo que debo a los escritores a quienes he saqueado en las páginas siguientes, pero no los recuerdo a todos. El robo del bandidopoetastro a Sir Arthur Conan Doyle es deliberado; y la metamorfosis de Leporello en Enry Straker, mecánico y Hombre Nuevo, es un deliberado boceto del contemporáneo embrión de la clase de competentes mecánicos imaginada por H. G. Wells, quien espera que acabará por barrer del camino de la civilización a los charlatanes. También el Sr. Barrie ha deleitado a Londres, mientras yo corrijo mis pruebas, con un criado que sabe más que sus amos. La concepción de la Sociedad Mendoza Limitada la retrotraigo a cierto secretario colonial de las Pequeñas Antillas que, en una época en que él, Sidney Webb y yo sembrábamos nuestra política avena loca como una especie de Tres Mosqueteros Fabianos, sin prever lo sorprendentemente respetable de la cosecha que produjo, aconsejó al enciclopédico e inagotable Webb que se constituyera en sociedad para beneficio de los accionistas. A Octavius lo he tomado, sin tocarlo, de Mozart; y desde aquí autorizo al actor que lo personifique a cantar Dalla sua pace (si puede) en cualquier momento oportuno en la representación. Ann me la sugirió esa obra de moral holandesa del siglo XV titulada Everyman [Todo hombre], que William Poel ha sacado del olvido tan triunfalmente. Espero que seguirá trabajando esa veta y que reconocerá que el terciopelo del Renacimiento Isabelino no es, después de la poesía medieval, más soportable que Scribe después de Ibsen. Mientras veía Everyman en la Charterhouse, me dije a mí mismo: ¿por que no Everywoman [Toda mujer]? El resultado fue Ann: no toda mujer es Ann, pero Ann es toda mujer.

No será para usted una novedad que el autor de Everyman no era un mero artista, sino un artista-filósofo, y que los únicos artistas a los cuales tomo muy en serio son los artistas-filósofos. Hasta Platón y Boswell, como dramaturgos que inventaron a Sócrates y al Dr. Johnson, me impresionan más profundamente que los comediógrafos románticos. Desde que siendo chico respire por primera vez el aire de las regiones trascendentales en una representación de La flauta mágica, de Mozart, soy hombre a prueba contra los deslumbrantes esplendores y las excitaciones alcohólicas de las ordinarias combinaciones teatrales de romance "tapperticiano" y de inteligencia policial. Entre los escritores cuyo peculiar sentido del mundo

reconozco como más o menos afín al mío están Bunyan, Blake, Hogarth y Turner (los cuatro aparte y muy por encima de todos los clásicos ingleses), Goethe, Shelley, Schopenhauer, Wagner, Ibsen, Morris, Tolstoi y Nietzsche. Fíjese en la palabra peculiar. Leo a Dickens y a Shakespear sin avergonzarme y sin reservas; pero sus preñadas observaciones y exposiciones de la vida no se coordinan en una filosofía o religión. Al contrario, pues a las sentimentales suposiciones de Dickens las contradicen violentamente sus observaciones, y el pesimismo de Shakespear no es sino dolido humanitarismo. Ambos tienen en grado eminentísimo tanto el específico talento del autor de obras de ficción como las simpatías comunes en cuestión de sentimientos. A menudo son más cuerdos y más sagaces que los filósofos, como Sancho Panza era a menudo más cuerdo y más sagaz que Don Quijote. Su sentido del ridículo, que en el fondo es una combinación de sólido juicio moral y de ligero buen humor, da cuenta de vastos cuerpos de oprimente gravedad. Pero se interesan en la diversidad del mundo en vez de interesarse en sus unidades. Son tan irreligiosos que explotan la religión popular para propósitos profesionales sin delicadeza ni escrúpulos (ejemplos, Sydney Carton y el fantasma de Hamlet); son anárquicos, y no pueden equilibrar lo que revelan de Angelo y Dogberry, de Sir Leicester Dedlock y Tite Barnacle, con ningún retrato de un profeta o de un líder digno. Carecen de ideas constructivas, y los que las tienen les parecen fanáticos peligrosos; en ninguna de sus obras hay un pensamiento maestro o una inspiración por los cuales se pudiera concebir que cualquier hombre arriesgaría su sombrero en un chaparrón, ni mucho menos su vida. Los dos se ven obligados a tomar del mostrenco depósito de argumentos melodramáticos motivos para los actos más desaforados de sus personajes, por lo que a Hamlet le han de estimular los prejuicios de un policía, y a Macbeth la codicia de un merodeador. Dickens, sin la excusa de tener que elaborar motivos para Hamlets y Macbeths, lleva superfluamente a su tripulación bogando a favor de la corriente de sus episodios mensuales, mediante artificios mecánicos cuya descripción se la dejo a usted, pues a mi memoria le desconcierta la cuestión más simple respecto al Monks de Oliver Twist, o a la lejana y perdida parentela de Smike, o a las relaciones que hay entre las familias Dorrit y Clennam, tan inoportunamente descubiertas por Monsieur Rigaud Blandois. La verdad es que el mundo era para Shakespear un gran "escenario de tontos" que le dejaba Profundamente perplejo. No veía que el vivir tuviera sentido, y Dickens se salvó de la desesperación del sueño en

The Chimes tomando el mundo como si tal cosa y ocupándose de sus detalles. Ninguno de ellos sabía qué hacer con un personaje seriamente positivo: podían poner ante uno, con perfecta verosimilitud, una figura humana, pero cuando llegaba el momento en que tenían que hacerle vivir y moverse, se encontraban con que a menos que le hicieran reír tenían entre manos un muñeco, y con que debían inventar algún artificial estímulo externo que le hiciera funcionar. Eso es lo que le pasa a Hamlet desde el principio hasta el fin: carece de voluntad, salvo en sus explosiones de mal genio. Los pasmados bardólatras hacen de eso una virtud a su manera: dicen que Hamlet es la tragedia de la irresolución, pero todo lo que Shakespear proyectó extrayéndolo de lo profundo del alma humana que el conocía tiene el mismo defecto. Los caracteres y los modales de sus personajes son verosímiles, pero en sus actos se ven empujados desde fuera, y la fuerza externa es grotescamente inadecuada salvo cuando es convencional, como en el caso de Enrique V. - Falstaff es más vívido que ninguno de los personajes seriamente reflexivos porque actúa por sí mismo: sus motivos son sus propios apetitos, instintos y estados de ánimo. También Ricardo III es delicioso cuando es el antojadizo comediante que detiene un entierro para galantear a la viuda del hijo del difunto; pero cuando en el siguiente acto le reemplaza el villano escénico que ahoga niños y corta cabezas, nos indigna la impostura y rechazamos al suplantador. Faulconbridge, Coriolano y Leontes son admirables descripciones de temperamentos instintivos. Coriolano es la comedia más grande de Shakespear, pero la filosofía no consiste en describir, y esa comedia no compromete al autor ni lo revela. Hay que juzgarlo por los personajes en los que pone lo que sabe de sí mismo, en sus Hamlets, y Macbeths, y Lears, y Prósperos. Si esos personajes agonizan en un vacío de asesinatos ficticiamente melodramáticos, de venganzas y de cosas parecidas, mientras los personajes cómicos pisan suelo firme y son vívidos y graciosos, no hay duda de que su autor tiene mucho que mostrar y no tiene nada que enseñar. La comparación que se puede hacer de Falstaff con Próspero es como la comparación de Micawber con David Copperfield. Al final del libro se conoce a Micawber, mientras que de David no se sabe más que lo que le ha ocurrido y no le interesa a uno lo suficiente para preguntarse cuáles podrían ser sus ideas políticas, religiosas o generales; en el caso extraordinario en que se le pudiera ocurrir una idea política, religiosa o de cualquier otra índole. David es tolerable como niño, pero nunca llega a ser hombre y podría quedar totalmente fuera de su propia biografía si

no fuera por su utilidad como confidente escénico, como un Horacio o un "su amigo Charles", es decir, lo que en lenguaje teatral se llama personaje de relleno.

Ahora bien, eso no se puede decir de las obras de los artistas-filósofos. No se puede decir, por ejemplo, de The Pilgrim's Progress. No hay más que parangonar al héroe y al cobarde shakesperianos -a Enrirque V y Pastol o a Parolles- con Mr. Valiant [Sr. Valiente] y Mr. Fearing [Sr. Temeroso] y se ve de pronto el abismo que hay entre el autor de éxito, que no veía en el mundo más que los apetitos personales y su incongruencia, y el predicador ambulante que adquirió virtudes y valor identificándose con la finalidad del mundo tal como él la entendía. El contraste es enorme: el cobarde de Bunyan le remueve a uno la sangre más que el héroe de Shakespear, que en realidad le deja frío y con un sentimiento secretamente hostil. De repente se ve que Shakespear, con todos sus destellos y sus adivinaciones, no comprendió nunca la virtud y el valor, no concibió jamás que un hombre que no fuera un tonto podía, como el héroe de Bunyan, mirar atrás desde la orilla del río de la muerte hacia las fatigas y esfuerzos de su peregrinación, y exclamar: "así y todo, no me arrepiento"; ni que con el empaque de un millonario pudiera legar "mi espada a quien me suceda en mi peregrinación, y mi valor y mi destreza a quienes los adquieran". La verdadera alegría en la vida es esa de ser utilizado para una finalidad que uno reconoce que es grandiosa, el quedar extenuado antes de que le arrojen a uno al montón de chatarra, el ser una fuerza de la naturaleza en vez de ser un febril y egoísta bulto de dolencias y agravios que se queja de que el inundo no se consagra a hacerle feliz. La única tragedia verdadera en la vida es también la de ser utilizado por hombres que no piensan más que en sí mismos, para finalidades que uno ve que son viles. Todo lo demás es, en el peor de los casos, pura mala suerte o mortalidad; sólo esto es desgracia, esclavitud, infierno en la tierra: y la única fuerza que ofrece un trabajo varonil al artista, a quien nuestros ensimismados ricos les gustaría emplear como alcahuete, bufón, charlatán de cosas bellas y sentimentales, y en cosas parecidas, es la rebelión.

Podrá parecer que hay mucha distancia de Bunyan a Nietzsche, pero la diferencia entre sus conclusiones es puramente formal. El concepto de Bunyan de que lo justo es un trapo sucio. su desprecio al Sr. Legalidad en la aldea Moralidad, su reto a la Iglesia como suplantadora de la religión, su insistencia en que la máxima virtud es el valor, su opinión de que la carrera del concvencionalmente respetable y sensato

Mundano Discreto no es en el fondo mejor que la vida y muerte del Sr. Malo, todo ello, expresado por Bunyan en términos de teología de un calderero, es lo que Nietzsche ha expresado en términos de la filosofía post-wagneriana y post-schopenhaueriana, e Ibsen en los de la dramaturgia parisiense de mediados del siglo XIX. Lo único nuevo en todo ello es lo que tiene de novedad: es una novedad, por ejemplo, el llamar Wille a la justificación mediante la fe, y Vorstellung a la justificación mediante obras. Para lo único que sirve la novedad es para que usted y yo podamos comprar y leer el tratado de Schopenhauer sobre la Voluntad y Representación, cuando no soñaríamos en comprar una serie de sermones sobre la lucha de la fe contra el trabajo. En el fondo la controversia es la misma, y los resultados dramáticos son los mismos. Bunyan izo intenta presentar a sus peregrinos como más sensatos o cono hombres de mejor conducta que el Sr. Mundano Discreto. Los peores enemigos de ese señor -el Sr. Desfalcados, el Si-, Nunca-va-a-la-iglesia-los-domingos, el Sr. Maleducado, el Sr. Asesino, el Sr. Ladrón, el Sr. Cómplice-en-el-adulterio, el Sr. Chantagista, el Sr. Sinvergüenza, el Sr. Borracho, el Sr. Agitador Obrero y demás podrían leer The Pilgrim's Progress sin encontrar una sola palabra contra ellos; mientras que las personas responsables que los desairan y encarcelan, como el propio Sr. AL D. y su joven amigo Cortés; como Formalista, Hipocresía, Cabezaloca, Inconsiderado y Pragmático (que evidentemente eran jóvenes universitarios de buena familia y bien alimentados); como aquel chico listo que se llamaba Ignorancia; como charlatán, Restos de Bienhablar y su suegra Lady Fingida, y otros reputados caballeros y ciudadanos, salen mal parados. Hasta al Pequeño Creyente, aunque al fin va al cielo, se le da a entender que se mereció que lo atropellaran los hermanos Poco Valiente, Desconfianza y Culpa, reconocidos miembros de la sociedad respetable y verdaderos pilares de la ley los tres. Toda la alegoría es un continuado ataque contra la moralidad y respetabilidad, sin una palabra que uno pueda recordar contra el vicio y el delito. Ese es exactamente el defecto de que se quejan en Nietzsche y en Ibsen, ¿no es verdad? Y ese es exactamente el defecto que se le encontraría a toda la literatura suficientemente grande y antigua para haber logrado, oficial o no oficialmente, el rango canónico, si no fuera que los libros son aceptados en el canon mediante un pacto que reconoce su grandeza en consideración a que se abrogue su significado, por lo que el reverendo pastor protestante puede estar conforme con el profeta Miqueas sin que se le pueda

imputar ninguna complicidad en sus opiniones furiosamente radicales. ;Si yo mismo, cuando pluma en mano obligo a que se me reconozca y se sea cortés conmigo, me encuentro con que toda la fuerza de mi ataque me la destruye la simple política de no resistir! En vano redoblo la violencia de lenguaje con que proclamo mis heterodoxas opiniones. Yo me burlo de la deísta credulidad de Voltaire, de la amoral superstición de Shelley, del renacimiento de los tribales consuelos e idólatras ritos que Huxley llamó Ciencia -confundiéndose en considerarla como un adelanto sobre el Pentateuco-, izo menos que del cenagal de supercherías eclesiásticas y profesionales que cubren apariencias en el estúpido sistema de violencia y robo al cual llamamos Derecho e Industria. Hasta los ateos me acusan de infiel y los anarquistas de nihilista porque no puedo soportar sus tiradas morales. Sin embargo, en vez de exclamar: "Llevad a la hoguera a este hombre satánico", los diarios respetables me aniquilan hablando de "otro libro de este brillante escritor y pensador". Y el ciudadano ordinario, que sabe que a un escritor de quien los diarios respetables hablan bien se le puede leer, me lee, como lee a Miqueas, sin que desde su punto de vista lo edifique absolutamente izada. Se cuenta que en mil ochocientos setenta y tantos, una anciana señora, metodista muy devota, se mudó de Colchester a una casa situada cerca de City Road, Londres, donde, creyendo que el Hall of Ciencia era una iglesia, se sentó durante muchos años a los pies de Charles Bradlaugh y le escuchó arrobada por su elocuencia, sin poner en duda su ortodoxia y sin que influyera para nada en sus creencias. Me temo que también a mí me estafarán de la misma manera mi justo martirio.

Sin embargo, estoy divagando, como divaga siempre el hombre que tiene un agravio. Después de todo, lo fundamental para determinar la calidad artística de un libro no son las opiniones que propaga, sino el hecho de que el escritor tiene opiniones. La anciana de Colchester tenía razón para solear su alma simple en la enérgica radiación de las auténticas creencias e incredulidades de Bradlaugh, en vez de sufrir el frío de la mera pintura de luz y calor que la elocución y los convencionalismos pueden producir. Mi desdén a las belles lettres y a los amateurs que se convierten en héroes de las personas encaprichadas con el virtuosismo literario no se funda en que tenga ilusiones respecto a la permanencia de esas formas de pensamiento (llámelas usted opiniones) mediante las cuales procuro comunicar mis tendencias a mis semejantes. A los jóvenes les parecen ya anticuadas, pues

aunque no han perdido en lógica más de lo que ha perdido en dibujo y color un pastel del siglo XVIII, les pasará lo que a los pasteles: que se irán gastando más y más hasta que acabarán por no valer nada, momento en que mis libros perecerán o, si el mundo es todavía tan pobre que los necesite, tendrán que sostenerse, como los de Bunyan, gracias a amorfas cualidades de carácter y energía. Con esa convicción, no puedo ser belletrista. Sin duda, he de reconocer, como reconoció hasta el Antiguo Marino, que si quiero embobar al invitado a la boda, a pesar del canto de sirena del fagot, debo contar de manera entretenida lo que quiero contar. Pero sólo "por el arte" no me tomaría el trabajo de escribir ni un párrafo. Sé que hay hombres que, pese a que no tienen nada que decir ni nada que escribir, aman tanto la oratoria y la literatura, que les deleita repetir lo que pueden comprender de lo que otros han dicho o escrito ya. Sé que las pausadas triquiñuelas con que su falta de convicción les deja libres para jugar con el diluido y mal entendido mensaje, les brindan un agradable juego de sociedad que ellos llaman estilo. Me podrá dar pena su chochez y hasta serme simpático su capricho. Pero el verdadero estilo original no se consigue persiguiéndolo: un hombre podrá pagar desde un chelín hasta una guinea, según sus medios, por ver, oír o leer la obra de otro hombre de talento; pero no pagará con toda su vida y toda su alma por llegar a ser un mero virtuoso en literatura exhibiendo una habilidad que ni siquiera le dará dinero, como le daría el tocar el violín. El alfa y omega del estilo es la efectividad del aserto. Quien no tiene nada que aseverar no tiene estilo ni puede tenerlo; quien tiene algo que aseverar irá en el vigor del estilo hasta donde se lo permitan su importancia y su convicción. Aunque se refute la aserción después, el estilo quedará. Darwin no ha destruído el estilo de Job o de Haendel más de lo que Martín Lutero destruyó el de Giotto, Todas las aserciones se refutan más tarde o más temprano, y por eso nos encontramos con el mundo lleno de magníficos restos de fósiles artísticos, privados ya de la credulidad que inspiraban automáticamente, pero con una forma todavía espléndida. Por eso es por lo que nuestros meros susceptibles a la grandeza se hacen un lío con los grandes maestros. Los miembros de nuestra Real Academia creen que pueden lograr el estilo de Giotto sin tener sus creencias, y además corregirle la perspectiva. El tipo de escritor a quien me refiero cree que puede lograr el estilo de Bunyan o de Shakespear sin las convicciones de Bunyan o la asimilación de Shakespear, especialmente si pone cuidado en no conjugar mal. Lo mismo sucede con los doctores en música, que con su

colección de disonancias debidamente preparadas, o resueltas, o previstas a la manera de los grandes compositores, creen que pueden aprender el arte de Palestrina en el tratado de Cherubini. Todo ese arte académico es mucho peor que el traficar en muebles antiguos falsificados, porque el hombre que me vende un arca de roble que jura que es del siglo XIII, aunque la verdad es que lo hizo él mismo ayer, al menos no pretende que encierra ideas modernas; mientras que el académico copiador de fósiles los ofrece como si fueran el último fruto del espíritu humano y, lo que es peor, rapta jóvenes para hacerlos alumnos y les convence de que sus limitaciones son reglas, su acatamiento destreza, su timidez buen gusto, y su vaciedad pureza. Y cuando dice que el arte no debe ser didáctico, todos los que no tienen nada que enseñar y todos los que no quieren aprender le dan enfáticamente la razón.

Yo me enorgullezco de no ser uno de esos susceptibles. Si estudia usted la luz eléctrica que yo le proporciono en mi bumbledónica capacidad pública, de la cual se ríe de vez cuando, verá que su casa contiene una gran cantidad de alambre de cobre muy susceptible que se harta de electricidad y no le da luz. Pero ocurre que aquí y allí hay un trocito de material insusceptible e intensamente resistente; y ese tenaz trocito forcejea con la corriente y no la deja pasar hasta que le sea útil a usted en las dos cualidades vitales en literatura: luz y calor, Pues bien, si yo no he de ser un mero alambre de cobre amateur, sino un luminoso autor, debo también ser una persona extraordinariamente refractaria que puede apagarse y funcionar mal en momentos inconvenientes, y tener posibilidades incendiarias. Esos son los defectos de mis cualidades. A veces me disgusto a mí mismo tanto que cuando algún irritable crítico se. mete agudamente conmigo en esos momentos, siento un alivio y un agra-decimiento para los cuales no encuentro palabras. Pero como sé que debo tomarme corno soy y sacar de mí mismo lo que pueda, nunca sueño con reformarme. Todo esto lo comprenderá usted porque entre los dos hay comunidad de material. Ambos somos críticos de la vida, así como de arte; y quizá se haya dicho usted al yerme pasar por delante de su ventana: "Ahí, si no fuera por la gracia de Dios, voy yo." Espantosa y castigadora reflexión que será la final cadencia de esta carta inmoderadamente larga de su afectísimo

G. BERNARD SHAW

Woking, 1903.

P. S. Entre insólitas celebraciones críticas de este libro nuestro -¡ay, qué pena que la voz de usted esté dedicada al silencio- se me advierte que prepare una nueva edición. Aprovecho la oportunidad para corregir un desliz o dos. Es posible que usted haya notado (a propósito, nadie más lo ha advertido) que le encajé una cita de Otelo y luego la atribuí inconscientemente a Cuento de invierno. Lo corrijo con pena, porque la mitad de su oportunidad se va con Florizel y Perdita. Sin embargo, no hay que jugar con Shakespear, por lo que devuelvo a Desdémona lo que le pertenece, en conjunto, al libro le ha ido bien. A los críticos fuertes les ha impresionado, a los flojos les ha intimidado, a los connoisseurs les ha hecho gracia mi bravura literaria (puesta para agradar a usted). Sólo los humoristas, lo que es bastante raro, me sermonean, pues el susto les ha sacado de su profesión para producir un extraño tumulto en sus conciencias. No todos los reseñadores me han entendido. Como hacen los ingleses en Francia, que pronuncian tranquilamente sus isleños diptongos como si fueran buenas vocales francesas, muchos de aquéllos ofrecen como ejemplos de la filosofía shaviana el artículo más semejante de su expendeduría. Otros son víctimas de asociación de ideas: me llaman pesimista porque mis observaciones les hieren en la satisfacción que se producen a sí mismos, y renegado porque quisieran que toda mi plebe fueran Césares en vez de Toms, Dicks y Harrys. Lo peor es que se me ha acusado de que predico un Definitivo Superhombre laico que no es, en realidad, más que nuestro antiguo arraigo el Hombre Justo convertido en Perfecto. Esa falsa interpretación es tan irritante que dejo la pluma sin añadir tina palabra más, no .sea que me vea tentado a escribir tina posdata más larga que la carta.

POSDATA, 1933. El tuna evolutivo del tercer acto de Hombre y Superhombre lo resumí hace treinta años en el prólogo a Vuelta a Matusalén, donde está desarrollado corzo base de la religión del futuro próximo.

HOMBRE Y SUPERHOMBRE

Una comedia y una filosofía

1901-3

ACTO I

Roebuck Ramsden está en su despacho abriendo las cartas de la mañana. El despacho, elegante y sólidamente amueblado, proclama al hombre de medios. No se ve una mota de polvo: se observa claramente que abajo hay por lo menos tres sirvientas, y arriba un anca de llaves que no las deja descansar. Hasta la coronilla de la cabeza de Ramsden está pulida: con sólo menearla podría, en un día de sol, heliografiar sus órdenes a campamentos distantes. En ningún otro aspecto, sin embargo, sugiere Ramsden el militar. En la vida civil activa es donde los hombres adquieren el aire importante que tiene, la dignidad con que espera la deferencia, su resuelta boca, desarmada y refinada desde la hora de su triunfo por retirar la oposición y reconocer la comodidad, el precedente y el poder. Ramsden es más que un hombre muy respetable: se ve en él el jefe de hombres muy respetables, un presidente de directorio entre consejeros, un intendente entre concejales. Cuatro mechones de pelo canoso, que pronto será tan blanco como la mica y que en otros aspectos no se diferencia casi nada de ella, se alargan en dos pares simétricos encina de sus orejas y en ángulo con sus fuertes mandíbulas. Viste chaqué negro, chaleco blanco (es un hermoso día de primavera) y un pantalón, que no es negro ni perceptiblemente azul; sino de uno de esos tonos indefiniblemente mixtos que el moderno pañero ha producido para que armonicen con las religiones de los hombres respetables. No ha salido todavía a la calle, por lo que calza zapatillas; los zapatos le esperan sobre la alfombra. Suponiendo que no tiene valet y viendo que carece de una secretaria con su bloque ,de papel y su máquina de e escribir, uno medita en lo poco que a nuestra burguesa vida domestica han alterado las nuevas modas y métodos, o la emprendedora actividad de las compañías ferroviarias y hoteleras que venden el vivir desde el sábado hasta el lunes en Folkestone como un verdadero señor por dos guineas, comprendido el viaje de ida y vuelta en primera.

¿Cuántos años tiene Ramsden? La pregunta es importante en el umbral de un drama de ideas, pues en esas circunstancias todo depende de si su adolescencia transcurrió en mil ochocientos sesenta y tantos o en mil ochocientos ochenta y tantos. En realidad nació en 1839, y fue unitario y librecambista desde su niñez, y evolucionista desde que se publicó El origen de las especies. En consecuencia, siempre se ha considerado hombre de ideas avanzadas y franco e intrépido reformista.

Sentado en su escritorio, tiene a su derecha las ventanas que dan a Portland Place. A través de ellas, como de un proscenio, el curioso espectador puede contemplar su perfil con toda la claridad que permiten las cortinas. A su izquierda está la pared del fondo con una señorial librería. La puerta no queda del todo en la mitad, sino un poco más alejada de Ramsden. Contra la pared que tiene enfrente hay dos bustos sobre pedestales; uno, a su izquierda, de John Bright; otro, a su derecha, de Herbert Spencer. Entre los dos cuelgan un retrato de Richard Cobden, fotografías ampliadas de Martineau, Huxley y George Eliot; autotipos de alegorías de G. F. Watts (porque Ramsden cree en las bellas artes con la seriedad del hombre que no entiende de ellas) y una reproducción del grabado que Dupont hizo del hemiciclo de las Bellas Artes, de Delaroche, que representa los grandes hombres de todas las épocas. En la pared que queda detrás de Ramsden hay, sobre la repisa de la chimenea, un -retrato familiar impenetrablemente oscuro.

Cerca del escritorio hay una silla para comodidad de los visitantes. Contra la pared, entre los bustos, hay otras dos sillas.

Entra una doncella con la tarjeta de un visitante. Ramsden la toma y hace con la cabeza un afirmativo movimiento de complacencia.

RAMSDEN. - Que pase.

La doncella sale y vuelve con el visitante.

LA DONCELLA. -El Sr. Robinson.

El Sr. Robinson es un joven verdaderamente muy bien parecido. Uno piensa que debe ser el galán, pues no es razonable suponer que en una comedia aparezca otro tan atractivo. Su esbeltez, su buen tipo, su elegante traje de luto reciente, su cabeza pequeña y sus rasgos regulares, su lindo bigotito, sus ojos claros y francos,, el sano color de su cutis de joven, el bien peinado y reluciente cabello, no rizado, pero fino y de color oscuro, el arco bien trazado de sus cejas, la erecta frente y la puntiaguda barbilla, todo anuncia al hombre que amará y después sufrirá. Y que no lo hará sin inspirar simpatía lo garantizan su atractiva sinceridad y su modesto deseo de ser útil que le ponen el sello de que es hombre simpático. En el momento que aparece, la cara de Ramsden adquiere una paternal expresión de bienvenida que se convierte en otra de pena decorosa cuando el joven se le acerca con la tristeza en su rostro así como en su traje negro. Al parecer, Ramsden sabe el motivo de su tristeza. Cuando el

visitante avanza en silencio hacia el escritorio, el viejo se levanta y le da la mano por encima del escritorio sin decir una palabra. El largo y afectuoso apretón de manos expresa la reciente y común desgracia.

RAMSDEN *(poniendo fin al apretón y alegrándose).*-Bueno, Octavius, así es la vida. A todos nos ha de tocar algún día, Siéntese.

Octavius se sienta en la silla destinada a los visitantes. Ramsden se vuelve a sentar en la suya.

OCTAVIUS. - Sí; a todos nos ha de tocar. Pero yo le debía mucho. Hizo por mí todo lo que habría hecho mi padre si hubiera vivido.

RAMSDEN. - No tenía ningún hijo.

OCTAVIUS. - Pero tenía hijas, y sin embargo fue tan bueno con mi hermana como conmigo. Además, ¡ha muerto tan inesperadamente! Yo quería expresarle mi agradecimiento, hacerle saber que sus atenciones no las había tomado como si tal cosa, como toman los chicos las de su padre. Pero esperaba una oportunidad, y ahora está muerto... sin que lo pudiéramos sospechar. Nunca sabrá lo que he sentido. (*Saca el pañuelo y llora sin afectación.)*

RAMSDEN. - ¿Cómo lo sabemos? Es posible que lo sepa: no podemos decirlo. Hay que dominarse. *(Octavius se domina y guarda el pañuelo.)* Así, así. Ahora, permítame que le diga algo que lo consolará. La última vez que lo vi -fue en esta misma habitación- me dijo: "Tavy es un chico generoso y la quintaesencia de la honorabilidad; y cuando veo la poca consideración que otros hombres encuentran en sus hijos, comprendo cuán

to mejor que un hijo ha sido para mí." Ya lo sabe usted. ¿No le hacen bien esas palabras?

OCTAVIUS. - A mí me solía decir que no había encontrado en el mundo más que un hombre que fuera la quintaesencia de la honorabilidad, y que ese hombre era Roebuck Ramsden.

RAMSDEN. -Eso era parcialidad. Ya sabe usted que éramos antiguos amigos. Pero de usted solía decir otra cosa. No sé si debo decírsela o no.

OCTAVIUS. - Haga lo que mejor le parezca.

RAMSDEN. -Se refería a su hija.

OCTAVIUS *(con avidez).* - ¡A Ann! Dígamelo.

RAMSDEN. -Decía que a fin de cuentas se alegraba de que usted no fuera su hijo,

porque creía que algún día Ann y usted... *(Octavius se sonroja vívidamente.)* Bueno, quizá no debiera decírselo, pero él lo decía en serio.

OCTAVIUS. - ¡Si yo creyera que tengo una probabilidad! Ya sabe usted que no me interesa el dinero o lo que la gente llama posición, y que no logro que me interesen lo suficiente para luchar para conseguirlos. Ann es una mujer exquisita, pero está tan acostumbrada a vivir en un ambiente de lujo, que cree que al hombre que carece de ambición le falta algo. Sabe que si se casara conmigo tendría que encontrar razones para no avergonzarse de que yo no triunfe en algo.

RAMSDEN *(levantándose y plantándose de espaldas al hogar).* - ¡Qué tontería! Es usted demasiado modesto. ¿Qué sabe ella, a su edad, del verdadero valer de los hombres? *(Más seriamente.)* Además, es una chica admirable por la forma en que entiende su deber. Un deseo de su padre será sagrado para ella. ¿Sabe usted que desde que llegó a la edad de la discreción no creo que ni siquiera una vez haya dado sus propios deseos como razón para hacer una cosa o no hacerla? Siempre ha sido: "Mi padre lo quiere así", o "A mi madre no le gustaría". Eso es casi un defecto en ella. Yo le he dicho muchas veces que tiene que aprender a pensar por su propia cuenta.

OCTAVIUS *(meneando la cabeza).* -Yo no le puedo pedir que se case conmigo porque su padre lo quería.

RAMSDEN. -Quizá no. No, desde luego que no. Ya lo comprendo. No; no puede usted. Pero cuando la conquiste por sus propios méritos, a ella le hará muy feliz el satisfacer los deseos de su padre a la vez que el propio. ¿Eh? Vamos, ¿se lo va a proponer?

OCTAVIUS *(con triste alearía).* - En todo caso le prometo que no se lo voy a proponer a ninguna otra.

RAMSDEN. -No tendrá necesidad. Ann lo aceptará aunque *(de pronto se pone muy serio)* tiene usted un gran inconveniente.

OCTAVIUS *(con ansiedad).* - ¿Qué inconveniente? Yo diría que uno de los muchos que tengo.

RAMSDEN. - Se lo diré, Octavius. *(Toma del escritorio un libro encuadernado en tela roja.)* Tengo en la mano un ejemplar del libro más infame, más escandaloso, más dañino y más canallesco que ha escapado jamás de la quema a manos del verdugo. No lo he leído, no estoy dispuesto a ensuciar mi alma leyendo esas porquerías; pero he leído lo que dicen los diarios. A mí me basta con el título. *(Lo lee.)* "Manual y

Compañero de Bolsillo del Revolucionario", por John Tanner, M.C.R.O., Miembro de la Clase Rica y Ociosa.

OCTAVIUS *(sonriéndose).* - Pero Jack...

RAMSDEN *(indignado).*-Por Dios, no lo llame usted Jack en mi casa *(tira violentamente el libro al escritorio. Después, un tanto aliviado, avanza al borde del escritorio, se acerca a Octavius y le habla de cerca con impresionante gravedad).* Octavius: yo sé que mi difunto amigo tenía razón cuando decía que usted es un chico muy generoso. Sé que ese hombre fue condiscípulo suyo y que usted se cree obligado a defenderlo porque son amigos desde la niñez. Pero le ruego que considere que las circunstancias han cambiado. A usted lo trataron como a un hijo en casa de mi amigo. Vivió en su casa y a sus amigos no se les podía dar con la puerta en las narices. Ese Tanner ha entrado por usted en aquel hogar casi desde su infancia. A Annie la llama por su nombre de pila casi con tanta libertad como usted. Pues bien, mientras su padre vivía, eso le incumbía a él, no a mí. Tanner no era para él más que un chico. Sus opiniones le hacían la gracia que hace el sombrero de un hombre en la cabeza de un niño. Pero ahora Tanner es todo un hombre y Annie es toda una mujer, y su padre ha muerto. No conocemos todavía exactamente su testamento, pero a mí me habló a menudo de él y estoy tan seguro como de que le veo a usted aquí, de que me nombra fideicomisario y tutor de Annie. (Esforzándose.) Ahora quiero decirle a usted, de una vez por todas, que no estoy dispuesto a que Annie se vea en una situación en que, por consideración a usted, tenga que aguantar la intimidad de ese Tanner. No es justo, no le conviene. ¿Qué va usted a hacer en esa cuestión?

OCTAVIUS. -La misma Ann le ha dicho a Jack que, cualesquiera que sean sus opiniones, siempre será bienvenido porque conoció a su querido padre.

RAMSDEN *(perdida la paciencia).* - Esa chica está loca con su deber para con sus padres. *(Como un buey al cual dan un aguijonazo, avanza hacia donde está John Bright, en cuya expresión no encuentra simpatía. Al hablar echa chispas hacia Herbert Spencer, que lo acoge aun más fríamente.)* Dispénseme, Octavius, pero la tolerancia social tiene sus límites. Ya sabe usted que no soy un hombre intolerante y que no tengo prejuicios. Ya sabe que no paso de ser un simple Roebuck Ramsden mientras otros que han hecho menos que yo tienen títulos, porque he defendido siempre la igualdad y la libertad de conciencia mientras ellos se han arrimado a la iglesia y a la aristocracia. Whitefield y yo hemos perdido oportunidad tras

oportunidad por ser hombres de ideas avanzadas. Pero trazo la línea divisoria en el anarquismo, en el amor libre y en cosas parecidas. Si he de ser el tutor de Annie, tendrá que aprender que tiene deberes que cumplir conmigo. No lo toleraré, no lo toleraré. Tiene que prohibir a John Tanner la entrada en su casa; y usted también.

La doncella vuelve.

OCTAVIUS. -Pero.. .

RAMSDEN *(llamándole la atención a la presencia de la doncella).* - ¿Sh! ¿Qué quiere?

LA DONCELLA. - El señor Tanner desea verlo.

RAMSDEN. - ¡El señor Tanner!

OCTAVIUS. - ¡Jack!

RAMSDEN. - ¿Cómo se atreve a venir a mi casa? Dígale que no puedo recibirlo.

OCTAVIUS *(dolido).* - Lamento que eche usted de la puerta de ese modo a mi amigo.

LA DONCELLA *(con calma).* -No está a la puerta. Está arriba, en el salón, con la señorita. Ha venido con la señora Whitefield, con la señorita Ann y con la señorita Robinson.

Lo que siente Ramsden no se puede expresar con palabras.

OCTAVIUS *(sonriendo).* -No me extraña en él. Debe usted recibirlo, aunque no sea más que para echarlo.

RAMSDEN (*cuya furia hace que las palabras le salgan como martillazos).* - Suba y diga al señor Tanner que tenga la bondad de venir aquí. *(La doncella sale, y Ramsden se vuelve al hogar como a una posición fortificada.)* De todas las malditas pruebas de impertinencia... bueno, si esta manera de portarse es de anarquista, espero que le gustará a usted. ¡Y Annie está con él! ¡Annie! Mal... *(se le atragantan las palabras).*

OCTAVIUS. - Eso es lo que me sorprende. Porque le tiene a Ann un miedo espantoso. Debe de haber alguna razón.

El señor John Tanner abre de pronto la puerta y entra. Es demasiado joven para describirlo simplemente diciendo que es un hombrachón barbudo. Pero ya se ve claramente que a cierta edad entrará en esa categoría. Todavía le queda algo de la esbeltez de la juventud. Su chaqué le iría bien a un primer ministro; y cierta manera de erguirse sacando el pecho, la arrogancia de la cabeza, y la olímpica majestad con

que la melena, mejor dicho, con que el abundante pelo castaño claro se echa atrás desde una imponente frente, sugiere a Júpiter más que a Apolo. Es un hombre que tiene una prodigiosa facilidad de palabra, excitable (obsérvense las nerviosas ventanas de su nariz y sus inquietos ojos azules, abiertos con un exceso de un trigésimo segundo de pulgada) y posiblemente un poco loco. Viste escrupulosamente, no por la vanidad que no puede resistirse a las cosas finas, sino porque da importancia a todo lo que hace, por lo que una visita es para él tan importante como para otros el casarse o el poner una primera piedra. Es hombre sensible, susceptible, exagerado, serio; un megalómano que estaría perdido si no fuera por su sentido del humorismo.

En este momento predomina ese sentido. Decir que está excitado no es decir nada: todos sus estados de ánimo son ¡ases de excitación. Ahora está en la de ser presa de pánico. Se dirige hacia Ramsden como si tuviera la resuelta intención de hacerle caer muerto sobre su propia alfombra. Pero lo que saca del bolsillo del pecho no es una pistola, sino un documento en pergamino que se lo pone a Ramsden bajo su indignada nariz mientras dice:

TANNER. - Ramsden: ¿sabe usted qué es esto?

RAMSDEN *(orgullosamente).*-No, señor.

TANNER. - Una copia del testamento de Whitefield.

Ann la ha obtenido esta mañana.

RAMSDEN. - Cuando dice usted Ann, me figuro que se refiere a la señorita Whitefield.

TANNER. - Me refiero a nuestra Ano, su Ann, la Ann de Tavy, y ahora, Dios me valga, mi Ann.

OCTAVIUS *(levantándose, muy pálido).* - ¿Qué quieres decir?

TANNER. - ¡Qué quiero decir! *(Levantando el testamento.)* ¿Saben ustedes a quién se nombra tutor de Ann en este testamento?

RAMSDEN *(fríamente).* - Creo que a mí.

TANNER. -¡A usted! A usted y a mí, hombre. ¡A mí! ¡¡A mí!! ¡¡A mí!! A los dos. *(Tira el testamento al escritorio.)*

RAMSDEN. - ¿A usted? Imposible.

TANNER. -Espantosamente cierto. *(Se deja caer en la silla de Octavius.)* Ramsden: sáqueme de esto. Usted no conoce a Ann tan bien como yo. Cometerá todos

los crímenes de que es capaz una mujer respetable, y los justificará diciendo que sus tutores querían que los cometiera. Nos echará la culpa de todo, y no tendremos sobre ella más dominio que el de un par de ratones sobre un gato.

OCTAVIUS. -No me gusta que hables así de Ann.

TANNER. - Otra complicación: este individuo está enamorado de ella. Pues bien, o lo dejará plantado y dirá que yo no le he permitido casarse con él, o se casará y dirá que se lo ha ordenado usted, Ramsden. Les digo a ustedes que es lo más espantoso que le ha sucedido jamás a un hombre de mi edad y mi temperamento.

RAMSDEN. - Permítame ver ese testamento. *(Va al escritorio y lo toma.)* No puedo creer que mi antiguo amigo Whitefield haya demostrado una falta de confianza en mí como para nombrarme conjuntamente con... *(Se va amilanando a medida que lee.)*

TANNER. -La culpa la tengo yo, ahí está la ironía. Un día me dijo que el tutor de Ann iba a ser usted, y yo, como un imbécil, le discutí la tontería de dejar a una mujer joven bajo la autoridad de un viejo de ideas anticuadas.

RAMSDEN *(estupefacto).* - ¿Que mis ideas son anticuadas?

TANNER. -Totalmente. Yo acababa de terminar un ensayo titulado "Abajo el gobierno de los canosos", y estaba lleno de argumentos y de motivos de ilustración. Le dije que lo adecuado era combinar la experiencia de una mano vieja con la vitalidad de una joven. ¡Que me ahorquen si no me tomó en serio y modificó su testamento -está fechado nada más que quince días después de aquella conversación- nombrándome tutor conjuntamente con usted!

RAMSDEN *(pálido y resuelto).*-Me negaré a actuar.

TANNER. -,Y qué? Yo me vengo negando desde Richmond, pero Ann no se cansa de repetir que ya sabe que no es más que una huérfana y que no puede esperar que las personas que venían a gusto a su casa cuando su padre vivía se vayan a tomar ahora muchas molestias por ella. Es lo último que se le ha ocurrido. -Una huérfana' Es como oír que un acorazado está a la merced del viento y de las olas.

OCTAVIUS. -No eres justo. Ann es una huérfana. Y tú deberías protegerla.

TANNER. - ¿Protegerla? ¿Qué peligro corre? La protege la ley, la protege el sentimiento popular, tiene mucho dinero y carece de conciencia. Lo que quiere es cargarme a mí con sus responsabilidades morales y hacer lo que le dé la gana a expensas de mi reputación. Yo no puedo dominarla y ella puede comprometerme todo lo que

quiera. ¡Para eso, podría ser su marido!

RAMSDEN. - Puede negarse a aceptar la tutela. Yo me negaré, desde luego, a ser tutor conjuntamente con usted.

TANNER. -Sí, y ¿qué dirá Ann? ¿Qué va a decir? Que el deseo de su padre es sagrado para ella, y que siempre me considerará como su tutor, acepte yo la responsabilidad o no. ¡Negarse! Lo mismo podría usted negarse a aceptar el abrazo de una serpiente boa después que se le ha enroscado en el cuello.

OCTAVIUS. -Esa manera de hablar en mi presencia no es muy discreta, Jack.

TANNER *(levantándose y acercándose a Octavius para consolarlo, pero sin dejar de lamentarse).* - Si Whitefield quería un tutor joven, ¿por qué no nombró a Tavy?

RAMSDEN. -Eso es, ¿por qué?

OCTAVIUS. - Lo diré yo. Me sondeó, pero me negué porque la amo. Yo no tenía derecho a imponerme a ella como tutor nombrado por su padre. Cuando le habló a ella, Ann dijo que yo tenía razón. Ya sabe usted que estoy enamorado de ella, señor Ramsden, y también Jack lo sabe. Si Jack estuviera enamorado de una mujer, yo no la compararía a una boa en su presencia, por muy antipática que me fuera *(se sienta entre los bustos y vuelve la cara a la pared).*

RAMSDEN. - No creo que Ramsden estuviera en su sano juicio cuando hizo ese testamento. Usted, Tanner, ha reconocido que lo hizo bajo su influencia.

TANNER. - Debería usted estarme muy agradecido por mi influencia. Le deja dos mil quinientas libras esterlinas por sus molestias. A Tavy le deja una dote para su hermana y cinco mil libras para el.

OCTAVIUS *(a quien le inciten a fluir abundantemente las lágrimas).* - No puedo aceptarlas. Fue demasiado bueno con nosotros.

TANNER. - Amigo mío: no llegarán a tus manos si Ramsden hace que anulen el testamento.

RAMSDEN. - Ah, ya lo veo. Estoy bien agarrado.

TANNER. -A mí, fundándose en que tengo más dinero que el que me conviene, no me deja más que el cuidado de la moral de Ann. Eso demuestra que estaba en su sano juicio, ¿no es verdad?

RAMSDEN *(sombríamente).* - Lo reconozco.

OCTAVIUS (levantándose y abandonando el refugio de la pared). - Señor Ramsden: creo que tiene usted prejuicios contra Jack. Es un hombre honorable e

incapaz de abusar de...

TANNER. -No sigas, Tavy: me vas a poner enfermo. No soy un hombre honorable: soy un hombre golpeado por la mano de un muerto. Debes casarte con Ann y quitármela de las manos. ¡Pensar que yo me había propuesto salvarte de ella!

OCTAVIUS. - ¡Cómo puedes hablar de salvarme de mi mayor felicidad!

TANNER. -Sí, de toda una vida feliz. Si no se tratara más que de la primera hora de felicidad, te la compraría aunque tuviera que pagar por ella hasta mi último penique. Pero, ¡toda una vida de felicidad! Ningún hombre podría aguantarla: sería el infierno en la tierra.

RAMSDEN *(violentamente).* -No diga tonterías. Hable razonablemente o váyase a hacer perder el tiempo a otros. Yo tengo algo más que hacer que escuchar sus estupideces *(camina positivamente a puntapiés hasta el escritorio y ocupa su silla).*

TANNER. -¿Le has oído, Tavy? No tiene en la cabeza ni una idea posterior a mil ochocientos sesenta. No podemos permitir que sea el único tutor de Ann.

RAMSDEN. -Me enorgullezco de que desdeñe mi modo de ser y mis opiniones. Creo que las suyas están expuestas en ese libro.

TANNER *(yendo con gran curiosidad al escritorio).* -¡Cómo! ¡Tiene usted mi libro! ¿Qué le ha parecido?

RAMSDEN. - ¿Supone usted que yo voy a leer un libro semejante?

TANNER. - ¿Y por qué lo ha comprado?

RAMSDEN. - No lo he comprado. Me lo ha mandado alguna estúpida que parece que admira sus opiniones. Iba a desprenderme de él cuando me ha interrumpido Octavius, pero me desprenderé ahora, con su permiso. *(Tira el libro al canasto de papeles con tal vehemencia que Tanner retrocede bajo la impresión de que se lo ha tirado a la cabeza.)*

TANNER. - Sus modales no son mejores que los míos.

Pero así no hay necesidad de ceremonias entre nosotros. *(Se sienta otra vez.)* ¿Qué piensa usted hacer con lo del testamento?

OCTAVIUS. - ¿Puedo sugerir algo?

RAMSDEN. - Sí, hombre.

OCTAVIUS. - ¿No estamos olvidando que también Ann puede tener algo que decir en este asunto?

RAMSDEN. -Yo tengo la intención de que se le consulte dentro de lo razonable.

Pero Ann no es más que una mujer, y además joven y sin experiencia.

TANNER. - Ramsden: empieza usted a darme lástima.

RAMSDEN *(con calor).* - No quiero saber lo que siente usted por mí, señor Tanner.

TANNER. - Ann hará exactamente lo que quiera. Además nos obligará a que le aconsejemos que lo haga; y si la cosa sale mal, nos echará la culpa. Ahora, como Tavy está deseando verla…

OCTAVIUS *(tímidamente).* - No es verdad, Jack.

TANNER. - Mientes; estás deseando; de modo que vamos a avisarle que venga y le preguntaremos qué quiere que hagamos. Lárgate, Tavy, y tráela. *(Tavy se vuelve para salir.)* Y no tardes, porque la tirantez de las relaciones entre Ramsden y yo harán que la espera sea un tanto penosa. *(Ramsden aprieta los labios, pero no dice nada.)*

OCTAVIUS. - No haga caso de lo que diga Jack, señor Ramsden. No habla en serio. *(Sale.)*

RAMSDEN *(muy deliberadamente).* - Señor Tanner: es usted la persona más desvergonzada que he conocido.

TANNER *(seriamente).* - Ya -lo sé, Ramsden. Sin embargo, no he llegado aún a vencer del todo a la vergüenza. Vivimos en una atmósfera de vergüenza. Nos avergonzamos de todo lo que tenemos de real; nos avergonzamos de nosotros mismos, de nuestros parientes, de nuestras rentas, de nuestros acentos, de nuestras opiniones y de nuestra experiencia, como nos avergonzamos de nuestra desnudez. Santo Dios, querido Ramsden; nos avergonzamos de caminar, nos avergonzamos de ir en ómnibus, nos avergonzamos de alquilar un coche en vez de tener coche propio, nos avergonzamos de no tener más que un caballo en vez de dos y de tener un lacayo-jardinero en vez de un cochero y un lacayo. De cuantas más cosas se avergüenza un hombre, más respetable es. Usted se avergüenza de comprar mi libro y se avergüenza de leerlo; de lo único que no se avergüenza es de juzgarme sin haberlo leído, y eso mismo no significa sino que se avergüenza de tener opiniones heterodoxas. Vea usted el efecto que produzco porque mi hacia madrina me privó del don de la vergüenza. Tengo todas las virtudes posibles en un hombre, excepto...

RAMSDEN. -Me alegro de que tenga tan buena opinión de sí mismo.

TANNER. -Lo que quiere usted decir es que cree que debería avergonzarme de mis virtudes. No quiere usted decir que no las tenga: sabe perfectamente que soy un

ciudadano tan sobrio y tan honorable como usted, tan veraz personalmente y mucho más veraz política y moralmente.

RAMSDEN *(a quien le han tocado en el punto más sensible.)* - Lo niego. No permito que ni usted ni nadie me trate como si yo fuera simplemente uno más del público inglés. Detesto los prejuicios de ese público, desdeño su estrechez de espíritu y exijo el derecho a pensar por mi propia cuenta. Usted se presenta como hombre de ideas avanzadas. Permítame que le diga que yo lo era ya antes de que usted naciera.

TANNER. -Ya sabía que lo era desde hace mucho tiempo.

RAMSDEN. - Ahora soy tan avanzado como siempre. Le desafío a que me demuestre que he arriado la bandera. Soy más avanzado que nunca, cada día más.

TANNER. - Más avanzado en años, Polonio.

RAMSDEN. - Polonio. ¡Me figuro que usted será Hamlet!

TANNER. - No. No soy más que la persona más desvergonzada que ha conocido. Eso es lo que cree usted que es ser mala persona de arriba abajo. Cuando quiera decirme un poco de lo que piensa de mí, pregúntese, como hombre justo, que es lo peor que puede llamarme en justicia. ¿Ladrón, mentiroso, falsificador, adúltero, perjuro, glotón, borracho? Ninguno de esos calificativos me van bien. Tiene usted que recurrir a que me falta vergüenza. Pues bien, lo reconozco. Hasta me felicito de ello, porque si me avergonzara de ser como soy realmente, me mostraría tan estúpido corno cualquiera de ustedes. Cultive un poco la desvergüenza, Ramsden, y llegará a ser un hombre notable.

RAMSDEN.-No deseo...

TANNER. - No desea esa clase de notoriedad. Que Dios le bendiga. Estaba tan seguro de esa respuesta como de que cuando pongo un penique en la ranura de una máquina automática me saldrá una caja de fósforos. Usted se avergonzaría de decir otra cosa.

La aplastante respuesta para la cual Ramsden ha estado concentrando visiblemente sus fuerzas se pierde para siempre, porque en ese momento vuelve Octavius con Aun Whitefield y su madre, y Ramsden se incorpora de un salto y corre a la puerta a recibirlas. El que Ann sea bien parecida o no, depende del gusto de cada uno y quizá, principalmente, de la edad y del sexo de quien la mira. Para Octavius es una mujer encantadoramente hermosa en cuya presencia se transfigura el mundo y los estrechos límites de la conciencia alcanzan de pronto hasta el infinito

por obra de un místico recuerdo de toda la vida de la especie humana desde sus comienzos en oriente o aun desde más atrás, desde el paraíso del cual fue expulsada. Ann es para él la realidad del romance, el íntimo buen sentido de la insensatez, el quitar la venda de los ojos, el liberar el alma, la abolición del tiempo, el lugar y las circunstancias, la eterealización de su sangre en delirantes ríos del agua de la vida misma, la revelación de todos los misterios y la santificación de todos los dogmas. Para su madre no es nada de eso, por decirlo del modo más suave posible. En cuanto a su aspecto, Ann es mujer bien formada, y además, una perfecta dama, graciosa, atractiva, con unos ojos y un cabello seductores. Por otra parte, en vez de estar hecha un adefesio, como su madre, ha ideado un vestido de luto, negro y violeta, de seda, que honra a su difunto padre y revela la tradición familiar del valiente inconvencionalismo al cual da Ramsden tanta importancia.

Pero todo esto tiene poco que ver con la explicación del encanto de Ann. Respingadle la nariz, poned un defecto en su mirada, sustituid su vestido negro y violeta con el delantal y las plumas de la florista callejera, suprimid todas las haches de su vocabulario, y Ann seguirá haciendo soñar a los hombres. La vitalidad es tan común como la humanidad, pero, lo mismo que la humanidad, a veces se eleva hasta la genialidad,- y Ann es uno de los genios vitales. No tiene nada de persona supersexuada: ese es un defecto vital, no un verdadero exceso. Es perfectamente respetable, mujer que se domina perfectamente y que lo muestra aunque su actitud es franca e impulsiva, corno está de moda. Inspira confianza como persona que no hará nada que no quiera hacer, y también temor, tal vez, como mujer que probablemente hará todo lo que quiere hacer, y lo que le parezca justo, sin tener en cuenta a otros más de lo necesario. En breves palabras, es lo que las más débiles de su propio sexo llaman mala.

Nada más decoroso que su entrada y la forma en que acoge a Ramsden, a quien besa. Al difunto Whitefield le agradarían, casi hasta el punto de hacerle perder la paciencia, las caras largas de los hombres (excepto Tanner, que está nervioso), los silenciosos apretones de manos, el deferente poner sillas, el conato de congoja de la viuda y los empañados ojos de la hija, a quien el corazón le impide, al parecer, dominar la lengua para hablar. Ramsden y Octavius toman las dos sillas de la pared y se las ponen a las dos damas; pero Ann se acerca a Tanner y ocupa su silla, que Tanner le ofrece con un gesto brusco, aliviando después su irritación sentándose en

un ángulo del escritorio con estudiada falta de decoro. Octavius pone a la señora White field una silla cerca de la de Ann y ocupa la silla vacante que Ramsden ha puesto bajo la nariz de la efigie de Herbert Spencer.

A propósito; la señora Whitefield es una mujer pequeña cuyo descolorido cabello de lino parece paja sobre un huero. Tiene una expresión de velada astucia, unos ásperos carraspeos de protesta en la voz, y un extraño aspecto de estar continuamente dando codazos a una persona más corpulenta que ella que la aplasta contra un rincón. Se adivina que es una de esas mujeres que se dan cuenta de que las tienen por tontas y personas sin importancia, y que, sin la suficiente fuerza para imponerse efectivamente, no se han sometido a su destino. Hay algo de caballerosidad en la escrupulosa atención que le presta Octavius, aunque toda su alma se la absorbe Ann.

Ramsden va solemnemente a la silla magistral del escritorio, sin hacer caso de Tanner, y abre la sesión.

RAMSDEN. -Siento mucho, Annie, tener que hablarte de cosas prácticas en un momento tan triste. Pero el testamento de tu pobre padre plantea una cuestión muy seria. Me figuro que lo habrás leído. *(Ann, demasiado impresionada para hablar, hace un gesto de asentimiento y sofoca un sollozo.)* Debo decir que me ha sorprendido ver que al señor Tanner se le nombra tutor de ti y de Rhoda, conjuntamente conmigo. *(Una pausa. Todos adoptan una expresión solemne, pero ninguno tiene nada que decir. Ramsden, un poco desconcertado por la falta de eco, continúa.)* No sé si puedo consentir en actuar en esas condiciones. Creo que también el señor Tanner tiene que hacer alguna objeción, pero no puedo decir de qué naturaleza. Sin duda nos lo dirá él mismo. Pero estamos de acuerdo en que no podemos decidir nada hasta conocer tu opinión. Me temo que tendré que pedirte que elijas entre que sea yo solo el tutor y que lo sea el señor Tanner solo, pues me parece que nos es imposible el aceptar serlo juntos.

ANN *(en voz baja y musical).* - Mamá. . .

LA SEÑORA WHITEFIELD *(apresuradamente).* - Te ruego que no me traslades la pregunta. No tengo opinión sobre ese asunto, y si la tuviera, probablemente no se me haría caso. Me contento con lo que os parezca mejor a los tres.

Tanner vuelve la cabeza y mira fijamente a Ramsden, que rechaza indignado cita muda comunicación.

ANN *(reanudando en la misma voz suave, sin hacer caso del mal gusto de su madre).* - Mamá sabe que no es suficientemente fuerte para cargar con toda la responsabilidad de dirigirnos a Rhoda y a mí sin ayuda y consejo. Rhoda necesita un tutor, y aunque yo soy mayor que ella, no creo que a ninguna mujer joven se le debe dejar que se dirija por sí sola. Espero que me darás la razón, abuelito.

TANNER *(sobresaltado).* - ¡Abuelito! ¿Tienes la intención de llamar abuelitos a tus tutores?

ANN. -No seas tonto, Jack. El señor Ramsden ha sido siempre el abuelito Roebuck para mí. Yo soy Annie del abuelito y el es el abuelito de Annie. Lo bauticé así en cuanto aprendí a hablar.

RAMSDEN *(sarcásticamente).* - Espero que estará usted satisfecho, señor Tanner. Sigue, Annie; estoy de acuerdo contigo.

ANN. -Si h e de tener un tutor, ¿puedo rechazar a alguien nombrado por papá?

RAMSDEN *(mordiéndose un labio).* - Entonces, ¿apruebas la elección de tu padre?

ANN. - A mí no me corresponde aprobar o desaprobar. La acepto. Mi padre me quería y sabía qué es lo que me conviene.

RAMSDEN. -Comprendo tu sentimiento, Annie. Es el que yo hubiera esperado de ti, y te honra. Pero no resuelve la cuestión tan completamente como crees. Te voy a poner un caso. Supón que descubrieras que yo he cometido una acción reprobable, que no soy el hombre que tu padre creía que era. ¿Te seguiría pareciendo bien que fuera el tutor de Rhoda?

ANN. -No puedo ni imaginar que tú hayas hecho nada reprobable, abuelito.

TANNER *(a Ramsden).* - No habrá hecho usted nada, ¿verdad?

RAMSDEN (indignado). -No, señor.

LA SEÑORA WHITEFIELD (plácidamente).-Entonces, ¿por qué suponerlo?

ANN. -Ya lo ves, abuelito: a mamá no le gustaría que yo lo suponga.

RAMSDEN *(muy perplejo).* - Las dos estáis tan llenas de naturales y afectuosos sentimientos en estos asuntos de familia, que es muy difícil exponeros bien la situación.

TANNER. -Además, amigo mío, no les está usted exponiendo bien la situación.

RAMSDEN *(refunfuñando).* -Expóngala usted.

TANNER. -Muy bien. Ann: Ramsden cree que yo no soy hombre adecuado para

ser tu tutor, y yo estoy de acuerdo con él. Entiende que si tu padre hubiera leído mi libro, no me habría nombrado. La mala acción de que ha hablado es ese libro. Cree que, en consideración a Rhoda, tienes el deber de pedirle que sea él solo el tutor y hacer que yo me retire. Di una palabra y me retiraré.

ANN. - Yo no he leído tu libro.

TANNER *(zambulléndose en el canasto y pescando el libro para Ann).* - Léelo en seguida y decide.

RAMSDEN (con vehemencia). -Si yo he de ser tu tutor, te prohibo leer ese libro. *(Da un puñetazo en la mesa y se levanta.)*

ANN. - Si no quieres que lo lea, claro está que no lo leeré. *(Deja el libro en el escritorio.)*

TANNER. -Si un tutor puede prohibirte leer el libro de otro, ¿cómo vamos a zanjar la cuestión? Supón que yo te ordeno leerlo. ¿Dónde queda tu deber para conmigo?

ANN *(dulcemente).* -Estoy segura de que nunca me plantearías intencionadamente un penoso dilema.

RAMSDEN *(irritado).* -Bueno, Annie: todo eso está muy bien y, como he dicho, es muy natural y te favorece. Pero tienes que elegir. También a nosotros se nos plantea el mismo dilema.

ANN. - Creo que soy demasiado joven, demasiado inexperta, para decidir. Los deseos de mi padre son sagrados para mí.

LA SEÑORA WHITEFIELD. -Si ustedes dos no están dispuestos a cumplirlos, creo que es un poco duro que la responsabilidad recaiga sobre Ann. La gente se pasa la vida haciendo que carguen otros con las responsabilidades.

RAMSDEN. - Lamento que lo tome usted así.

ANN *(conmovedoramente).* - ¿Te niegas a tomarme bajo tu tutela, abuelito?

RAMSDEN. - No; no he dicho eso. Lo único que digo es que me niego a actuar con el señor Tanner.

LA SEÑORA WHITEFIELD. -¿Por qué? ¿Qué ha hecho el pobre Jack?

TANNER. - Mis opiniones le parecen demasiado avanzadas.

RAMSDEN (*indignado).* -No es verdad. Lo niego.

ANN. -Claro que no. ¡Qué tontería! No hay hombre más avanzado que el abuelito. Estoy segura de que el que ha puesto todas las dificultades es Jack. Vamos, Jack, sé bueno conmigo en estos momentos tristes. No te negarás a aceptarme bajo tu tutela,

¿eh?

TANNER *(sombríamente).*-No. Yo mismo me metí en esto y me figuro que no tengo más remedio que afrontarlo. *(Se vuelve hacia la librería y se queda leyendo malhumorado los títulos de los volúmenes.)*

ANN *(levantándose y esponjándose en una sofocada pero radiante satisfacción).* - Todos estamos conformes y se cumplirá el testamento de papá. No saben la alegría que nos dan a mamá y a mí. *(Se acerca a Ramsden y le aprieta las dos manos, diciendo:)* Y tendré a mi abuelito para que me ayude y aconseje. *(Mira a Tanner por encima del hombro.)* Y a Jack, el Matador de Gigantes. *(Pasa al lado de su madre y se acerca a Octavius.)* Y a Ricky-ticky-tavy, inseparable amigo de Jack. *(Octavius se sonroja y pone cara de tonto.)*

LA SEÑORA WHITEFIELD *(levantándose y arreglándose sus velos de luto).* - Ahora que es usted tutor de Annie, señor Ramsden, me gustaría que le hablara de su costumbre de poner motes a la gente. No se puede esperar que les gusten. *(Camina hacia la puerta.)*

ANN. - Oh, mamá, ¡cómo puedes decir eso! *(Irradiando un afectuoso remordimiento.)* A lo mejor tienes razón. ¿Habré sido inconsiderada? (Se vuelve hacia Octavius, que está sentado en la silla al revés, con los codos apoyados en el respaldo.) ¿Tú quieres que te trate como a un hombre hecho y derecho? ¿Debo llamarte señor Robinson de ahora en adelante?

OCTAVIUS *(seriamente).* -Llámame Ricky-ticky-tavy, por favor. "Señor Robinson" me haría mucho daño.

ANN *(se echa a reír y le acaricia con un dedo una mejilla; después se vuelve hacia Ranzsden).* - Empiezo a pensar que llamarte abuelito es un poquito impertinente. Pero no tenía intención de molestarte.

RAMSDEN (*efusivamente, dando a Ann unas palmaditas en la espalda).* - No digas tonterías, Annie. Insisto en que me llames abuelito. No contestaré a más nombre que al de abuelito de Annie.

ANN. - Todos me mimáis, menos Jack.

TANNER *(por encina del hombro, desde la librería).* -Creo que deberías llamarme señor Tanner.

ANN *(dulcemente).* -No lo crees, Jack. Eso es como las cosas que dices intencionadamente para escandalizar a la gente: los que te conocen no hacen caso.

Pero si quieres te llamaré por el nombre de tu famoso antepasado Don Juan.

RAMSDEN. - ¡Don Juan!

ANN *(inocentemente).* - ¿Hay algo de malo en eso? No lo sabía. En ese caso no te llamaré así. ¿Puedo llamarte Jack hasta que se me ocurra otra cosa?

TANNER. - ¡Por todos los dioses, no intentes inventar algo peor! Me rindo. Acepto el Jack. Abrazo a Jack. Aquí termina mi primera y última tentativa para afirmar mi autoridad.

ANN. - ¿Ves, mamá? A todos les gusta tener motes.

LA SEÑORA WHITEFIELD. - Creo que podrías prescindir de ellos hasta que pasemos el luto.

ANN *(en tono de reproche, impresionada hasta el fondo del alma).* - ¡Cómo puedes recordármelo, mamá! *(Sale apresuradamente para ocultar su emoción.)*

LA SEÑORA WHITEFIELD. -Naturalmente; la culpa es mía, como de costumbre. *(Sigue a Ann.)*

TANNER *(viniendo desde la librería).*-Ramsden: estamos vencidos... aplastados… aniquilados, como su madre.

RAMSDEN. -No diga tonterías. *(Sigue a la señora Whitefield y sale.)*

TANNER *(quedándose a solas con Octavius y mirándole picarescamente).* -Tavy: ¿quieres ser algo en el mundo?

OCTAVIUS. - Quiero tener nombre como poeta; quiero escribir una gran comedia.

TANNER. -¿Con Ann de protagonista?

OCTAVIUS. - Sí, lo confieso.

TANNER. - Cuidado. Una comedia con Ann de protagonista está bien; pero si no tienes cuidado se casará contigo.

OCTAVIUS *(suspirando).* -No tendré esa suerte.

TANNER. - Pero hombre, ¡si has puesto la cabeza en la boca de la leona! Ya estás medio tragado ... en tres pedazos; primero, Ricky; segundo, Ticky; tercero, Tavy; y allá vas al fondo.

OCTAVIUS. - Es la misma con todos. Ya la conoces.

TANNER. - Sí; le quiebra la columna vertebral a cualquiera nada más que pasándole una garra. Pero la cuestión es: ¿a quien de nosotros nos va a comer? Mi opinión es que se propone comerte a ti.

OCTAVIUS *(levantándose, quejosamente).* - Es horrible hablar así de ella cuando

está arriba llorando por su padre. Pero deseo tanto que me coma, que puedo soportar tus brutalidades porque me dan esperanzas.

TANNER. - Ese es el lado diabólico de la fascinación de una mujer: hace que desee uno su propia destrucción.

OCTAVIUS. - No es destrucción; es llegar a ser plenamente.

TANNER. -Sí, para sus fines; y sus fines no son su felicidad ni la tuya, sino la de la Naturaleza. En una mujer la vitalidad es una ciega furia de creación. Ella se sacrifica a la creación; ¿crees que titubearía en sacrificarte a ti?

OCTAVIUS. -Precisamente porque se sacrifica, no sacrificará a quien ama.

TANNER. -Ese es el error más profundo, Tavy. Las mujeres que más implacablemente sacrifican a otros son las que se sacrifican. Porque no son egoístas, son bondadosas en las cosas pequeñas. Como tienen un propósito que no es su propio propósito, sino el de todo el universo, un hombre no es para ellas sino un instrumento para aquel propósito.

OCTAVIUS.-No seas mezquino. Las mujeres nos cuidan con delicadeza.

TANNER. - Sí; como cuida un soldado su fusil o un músico su violín. Pero ¿nos permiten algún propósito o alguna libertad que podemos llamar nuestros? ¿Nos prestan uno a otro? ¿Puede el hombre más fuerte escapar de ellas cuando se han apoderado de él? Tiemblan cuando corremos peligro y lloran cuando morimos, pero sus lágrimas no son por nosotros, sino por un padre que ha dejado de existir, por el alimento del hijo. Nos acusan de que las tratemos como meros instrumentos de placer, pero, ¿cómo puede esclavizar a una mujer esa leve y pasajera locura que es el egoísta placer del hombre, hasta el punto en que puede esclavizar al hombre el propósito de la Naturaleza encarnada en una mujer?

OCTAVIUS. - ¡Qué importa, si la esclavitud nos hace felices!

TANNER. - No importa si no tienes un propósito tuyo y eres, como la mayoría de los hombres, simplemente el que gana el pan. Pero tú eres un artista, es decir, tienes un propósito tan absorbente y tan inescrupuloso como el de la mujer.

OCTAVIUS. - No es inescrupuloso.

TANNER. - Muy inescrupuloso. El verdadero artista dejará que su mujer pase hambre, que sus hijos anden descalzos, que su madre se gane duramente la vida a los setenta años, antes que trabajar en algo que no sea su arte. Con las mujeres es medio vivisector, medio vampiro. Entra en relaciones íntimas con ellas para estudiarlas, para

quitarles la máscara de los convencionalismos, para sorprender sus más íntimos secretos, sabiendo que tienen el poder de despertar su energía creadora más profunda, de salvarle de la fría razón, de hacerle ver visiones y soñar despierto, de inspirarle, como dice el. Convence a las mujeres de que pueden hacerlo para sus fines, cuando en realidad no piensa más que en los propios. Roba leche materna y la ennegrece para hacer tinta de imprenta con la cual se burla de la madre y glorifica a las mujeres ideales. Finge que le evita los dolores del parto, para guardarse para sí la ternura y los cuidados que pertenecen a sus hijos. Desde que existe el matrimonio, se sabe que el gran artista es mal marido. Pero es algo peor: es un ladrón de niños, una sanguijuela, un hipócrita y un estafador. Que perezca la raza y perezcan con ella mil mujeres, con tal de que ese sacrificio le permita representar mejor a Hamlet, pintar un cuadro mejor, escribir un poema más exquisito, una comedia más brillante, una filosofía más profunda. Porque tenlo en cuenta, Tavy: la tarea del artista consiste en mostrarnos a nosotros mismos tal como somos. Nuestra inteligencia no es nada más que ese conocimiento de nosotros mismos; y quien añade algo de ese conocimiento crea una nueva inteligencia con tanta seguridad como una mujer crea un ser nuevo. En la furia de la creación, el artista es tan implacable como la mujer, tan peligroso para ella como ella para el, y tan horriblemente fascinante. Entre todas las luchas no hay ninguna tan traidora y tan cruel como la lucha entre el hombre artista y la mujer madre. Lo que se ventila entre ellos es: ¿quién utilizará al otro? Y es una lucha a muerte, porque, para decirlo en tu romántica jerigonza, se aman.

OCTAVIUS. -Aunque fuera así -y no lo admito ni por un momento-, de esas luchas a muerte es de donde salen las personalidades más nobles.

TANNER. - Recuérdalo la próxima vez que te encuentres con un oso pardo o con un tigre de Bengala.

OCTAVIUS. -Hablo de cuando media el amor.

TANNER. - Oh, el tigre te amará. No hay amor más sincero que el amor a la comida. Creo que Ann te ama de ese modo; te ha acariciado la mejilla como si fuera un bife poco asado.

OCTAVIUS. - Huiría de ti si no me hubiera trazado la inflexible norma de no hacer caso de lo que digas. A veces indignas.

Vuelve Ramsden seguido de Ann. Entran de prisa. Su anterior lentitud, que correspondía a una pena decorosa, se ha cambiado en una expresión de sincera

preocupación, y, por parte de Ramsden, de ansiedad. Ramsden se sitúa entre los dos hombres. con la intención de dirigirse a Octavius, pero al ver a Tanner se domina bruscamente.

RAMSDEN. -No esperaba que todavía estaría usted aquí, señor Tanner.

TANNER. - ¿Estorbo? Buenos días, colega tutor *(va hacia la puerta).*

ANN. -Espera. Abuelito: antes o después, debe saberlo.

RAMSDEN. -Octavius: tengo que comunicarle algo muy serio. Es de carácter delicado, íntimo y, lamento decirlo, verdaderamente penoso. ¿Quiere usted que Tanner esté presente mientras me explico?

OCTAVIUS *(palideciendo).* -No tengo secretos para Jack.

RAMSDEN. - Antes que diga sobre eso la última palabra, permítame que le diga que lo que tengo que decirle se refiere a su hermana y es terrible.

OCTAVIUS.- ¡A Violet! ¿Qué ha ocurrido? ¿Ha muerto?

RAMSDEN.- No estoy seguro de que no sea algo peor que eso.

OCTAVIUS.- ¿Está malherida? ¿Ha sufrido algún accidente?

RAMSDEN.- No, nada de eso.

TANNER.- Ann: ¿quieres ser tan humana como para decirnos de qué se trata?

ANN (*medio susurrando).*- No puedo. Violet ha hecho algo espantoso. Tendremos que mandarla a alguna parte. *(Revolotea hasta el escritorio y se sienta en la silla de Ramsden, dejando que se las entiendan los hombres.)*

OCTAVIUS *(comprendiéndolo).*- ¿Es eso lo que quiere usted decir, señor Ramsden?

RAMSDEN.- Sí. *(Octavius, aplastado, se deja caer en una silla.)* -Me temo que no hay duda de que Violet no fue en realidad a Eastbourne hace tres semanas, cuando creímos que fue a casa de los Parry Whitefields. Y ayer fue a ver a un médico desconocido, con un anillo de alianza puesto. La mujer de Parry Whitefield se la encontró allí por casualidad, y se ha sabido todo.

OCTAVIUS *(levantándose, con los puños cerrados).*- ¿Quién es el canalla?

ANN.- No quiere decirlo.

OCTAVIUS (*cayendo otra vez a la silla).*- ¡Qué horror!

TANNER *(con colérico sarcasmo).*- ¡Espantoso! ¡Abrumador! ¡Peor que la muerte!, como dice Ramsden. (*Acercándose a Octavius.)* ¿Qué no darías tú porque fuera un accidente ferroviario en que se hubiese roto todos los huesos, o algo

igualmente respetable y merecedor de simpatía?

OCTAVIUS, - No seas brutal.

TANNER.- ¡Brutal! Vamos a ver, ¿por qué lloras? Aquí tenemos una mujer que todos suponíamos que estaba pintando malas acuarelas, tocando a Grieg y a Brahms, correteando de conciertos a fiestas y perdiendo el tiempo y el dinero. De pronto nos enteramos de que ha abandonado esas tonterías y se ha puesto a realizar el propósito más alto y la función más grande: aumentar, multiplicarse y llenar la tierra. Y en vez de admirar su valor y de alegrarnos de su instinto, en vez de coronar la plena feminidad y de entonar el canto triunfal de "nos ha nacido un hijo, nos han dado un hijo", vosotros, alegres como grillos en vuestro duelo por el difunto, ponéis caras largas y parecéis tan avergonzados y tan deshonrados como si esa chica hubiera cometido el más vil de los crímenes.

RAMSDEN *(rugiendo de furia).*- ¡No permito que se digan en mi casa esas abominables atrocidades! *(Da un puñetazo en el escritorio.)*

TANNER.- Mire usted: si me vuelve a insultar, liaré caso de sus palabras y me iré de esta casa. Ann: ¿dónde está Violet ahora?

ANN.- ¿Por qué? ¿Vas a verla?

TANNER.- ¡Claro que voy a verla! Necesita ayuda y dinero, necesita respeto y felicitaciones, necesita hacer todo lo posible por su hijo. No creo que de vosotros va a obtener esas cosas, pero las obtendrá de mí. ¿Dónde está?

ANN.- No seas terco. Está arriba.

TANNER.- ¡Cómo! ¿Bajo el sagrado techo de Ramsden? Suba y cumpla su triste deber, Ramsden. Póngala en la calle. Limpie de su contaminación el umbral de su casa. Vindique la pureza de su hogar inglés. Voy a traer un coche.

ANN *(alarmada).*- No hagas eso, abuelito.

OCTAVIUS *(levantándose, con el corazón desgarrado).*-Yo me la llevaré. No tenía derecho a venir a su casa, señor Ramsden.

RAMSDEN *(indignado).*- ¡Pero si no quiero más que ayudarla! *(Volviéndose hacia Tanner.)* ¿Cómo se atreve usted, señor mío, a imputarme esas monstruosas intenciones? ¡Protesto! Estoy dispuesto a gastarme hasta mi último penique para evitar que tenga que recurrir a usted en busca de protección.

TANNER *(ablandándose).*-Muy bien. Ramsden no va a obrar según sus principios. Quedamos de acuerdo en que todos estamos al lado de Violeta.

OCTAVIUS.- Pero, ¿quién es el hombre? Casándose con ella puede reparar lo que ha hecho; y se casará, o tendrá que darme cuentas.

RAMSDEN.- Se casará, Octavius. Ahora ha hablado usted como un hombre.

TANNER.- ¿Ya no te parece un canalla, después de todo?

OCTAVIUS.- ¿Que no lo es? Es un canalla y no tiene corazón.

RAMSDEN.-Un redomado canalla. Perdona, Annie, pero no puedo decir menos.

TANNER.-De modo que para corregir a tu hermana la vas a casar con un redomado canalla, ¿eh? Creo que estáis locos todos.

ANN.-- No seas absurdo. Tienes toda la razón, Tavy, pero no sabemos quién es. Ann no nos lo quiere decir.

TANNER.- ¿Qué diablos importa quién es? Ha hecho su parte y Violet debe hacer lo que falta.

RAMSDEN *(fuera de sí).*- ¡Qué estupidez! ¡Qué locura! Hay en nuestro medio un granuja, un libertino, un villano peor que un asesino, y no podemos saber quién es. En nuestra ignorancia le daremos la mano, le traeremos a nuestros hogares, le confiaremos nuestras hijas...

ANN *(para calmarlo).*-No hables tan alto, abuelito. Es muy desagradable, debemos reconocerlo, pero si Violet no nos lo quiere decir, ¿qué podemos hacer? Nada. Absolutamente nada.

RAMSDEN.- ¡Bah! No estoy tan seguro de eso. Si algún hombre ha tenido atenciones especiales con Violet, podemos averiguar fácilmente quién es. Si entre nosotros hay alguien que profesa principios muy libres...

TANNER.- ¡Ejem!

RAMSDEN *(alzando la voz).*- Sí, señor; lo repito. Si hay entre nosotros alguien que profesa principios muy libres. . .

TANNER.- O alguien que notoriamente carece de dominio de sí mismo...

RAMSDEN *(estupefacto).*- ¿Se atreve usted a insinuar que yo soy capaz de una acción semejante?

TANNER.- Querido Ramsden, de esa acción son capaces todos los hombres. Ese es el resultado de llevar la contraria a la naturaleza. La sospecha que usted ha lanzado contra mí se nos puede atribuir a todos. Es una especie de barro que se pega tanto al armiño del juez y a la túnica del cardenal como a los harapos del vagabundo. Vamos, Tavy, no estés tan perplejo: pude haber sido yo, pudo haber sido cualquiera. Si lo

hubiéramos sido, ¿qué nos quedaría, sino protestar como va a protestar Ramsden?

RAMSDEN *(sofocándose).*-Yo... yo... yo...

TANNER.- El culpable no podría tartamudear más ininteligiblemente. Así y todo, sabes muy bien que es *inocente, Tavy.*

RAMSDEN (extenuado).-Celebro que lo reconozca. Confieso que hay un punto de verdad en lo que dice, por mucho que lo desfigure para satisfacer a su malicia. Espero, Octavius, que no tendrás la menor sospecha de mí.

OCTAVIUS.- ¡De usted! No he sospechado ni un instante.

TANNER *(secamente).*- Creo que sospecha de mí un poquito.

OCTAVIUS.- Jack: tú no podrías... no serías capaz de...

TANNER.- ¿Por que no?

OCTAVIUS *(anonadado).*- ¡Por qué no!

TANNER.-Bueno, te diré por qué no. Primero, porque tú te creerías obligado a regañar conmigo. Segundo, porque no le gusto a Violet. Tercero, porque si tuviera el honor de ser el padre del hijo de Violet, me jactaría de serlo en vez de negarlo. De modo que puedes tranquilizarte: nuestra amistad no corre peligro.

OCTAVIUS.-Hubiera rechazado horrorizado la sospecha siempre que tú opinaras y sintieras con naturalidad. Perdona.

TANNER.- ¡Que te perdone! ¡Qué tontería! Ahora sentémonos y celebremos consejo de familia. *(Se sienta. Los demás siguen su ejemplo con más o menos resistencia.)* Violet va a prestar un servicio al Estado; en consecuencia, hay que mandarla al extranjero como a una criminal, hasta que todo haya pasado. ¿Que ocurre arriba?

ANN.- Violet está en el cuarto del ama de llaves; sola, naturalmente.

TANNER.-¿Por qué no en el salón?

ANN.-No seas absurdo. En el salón están la señorita Ramsden y mi madre pensando qué hacer.

TANNER.- Ah, supongo que el cuarto del ama de llaves es la cárcel; y la presa está esperando a que la lleven ante sus jueces. ¡Viejas gatas!

ANN.- Jack!

RAMSDEN.- En este momento es usted huésped en casa de una de las viejas gatas. El ama de casa es aquí mi hermana.

TANNER.-También me pondría a mí en el cuarto del ama de llaves si pudiera. Sin

embargo, retiro lo de gatas. Unas gatas tendrían más sentido común. Ann: como tutor, te ordeno que vayas inmediatamente al lado de Violet y seas especialmente amable con ella.

ANN.-La he visto, Jack. Y siento decir que me temo que se va a mostrar terca respecto al viaje al extranjero. Creo que Tavy debería hablarle de eso.

OCTAVIUS.- ¿Cómo puedo hablarle de una cosa así? *(Se acongoja.)*

ANN.-No te acongojes, Ricky. Procura soportarlo en consideración a todos.

RAMSDEN.-La vida no es todo comedias y poemas, Octavius. ¡Vamos! ¡Sea hombre!

TANNER *(mordaz otra vez).*- ¡Pobre hermanito! ¡Pobres amigos de la familia! ¡Pobres Tabbies y Grimalkins! Pobrecitos todos, excepto la mujer que va a arriesgar su vida para crear otra. Tavy: no seas un asno egoísta. Véte a hablar con Violet y tráela si quiere venir. *(Octavius se levanta.)* Díle que la ayudaremos.

RAMSDEN *(levantándose).*-No, señor...

TANNER *(levantándose también e interrumpiéndole).*-Oh, lo comprendemos; eso va contra su conciencia, pero así y todo ayudará a Violet.

OCTAVIUS.-Les doy mi palabra de que en ningún momento me ha movido el egoísmo. Es muy difícil saber lo que se ha de hacer cuando uno quiere seriamente ser justo.

TANNER.- Querido Tavy, tu piadosa costumbre inglesa de ver el mundo como un gimnasio moral construído expresamente para robustecer tu carácter te lleva de vez en cuando a pensar en tus malditos principios cuando deberías pensar en lo que necesitan otros. La necesidad del momento es una madre feliz y un niño sano. Dirige tus energías en ese sentido y verás claramente el camino.

Octavius, muy perplejo, sale.

RAMSDEN *(dando cara impresionantemente a Tanner).* ¿Y la moralidad, señor mío? ¿En dónde queda la moralidad?

TANNER.-Si se refiere a una Magdalena llorosa y a un niño marcado con el estigma de su infancia, eso no ocurre en nuestro círculo, gracias. La moralidad puede ir a reunirse con su padre el diablo.

RAMSDEN.-Ya me lo parecía. La moralidad debe irse al diablo para satisfacción de nuestros libertinos, machos y hembras. Ese va a ser el porvenir de Inglaterra, ¿verdad?

Librodot

TANNER.- Oh, Inglaterra sobrevivirá a la desaprobación de usted. Entretanto, me parece entender que está de acuerdo conmigo respecto al camino práctico que hemos de seguir.

RAMSDEN.- Pero no como usted lo expone; no por sus razones.

TANNER.-Ya tendrá usted tiempo de explicarse si alguien le pide cuentas aquí o en el más allá. *(Se vuelve y se planta frente a Herbert Spencer, a quien mira ceñudo.)*

ANN *(levantándose, acercándose a Ramsden).*-Abuelito, ¿no será mejor que subas tú y les digas lo que pensamos hacer?

RAMSDEN *(mirando intencionadamente a Tanner).*- No me gusta mucho dejarte sola con ese caballero. ¿No quieres venir conmigo?

ANN.- A tu hermana no le gustaría hablar delante de mí, abuelito. No debo estar presente.

RAMSDEN.-Tienes razón, se me debía haber ocurrido. Eres una buena chica, Annie.

Le da unas palmaditas en la espalda. Ann le mira con ojos radiantes, y Ramsden sale muy conmovido. Después de librarse de Ramsden, Ann mira a Tanner, pero, como está de espaldas, presta un momento de atención a su aspecto personal y después se acerca suavemente a él y le habla casi al oído.

ANN.- ¡Jack! *(Tanner se vuelve sobresaltado.)* ¿Te alegras de ser mi tutor? Espero que no te importará tenerme bajo tu responsabilidad.

TANNER.-Soy la última adición a tu colección de víctimas propiciatorias, ¿eh?

ANN.- Siempre me gastas la misma broma estúpida. No la repitas, por favor. ¿Por qué me dices cosas que sabes que me tienen que doler? Yo hago lo posible por complacerte; me figuro que puedo decírtelo ahora que eres mi tutor. Me harás muy desgraciada si te niegas a ser amigo mío.

TANNER *(estudiándola tan lúgubremente como ha estudiado el busto).*- No necesitas mendigar mi consideración. ¡Qué irreales son tus juicios morales! Se diría que careces totalmente de conciencia. . . que no eres más que una hipócrita y no puedes ver la diferencia. . . Con todo, tienes algo de fascinadora. Siempre te cuido de una manera o de otra. Te echaría de menos si te perdiera.

ANN *(agarrándole tranquilamente de un brazo y llevándoselo de un lado para otro).*- ¿No es natural eso? Nos conocemos desde la niñez. ¿Recuerdas ... ?

TANNER *(soltándose bruscamente).*- ¡Calla! Lo recuerdo todo.

ANN.- Creo que a menudo éramos muy tontitos, pero...

TANNER.- No quiero, Ann. Actualmente no soy ni el chiquillo que iba a la escuela, ni el chocho de noventa años que seré si vivo lo suficiente. Lo pasado, pasado; déjame olvidarlo.

ANN.-- ¿No fue una época feliz? *(Intenta volver a agarrarle de un brazo.)*

TANNER.- Siéntate y pórtate bien. *(Le hace sentarse en la silla cercana al escritorio.)* Sin duda fue una época feliz para ti. Eras una buena chica y nunca te comprometías. Sin embargo, no hubiera podido divertirse más una chica perversa que se llevara azotainas. Comprendo el éxito que tenías al imponerte a las demás chicas: lo que les imponía era tu virtud. Pero dime una cosa: ¿has conocido alguna vez un buen chico?

ANN.-Ya lo creo. Todos los chicos hacen tonterías de vez en cuando; pero Tavy fue siempre muy buen chico.

TANNER *(sorprendido).*- Sí; tienes razón. No sé por qué, nunca le tentaste.

ANN.-¡Tentarle! ¡Jack!

TANNER.- Sí, querida Lady Mefistófeles, tentarle. Tenías una insaciable curiosidad acerca de lo que un chico pudiera ser capaz de hacer, y eras diabólicamente inteligente para penetrar a través de su guardia y sorprender sus más íntimos secretos.

ANN.-¡Qué tonterías! Eso me lo dices porque me solías contar detalladamente todas las picardías que hacías... picardías de tontuelos. A eso llamas secretos íntimos. Los secretos de los chicos son como los de los hombres, y ya sabes cómo son.

TANNER *(tercamente).*-No, no lo sé. Haz el favor de decirme cómo son.

ANN.-Hombre, las cosas que cuentan a todo el mundo.

TANNER.-juro que te dije cosas que no he dicho a nadie más. Tú me sedujiste para llevarme a pactar que no habría secretos entre nosotros. Nos lo íbamos a decir todo. Nunca vi que me dijeras nada.

ANN.-No querías hablar de mí, Jack. Querías hablar de ti mismo.

TANNER.- Ah, es cierto, espantosamente cierto. Pero, ¡qué diablo de chica debías tú ser para notar mi debilidad y jugar con ella para satisfacer tu propia curiosidad! Yo quería presumir ante ti, hacerme el interesante, y me encontré haciendo toda clase de picardías simplemente para tener algo que contarte. Me pegué con chicos a quienes no detestaba, mentí cuando bien pude haberte dicho la verdad, robé cosas que no necesitaba, besé a chicas que no me interesaban. Todo era pura jactancia, sin pasión, y

por lo tanto irreal.

ANN.- Nunca conté nada a nadie.

TANNER.- No; pero si hubieras querido contenerme, habrías contado. Tú querías que siguiera haciendo las mismas cosas.

ANN *(relampagueante).*-No es verdad, no es verdad. Yo no quería que hicieras bobadas, brutalidades, estupideces y vulgaridades desilusionantes. Esperaba que acabarías haciendo algo heroico. *(Dominándose.)* Dispénsame, pero las cosas que hacías estaban muy lejos de ser las que yo quería que hicieras. A veces me preocupaban mucho, pero no podía mencionarlas y acarrearte disgustos. Además, no eras más que un chico, y yo sabía que con los años las dejarías atrás. Quizá me haya equivocado.

TANNER *(irónicamente).*- ¡Que no te remuerda la conciencia! De veinte hazañas que te conté, diecinueve eran puras mentiras. Pronto observé que no te gustaba lo que hacía de veras.

ANN.- No creas que no sabía que algunas de aquellas cosas no podían haber ocurrido. Pero.. .

TANNER.- Vas a recordarme algunas de las más desagradables.

ANN *(cariñosamente, con gran terror de Tanner).*- No quiero recordarte nada. Pero conocía a las personas que las padecieron, y me las contaron.

TANNER.-Sí, pero hasta las cosas que me pasaban de veras las retocaba para contártelas. Las humillaciones de un chico sensible les podrán hacer gracia a los mayores que ya se han endurecido, pero al chico le duelen tanto, le parecen tan ignominiosas, que no puede confesarlas; lo único que se le ocurre es negarlas apasionadamente. Con todo, es posible que no haya perdido nada con haber imaginado para ti aventurillas románticas, porque en una ocasión en que te dije la verdad me amenazaste con contarla.

ANN.- Nunca te amenacé. Ni siquiera una vez.

TANNER.- Sí, me amenazaste, ¿Te acuerdas de una chica de ojos oscuros que se llamaba Rachel Rosetree? *(Las cejas de Ann se contraen involuntariamente.)* Anduve un poco con ella y una noche nos citamos en el jardín y dimos un paseo muy incómodo, agarraditos cariñosamente. Al despedirnos nos besamos. Estuvimos verdaderamente románticos. Si aquella relación con ella hubiera durado, me habría muerto de aburrimiento, pero no duró, porque lo que ocurrió inmediatamente fue que

Rachel me dejó plantado porque se enteró de que yo te lo había contado. ¿Cómo lo supo? Se lo dijiste tú. Fuiste a verla y le hiciste pasar por un período de terror y humillación amenazándola con que ibas a divulgar el secreto.

ANN.-Le hice mucho bien. Yo tenía el deber de que acabara su mala conducta, y ahora me está agradecida.

TANNER.- ¿De veras?

ANN.- En todo caso, debería estarlo.

TANNER.- Supongo que no tenías el deber de evitar que yo me portara mal.

ANN.- Lo evité haciendo que no se portara mal ella.

TANNER.- ¿Estás segura? Hiciste que no te contara más aventuras, pero ¿cómo sabes que no las corría?

ANN.- ¿Quieres decir que seguiste portándote de la misma manera con otras chicas?

TANNER.- No. Para chiquilladas románticas me bastó con Rachel.

ANN *(sin convencerse).*-Entonces, ¿por qué interrumpiste tus confidencias y te distanciaste de mí?

TANNER *(enigmáticamente).*- Porque en aquel momento adquirí algo que quería guardarlo para mí solo en vez de compartirlo contigo.

ANN.-Estoy seguro de que no te habría pedido nada si te hubieras resistido a dármelo.

TANNER.- No se trataba de una caja de chocolates. Era algo que nunca me has permitido decir que me pertenece.

ANN *(incrédulamente).*- ¿Qué era?

TANNER.-Mi alma.

ANN.- A ver si eres sensato, Jack. Ya sabes que estás diciendo tonterías.

ANN.-Lo que te digo es solemnemente serio. No te diste cuenta de que también tú ibas teniendo un alma por entonces, pero así era. No fué porque sí por lo que de pronto descubriste que tenías el deber moral de reprender y reformar a Rachel. Hasta entonces le habías sacado buen partido al ser buena chica, pero no te habías trazado un deber respecto a otros. También yo me lo tracé. Hasta entonces había sido el chico pirata sin más conciencia que la de un zorro en un gallinero. Pero empecé a tener escrúpulos, a sentir obligaciones, a descubrir que la veracidad y el honor no eran ya expresiones santurronas en boca de personas mayores, sino un principio compelente

dentro de mí mismo.

ANN *(suavemente).*- Creo que tienes razón. Empezabas a ser hombre, y yo empezaba a ser mujer.

TANNER.- ¿Estás segura de que no era el comienzo de algo más? ¿Qué significa en boca de la mayoría de las personas el comienzo de la virilidad y la feminidad? Ya lo sabes: significa el comienzo del amor. Pero el amor había comenzado para mí mucho antes. El amor desempeñó su papel en los primeros sueños y locuras que recuerdo. . . ¿puedo decir que en los primeros sueños, locuras y aventuras románticas que recordamos, aunque entonces no nos dábamos cuenta? No: el cambio que me ocurrió fué que nació dentro de mí la pasión moral; y declaro que, según mi experiencia, la única pasión verdadera es la pasión moral.

ANN.- Todas las pasiones deberían ser morales.

TANNER.- ¡Deberían serio! ¿Tú crees que hay algo tan fuerte como para imponer deberías en una pasión, salvo otra pasión aun más fuerte?

ANN.-Nuestro sentido moral controla la pasión. No seas estúpido.

TANNER.- ¡Nuestro sentido moral! ¿No es eso una pasión? Van a ser del diablo todas las pasiones además de serlo las buenas canciones? Si no fuera una pasión, si no fuera la más poderosa de las pasiones, las demás la barrerían, y desaparecería como una hoja en un huracán. Lo que transforma al niño en hombre es esa pasión.

ANN.-Hay otras, Jack. Muy fuertes.

TANNER.-Yo tenía ya las demás, pero carecían de finalidad y permanecían ociosas; eran meras codicias y crueldades infantiles, curiosidades y caprichos, hábitos y supersticiones, grotestas y ridículas para la inteligencia madura. Cuando de pronto empezaron a brillar como llamas recién encendidas no fué por su propia luz, sino por la irradiación del amanecer de la pasión moral. Esa pasión las dignificó, les encontró un tropel de apetitos y las organizó en un ejército con propósitos y principios. Mi alma nació de esa pasión.

ANN.- Ya noté yo que te volvías más sensato. Hasta entonces fuiste un chico terriblemente destructor.

TANNER.- ¡Destructor! ¡Qué tontería! No era más que pícaro.

ANN.- Eras muy destructor, Jack. Destrozaste las plantas de abeto dando tajos con tu sable de madera para separarlas de sus vástagos. Rompiste con tu catapulta los cuadros de pepinos. Diste fuego a la pradera pública, y la policía detuvo a Tavy

porque se escapó cuando no pudo contenerte. Tu...

TANNER.- Bah, bah, bah. Esas fueron batallas, bombardeos, estratagemas para que los pieles rojas no nos arrancaran el cuero cabelludo. No tienes imaginación, Ann. Ahora soy diez veces más destructor que entonces. La pasión moral se ha apoderado de mi poder destructor y lo dirige hacia fines morales. Ahora me he vuelto re-formador, y, como todos los reformadores, iconoclasta. Ya no rompo cuadros de pepinos ni quemo matorrales: ahora destruyo creencias y derribo ídolos.

ANN *(aburrida).*- Me temo que soy demasiado femenina para ver sentido en la destrucción. La destrucción no hace más que destruir.

TANNER.- Por eso es tan útil. La construcción obstruye el terreno con instituciones creadas por entrometidos. La destrucción lo despeja y nos da espacio para respirar y libertad.

ANN.-No insistas, Jack. Ninguna mujer te dará la razón en eso.

TANNER.- Porque confundís la construcción y la destrucción con la creación y el asesinato. Son cosas muy distintas: yo adoro la creación y aborrezco el asesinato. Sí; la adoro en el árbol y en la flor, en el ave y en la bestia, la adoro hasta en ti. *(Un relámpago de interés y delicia disipa la creciente perplejidad y el aburrimiento del rostro de Ann.)* Lo que te llevó a atarme a ti con lazos cuya marca tengo todavía fue el instinto creador. Sí, Ann: el pacto infantil que existió entre nosotros era un inconsciente pacto amoroso...

ANN.- Jack.. .

TANNER.-No te alarmes ...

ANN.-No me alarmo.

TANNER *(alegremente).*- Pues deberías alarmarte. ¿Dónde están tus principios?

ANN.- Jack: ¿hablas en serio, o no?

TANNER.- ¿De la pasión moral?

ANN.- No, no. De la otra. (Confundida.) Oh, qué bobo eres. Nunca se sabe cómo tomarte.

TANNER.- Debes tomarme muy en serio. Soy tu tutor, y tengo el deber de instruirte.

ANN.- El pacto amoroso ya no existe, ¿verdad? Me figuro que te cansaste de mí.

TANNER.- No; pero la pasión moral hizo imposible nuestras relaciones infantiles. En mí se despertó un celoso nuevo sentido de mi nueva individualidad...

ANN.- Detestabas que te siguieran tratando como a un chico, pobre Jack.

TANNER.- Sí, porque ser tratado como un chico era que me trataran como antes. Yo era ya una nueva persona, y los que conocían la antigua se reían de mí. El único hombre que se portó sensatamente fue mi sastre: cada vez que me veía me tomaba las medidas, mientras que los demás siguieron usando las viejas y esperando que la ropa siguiera sentándome bien.

ANN.- Te preocupaba demasiado tu propia persona.

TANNER.- Cuando vayas al cielo te preocuparán espantosamente tus alas en el primer año o un poco más. Y cuando te encuentres allí con tus parientes y persistan en seguirte tratando como si fueras mortal, no podrás soportarlos. Procurarás entrar en un círculo que nunca te haya conocido sino como ángel.

ANN.-¿De modo que, al fin y al cabo, lo único que te hizo huir de nosotros fue tu Vanidad?

TANNER.- Sí, nada más que mi vanidad, como dices tú.

ANN.-No tenías por qué haberte alejado de mí por eso.

TANNER.- Más que de nadie. Tú luchaste más que nadie contra mi emancipación.

ANN *(seriamente).*- ¡Qué equivocado estás! Yo hubiera hecho por ti cualquier cosa.

TANNER.- Cualquier cosa menos soltarme. Ya entonces habías aprendido instintivamente la odiosa triquiñuela femenina de amontonarle a un hombre obligaciones, de poneros tan entera y tan inertemente a su merced, que al fin no se atreve a dar un paso sin correr a pediros permiso. Conozco un pobre diablo cuyo único deseo en la vida es huir de su mujer, pero ella se lo impide amenazándole con arrojarse bajo la locomotora del tren en que se escape. Eso es lo que hacen todas las mujeres. Sí intentamos ir adonde no queráis que vayamos, no hay ley que nos lo impida, pero en cuanto levantamos un pie para dar el primer caso, nos encontramos con que debajo están vuestros senos. Vuestros cuerpos están bajo nuestras ruedas cuando iniciamos la huida. Ninguna mujer me esclavizará de esa manera.

ANN.-No se puede caminar en la vida sin pensar un poco en otros.

TANNER.- ¿En qué otros? Ahí está la cosa. Esa consideración a otras personas, mejor dicho, ese cobarde miedo que les tenemos y que llamamos consideración, es lo que hace de nosotros los sentimentales esclavos que somos. Tenerte consideración, como dices tú, equivale a sustituir mi voluntad con la tuya. ¿Y qué si es una voluntad

más vil que la mía? ¿Se les instruye a las mujeres mejor que a los hombres, o peor? Peor, naturalmente, en los dos casos. ¿Y qué clase de mundo va a resultar si sus hombres públicos guardan consideración al populacho de votantes y sus hombres privados guardan consideración a sus mujeres? ¿Qué significan hoy la Iglesia y el Estado?: La mujer y el contribuyente.

ANN *(plácidamente).*-Me alegro de que entiendas de política, Jack: te será muy útil cuando vayas al Parlamento. *(Tanner se desinfla como una vejiga a la cual se le da un pinchazo.)* Pero lamento que mi influencia sobre ti te pareciera mala.

TANNER.-No digo que fuera mala. Pero mala o buena, no elegí que me cortaran a tu medida. Y no dejaré que me corten.

ANN.-Nadie lo quiere, Jack. Te aseguro, te doy mi palabra, de que tus extrañas opiniones políticas me tienen completamente sin cuidado. Ya sabes que a todos se nos ha enseñado a tener ideas avanzadas. ¿Por qué insistes en creer que tengo un espíritu estrecho?

TANNER.-Ahí está el peligro. Yo sé que mis opiniones no te importan porque has averiguado que no tienen importancia. A la serpiente boa no le importan un comino las opiniones de su presa una vez que le ha echado encima sus anillos.

ANN *(levantándose al comprender súbitamente una cosa).*-¡O-o-oh! Ahora comprendo por qué advertiste a Tavy que soy una boa. Me lo dijo abuelito. *(Suelta una carcajada y le echa al cuello su boa.)* ¿No te parece suave y caliente?

TANNER *(caído en la trampa).*- ¿Por qué no prescindes hasta de tu hipocresía, escandalosa mujer?

ANN, - Nunca soy hipócrita contigo. ¿Te has enfadado? *(Le quita la boa y la tira a una silla.)* Tal vez no debiera haber hecho eso.

TANNER *(desdeñosamente).*- Bah, gazmoñería. ¿Por qué no, si te divierte?

ANN *(tímidamente).*-Porque... porque me figuro que lo que querías decir realmente al llamarme serpiente boa es esto *(le echa los brazos al cuello).*

TANNER *(mirándola fijamente).*- ¡Magnífica audacia! *(Ann se ríe y le acaricia las mejillas.)* ¡Pensar que si yo mencionara este episodio no me creería nadie más que los que me negarían el saludo por contarlo, mientras que si tú me acusaras nadie me creería si dijera que no es cierto!

ANN *(retirando los brazos con perfecta dignidad).*- Eres incorregible, Jack. Pero no deberías bromear sobre el cariño que nos tenemos. Nadie podría interpretarlo mal.

Espero que tampoco lo interpretarás tú.

TANNER.-Mi sangre interpreta por mí, ¡Pobre Ricky-ticky-tavy!

ANN *(mirándole rápidamente, como si esas palabras arrojaran nueva luz).*- No serás tan absurdo como para tener celos de Tavy.

TANNER.- ¡Celos! ¿Por qué voy a tenerlos? No me extraña que lo tengas tan agarrado. Yo mismo siento que me van apretando los tentáculos aunque no haces más que jugar conmigo.

ANN.- ¿Tú crees que tengo intenciones respecto a Tavy?

TANNER.- Estoy seguro.

ANN (*seriamente).*-Ten cuidado, Jack. Puedes hacer a Tavy muy desgraciado si le das de mí una impresión falsa.

TANNER.-No tengas miedo; no se te escapará.

ANN.- A veces me pregunto si realmente eres un hombre inteligente.

TANNER.-¿Por qué lo dudas de pronto?

ANN.- Al parecer comprendes todas las cosas que yo no comprendo; pero en las cosas que yo comprendo eres un niño.

TANNER.- Sé lo que Tavy siente por ti; pase lo que pase, puedes depender de eso.

ANN.- Y crees saber lo que yo siento por Tavy, ¿verdad?

TANNER.-Lo que sé demasiado bien es lo que le va a pasar al pobrecito.

ANN.-Me debería reír de ti, Jack, si no fuera por la muerte del pobre papá. ¡Cuidado! Tavy va a ser muy desgraciado.

TANNER.- Sí, pero el pobre diablo no se dará cuenta. Vale mil Veces más que tú. Por eso es por lo que va a cometer contigo la equivocación de su vida.

ANN.- Creo que los hombres cometen más errores por ser demasiado inteligentes que por ser demasiado buenos. *(Se sienta, y en la elegancia del movimiento de sus hombros hay cierto desprecio a todo el sexo masculino.)*

TANNER.- Ya se que Tavy no te interesa mucho. Pero siempre hay uno que besa y otro que se deja besar. Tavy besará, y tú te limitarás a ponerle la otra mejilla. Y prescindirás de él en cuanto aparezca alguno mejor.

ANN *(ofendida).*-No tienes derecho a decir esas cosas. No son ciertas ni delicadas. Si tú y Tavy preferís ser estúpidos cuando se trata de mí, no tengo yo la culpa.

TANNER *(con remordimiento).*-Perdona mis brutalidades. Van dirigidas a este malvado mundo, no a ti. *(Ann levanta la mirada y le mira satisfecha y perdonándole.*

Tanner se siente cauteloso instantáneamente.) De todos modos, ojalá estuviera Ramsden de vuelta. Nunca me siento seguro contigo. Tienes un diabólico encanto… no, no es encanto; despiertas un sutil interés *(Ann se ríe).* Eso es; y tú lo sabes y te regocijas. Te regocijas abierta y desvergonzadamente.

ANN.- Eres un flirteador terrible, Jack.

TANNER.- ¡Yo f lirteador!

ANN.- Sí, flirteador. Te pasas la vida insultando y ofendiendo a la gente, pero no quieres perder tu influencia.

TANNER.- Voy a tocar el timbre, Esta conversación ha ido ya más allá de lo que me proponía.

Vuelven Ramsden y Octavius con la señorita Ramsden, terca solterona que viste un sencillo vestido castaño de seda y lleva encima los suficientes anillos, cadenas y broches para demostrar que la sencillez de su vestimenta es cuestión de principios, no de pobreza. Entra muy decidida y la siguen, perplejos y deprimidos, los dos hombres. Ann se levanta y sale al encuentro de la señorita Ramsden. Tanner se retira a la pared, entre los dos bustos, y finge contemplar los cuadros. Ramsden va a su escritorio; como de costumbre,- y Octavius se pega a la proximidad de Tanner.

LA SEÑORITA RAMSDEN *(casi apartando a Ann de un empujón al ir a la silla de la señora Whitefield y plantándose resueltamente)*.-Yo me lavo las manos en todo este asunto.

OCTAVIUS *(muy compungido).*-Ya sé que quiere usted que me lleve a Violet, y me la llevaré. *(Se vuelve irresoluto hacia la puerta.)*

RAMSDEN.-No, no.

LA SEÑORITA RAMSDEN.- ¿Para qué decir que no, Roebuck? Octavius sabe que no echaría de tu casa a una mujer verdaderamente arrepentida. Pero cuando una mujer no sólo es perversa, sino que insiste en serlo, yo me separo de ella.

ANN.- ¿Qué quiere usted decir? ¿Qué ha dicho Violet?

RAMSDEN.- Violet es verdaderamente terca. No quiere irse de Londres. No la comprendo.

LA SEÑORITA RAMSDEN.-YO, sí. Está tan claro como el agua que no se quiere ir por no separarse de ese hombre, quienquiera que sea.

ANN.- Oh, seguramente, seguramente. Octavius: ¿has hablado con ella?

OCTAVIUS.- No quiere decirnos nada. No quiere adoptar ninguna resolución

hasta consultar con alguien. Ese alguien no puede ser más que el canalla que la ha traicionado.

TANNER.-Déjala que consulte con él. Se alegrará de que se vaya al extranjero. ¿Cuál es la dificultad?

LA SEÑORITA RAMSDEN *(quitándole a Octavius la respuesta de la boca).*-La dificultad, señor Jack, es que asando me ofrecí a ayudarla no me ofrecí a ser cómplice en su perversión. O da su palabra de que no volverá a ver a ese hombre, o debe encontrar nuevos amigos; y cuanto antes, mejor.

Aparece en el umbral la doncella. Ann se apresura a ocupar su silla, y adopta una actitud todo lo indiferente posible.

LA DONCELLA.-El coche está a la puerta, señorita.

LA SEÑORITA RAMSDEN.- ¿Qué coche?

LA DONCELLA.-Para la señorita Robinson.

LA SEÑORITA RAMSDEN.- ¡Ah! *(Volviendo a la realidad.)* Muy bien. *(La doncella se retira.)* ¡Ha hecho traer un coche!

TANNER.-Hace una hora que lo pedí yo.

LA SEÑORITA RAMSDEN.- Celebro que Violet comprenda la situación en que se ha puesto.

RAMSDEN.- No me gusta que se vaya así, Susan. No hagamos nada precipitado.

OCTAVIUS.-No; gracias una y mis veces, pero la señorita Ramsden tiene razón. Violet no puede pensar en quedarse.

ANN.- ¿No será mejor que vayas tú con ella?

OCTAVIUS.- No quiere que vaya.

LA SEÑORITA RAMSDEN.-Naturalmente. Irá en de rechura a ver a ese hombre.

TANNER.- Como natural resultado de la virtuosa acogida que ha encontrado aquí.

RAMSDEN *(muy preocupado).*- Oye eso, Susan, porque tiene parte de verdad. Quisiera que armonizaras tus principios con un poco de paciencia con esa chica. Es muy joven, y hay tiempo para todo.

LA SEÑORITA RAMSDEN.- Oh, encontrará en los hombres toda la simpatía que quiera. Me sorprendes, Roebuck.

TANNER.-También me sorprende a mí, Ramsden, muy favorablemente.

En el umbral aparece Violet. Es una mujer joven, lodo lo impenitente y segura de sí misma que desearía uno ver entre las que mejor se portan de su sexo. Su cabecita y

sus resueltas boca y barbilla; la arrogante precisión con que habla y su buen porte; la impecable elegancia de su vestimenta, que comprende un sombrero muy elegante adornado con un pájaro disecado, definen una personalidad tan formidable como exquisitamente linda. No es una sirena, como Ann; se le admira sin que ella se esfuerce ni le interese la admiración; además, Ann tiene gracia, pero esta mujer no, y quizá no sea capaz de compadecer. Si algo la contiene, es la inteligencia y el orgullo,, no la compasión. Su voz, cuando procede con plena compostura, y cierto disgusto a decir lo que ha venido a decir, podría ser la de una maestra dirigiéndose en el aula a unas alumnas que se han portado mal.

VIOLET.- No he venido más que para decir a la se ñorita Ramsden que el brazalete de... que me regaló el día de mi cumpleaños lo encontrará en el cuarto del ama de llaves.

TANNER.-Entra, Violet, y tengamos sentido común.

VIOLET.- Gracias; me basta con la conversación que he tenido en familia esta mañana. También le ha bastado a tu madre, Ann; ha ido a casa llorando. Pero al fin y al cabo he averiguado lo que valen algunos que se dicen amigos míos.

TANNER.-No, no; un momento. Tengo que decir algo que te ruego me oigas. *(Violet le mira sin la menor curiosidad, pero espera, tanto para terminar de ponerse un guante como, al parecer, para oír lo que Tanner tiene que decir.)* En este asunto me tienes completamente a tu lado. Te felicito con el más sincero respeto por haber tenido el valor de hacer lo que has hecho. Tienes toda la razón, y la familia no tiene ninguna sensación.

Ann y la señorita Ramsden se levantan y se vuelven hacia ellos. Violet, más sorprendida que nadie, olvida el guante y, perpleja y disgustada, avanza al centro de la habitación. El único que no se mueve ni levanta la cabeza es Octavius, que está anonadado de vergüenza.

ANN *(suplicando a Tanner que sea sensato).*- ¡Jack!

LA SEÑORITA RAMSDEN *(ofendida).*-¡Hay que ver!

VIOLET *(vivamente, a Tanner).*- ¿Quién te lo ha dicho?

RAMSDEN.- ¿Quién me lo va a decir? Ramsden y Tavy.

VIOLET.- Pero no saben.

TANNER.- ¿Qué es lo que no saben?

VIOLET.- No saben que tengo razón.

Librodot

TANNER.-Lo saben en el fondo de sus corazones aunque creen que sus estúpidas supersticiones acerca de la moralidad, decoro y demás zarandajas les obligan a censurarte. Pero yo sé, y lo sabe todo el mundo, aunque no se atreva a decirlo, que tuviste razón al obedecer a tu instinto; que las más grandes cualidades que puede tener una mujer son la vitalidad y el valor, y que la maternidad es su solemne iniciación en la feminidad; y que el hecho de que no estés casada legalmente no influye un comino en lo que vales ni en lo que te estimamos.

VIOLET *(sonrojándose de indignación).*- Oh, tú me crees mala, como los demás. Crees que no sólo he sido vil, sino que comparto tus abominables opiniones. Señorita Ramsden: he aguantado sus duras palabras porque sabía que en cuanto conociera la verdad las lamentaría. Pero no quiero aguantar el horrible insulto de que me felicite Jack por ser una de las perdidas que merecen su aprobación. En atención a mi marido he mantenido en secreto mi casamiento, pero ahora, como mujer casada, reclamo el derecho a que no me insulten.

OCTAVIUS *(levantando la cabeza con un inexplicable alivio).*- ¡Estás casada!

VIOLET.- Sí, y creo que podríais haberlo adivinado. ¿Por qué habíais de suponer, como si tal cosa, que no tenía derecho a usar anillo de alianza? Ninguno de vosotros me lo preguntó, y no os lo perdonaré.

TANNER *(en ruinas).* -Estoy anonadado. Mi intención era buena. Te pido humildemente perdón.

VIOLET.- Espero que en adelante pondrás más cuidado en las cosas que dices. Claro está que no las tomamos en serio, pero me parecen muy desagradables y de mal gusto.

TANNER *(resistiendo la tormenta).*-No tengo defensa; en el porvenir pondré buen cuidado en no defender a ninguna mujer. Todos hemos quedado mal contigo, salvo Ann, que te ha defendido. En atención a ella, perdónanos.

VIOLET.- Sí, Ann se ha portado bien, pero lo sabía.

TANNER *(con un gesto de desesperación).*-¡Oh! ¡Insondable perfidia! ¡Nos ha engañado!

LA SEÑORITA RAMSDEN *(rígidamente).*- ¿Haces el favor de decir quién es el caballero que no reconoce a su mujer?

VIOLET *(inmediatamente).*-Ese es un asunto mío, no de usted.

RAMSDEN.-Lo único que puedo decir es que lo siento mucho, Violet. Me

disgusta pensar en cómo te hemos tratado.

OCTAVIUS *(torpemente).*-Perdona, Violet. No puedo decir más.

LA SEÑORITA RAMSDEN *(resistiéndose a rendirse).*- Claro está que lo que dices hace que cambie el aspecto de la cosa. Pero, así y todo, me debo a mí misma...

VIOLET *(interrumpiéndola).*- Me debe usted una explicación; eso es lo que se debe a sí misma y me debe a mí. Si fuera usted casada no le gustaría estar en el cuarto del ama de llaves y que unas chicas jóvenes y unas señoras viejas sin deberes ni responsabilidades la trataran como a una niña traviesa.

TANNER.-No nos pegues cuando estamos en el suelo, Violet. Hemos hecho el ridículo, pero en realidad eres tú la que nos ha puesto en ridículo.

VIOLET.- De todos modos, tú no tenías nada que ver en el asunto.

TANNER.-¿Que no tenía nada que ver? ¡Si Rams-

den casi me ha acusado de ser el desconocido caballero! Ramsden hace un gesto de furia, pero el frío enfado de Violes la apaga.

VIOLET.- ¡Tú! ¡Qué infamia! ¡Qué espanto! ¡Qué cosas habéis dicho de mí! Si mi marido lo supiera, no me permitiría volver a dirigiros la palabra. (A Ramsden.) Creo que al menos eso me lo podía haber evitado.

RAMSDEN.-Te aseguro que no... es una monstruosa desfiguración de algo que le he dicho.

LA SEÑORITA RAMSDEN.-No necesitas disculparte. Ella tiene la culpa de todo. Es ella la que debe disculparse por habernos engañado.

VIOLET.- A usted se lo puedo disculpar porque no puede comprender lo que yo siento, aunque hubiera esperado que personas que tienen experiencia tendrían mejor gusto. Sin embargo, me doy cuenta de que se han puesto ustedes en una situación muy penosa, y lo mejor que puedo hacer es largarme inmediatamente. Buenos días.

Se va y los demás le siguen con la mirada.

LA SEÑORITA RAMSDEN.-¡Hay que ver!

RAMSDEN *(quejosamente).*-No creo que ha sido justa con nosotros.

TANNER.-- Tiene usted que inclinarse, como todos nosotros, ante el anillo de alianza. La copa de nuestra ignominia está llena.

FIN DEL ACTO I

ACTO II

Un automóvil abierto, de turismo, ha tenido una avería en la entrada de coches del parque de una casa de campo situada cerca de Richmond. Está ante un macizo de árboles en torno al cual dobla el camino que lleva a la casa, que se ve parcialmente a través de los árboles. Tanner, que está en el camino dándonos la espalda, podría ver a su izquierda el ángulo oeste de la casa, si no fuera porque le interesan demasiado dos piernas que, en posición supina y enfundadas en perneras de overall, salen de abajo del motor. Tanner las mira interesadísimo, agachándose y apoyando las manos en las rodillas. Su chaqueta de cuero y su gorra dicen que es uno de los pasajeros que se ha apeado del automóvil.

LAS PIERNAS. - ¡Ajá! Ya está.

TANNER. - ¿Arreglada?

LAS PIERNAS. -Sí.

Tanner se agacha, agarra las piernas por los tobillos, y trae a su propietario como si trajera una carretilla, caminando con las manos y con un martillo en la boca. Es un joven que viste un buen traje azul de sarga; y afeitado, de ojos oscuros, dedos cuadrados, pelo corto y bien peinado hacia atrás, y cejas un tanto irregulares y de hombre escéptico. Cuando manipula con el automóvil sus movimientos son rápidos y bruscos, pero atentos y deliberados. Con Tanner y los amigos de Tanner no se muestra nada deferente, sino frío y reservado, teniéndolos siempre a distancia pero sin darles motivos de queja. Sin embargo, los observa constantemente con ojo alerta, y también eso lo hace un tanto cínicamente, como hombre que conoce bien el mundo por el revés. Habla lentamente y con un toque de ironía; y como no finge ser un señor en la manera de hablar, se puede deducir que su elegante aspecto es muestra de respeto a sí mismo y a su clase, no a la de quien la da el empleo.

Se mete en el automóvil para dejar las herramientas y quitarse el overall. Tanner se quita su sobretodo de cuero y lo tira al automóvil suspirando aliviado, contento de librarse de él. El chófer, que lo nota, menea desdeñosamente la cabeza y observa irónicamente a su patrón.

EL CHÓFER. -Le ha molestado bastante, ¿eh?

TANNER. - No pierdo nada con caminar hasta la casa y estirar las piernas y calmar un poco los nervios. *(Mirando a su reloj.)* Me figuro que ya sabe que hemos venido en veinte minutos desde Hyde Park Corner hasta Richmond.

EL CHÓFER. - Habríamos venido en menos de quince si la carretera hubiera estado libre en todo el trayecto.

TANNER. -¿Por qué lo hace usted? ¿Por amor al deporte, o por divertirse en aterrorizar a su desdichado patrón?

EL CHÓFER. - ¿De qué tiene miedo?

TANNER. - De la policía y de romperme la cabeza.

EL CHÓFER. - Si quiere ir despacio, vaya en ómnibus.

Es más barato. Usted me paga para que yo gane tiempo y le haga producir al automóvil lo que le ha costado.

TANNER. - Soy esclavo de ese automóvil y también de usted. Suelo soñar con ese maldito automóvil.

EL CHÓFER. -Ya se acostumbrará. Si va usted a la casa, ¿puedo preguntarle cuánto tiempo va a quedarse? Porque si tiene intención de pasar toda la mañana charlando con las señoras, meteré el automóvil en el garage y me arreglaré un poco con vistas a almorzar aquí. Si no, el automóvil le esperará por aquí con el motor en marcha.

TANNER. - Más vale que me espere aquí. No tardaremos mucho. Hay un joven norteamericano, el señor Malone, que trae al señor Robinson en su nuevo automóvil de vapor.

EL CHÓFER *(incorporándose y saliendo apresuradamente del automóvil).* - ¡Un automóvil norteamericano de vapor! ¡Cómo! ¿Nos ha corrido desde Londres?

TANNER. - Tal vez hayan llegado ya.

EL CHÓFER. - ¡Si lo hubiera sabido! *(Reprochándoselo seriamente a Tanner.)* ¿Por qué no me lo ha dicho?

TANNER. -Porque me han dicho que este automóvil es capaz de hacer ochenta y cuatro millas por hora; y ya sé de qué es usted capaz cuando se encuentra en la carretera con un automóvil que le hace competencia. No, Henry; hay cosas que es mejor que usted las ignore, y esta era una de ellas. Además, alégrese; vamos a pasar un día a gusto. El norteamericano lleva al señor Robinson, a su hermana y a la señorita Whitefield. Nosotros llevamos a la señorita Rhoda.

EL CHÓFER *(consolado y pensando en otra cosa).* - ¿A la hermana de la señorita Whitefield?

TANNER. - Sí.

EL CHÓFER. - ¿Y la señorita Whitefield va en el otro automóvil? ¿No con usted?

TANNER. - ¿Por qué diablos va a venir conmigo?

El señor Robinson estará en el otro automóvil. *(El chófer mira a Tanner con fría incredulidad y se vuelve hacia el automóvil silbando suavemente una canción popular. Tanner, un poco enojado, está a punto de proseguir esa conversación cuando siente los pasos de Octavius en la grava. Octavius viene de la casa y está vestido de automovilista, pero sin sobretodo.)* Gracias a Dios, hemos perdido la carrera: aquí está el señor Robinson. ¿Qué hay, Tavy? ¿Es bueno ese automóvil de vapor?

OCTAVIUS. -YO creo que sí. Hemos venido desde Hyde Park Corner en diecisiete minutos. *(El chófer, furioso, da un puntapié al automóvil al tiempo que profiere un gruñido de disgusto.)* ¿Cuánto habéis tardado vosotros?

TANNER. -Unos tres cuartos de hora.

EL CHÓFER *(protestando).* - ¡Vamos, señor Tanner! Podíamos haber venido fácilmente en menos de diecisiete minutos.

TANNER. - A propósito, voy a presentarlos. El señor Octavius Robinson; el señor Enry Straker.

STRAKER. -Mucho gusto. El señor Tanner le toma el pelo con el Enry Straker. Ustedes pronuncian Henry; pero no me importa.

TANNER. - A ti te parecerá simplemente de mal gusto que le gaste esa broma. Pero te equivocas. Este hombre se preocupa de comerse las haches, mucho más de lo que su padre se preocupó de pronunciarlas. Para el son un sello de casta. Nunca he conocido a nadie tan hinchado como Enry con el orgullo de clase.

STRAKER. - Vaya, vaya. Un poco de moderación, señor Tanner.

TANNER. - Fíjate, Tavy: un poco de moderación. Tú me dirías que no exagere. Pero a este individuo lo han ilustrado. Además, sabe lo que quiere. ¿A qué escuela fue usted, Straker?

STRAKER. - A la de Sherbroke Road.

TANNER. -¡Sherbroke Road! ¿Diría alguno de nosotros ¡Rugby!, ¡Harrow!, ¡Eton!, en ese tono de snobismo intelectual? Sherbroke Road es un lugar donde los

chicos aprenden algo. Eton es un criadero de chicos adonde los mandamos porque en casa molestan y para que más tarde, cuando se mencione un duque, puedan decir que fueron condiscípulos.

STRAKER. -Usted no sabe una palabra de eso, señor Tanner. No nos ilustramos en la escuela, sino en el Politécnico.

TANNER. - Su universidad, Octavius. No la de Oxford, ni la de Cambridge, ni la de Durham, ni la de Dublin, ni la de Glasgow. Ni siquiera esos agujeros No Conformistas de Gales. ¡Regent Street! ¡Chelsea! Ignoro la mitad de esos malditos nombres. Esas son sus universidades, que no son meros comercios que venden limitaciones de clase, como las nuestras. Usted desprecia a Oxford, ¿verdad?

STRAKER. - No, no es verdad. Es un lindo lugar para la gente a la que le gustan esa clase de lugares. Allí enseñan a ser caballero. En el Politécnico enseñan a ser mecánico o cosa parecida. ¿Comprende?

TANNER. - Sarcasmo, Tavy, sarcasmo. ¡Oh!, si pudieras ver en el alma de Enry su profundo desprecio por el caballero, la arrogancia de su orgullo en ser mecánico, te asustarías. Le gusta que el automóvil se averíe porque entonces se revelan mi inutilidad de caballero y su habilidad y sus recursos de obrero.

STRAKER. - No le tome en serio, señor Robinson. Le gusta hablar. Gracias a que le conocernos, ¿verdad?

OCTAVIUS *(seriamente).* - Pero en el fondo de lo que dice hay una gran verdad. Yo creo ardorosamente en la dignidad del trabajo.

STRAKER *(sin impresionarse).* - Porque nunca ha trabajado, señor Robinson. Mi oficio consiste en prescindir del trabajo. De una máquina se puede sacar mucho más que de veinte peones, y además bebe menos.

TANNER. -Por Dios, Tavy, no le hagas hablar de economía política. Tú no eres más que un socialista poético; él es un socialista científico.

STRAKER *(imperturbable).* - Sí. Bueno, esta conversación ilustra mucho, pero tengo que ocuparme del automóvil; y ustedes dos quieren hablar de las señoritas. Ya lo se. *(Finge que se ocupa del automóvil, pero al poco tiempo descansa y se permite el placer de encender un cigarrillo.)*

TANNER. - Es un portentoso fenómeno social.

OCTAVIUS. - ¿A quién te refieres?

TANNER. - A Straker. Las personas dadas a la literatura y cultas se han pasado

Librodot

años vociferando acerca de la Mujer Nueva cada vez que se presentaba una mujer anticuada, y nadie ha advertido el advenimiento del Hombre Nuevo. El Hombre Nuevo es Straker.

OCTAVIUS. -No he visto en el nada nuevo, excepto tu manera de bromear con él. Pero ahora no quiero hablar de Straker. Quiero hablarte de Ann.

TANNER, - Straker sabía hasta eso. Probablemente le informaron en el Politécnico. Bien, ¿qué quieres decirme de Ann? ¿Le has pedido que se case contigo?

OCTAVIUS *(reprochándose a sí mismo).* -Anoche fui lo suficientemente bruto para pedirle.

TANNER. - ¡Suficientemente bruto! ¿Que quieres decir?

OCTAVIUS *(ditirámbicamente).* -Quiero decir grosero. Nunca comprendemos qué exquisita sensibilidad tienen las mujeres. ¿Cómo pude hacer semejante cosa?

TANNER. -¿Que es lo que hiciste, idiota?

OCTAVIUS. - Sí, soy un idiota. ¡Si le hubieras oído, Jack! ¡Si hubieras visto sus lágrimas! No he podido conciliar el sueño en toda la noche pensando en ellas. Si me lo hubiera reprochado, lo podría soportar mejor.

TANNER. -¡Lágrimas! Eso es peligroso. ¿Que dijo?

OCTAVIUS. -Me preguntó cómo podía pensar en algo que no fuera su pobre padre. Ahogó un sollozo... *(se abandona a la desesperación).*

TANNER *(dándole unas palmadas en la espalda).*Sopórtalo como un hombre aunque te sientas como un asno. Es el viejo juego; todavía no se ha cansado de jugar contigo.

OCTAVIUS *(impaciente).* -No seas tonto, Jack. Crees que ese eterno y superficial cinismo tuyo tiene algo que ver con una mujer como Ann.

TANNER. - ¡Ejem! ¿Dijo algo más?

OCTAVIUS. - Sí; y por eso me expongo y la expongo al ridículo al contarte lo que pasó.

TANNER *(con remordimiento).* - No, querido Tavy; al ridículo, no; mi palabra de honor. Sin embargo, no importa. Sigue.

OCTAVIUS. - Su sentido del deber es tan piadoso, tan perfecto...

TANNER. - Sí; ya lo sé. Sigue.

OCTAVIUS. - Con arreglo al testamento, sus tutores sois Ramsden y tú; y ella opina que el deber para con su padre se ha convertido en deber para contigo. Me dijo

que creía que yo debía haber hablado contigo en primer lugar. Tiene razón, pero a mí me parece bastante absurdo venir a pedirte oficialmente que me reconozcas como aspirante a la mano de tu pupila.

TANNER. -Celebro que el amor no haya matado del todo tu sentido del humorismo.

OCTAVIUS. -Esa respuesta no le va a satisfacer.

TANNER. -Mi respuesta oficial es, claro está, que Dios os bendiga, hijos míos; que seáis felices.

OCTAVIUS. -Me gustaría que dejaras de hablar frívolamente sobre esto. Si para ti no es serio, lo es para mí y para ella.

TANNER. - Sabes muy bien que tiene tanta libertad como tú para elegir.

OCTAVIUS. -Ella no lo cree así.

TANNER. -No, ¿eh? Exacto. Pues bien, díme lo que quieres que haga.

OCTAVIUS. - Quiero que le digas sincera y seriamente lo que piensas de mí. Quiero que le digas que puedes confiármela. . . es decir, si crees que puedes.

TANNER. -No dudo de que puedo confiártela. Lo que me preocupa es la idea de confiarte a ti a ella. ¿Has leído el libro de Maeterlinck, sobre las abejas?

OCTAVIUS *(conteniéndose con dificultad).* - En este momento no estoy hablando de literatura.

TANNER. - Ten un poco de paciencia. Tampoco yo estoy hablando de literatura: el libro sobre las abejas es historia natural. Es una espantosa lección a la humanidad. Tú crees que cortejas a Ann; que tú eres el perseguidor y ella la perseguida; que te corresponde a ti cortejar, persuadir, imponerte, vencer. Tonto: el perseguido, la presa destinada eres tú. No necesitas esperar sentado mirando ansiosamente al cebo a través de los alambres de la trampa: la puerta está abierta y seguirá abierta hasta que se cierre para siempre detrás de ti.

OCTAVIUS. - Por más vilmente que lo digas, ojalá pudiera creerlo.

TANNER. - Pero hombre, ¿qué otra tarea tiene ella en el mundo, más que encontrar marido? La habilidad de una mujer está en casarse lo antes posible; y la de un hombre en seguir siendo soltero todo el tiempo que pueda. Tú tienes tus poemas y tus tragedias para trabajar; Ann no tiene nada.

OCTAVIUS. - No puedo escribir sin inspiración. Y nadie más que Ann puede dármela.

TANNER. -¿No te valdría más que te inspirara a una distancia que te permitiera estar seguro? Petrarca no vio a Laura ni Dante vio a Beatriz la mitad del tiempo que tú ves a Ann; y sin embargo escribieron poesías de primer orden... por lo menos, eso dicen. Nunca expusieron su idolatría a la prueba de la familiaridad doméstica -y les duro hasta el sepulcro-. Cásate con Ann; y al final de la semana no encontrarás en ella más inspiración que en un plato de galletas.

OCTAVIUS. -¡Crees que me cansaré de ella!

TANNER. -No, hombre; a nadie le cansan las galletas. Pero no encuentra en ellas inspiración; y tampoco la encontrarás en Ann cuando deje de ser el sueño de un poeta y se convierta en una sólida mujer de noventa y cinco kilos.

OCTAVIUS. -Esa manera de hablar no me convence. No comprendes, nunca has estado enamorado.

TANNER. -¡Yo! Nunca he estado sin enamorarme. Estoy enamorado hasta de Ann. Pero no soy ni esclavo ni víctima del amor. Estudia a las abejas, poeta. Observa como viven, y aprende. Si las mujeres pudieran vivir sin nuestro trabajo y nosotros comiéramos el pan de sus hijos en vez de amasarlo, nos matarían como matan la

araña a su macho o como las abejas matan al zángano. Y tendrían razón si no sirviéramos más que para el amor.

OCTAVIUS. -¡Si sirviéramos realmente para el amor! No hay nada como el amor; fuera del amor no hay nada; sin amor el mundo sería una sórdida pesadilla.

TANNER. -¡Y este es el hombre que me pide la mano de mi pupila! Tavy: creo que nos cambiaron en la cuna, y que el verdadero descendiente de Don Juan eres tú.

OCTAVIUS. - Te ruego que no digas a Ann nada parecido.

TANNER. - No tengas miedo. Ann te ha marcado ya para sí, y nada la detendrá. Estás sentenciado. *(Vuelve Straker con un diario.)* Aquí viene el Hombre Nuevo desmoralizándose con un diario de medio penique, como de costumbre.

STRAKER. - No lo va usted a creer, señor Robinson. Cuando salimos en automóvil compramos dos diarios: el Times para él y El Líder o El Eco para mí. ¿Cree que consigo ver mi diario? No. Agarra El Líder y me deja su Times para que me atiborre.

OCTAVIUS. - ¿En el Times no aparecen los ganadores?

TANNER. - A Enry no le gusta apostar. Su debilidad son las carreras de automóviles. ¿Cuál es la última?

STRAKER. -De París a Biskra a una media de cuarenta millas por hora, sin contar el Mediterráneo.

TANNER. - ¿Cuántos muertos?

STRAKER. - Dos estúpidas ovejas. ¿Qué importa? No están tan caras, y los dueños se quedan muy contentos con cobrar su precio sin molestarse en venderlas al carnicero. De todos modos, pronto se levantará un clamor y el gobierno francés prohibirá las carreras, y nosotros

perderemos una ocasión. Eso es lo que me vuelve loco: el señor Tanner no corre ahora que puede.

TANNER. - Tavy: ¿te acuerdas de mi tío James?

OCTAVIUS. -Sí. ¿Por qué?

TANNER. -Mi tío James tenía una cocinera de primera clase: no podía digerir más que lo que ella cocinaba. Pues bien, el pobre hombre era tímido y detestaba la sociedad. Pero su cocinera estaba orgullosa de su habilidad y quería servir comidas a príncipes y embajadores. Para impedir que se fuera de su casa, el pobre viejo tuvo que dar dos grandes comidas al mes y pasar verdaderas agonías de azaramiento. Ahora aquí me tienes a mí y ahí tienes a Enry Straker, el Hombre Nuevo. Yo detesto los viajes, pero Enry me es simpático. Lo único que le interesa es correr por las carreteras, con una chaqueta de cuero, unas gafas y dos pulgadas de espesor de polvo encima, a setenta millas por hora y con riesgo de matarse y matarme. Excepto, naturalmente, cuando está tumbado de espaldas en el barro, bajo el motor, buscando qué es lo que ha fallado. Resulta que si no le concedo una carrera de mil millas por lo menos cada quince días, lo voy a perder. Me despedirá y se irá con algún millonario norteamericano; y tendré que resignarme a un respetuoso amateur criado-jardinero que se llevará la mano al sombrero y sabrá cuál es su sitio. Soy esclavo de Enry como mi tío James lo era de su cocinera.

STRAKER *(exasperado).* - ¡Caramba! Ojalá tuviera un automóvil tan veloz como usted cuando habla, señor Tanner. Lo que yo digo es que pierde usted dinero en un automóvil si no le hace trabajar. Si no nos saca usted todo el jugo posible, lo mismo daría que en vez de ese automóvil y de mí tuviera un cochecito de niño y una niñera que lo paseara.

TANNER *(calmándolo).* -Muy bien, Henry, muy bien. Pronto daremos un paseo de media hora.

Librodot

STRAKER *(enojado).* - ¡Media hora! *(Se vuelve al automóvil, se sienta y pasa una hoja del diario en busca de noticias.)*

OCTAVIUS. - Oh, ahora me acuerdo. Tengo una esquela de Rhoda para ti. *(Da una carta a Tanner.)*

TANNER *(abriendo el sobre).* -Me parece que Rhoda va a tener una bronca con Ann. En general no hay más que una persona que una chica inglesa deteste más que a su hermana mayor; esa persona es su madre. Pero Rhoda prefiere decididamente a la suya. *(Indignado.)* ¡Hombre!

OCTAVIUS. - ¿Qué pasa?

TANNER. - Rhoda iba a dar conmigo un paseo en automóvil. Pero dice que Ann le prohibe venir.

Straker se pone de pronto, muy deliberadamente, a silbar su canción favorita. Sorprendidos por la súbita melodía de alondra, y molestos por la nota irónica que ha), en su alegría, los dos se vuelven y le miran inquisitivamente. Pero Straker está ocupado con su diario. y el movimiento de los otros dos no trae consecuencias.

OCTAVIUS *(dominándose).* - ¿Da alguna razón?

TANNER. -¡Razón! Un insulto no es una razón. Ann le prohibe estar a solas conmigo en ninguna ocasión. Dice que no soy una persona con la cual puede ir una chica joven. ¿Qué opinas ahora de tu modelo?

OCTAVIUS. - Debes recordar que ahora que ha muerto su padre le incumbe una gran responsabilidad.

TANNER *(mirándole fijamente).* -Para resumir, estás de acuerdo con ella, ¿verdad?

OCTAVIUS. - No, pero creo que la comprendo. Debes reconocer que tus opiniones no son muy adecuadas para la formación de la inteligencia y del carácter de una chica joven.

TANNER. -No reconozco nada de eso. Admito que la formación de la inteligencia y del carácter de una chica joven consiste generalmente en decirle mentiras; pero protesto contra esa de que tengo la costumbre de abusar de la confianza de las chicas.

OCTAVIUS. - Ann no dice eso.

TANNER. - ¿Qué otra cosa quiere decir?

STRAKER *(viendo que Ann viene de la casa).* -Señores, ahí viene la señorita Whitefield. *(Se apea del automóvil y se aleja en el camino, con la expresión del hom-*

bre que sabe que estorba.)

ANN *(poniéndose entre Octavius y Tanner).* - Buenos días, Jack. He venido a decirte que la pobre Rhoda tiene uno de sus dolores de cabeza y no puede ir contigo en automóvil. La pobrecita está muy disgustada.

TANNER. - ¿Que dices ahora, Tavy?

OCTAVIUS. -No puedes entender mal sus palabras, Jack. Ann te está demostrando la más exquisita consideración, aun al precio de engañarte.

ANN. - ¿De qué estás hablando?

TANNER. - ¿Quieres curarle a Rhoda el dolor de cabeza?

ANN. -¡Ya lo creo!

TANNER. -Repítele lo que acabas de decir; y añade que has llegado dos minutos después de su carta.

ANN. - ¡Rhoda te ha escrito!

TANNER. - Dándome todos los detalles.

OCTAVIUS. -No te preocupes de lo que diga Jack. Tienes razón... tienes razón. Ann no ha hecho más que cumplir su deber, Jack, y tú lo sabes. Además lo ha hecho con la mayor delicadeza.

ANN *(acercándose a Octavius).* -¡Qué bueno eres, Tavy! ¡Cómo ayudas! ¡Qué bien comprendes! Octavius irradia contento.

TANNER. - Sí; aprieta los tentáculos. Tú la quieres, ¿verdad, Tavy?

OCTAVIUS. -Ya lo sabe ella.

ANN, - Chitón. ¡Qué vergüenza, Tavy!

TANNER. - Oh, te lo permito. Soy tu tutor y te encomiendo al cuidado de Tavy por una hora. Voy a dar una vuelta en automóvil.

ANN. - No, Jack. Tengo que hablarte de Rhoda. Ricky: véte a la casa y haz compañía a tu amigo el norteamericano. A mamá le ha ocupado ya desde primera hora de la mañana, y quiere terminar las cuentas de casa.

OCTAVIUS. -Voy volando, queridísima Ann *(le besa la mano).*

TANNER *(claramente).* Mira, Ann. Esta vez la has hecho; y si Tavy no estuviera tan enamorado de ti como para perder la cabeza, habría descubierto lo incorregiblemente mentirosa que eres.

ANN. - Interpretas mal, Jack. No me he atrevido a decir a Tavy la verdad.

TANNER. -NO; tus atrevimientos van generalmente en dirección contraria. ¿Qué

diablos de intención tenías al decir a Rhoda que soy demasiado vicioso para tratar con ella? ¡Cómo puedo volver a tener con ella una relación humana o decente, ahora que la has envenenado de esa manera tan abominable?

ANN. - Ya sé que eres incapaz de portarte mal…

TANNER. -¿Entonces, por qué le has mentido?

ANN. -Tenía que mentirle.

TANNER. -¡Tenías que mentirle!

ANN. -Me ha obligado mamá.

TANNER *(con ojos relampagueantes).* - ¡Ja! Ya me lo podía haber figurado. ¡Mamá! Siempre la madre.

ANN. - Por ese espantoso libro que has escrito. Ya sabes lo tímida que es mamá. Todas las mujeres tímidas son convencionales; debemos ser convencionales, Jack, para que no nos entiendan cruelmente, vilmente. Ni tú, que eres hombre, puedes decir lo que piensas sin que te entiendan mal y te injurien... Sí, lo reconozco: he tenido que injuriarte. ¿Quieres que a Rhoda la entiendan mal y la injurien de la misma manera? ¿Tendría razón mamá al dejar que se exponga a que la traten así antes de que tenga la suficiente edad para juzgar por sí misma?

TANNER. -En pocas palabras, la manera de evitar que se entiendan mal las cosas consiste en que todo el mundo mienta, calumnie, insinúe y finja todo lo que pueda. A eso se reduce el obedecer a tu madre.

ANN. -La quiero mucho, Jack.

TANNER *(que va cargándose de una furia sociológica).* -¿Es esa una razón para no decir que tu alma es tuya? ¡Oh!, protesto contra esta vil sumisión de la juventud a la vejez. Mira a la sociedad elegante tal como la conoces. ¿Qué finge ser? Una exquisita danza de ninfas. ¿Qué es? Una horrible procesión de chicas desgraciadas que están bajo las garras de una vieja cínica, astuta, avara, desilusionada, ignorante en su experiencia y de alma sucia, a quien llaman madre y cuyo deber consiste en corromperles la mente y venderlas al mejor postor. ¿Por qué se casan esas desgraciadas esclavas con cualquiera, por viejo y vil que sea, prefiriéndolo a quedar solteras? Porque el matrimonio es el único medio de escapar de esas decrépitas arpías que ocultan tras la máscara del deber maternal y del cariño familiar sus egoístas ambiciones, sus celos y su odio a los jóvenes rivales que las han suplantado. Todo eso es abominable: la voz de la naturaleza proclama que la hija debe estar al

cuidado del padre y el hijo al cuidado de la madre. La ley para padre e hijo y madre e hija no es la ley del amor: es la ley de la revolución, de la emancipación, del definitivo desplazamiento de los viejos y gastados por los jóvenes y aptos. Te lo digo yo: el primer deber de la virilidad y de la feminidad es una Declaración de Independencia; el hombre que invoca la autoridad de su padre no es un hombre; la mujer que invoca la autoridad de su madre es inepta para dar ciudadanos a un pueblo libre.

ANN *(observándolo con tranquila curiosidad).* - Me figuro que algún día te dedicarás seriamente a la política.

TANNER *(desarmado).* - ¿Eh? ¡Cómo!... *(Concentrándose en su aturdimiento.)* ¿Qué tiene eso que ver con lo que estaba diciendo?

ANN. -¡Hablas tan bien!

TANNER. -¡Hablo! ¡Hablo! Para ti no es más que eso: hablar. Bueno, vuélvete a tu madre y ayúdala a envenenar la imaginación de Rhoda como te ha envenenado la tuya. Los elefantes domesticados disfrutan en la caza de los elefantes salvajes.

ANN. - Voy progresando. Ayer era una serpiente boa; hoy soy un elefante.

TANNER. - Sí; recoge la trompa y véte. No tengo nada más que decirte.

ANN. - ¡Eres tan poco razonable y tan poco práctico! ¿Qué puedo hacer?

TANNER. - Rompe tus cadenas. Sigue tu camino según tu propia conciencia y no según la de tu madre. Piensa limpia y vigorosamente; y aprende a gozar de un paseo en automóvil a gran velocidad, en vez de no ver en él más que un pretexto para una detestable intriga. Ven conmigo a Marsella y después a Argel y a Biskra, a sesenta millas a la hora. Si quieres, seguiremos hasta El Cairo. Eso será una Declaración de Independencia y una venganza. Después podrás escribir un libro. El viaje acabará con tu madre y hará de ti una mujer.

ANN *(pensativamente).* - No creo que me haría ningún daño, Jack. Eres mi tutor; ocupas el lugar de mi padre por su voluntad. Nadie podría decir nada contra eso de que viajáramos juntos. Sería delicioso. Muchísimas gracias, Jack. Acepto.

TANNER *(echándose atrás).* -¿Que aceptas?

ANN. - Naturalmente.

TANNER. -Pero... *(se calla, anonadado; después reanuda débilmente).* - No; mira, Ann; si no hay ningún perjuicio, no veo motivo para ese viaje.

ANN. -¡Qué absurdo eres! No querrás comprometerme, ¿verdad?

TANNER. -Sí; mi proposición no tiene otra finalidad.

Librodot

ANN. - Estás diciendo muchas tonterías, y lo sabes. No harías nada que pudiera perjudicarme.

TANNER. -Bueno, si no quieres comprometerte, no vengas.

ANN *(con sencilla seriedad).* -Ya que lo quieres, iré. Eres mi tutor, y creo que deberíamos vernos más y llegar a conocernos mejor. *(Agradecida.)* Te agradezco muchísimo que me invites a esas hermosas vacaciones, especialmente después de lo que dije acerca de Rhoda. Eres muy bueno... mucho mejor de lo que crees. ¿Cuándo nos vamos?

La conversación es interrumpida por la llegada de la señora Whitefield de la casa. La acompaña el caballero norteamericano, y les siguen Ramsden y Octavius.

Héctor Malone es norteamericano del Este, pero no sé avergüenza absolutamente nada de su nacionalidad. Esto hace que los ingleses distinguidos tengan buena opinión de él congo de un joven suficientemente varonil para confesar una obvia desventaja sin intentar ocultarla ni disculparla. Esos ingleses piensan que no hay por qué hacerle sufrir por algo de lo que evidentemente no tiene la culpa, y se esfuerzan en ser especialmente amables con él. Sus caballerosos modales con las mujeres y sus elevados sentimientos morales, que son al par gratuitos y desusados, tal vez les llaman un poco la atención como si fueran una desdicha; y aunque su vena de fácil humorismo les hace gracia cuando ya no les deja perplejos (como ocurría al principio), le han tenido que dar a entender que no debe contar anécdotas a menos que sean estrictamente personales y escandalosas, y que la oratoria es una habilidad que corresponde a un grado de civilización más primitiva que la del país al cual le ha llevado su emigración. Héctor no está del todo convencido en esos puntos: sigue creyendo que los ingleses tienen propensión a convertir sus estupideces en méritos y a representar sus diversas incapacidades como muestras de buena crianza. Le parece que la vida inglesa sufre de falta de una retórica edificante (que él llama tono moral); que el comportamiento de los ingleses muestra falta de respeto a la feminidad; que la pronunciación inglesa falla vulgarmente al arremeter contra palabras como world, girl, bird, etc.; que la franqueza dé la sociedad inglesa llega ocasionalmente hasta el punto de ser una intolerable grosería; y que el trato entre ingleses necesita el estímulo de juegos, anécdotas y otros pasatiempos; por lo que él izo se siente en la obligación de adquirir esos defectos después de haberse tomado grandes trabajos para adquirir una cultura de primera clase antes de aventurarse a cruzar el

Atlántico. Ve que los ingleses, o son totalmente indiferentes a esa cultura, como lo son en general a todas, o eluden cortésmente ostentarla, cuando la verdad es que la cultura de Hector no es más que un estado de saturación de nuestra exportación literaria de hace treinta años, reimportada por él para desembalarla en cualquier momento y tirarla a la cabeza de la literatura, de la ciencia y del arte ingleses en todas las oportunidades que se presenten en la conversación. El abrumador efecto que produce con esos arranques le estimula a seguir creyendo que ayuda a educar a Inglaterra, Cuando se encuentra con personas que charlan inicuamente de Anatole France y de Nietzsche, las apabulla con Matthew Arnold, con El autócrata de la mesa del desayuno[1]*, y hasta con Macauley: y como en el fondo es devotamente religioso, primero lleva a los incautos, mediante humorísticas irreverencias, a prescindir de la teología popular cuando conversan de cuestiones morales con el, y después les sume en confusión preguntándoles si el llevar a la práctica sus ideales de conducta no era el claro propósito de Dios Todopoderoso al crear hombres honrados y mujeres puras, La atractiva frescura de su personalidad y la asombrosa ranciedad de su cultura hacen que sea extremadamente difícil decidir si vale la pena de conocerlo; pues si bien su compañía es innegablemente agradable y estimulante, intelectualmente no se puede sacar dé él nada nuevo, especialmente porque desprecia la política y tiene cuidado en no hablar de negocios, departamento en que probablemente lleva mucha ventaja a los capitalistas ingleses amigos suyos.*

Con los que mejor se lleva es con los románticos cristianos de la secta de los enamoradizos; de ahí la amistad que ha hecho con Octavius.

En cuanto a su aspecto, es un joven bien formado, de veinticuatro años, con barba negra corta y bien cuidada, ojos claros y bien trazados, y una vivacidad de expresión muy simpática. Desde el punto de vista de la elegancia, viste impecablemente. Cuando viene de la casa con la señora WVhitefield se está haciendo insinuantemente simpático y le da conversación, con lo que pone sobre el flaco ingenio de la señora Whitefield una carga que no puede soportar. Un inglés la dejaría en paz, aceptando el aburrimiento y la indiferencia como elementos comunes a los ingleses; y la pobre señora quiere que la dejen en paz o le dejen charlar de cosas que le interesan.

Ramsden avanza a inspeccionar el automóvil. Octavius se acerca a Héctor.

ANN *(cayendo alegremente sobre su madre).* - Oh, mamá, ¿qué te parece? Jack me

[1] Obra de Oliver Wendell Holmes.

Librodot

va a llevar a Niza en su automóvil. ¡Qué delicia! Soy la persona más feliz de Londres.

TANNER *(desesperadamente).* -Su madre se opone. Estoy seguro de que se opone, ¿verdad, Ramsden?

RAMSDEN. -Me parece muy probable.

ANN. -No te opones, ¿verdad, mamá?

LA SEÑORA WHITEFIELD. -¡Oponerme yo! ¿Por qué? Creo que te sentará bien. *(Trotando para acercarse a Tanner.)* Yo tenía la intención de pedirle que lleve de vez en cuando de paseo a Ann. Está demasiado en casa; pero ya la llevará cuando vuelvan.

TANNER. - ¡Abismo bajo abismo de perfidia!

ANN *(apresuradamente, para distraer de la explosión de Tanner).* - Ah, se me había olvidado: no te han presentado al señor Malone. El señor Tanner, mi tutor; el señor Hector Malone.

RECTOR. -Mucho gusto. Si me permite, me gustaría que se ampliara el grupo de excursionistas a Niza.

ANN. -Oh, vamos todos. Eso se sobreentiende, ¿verdad?

HECTOR. -También yo soy modesto propietario de un automóvil. Si la señorita Robinson me concede el privilegio de llevarla, mi automóvil está a su disposición.

OCTAVIUS - ¡Violet!

Azoramiento general.

ANN *(mansamente).* -Vamos, mamá; les dejaremos para que arreglen los detalles. Tengo que ocuparme de la ropa de viaje.

La señora Whitefield está desconcertada, pero Ann se la lleva discretamente y las dos desaparecen a la vuelta de la esquina, en dirección a la casa.

HECTOR. - Creo que puedo ir hasta afirmar que cuento con la aceptación de la señorita Robinson.

Sigue el azoramiento.

OCTAVIUS. -Me temo que tendremos que dejar aquí a Violet. Hay circunstancias que hacen imposible que pueda venir en esa excursión.

HECTOR *(divertido, pero nada convencido).* -Demasiado norteamericano, ¿eh? ¿Es que la señorita necesita una señora de compañía?

OCTAVIUS. -No es eso. Malone... es decir, no es exactamente eso.

RECTOR. - ¿De veras? ¿Puedo preguntar qué otra razón hay?

TANNER *(impaciente).*-Díle, hombre, díle. No podremos conservar el secreto a

menos que lo conozca todo el mundo. Señor Malone: si va usted a Niza con Violet, irá usted con la esposa de otro. Violet está casada.

HECTOR *(estupefacto).* -¡Qué me dice usted!

TANNER. -Se lo digo en confianza.

RAMSDEN *(con aire de importancia, no sea que Malone crea que Violet ha hecho una mala boda).* -Su matrimonio no es público todavía, y Violet desea que no se mencione por el momento.

HECTOR. - Respetaré sus deseos. ¿Sería indiscreto preguntar quién es el marido, para el caso de que se me presente oportunidad de consultarle acerca de este viaje?

TANNER. - No sabemos quién es.

RECTOR *(retirándose a su concha de una manera muy visible).* -En ese caso no tengo nada más que decir.

Todos quedan más azorados que nunca.

OCTAVIUS. - Esto debe parecerle a usted muy extraño.

HECTOR. - Me parece un poco raro, perdóneme que lo diga.

RAMSDEN *(medio disculpándose, medio insolentemente).* - Se casó en secreto, y, al parecer, su marido le ha prohibido que de su nombre. Me parece justo informarle a usted, ya que se interesa en la señorita... en Violet.

OCTAVIUS *(simpatizando).* -Espero que esto no le desilusionará.

HECTOR *(ablandado, saliendo de nuevo de su concha).* -Es un golpe. No puedo comprender cómo puede dejar un hombre a su mujer en esa posición. No creo que sea costumbre. No es varonil. No es considerado.

OCTAVIUS. -Ya puede figurarse que nosotros lo sentimos profundamente.

RAMSDEN *(impertinentemente).*-Es algún imbécil que carece de la suficiente experiencia para saber adónde pueden llevar esa clase de mixtificaciones.

HECTOR *(mostrando grandes síntomas de repugnancia moral).* - Así lo espero. Un hombre tiene que ser muy joven y bastante estúpido para que se le disculpe esa conducta. Adopta usted una posición muy tolerante, señor Ramsden; para mí, demasiado tolerante. No hay duda de que el matrimonio ennoblecería a un hombre así.

TANNER *(sarcásticamente).* - ¡Ja!

HECTOR. -¿De ese ja debo deducir que no está de acuerdo conmigo, señor Tanner?

TANNER *(secamente).* - Cásese y pruébelo. Es posible que le parezca delicioso

una temporadita, pero no dude de que no le parecerá ennoblecedor. La mayor medida común del hombre y de la mujer no es necesariamente mayor que la del hombre solo.

HECTOR. -En los Estados Unidos opinamos que el número moral de la mujer es más alto que el del hombre, y que la naturaleza de la mujer, más pura que la del hombre, lo eleva por encima de sí mismo y lo mejora.

OCTAVIUS *(con convicción).* -Y es cierto.

TANNER. -No es extraño que las norteamericanas prefieran vivir en Europa. Es más cómodo que verse toda la vida adoradas en un altar. De todos modos, el marido de Violet no se ha ennoblecido. ¡Qué le vamos a hacer!

HECTOR *(meneando la cabeza).* -No puedo olvidar la conducta de ese hombre con la ligereza con que la olvida usted, señor Tanner. Sin embargo, no diré nada más. Quienquiera que sea, es el marido de la señorita Robinson, y por ella me gustaría tener mejor opinión de él.

OCTAVIUS *(emocionado, porque adivina una secreta tristeza).* - Lo siento mucho, Malone, mucho.

HECTOR *(agradecido).*-Es usted una buena persona. Gracias.

TANNER. - Hablemos de otra cosa. Allí viene Violet.

HECTOR. - Yo estimaría como un gran favor, señores, que me concedan la oportunidad de conversar unas palabras a solas con ella. Tendré que cancelar este viaje, y es un tanto delicado...

RAMSDEN *(contento de escapar).* - Ni una palabra más. Venga, Tanner. Venga, Tavy. *(Se mete en el parque con Octavius y Tanner, pasando al lado del automóvil.)*

Violet viene por la avenida y se acerca a Rector.

VIOLET. -¿Están mirando?

HECTOR. -No.

Violet le da un beso.

VIOLET. -¿Has estado mintiendo por mí?

HECTOR. -¡Mintiendo! La palabra mentira no expresa bastante. Me he pasado. Me he sentido transportado en un éxtasis de mendacidad. Violet: quiero que me permitas decir la verdad.

VIOLET *(poniéndose seria y -resuelta instantáneamente).*-No, Hector, no. Me prometiste no decirla.

HECTOR. -Cumpliré la promesa si me libras de cumplirla. Pero me siento

empequeñecido mintiendo a esos hombres y negando a mi mujer. Es horrible.

VIOLET. - ¡Si tu padre no fuera tan irrazonable!

HECTOR. - No es irrazonable. Desde su punto de vista tiene razón. Tiene prejuicios contra la clase media inglesa.

VIOLET. -Eso es ridículo. Sabes que no me gusta decirte esas cosas, pero si yo fuera... bueno, no importa.

RECTOR, -Ya lo sé. Si fueras a casarte con el hijo de un fabricante de muebles de oficina, tus amigos pensarían que hacías una mala boda. En cambio, mi viejo, que es el fabricante más grande del mundo en muebles de oficina, me señalaría la puerta por casarme con la más perfecta señorita inglesa, simplemente porque a su nombre no puede añadir nada. ¡Claro que es absurdo! Pero ya te he dicho que no me gusta engañarlo. Me hace el efecto de que le robo su dinero. ¿Por qué no me dejas decir que eres mi mujer?

VIOLET. -No podemos decirlo. Puedes ser todo lo romántico que quieras acerca del amor, pero no debes ser romántico acerca del dincro.

RECTOR *(entre su sumisión a su mujer y su habitual elevación de sentimiento moral).*-Eso es muy inglés. *(Apelando a la impulsividad de Violet.)* Violet: lo van a saber algún día.

VIOLET. - Oh, sí, al cabo de cierto tiempo. Pero no hablemos de esto cada vez que nos vernos. Me prometiste.. .

HECTOR. - Muy bien, muy bien, yo.. .

VIOLET *(a quien no se le hace callar).*-Soy yo y no tú quien sufre ocultándolo; y en cuanto a luchar por la vida, a afrontar la pobreza, y a cosas parecidas, no estoy dispuesta. Es demasiado estúpido.

HECTOR. -No conocerás nada de eso. Pediré a mi padre que me preste dinero hasta que me pueda defender por mis propias fuerzas; y después podré ganar y proclamar nuestra situación al mismo tiempo.

VIOLET *(alarmada e indignada).* -¿Hablas de trabajar? ¿Quieres echar a perder nuestro matrimonio?

RECTOR. -Lo que quiero es que el matrimonio no me eche a perder el carácter. Tu amigo Tanner se ha reído ya de mí por eso...

VIOLET. - ¡Qué canalla! ¡Odio a Jack Tanner!

HECTOR *(magnánimamente).* - No es mal hombre, pero necesita el amor de una

mujer que lo ennoblezca. Además nos ha propuesto una excursión a Niza en automóvil y voy a llevarte.

VIOLET. - ¡Que delicia!

RECTOR. - Sí, pero ¿cómo nos las vamos a arreglar? Ya me han advertido de que no vaya contigo. Me han dicho confidencialmente que estás casada. Es la confidencia más abrumadora con que me han honrado en mi vida.

Tanner vuelve con Straker, que va al automóvil.

TANNER. -Su automóvil tiene mucho éxito, señor Malone. Su mecánico se lo está enseñando al señor Ramsden.

RECTOR *(ansiosamente... olvidándose).*- Tenemos que ir, Vi.

VIOLET *(fríamente, advirtiéndole con la mirada).* -¿Cómo ha dicho, señor Malone? No he entendido bien. . .

RECTOR *(dominándose).* - Le he pedido que me conceda el placer de enseñarle mi pequeño automóvil de vapor, señorita Robinson.

VIOLET. -Con mucho gusto. *(Se van por la avenida.)*

TANNER. - Hablemos del viaje, Straker.

STRAKER *(preocupado con el automóvil).-¿*Qué pasa?

TANNER. - Se supone que la señorita Whitefield viene conmigo.

STRAKER. -Eso me ha parecido entender.

TANNER. -El señor Robinson forma parte del grupo.

STRAKER. -Sí.

TANNER. -Bueno, Si se las puede usted arreglar para estar bastante ocupado conmigo y deja al señor Robinson bastante ocupado con la señorita Whitefield, el señor Robinson se lo agradecerá mucho.

STRAKER *(volviéndose para mirarle).* -Evidentemente.

TANNER. - ¡"Evidentemente"! Su abuelo se hubiera limitado a guiñar un ojo.

STRAKER. -Mi abuelo se hubiera llevado la mano al sombrero.

TANNER. -Y a su respetuoso abuelo le hubiera dado yo un soberano.

STRAKER. -Más probable es que le hubiera dado usted cinco chelines. *(Deja el automóvil y se acerca a Tanner.)* ¿Y qué opina la señorita?

TANNER. -Está tan dispuesta a que la dejen con el señor Robinson como el señor Robinson a que lo dejen con ella. *(Straker mira a su patrón con frío escepticismo, y después, silbando su canción favorita, se vuelve al automóvil.)* No haga ese ruido

exasperante. ¿Por qué silba? Straker reanuda tranquilamente la melodía y la concluye. *(Tanner le escucha antes de dirigírsele, esta vez con deliberada seriedad.)* Enry, siempre he defendido con entusiasmo la difusión de la música en las masas, pero me opongo a que complazca usted a los presentes cada vez que se menciona el nombre de la señorita Whitefield. También esta mañana lo ha hecho usted.

STRAKER *(tercamente).* -El señor Robinson está perdiendo el tiempo; más le vale renunciar desde el principio.

TANNER. -¿Por qué?

STRAKER. - ¡Caramba! Ya sabe usted por que. No es asunto mío, pero no necesita usted tomarme el pelo.

TANNER. -No le tomo el pelo. No sé por qué.

STRAKER *(alegremente enfurruñado).* - Bueno, bueno. No es asunto mío.

TANNER *(impresionantemente).*-Enry: de patrón a mecánico, confío en que siempre sabré cuál es mi sitio y no me entrometeré en sus asuntos particulares. Hasta nuestra relación profesional está sujeta a la aprobación del sindicato. Pero no abuse de sus privilegios. Permítame que le recuerde que Voltaire dijo que lo que era demasiado estúpido para decirlo se podía cantar.

STRAKER. - No fue Voltaire. Fue Bo Mar Ché.

TANNER. -Acepto la corrección: fue Baumarchais, cierto. Ahora parece usted pensar que lo que es demasiado delicado para decirlo se puede silbar. Desgraciadamente, su silbido, aunque melodioso, es ininteligible. ¡Vamos, no nos oye nadie, ni mis distinguidos parientes ni el secretario de su sindicato! Dígame de hombre a hombre, Enry: ¿por que cree usted que mi amigo no tiene ninguna probabilidad con la señorita Whitefield?

STRAKER. - Porque ella anda detrás de otro.

TANNER. -¡Canastos! ¿De qué otro?

STRAKER. -De usted.

TANNER. - ¡¡De mí!!

STRAKER. - ¿Me quiere usted decir que no lo sabía? ¡Vamos, señor Tanner!

TANNER *(con terrible seriedad).* -¿Está usted haciendo el payaso, o lo dice en serio?

STRAKER *(en un arranque de indignación).*- No estoy haciendo el payaso. *(Mas fríamente.)* Eso es tan claro como el agua. Si no lo ha notado, no sabe mucho de esas

Librodot

cosas. *(Sereno otra vez.)* Dispénseme, pero me lo ha preguntado de hombre a hombre y yo se lo he dicho de hombre a hombre.

TANNER *(invocando furiosamente al cielo).* -Entonces yo... yo soy la abeja, la araña, la víctima marcada, la presa destinada.

STRAKER. -Yo no sé si es usted la abeja y la araña, pero 'o le quepa la menor duda de que es la víctima marcada, la presa destinada, y me alegro mucho por usted.

TANNER *(solemnemente).* -Henry Straker: ha llegado el momento crítico de su vida.

STRAKER. -¿A qué se refiere?

TANNER. -Al record en el viaje a Biskra.

STRAKER *(ansiosamente).* -¿De veras?

TANNER. - ¡Gánelo!

STRAKER *(elevándose a la altura de su destino).* -¿De veras?

TANNER. -De veras.

STRAKER. -¿Cuándo?

TANNER. - Ahora mismo. ¿Está listo el automóvil?

STRAKER *(achicándose).* -Pero no se puede...

TANNER (*interrumpiéndole metiéndose en el automóvil).* -Ahora mismo. Primero al banco a sacar dinero; después a mi casa a buscar ropa; después a la suya; después gane usted el record desde Londres hasta Dover o Folkestone; después cruzaremos el canal y correremos como locos hasta Marsella, Gibraltar, Génova o cualquier puerto desde el cual podamos embarcarnos hacia algún país mahometano donde a los hombres se les protege contra las mujeres.

STRAKER. - Bromea usted.

TANNER *(resueltamente).*-Si no quiere, quédese. Iré solo. *(Pon*e en marcha el motor.)

STRAKER *(corriendo detrás de él).-;*Oiga! ¡Señor Tanner! Un momento. *(Se mete en el automóvil en el momento en que arranca.)*

FIN DEL ACTO II

ACTO III

Anochecer en la Sierra Nevada. Pardas ondulaciones con olivares en vez de manzanos en las manchas cultivadas; argomas y helechos, con higos chumbos aquí y allí, en las manchas no cultivadas. Arriba, altos picos de piedra y precipicios, todos hermosos y distinguidos. No es una naturaleza salvaje; más tiene de aristocrático paisaje montañoso trazado por un exigente artista-creador. No hay una vulgar abundancia de vegetación. Las numerosas manchas pétreas ponen hasta un toque de aridez. Por todas partes magnificencia española y austeridad española.

No muy lejos, al norte de un punto en que la carretera que pasa por uno de los puertos se cruza con un túnel del ferrocarril de Málaga a Granada, se ve uno de los anfiteatros montañosos de la Sierra. Observándolo desde la parte más ancha de la herradura se ve, un poco a la derecha, una romántica cueva que en realidad es una cantera abandonada, y hacia la izquierda una colinita que domina la carretera que bordea el anfiteatro, sosteniendo su altura sobre terraplenes y alguno que otro viaducto de piedra. En la colina, mirando a la carretera, está un hombre que es español o escocés. Probablemente español, pues viste como un cabrero español y se siente a sus anchas en la Sierra, pero a pesar de eso tiene mucho de escocés. En la hondonada, en una cuesta que lleva a la cantera, hay unos doce hombres tumbados cómodamente alrededor del blanco rescoldo de una fogata de hojas secas y de zarzas, y que tienen todo el aspecto de creer que son unos pintorescos granujas que honran a la Sierra utilizándola como fondo pictórico muy convincente. Desde el punto de vista de la realidad artística no son pintorescos, y las montañas los toleran como los leones toleran a los piojos. Un policía inglés o un funcionario de asilos reconocerían en ellos a una selecta pandilla de indigentes aptos para el trabajo.

Esta descripción de ellos no es del todo desdeñosa. Quien haya observado inteligentemente a los vagabundos o visitado la sección de sanos de un asilo, reconocerá que no todos los fracasados de nuestra sociedad son borrachos o flojos. Algunos de ellos son hombres que no encajan en la clase en que han nacido. Precisamente las mismas cualidades que hacen del caballero ilustrado un artista, pueden hacer del peón sin ilustración un indigente apto para el trabajo. Hay hombres que acaban inevitablemente en el asilo porque no valen para nada, pero hay también hombres que están allí porque tienen las suficientes convicciones para prescindir del

convencionalismo social (que evidentemente no es desinteresado por parte del contribuyente) que obliga a un hombre a vivir trabajando duramente y mal pagado, cuando le queda la alternativa de presentarse en un asilo, anunciarse como persona que carece de medios y obligar a los funcionarios a alimentarlo, vestirlo y alojarlo mejor de lo que puede alimentarse, vestir y alojarse a costa de grandes esfuerzos. Cuando un hombre que ha nacido poeta rechaza un taburete en la oficina de un corredor de bolsa y pasa hambre en una bohardilla gorroneando de una pobre patrona, o de sus amigos, o de sus parientes, prefiriéndolo a trabajar contra su vocación; o cuando una dama, porque lo es, llega al extremo del parasitismo antes que colocarse como cocinera o criada de servicio, les encontramos muchas disculpas. A las mismas disculpas tienen derecho el indigente sano y el vagabundo, su variación nómada.

Además, para que al hombre imaginativo le resulte tolerable la vida, necesita tiempo libre para contarse cuentos y una posición que se preste a decorarla con la imaginación. Las filas del peonaje no ofrecen esa posición. Utilizamos espantosamente anal a nuestros peones, y cuando un hombre se niega a que lo utilicen mal, no tenemos derecho a decir que se niega a trabajar honradamente. Seamos francos en esta cuestión antes de proseguir nuestra comedia, para que podamos disfrutar en ella sin hipocresía. Si fuéramos razonables y tuviéramos visión, cuatro quintas partes de nosotros iríamos en derechura a los funcionarios que aplican la ley de pobres y haríamos añicos todo el sistema social, con los resultados reconstructivos más beneficiosos. Si no lo hacemos es porque trabajamos como abejas u hormigas, por instinto o por costumbre, sin pararnos a pensar. Por lo tanto, cuando aparezca un hombre que es capaz de razonar y que razona, y que aplicando la norma kantiana a su conducta nos puede decir justamente: si todos hicieran lo que yo, el mundo se vería obligado a reformarse industrialmente, a abolir la esclavitud y a eliminar la sordidez, que no existen sino porque todos hacen lo que vosotros, honremos a ese hombre y consideremos seriamente lo aconsejable de seguir su ejemplo. Un hombre de ésos es el indigente apto para el trabajo e inteligente. Si fuera un caballero que hiciera lo posible para obtener una pensión o una sinecura en vez de barrer un cruce de calles, nadie le reprocharía por decidir que mientras la alternativa esté entre vivir principalmente a costa de la comunidad y permitir que la comunidad viva principalmente a costa de él, es una locura aceptar el mal que a él le

parece el mayor de los dos.

Podemos, pues, contemplar sin prejuicios a los vagabundos de la Sierra, reconociendo alegremente que lo que nos proponemos -en pocas palabras, ser señores ricos- se parece mucho a lo que se proponen ellos, y que las diferencias de situación y métodos son puramente accidentales. Tal vez fuera más prudente matar a uno o dos de ellos sin malicia y amistosa y francamente, pues hay bípedos, como hay cuadrúpedos, demasiado peligrosos para que se les deje sin cadena y sin bozal; y no pueden esperar razonablemente que otros miembros dediquen su vida a vigilarlos. Pero como la sociedad no tiene valor para matarlos y cuando les echa mano se limita a aplicarles unos supersticiosos ritos expiatorios de tortura y degradación y después los deja sueltos con muchos más títulos para la granujería, lo mismo da que anden libres en la Sierra y estén en manos de un je f e que tiene todo el aspecto de que si lo provocaran sería capaz de ordenar que los maten.

Este jefe, sentado en el centro de un grupo en un bloque cuadrado de la cantera, es un hombre alto y joven, con una sorprendente nariz de lorito, pelo negro y reluciente, barba afilada, bigote hacia arriba, y una mefistofélica afectación que impone bastante, quizá porque el escenario permite más fanfarria que Piccadílly, y quizá porque hay en él cierto sentimentalismo que le pone el toque de gracia que únicamente puede excusar el deliberado pintoresquismo. Sus ojos y su boca no son de granuja; tiene hermosa voz y un ingenio ágil, y sea el hombre más fuerte de la pandilla o no, parece serlo. Es indudablemente el mejor nutrido, el mejor vestido y el mejor adiestrado. El hecho de que habla inglés no es inesperado, pese al paisaje español, pues con la excepción de uno a quien se le podría tomar por un torero a quien le ha hecho fracasar la bebida, y otro indiscutiblemente francés, son cokneys o norteamericanos, y, por lo tanto, en un país de capas y sombreros de ala ancha, la mayoría visten sweaters deshilachados, bufandas de lana, sombreros medio hemisféricos y pardos guantes sucios. Sólo unos pocos visten como el jefe, cuyo sombrero de ala ancha con una pluma de gallo en la cinta, y la voluminosa capa que le llega hasta las botas de montar, son lo menos ingleses posibles. Ninguno de ellos está armado; y los que no tienen los guantes puestos tienen las manos en los bolsillos obedeciendo a su creencia nacional de que cuando cae la noche debe hacer al aire libre un frío peligroso. (El anochecer es todo lo cálido que puede desear un hombre razonable.)

Librodot

Salvo el torero borracho no hay en el grupo más que uno que aparente, digamos, más de treinta y tres años. Es un hombre pequeño, de patillas rojas, mala vista, y con la expresión de ansiedad de un pequeño comerciante que se ve en apuros. Usa el único sombrero alto visible, que brilla al sol poniente con el pegajoso brillo de algún limpiador de seis peniques que le han aplicado a menudo y que tiende a dejar la superficie original en peor estado que el ruinoso de cuando le aplicaron el remedio. El cuello y los puños de su camisa son de celuloide, y su sobretodo pardo, con cuello de terciopelo, está todavía presentable. Es eminentemente la persona respetable del grupo, y tiene con toda seguridad más de cuarenta años y posiblemente más de cincuenta. Es el hombre del extremo a la derecha del jefe, frente a tres hombres de corbata roja que quedan a su izquierda. Uno de estos tres es el francés. De los otros dos, que son ingleses, uno es discutidor, solemne y terco; el otro, alborotador y pillo.

El jefe, embozándose en su capa en un magnífico revuelo, se levanta para dirigirles la palabra. Los aplausos con que se le acoge demuestran que tiene prestigio comoorador.

EL JEFE. - Amigos y compañeros bandidos: tengo que haceros una proposición. Hemos pasado ya tres veladas discutiendo sobre si los que más valor personal tienen son los anarquistas o los socialistas. Hemos analizado detenidamente los principios del anarquismo y del socialismo. La causa de la anarquía ha estado hábilmente representada por el único anarquista de nosotros, que no sabe lo que significa el anarquismo *(risas).*

EL ANARQUISTA *(levantándose).* -Pido la palabra para una cuestión de orden.

MENDOZA *(forzándose).* -No hay palabra. La última cuestión de orden que planteaste nos llevó media hora. Además, los anarquistas no creen en el orden.

EL ANARQUISTA *(suavemente, cortés pero insistente. El anarquista es, en realidad, el caballero de aspecto respetable y de cierta edad, que usa cuello y puños de celuloide).* -Ese es un error vulgar. Puedo demostrar...

MENDOZA. - ¡Orden, orden!

LOs DEMÁS *(gritando).* -¡Orden, orden! ¡Siéntate! ¡Presidente! ¡Cállate!

Al anarquista le hacen callar.

MENDOZA.-Por otra parte hay entre nosotros tres socialistas. No se hablan entre

ellos y nos han expuesto el socialismo de tres maneras distintas e incompatibles.

LOS TRES HOMBRES DE LAS CORBATAS ROJAS. - 1. Señor presidente: protesto. Exijo una explicación personal. 2. Es mentira. No he dicho semejante cosa. Sé justo, Mendoza. 3. Je demande la parole. C'est absolument faux. C'est faux, faux... faux... Assas-s-s-s-sin...

MENDOZA. -¡Orden, orden!

LOs DEMÁS. -¡Orden, orden, orden! ¡Presidente!

A los socialistas les hacen callar.

MENDOZA. -Aquí toleramos todas las opiniones. Pero, al fin y al cabo, camaradas, la mayoría de nosotros no somos anarquistas ni socialistas, sino caballeros y cristianos.

LA MAYORÍA *(asintiendo).* - ¡Bien, bien! Es verdad. Tiene razón.

Es. SOCIALISTA ALBOROTADOR *(rezongando bajo la supresión).* -Tú no eres cristiano. Eres un judiazo.

MENDOZA *(con aplastante magnanimidad).* - Amigo mío: yo soy una excepción a todas las reglas. Es verdad que tengo el honor de ser judío; y cuando los sionistas necesiten un líder para reunir nuestra raza en el histórico suelo de Palestina, no será Mendoza el último que se ofrezca como voluntario *(aplausos de simpatía... Bravo, bravo, etc.).* Pero no soy esclavo de ninguna superstición. He tragado todas las fórmulas, hasta la del socialismo; aunque, en cierto sentido, quien ha sido socialista lo será siempre.

LOs SOCIALISTAS. - ¡Bravo, bravo!

MENDOZA. -Pero me doy plena cuenta de que el hombre corriente -aunque al bandido corriente es difícil que se le pueda llamar hombre corriente- no es un filósofo. Con el sentido común le basta; y en nuestros asuntos profesionales, también a mí me basta con el sentido común. Pues bien, ¿qué asuntos nos traen a la Sierra Nevada, elegida por los árabes como el lugar más bello de España? ¿Es que venimos a discutir abstrusas cuestiones de economía política? No; venimos a asaltar automóviles y asegurar una distribución más equitativa de la riqueza.

EL SOCIALISTA SOMBRÍO, - Producida por el trabajo, hay que decirlo.

MENDOZA *(cortésmente).* -Indudablemente. Producida por el trabajo y en camino a que la despilfarren los vagabundos ricos en los antros de vicio que desfiguran las soleadas costas del Mediterráneo. Nosotros interceptamos esa riqueza y la

devolvemos a la circulación entre la clase que la produce y más la necesita, que es la clase obrera. Lo hacemos con riesgo de nuestras vidas y de nuestra libertad, mediante el ejercicio de virtudes de valor, resistencia, previsión y abstinencia, especialmente abstinencia. Yo mismo hace tres días que no como más que higos chumbos y conejo asado.

EL SOCIALISTA SOMBRÍO *(tercamente).* -Tampoco nosotros.

MENDOZA *(indignado).* -¿Es que he tomado más que mi parte?

EL SOCIALISTA SOMBRÍO *(impasible).* -¿Por qué ibas a tomar?

EL ANARQUISTA. -¿Y por qué no iba a tomar? A cada uno según sus necesidades: de cada uno según sus medios.

EL FRANCÉS *(amenazando con el puño al anarquista).*-Fumiste!

MENDOZA *(diplomáticamente).* -Estoy de acuerdo con los dos.

LOS BANDIDOS AUTÉNTICAMENTE INGLESES. - Bravo, bravo. Bravo, Mendoza.

MENDOZA.-Lo que digo es que debemos tratarnos como caballeros y no esforzarnos en distinguirnos por el valor más que en el campo de operaciones.

EL SOCIALISTA ALBOROTADOR *(burlonamente).* -Shikespear.

Se oye un silbido del cabrero, que da un salto y señala excitado la carretera hacia el norte.

EL CABRERO. - ¡Un automóvil! ¡Un automóvil! *(Corre cuesta abajo y se une a los demás, que se ponen precipitadamente de pie.)*

MENDOZA *(con voz sonora).* - ¡A las armas! ¿Quién tiene el fusil?

EL SOCIALISTA SOMBRÍO *(alargando un rifle a Mendoza).* - Ahí lo tienes.

MENDOZA. -¿Se ha sembrado de clavos la carretera?

EL SOCIALISTA ALBOROTADOR. - Hemos sembrado dos onzas.

MENDOZA. -Bien. *(Al francés.)* Ven conmigo, Duval. Si los clavos fallan, hay que pincharles las gomas a tiros. *(Da el rifle a Duval, que le sigue cuesta arriba. Mendoza saca unos anteojos de teatro. Los otros corren hacia la carretera y desaparecen al norte.)*

MENDOZA *(en la colina, mirando con los anteojos).* -Nada más que dos: un capitalista y su chófer. Parecen ingleses.

DUVAL. -Angliche. Ah, sí. Cochons! *(Apuntando con el fusil.)* Faut tirer, n'est-ce pas?

MENDOZA. -No; los clavos han hecho lo suyo. Tienen un pinchazo. Se han detenido.

DUVAL *(gritando a los demás).* -Fondez sur eux nom de Dieu.

MENDOZA *(reprochándole su excitación).* - Du calme, Duval, no te pongas así. Tómalo con calma. Vamos a bajar a recibirlos.

Mendoza desciende, pasando por detrás de la fogata. y avanzando, mientras a Tanner y Straker, con sus gafas de automovilistas, sus sobretodos de cuero y sus gorras, los traen desde la carretera los bandidos.

TANNER. -¿Es éste el caballero que dicen que es su jefe? ¿Habla inglés?

EL SOCIALISTA ALBOROTADOR. - Naturalmente. ¿Cree usted que nosotros, que somos ingleses, nos íbamos a dejar mandar por un españolito?

MENDOZA *(con dignidad).* - Permítame que me presente: Mendoza, Presidente de la Liga de la Sierra. *(Adoptando una arrogante actitud.)* Soy un bandido: vivo de robar a los ricos.

TANNER *(inmediatamente).* -Yo soy un caballero:, vivo de robar a los pobres. Choque esos cinco.

LOs SOCIALISTAS INGLESES. - ¡Bravo, bravo!

Carcajadas generales y buen humor. Tanner y Mendoza se dan la mano. Los bandidos se sitúan en los sitios de antes.

STRAKER. -¿Y yo qué pinto aquí?

TANNER *(presentándolo).* -Mi amigo y chófer.

EL SOCIALISTA SOMBRÍO *(recelosamente).* -¿Qué es: amigo o chófer? Son cosas muy distintas.

MENDOZA *(explicando).* - Por un amigo esperaríamos cobrar rescate. Un chófer profesional queda en libertad en las montañas. Hasta le corresponde un pequeño porcentaje del rescate del patrón si nos honra aceptándolo.

STRAKER. - Ah, vamos, para alentarme a volver por aquí. Lo pensaré.

DUVAL *(impulsivamente, precipitándose hacia Straker).* -Mon frére. *(Le abraza entusiasmado y le besa en las dos mejillas.)*

STRAKER *(disgustado).* -Quite de ahí, hombre; no haga tonterías. ¿Puedo preguntar quién es usted?

DUVAL. -Duval: socialista.

STRAKER. -Ah, es usted socialista, ¿eh?

EL ANARQUISTA. -Quiere decir que se ha vendido a los farsantes parlamentarios y a la burguesía. Su norma fundamental es la transacción.

DUVAL *(furioso).* -Comprendo lo que dice. Dice Bourgeois, dice transacción. Jamais de la vie! Misérable menteur!

STRAKER. -Oiga, capitán Mendoza; ¿hasta cuando va a durar esto? ¿Estamos en una excursión de placer en las montañas, o en un mitin socialista?

LA MAYORÍA, - ¡Bravo, bravo! ¡Callarse! ¡Sentarse! etc., etc. *(A los socialista.¡ y al anarquista los empujan hacia el fondo. Straker, después de verlo con satisfacción, se sitúa a la derecha de ¡Mendoza. Tanner queda a su izquierda.)*

MENDOZA. - ¿Puedo ofrecerles algo? Tenemos conejo asado e higos chumbos.. .

TANNER, - Gracias; ya hemos comido.

MENDOZA *(a sus secuaces).* -Señores: hoy no se trabaja más. Podéis hacer lo que queráis hasta mañana por la mañana.

Los bandidos se dispersan perezosamente en grupos. Unos entran en la cueva. Otros se sientan o se tumban a dormir al aire libre. Unos pocos sacan una baraja y se van hacia la carretera, porque ya se ha hecho de noche y saben que los automóviles tienen faros que se pueden utilizar para alumbrar una partida.

STRAKER *(a los que se alejan).* - Nada de hurgar en el automóvil, ¿eh?

MENDOZA, -No tenga miedo, Monsieur le Chauffeur. El primero que capturamos nos curó ese vicio.

STRAKER *(interesado).* - ¿Qué pasó?

MENDOZA. - Que a tres valientes camaradas que no sabían cómo detenerlo los llevó hasta Granada y volcó delante de la comisaría de policía. Desde entonces no tocamos un automóvil sin llamar al chófer. ¿Quieren que charlemos un rato?

Tanner, Mendoza y Straker se sientan en el césped cerca de la fogata, Mendoza se desprende delicadamente de su dignidad presidencial, una de cuyas prerrogativas consiste en sentarse en el bloque de piedra, y se sienta como los demás en el suelo, utilizándola como respaldo.

MENDOZA. - En España existe la costumbre de dejar siempre las cosas para mañana, y en realidad han llegado ustedes después de las horas de oficina. Sin embargo, si quieren zanjar inmediatamente la cuestión del rescate, estoy a su disposición.

TANNER. -Me basta con que lo zanjemos mañana. Soy suficientemente rico para pagar una cantidad razonable.

MENDOZA *(respetuosamente, muy sorprendido por esa confesión).* -Es usted un hombre notable. La mayoría de nuestros huéspedes dicen que son muy pobres.

TANNER. -¡Bah! Los pobres no tienen automóvil.

MENDOZA. -Eso es precisamente lo que les digo yo.

TANNER. -Trátenos bien; no seremos desagradecidos.

STRAKER. -¡Nada de higos chumbos ni de conejo asado! No me diga usted que no nos puede tratar un poco mejor.

MENDOZA.- Pagando se puede adquirir vino, cabrito, leche, queso y pan.

STRAKER *(graciosamente).* -Eso se llama hablar.

TANNER. -¿Puedo preguntar si todos ustedes son socialistas?

MENDOZA *(rechazando ese humillante error).*-No, no, no; nada de eso. Tenemos, naturalmente, opiniones modernas respecto a la injusticia de la actual distribución de la riqueza. De otro modo no nos respetaríamos a nosotros mismos, pero no hay nadie, salvo dos o tres chiflados, a quien podría usted oponerse.

TANNER. -No tenía intención de sugerir nada desprestigiable. En realidad, yo mismo soy un poco socialista.

STRAKER. -He observado que la mayoría de los ricos lo son.

MENDOZA. -Exactamente; y a nos hemos enterado. El socialismo está en el aire del siglo.

STRAKER. -El socialismo tendrá que meditar un poco si individuos como ustedes se hacen socialistas.

MENDOZA. -Cierto. Un movimiento reducido a filósofos y hombres honrados no puede ejercer una verdadera influencia política: hay demasiado pocos. Hasta que sea capaz de difundirse entre bandidos no puede esperar tener mayoría.

TANNER. -¿Es que ustedes, los bandidos, son menos honrados que los ciudadanos corrientes?

MENDOZA.-Voy a serle franco. El bandidaje es anormal. Las profesiones anormales atraen a dos clases de personas: a los que no valen para la ordinaria vida burguesa, y a los que valen más que para esa vida. Nosotros somos desperdicios y hez: los desperdicios, muy sucios; la hez, muy superior.

STRAKER. -¡Cuidado! Le van a oír algunos de los desperdicios.

MENDOZA. -No tiene importancia. Cada bandido cree que es hez, y le gusta que a los demás les llamen desperdicios.

TANNER. -Es usted hombre ingenioso. *(Mendoza, halagado, baja la cabeza.)* ¿Puedo hacerle una pregunta brusca?

MENDOZA. -Todo lo brusca que quiera.

TANNER. - ¿Qué gana un hombre de su talento con pastorear un rebaño como ése comiendo conejo asado e higos chumbos? He visto a hombres con menos talento que usted cenando en el Savoy foie gran rociado con champaña.

MENDOZA. -¡Bah! Todos han conocido el turno de comer conejo asado, como a mí me llegará el de cenar en el Savoy. En realidad he estado ya allí... de mozo.

TANNER. - ¡De mozo! Me asombra usted.

MENDOZA *(pensativamente).* -Sí; Mendoza el de la Sierra, fue mozo de hotel. De ahí viene quizá mi cosmopolitismo. *(Con súbita intensidad.)* ¿Quiere que le cuente mi vida?

STRAKER *(escamado).* - Si el cuento no es demasiado largo...

TANNER *(interrumpiéndole).* -¡Sh! Es usted un filisteo, Henry; no tiene nada de romántico. *(A Mendoza.)* Me interesa usted extraordinariamente, presidente. No se preocupe de Henry; puede dormir.

MENDOZA. -La mujer de quien estuve enamorado...

STRAKER. -Ah, ¿es un cuento de amor? Muy bien. Siga. Yo me temía que no iba a hablar más que de sí mismo.

MENDOZA. -¿De mí mismo? Por ella me alejé, por ella estoy aquí. No importa; bien perdido está el mundo por ella. Les doy a ustedes mi palabra de que tenía la mata de pelo más espléndida que he visto en mi vida. Tenía también gracia, era inteligente, cocinaba a la perfección; y su genio pronto hacía que fuera incierta, incalculable, variable, caprichosa y cruel, en una palabra, encantadora.

STRAKER. -Aparte de lo de cocinar, mujer de novela de seis peniques. Se llamaba Lady Gladys Plantagenet, ¿verdad?

MENDOZA. -No, señor; no era hija de ningún duque. La fotografía, en reproducciones del sistema de medios tonos, ha hecho que me sea familiar el aspecto de las hijas de los pares ingleses; y puedo decir honradamente que las vendería a todas juntas, con sus caras, sus dotes, sus vestidos, sus títulos y todo lo demás, por una sonrisa de aquella mujer. Era una mujer del pueblo, una trabajadora; si no, y permítame que corresponda a su brusquedad, la habría despreciado.

TANNER. -Con mucha razón. ¿Y correspondió ella a su amor?

MENDOZA. -¿Estaría yo aquí si hubiera correspondido? No quiso casarse con un judío.

TANNER. -¿Por razones religiosas?

MENDOZA. -No; era librepensadora. Decía que, en el fondo, los ingleses les parecen sucios a los judíos.

TANNER *(sorprendido).* -¡Sucios!

MENDOZA. -Con eso demostraba su profundo conocimiento del mundo, porque es rigurosamente cierto. Nuestro detallado código sanitario hace que despreciemos a los gentiles.

TANNER. - ¿Ha oído eso, Henry?

STRAKER. -Mi hermana decía lo mismo. Una temporada fue cocinera en una familia judía.

MENDOZA.-Yo no podía negarlo, y tampoco pude borrar la impresión que eso le había hecho. Hubiera podido vencer cualquier otra objeción, pero no hay mujer que aguante la sospecha de que la tengan por poco limpia. Mis súplicas no sirvieron para nada. Me replicaba que yo me merecía más y me recomendó que me casara con una maldita tabernera llamada Rebeca Lazarus, a quien yo detestaba. Hablé de suicidarme y me ofreció veneno matacucarachas. Insinué el asesinato y le dio un ataque histérico; y así me muera si no me fui a América para que ella pudiera dormir sin soñar que yo subía furtivamente la escalera para degollarla. En América fui hacia el oeste y conocí a un hombre a quien la policía perseguía por asaltar trenes. El fue quien me dio la idea de asaltar automóviles en el sur de Europa, buena idea para un hombre desesperado y desilusionado. Me dio unas valiosas cartas de presentación para unos capitalistas adecuados, formé un sindicato, y el resultado es esta empresa. Mi talento y mi imaginación me llevaron a la jefatura, como les pasa siempre a los judíos. Pero con todo mi orgullo de raza daría todo lo que tengo por ser inglés. Hago lo que los chicos: grabo el nombre de ella en los árboles y sus iniciales en el césped. Cuando estoy solo me tumbo, me tiro de los pelos y pronuncio llorando el nombre Louisa...

STRAKER *(sobresaltado).* -¡Louisa!

MENDOZA. -Así se llama... Louisa... Louisa Straker...

TANNER. - ¡Straker!

STRAKER *(incorporándose y quedando de rodillas).* Oiga: Louisa Straker es mi hermana, ¿comprende? ¿Qué es eso de suspirar de esa manera por ella? ¿Que tiene

que ver con usted?

MENDOZA. -¡Dramática coincidencia! Usted es Enry, su hermano predilecto.

STRAKER. -¿A quién llama usted Enry? ,Qué derecho tiene a tomarse esa libertad con mi nombre o con el de ella? Por menos de nada le rompería a usted la cara.

MENDOZA *(con grandiosa calma).* -Le dejaré que me la rompa si después se jacta ante ella. Así se acordará de su Mendoza; es lo único que quiero.

TANNER. -Eso es un afecto auténtico, Henry. Debería usted respetarlo.

STRAKER *(con fiereza).*-Probablemente es una macana.

MENDOZA *(poniéndose de un salto en pie).* -¡Macana! Mire usted, joven: procedo de una famosa familia de luchadores y, como sabe su hermana, contra mi no tendría usted más probabilidades que un cochecito de niño contra su automóvil.

STRAKER *(secretamente achicado, pero levantándose con una expresión de intrepidez).*-No le tengo miedo. ;Qué es eso de Louisa!, ¡Louisa! Le basta con la señorita Straker.

MENDOZA. - Ojalá pudiera convencerla de eso.

STRAKER *(exasperado).*-Mire...

TANNER *(levantándose rápidamente e interponiéndose).* -Vamos, Henry; aunque pudiera usted pelearse con el Presidente, no puede pelear con toda la Liga de la Sierra. Siéntese y sea amable. Un gato puede mirar a un rey; y hasta un presidente de bandidos puede mirar a su hermana. Ese orgullo de familia es realmente muy anticuado.

MENDOZA *(a Tanner, inclinándose cada vez más a la confidencia al verse virtualmente solo con una persona que le escucha con simpatía en la noche estrellada, porque los demás están ya dormidos).* -Lo mismo le pasaba a su hermana. Su intelecto avanzaba en el siglo XX; sus prejuicios sociales y sus afectos familiares se habían quedado en la Edad Media. ¡Ay, qué bien encajan las palabras de Shakespear en todas las crisis de nuestras emociones!

Yo amaba a Louisa: 40.000 hermanos
No podrían, por mucho que la amaran,
Amarla tanto como yo.

Y así sucesivamente. He olvidado el resto. Llámelo usted locura si quiere. . . enamoriscamiento. Soy un hombre sano, fuerte: en diez años hubiera sido dueño de un hotel de primera clase. La conocí ... y ya ve usted, soy un bandido, un proscrito. Ni Shakespear puede hacer justicia a lo que yo siento por Louisa. Permítame que le lea unos versos que he escrito yo mismo sobre ella. Por poco mérito literario que tengan, expresan lo que siento mejor de lo que pueden expresarlo unas palabras improvisadas. *(Saca un paquete de cuentas de hotel que le han servido para escribir y se arrodilla ante el fuego para descifrarlas después de atizarlo con un palo para que arda.)*

TANNER *(dándole groseramente un golpe en la espalda).* -Tírelas al fuego, presidente.

MENDOZA *(sobresaltado).* -¿Eh?

TANNER, - Está usted sacrificando toda su carrera a una monomanía.

MENDOZA. -Ya lo sé.

TANNER. -No lo sabe. Ningún hombre cometería tal crimen contra sí mismo si realmente supiera lo que hace. ¿Cómo puede usted mirar a estas augustas alturas, contemplar este cielo divino, gustar de este aire suave, y después hablar como un escritorzuelo de un segundo piso de Bloomsbury?

MENDOZA *(meneando la cabeza).* -La Sierra no es mejor que Bloomsbury, cuando deja de ser una novedad. Además, estas montañas hacen soñar en mujeres... en mujeres con un pelo magnífico.

TANNER. - Es decir, en Louisa. No harán que yo sueñe en mujeres, amigo mío; mi corazón es totalmente mío.

MENDOZA. -No se jacte hasta mañana. Es un raro país para soñar.

TANNER. -Ya lo veremos. Buenas noches. *(Se tumba y se acomoda para dormir.)*

Mendoza, suspirando, sigue su ejemplo; y durante un momento hay paz en la Sierra. De pronto Mendoza se levanta bruscamente para quedar sentado y dice suplicante a Tanner...

MENDOZA. -Permítame que le lea unos versos antes de que se duerma. Me gustaría saber qué le parecen.

TANNER *(dormitando).* -Lea. Le escucho.

MENDOZA. - La vi por primera vez en la semana de Pascuas, Louisa, Louisa...

TANNER *(incorporándose).*- Querido presidente: Louisa es un nombre muy lindo,

pero en realidad no rima con semana de Pascuas.

MENDOZA. - ¡Claro que no! Louisa no es rima, sino estribillo.

TANNER *(cediendo).* - Ah, estribillo. Perdone. Siga.

MENDOZA. - Quizá no le gusten ésos; creo que éstos le gustarán más. *(Recita con hermosa voz y lentamente.)*

Louisa, Louisa, Louisa, te amo.
Te amo Louisa.
Louisa, Louisa, Louisa, te amo.
Un nombre y una frase son mi música,
Louisa. Louisa, Louisa, Louisa, te amo.

Mendoza, tu enamorado,
Tu enamorado Mendoza,
Mendoza, vive adorando a Louisa.
Es lo único en el mundo para Mendoza,
Louisa, Louisa, Mendoza te adora.

(Afectado.) -No tiene mérito escribir hermosos versos con un nombre así. ¿Verdad que Louisa es un nombre exquisito?

TANNER (casi dormido, contesta con un vago gruñido).

MENDOZA. -
Si fueras, Louisa,
La mujer de Mendoza,
La Louisa de Mendoza, Louisa Mendoza,
Qué divina sería la vida de Mendoza ele Louisa,
Qué dulces sus ansias de amor de Louisa.

Eso es verdadera poesía ... del corazón ... del más profundo de los corazones. ¿No cree que le emocionará?

No hay respuesta.

(Resignadamente.) -Dormido, como todos. Para los demás son versitos; para mí,

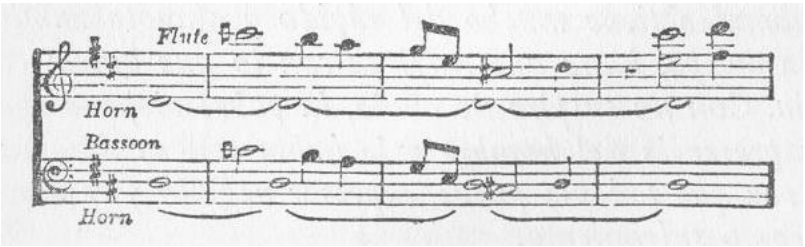
Librodot

una música divina. ¡Qué idiota soy al mostrar mis sentimicntos! (Se acomoda para dormir, murmurando.) Louisa, te amo; te amo, Louisa: Louisa, Louisa, Louisa, Louisa, te...

Straker ronca, se pone de costado y reanuda el sueño. Se fija la calma en la Sierra, y la, oscuridad es más profunda. La fogata se ha vuelto a sepultar en ceniza blanca y deja de resplandecer. Los picachos se muestran insondablemente oscuros contra el estrellado firmamento, pero ahora las estrellas palidecen y se esfuman y el cielo parece desaparecer furtivamente del universo. En vez de la Sierra, nada: la nada omnipresente. Ni cielo, ni picachos, ni luz, ni ruidos, ni tiempo, ni espacio; el vacío absoluto. De pronto se insinúa en alguna parte una lividez, y con ella un trémolo zumbido como el de un violoncello fantasmal que palpita inacabablemente en la misma nota. Un par de violines fantasmagóricos se aprovechan en seguida de la nota grave



y en seguida la lividez revela un hombre en el vacío, un hombre incorpóreo pero visible, sentado, bastante absurdamente, en nada. Hay un momento en que levanta la cabeza cuando la música pasa a su lado. Después, exhalando un profundo suspiro, se abandona a un completo abatimiento; y los violines, desalentados, repiten desesperados su melodía y al fin, sofocados por gemidos de misteriosos instrumentos de viento, renuncian así:



Todo es mn extraño. Se reconoce el estilo mozartiano, y tras esta insinuación, y con ayuda de ciertas chispas de luz violeta en la lividez, se ve que el traje del hombre

Librodot

es el de un noble español del siglo XV-XVI. Don Juan, naturalmente, pero ¿dónde?, ¿por qué?, ¿cómo? Además, su rostro, que le vimos brevemente cuando levantó la cabeza y que ahora se lo oculta el ala del sombrero, recordaba extrañamente el de Tanner. Un rostro más crítico, más exigente, más hermoso, más pálido y más frío, sin la impetuosa credulidad y sin el entusiasmo del de Tanner, y sin su toque de moderna vulgaridad plutocrática, pero así y todo parecido, hasta idéntico. También el nombre: Don Juan Tenorio, John Tanner. ¿Adónde en la tierra -o en otra parte- nos hemos ido desde el siglo XX y la Sierra?

Otra lividez en el vacío, esta vez no violeta, sino de un desagradable amarillo de humo. Con ella, el susurro de un fantasmagórico clarinete que hace infinitamente triste esta melodía:



La amarillenta lividez se mueve: en el vacío vaga una vieja encorvada y desdentada; viste, como se puede adivinar, una áspera túnica parda de alguna orden religiosa. Vaga y vaga lentamente y desamparada, y su lento vagabundeo tiene mucho del rápido y afanoso zumbido de la avispa, hasta que tropieza con lo que busca: compañía. Con un suspiro de alivio, la pobre vieja se agarra a la presencia del hombre y le habla con su desagradable voz que todavía puede expresar orgullo y resolución así como sufrimiento.

LA VIEJA. - ¡Dispénseme, pero estoy tan sola y este lugar es tan espantoso!

DON JUAN. -¿Recién venida?

LA VIEJA. - Sí; creo que he muerto esta mañana. Me confesé y me dieron la extramaunción; en torno a mi cama estaba la familia, y yo tenía los ojos fijos en el crucifijo. De pronto oscureció, y cuando ha vuelto la luz, es esta luz en la cual no veo nada. He vagado varias horas en una horrible soledad.

DON JUAN *(suspirando).* - ¡Ah!, todavía no ha perdido usted el sentido del tiempo. En la eternidad se pierde pronto.

LA VIEJA. - ¿En dónde estamos?

DON JUAN. -En el infierno.

LA VIEJA *(orgullosamente).* -¡En el infierno! ¿Yo en el infierno? ¿Cómo se atreve usted?

DON JUAN *(impasible).* - ¿Por qué no, señora?

LA VIEJA. -No sabe con quién está hablando. Soy una dama, devota hija de la Iglesia.

DON JUAN. -No lo dudo.

LA VIEJA. -Pero, ¿cómo puedo estar en el infierno? En el purgatorio, tal vez. No he sido perfecta. ¡Quién lo ha sido! Pero, ¡en el infierno! Miente usted.

DON JUAN.-Está en el infierno, señora, se lo aseguro; en el infierno en lo que tiene de mejor, es decir, la mayor soledad. .. aunque quizá prefiera usted la compañía.

LA VIEJA. -Me he arrepentido sinceramente; he confesado...

DON JUAN. -¿Cuánto?

LA VIEJA. - Más pecados de los que cometí realmente. Me gustaba la confesión.

DON JUAN. -Ay, eso es quizá tan malo como confesar demasiado poco. De todos modos, señora, sea por inadvertencia o intencionadamente, está usted condenada, como lo estoy yo; y ya no se puede hacer nada más que sacarle a eso el mayor partido posible.

LA VIEJA *(indignada).* -¡Oh, y pude haber sido mucho peor! ¡Todas mis buenas acciones, en vano! Es injusto.

DON JUAN. -No; se le advirtió a usted plena y claramente. Por sus malas acciones, expiar por otros, piedad sin justicia. Por sus buenas acciones, justicia sin piedad. Aquí hay muchas buenas personas.

LA VIEJA. -¿Fue usted buena persona?

DON JUAN. -Fui asesino.

LA VIEJA. -¡Asesino! ¿Cómo se atreven a mandarme entre asesinos? Yo no fui tan mala; fui buena mujer. Debe de haber algún error. ¿Cómo puedo hacer que lo corrijan?

DON JUAN. -No sé si aquí se pueden corregir los errores. Probablemente no lo reconocerán aunque lo hayan cometido.

LA VIEJA. -¿A quién se lo puedo preguntar?

DON JUAN. -Yo se lo preguntaría al diablo, señora. Sabe moverse aquí, cosa que yo no he podido aprender.

LA VIEJA. - ¡Al diablo! ¡Hablar yo al diablo!

DON JUAN.- En el infierno, señora, el diablo es el líder de la mejor sociedad.

LA VIEJA. -Le digo a usted, miserable, que yo no estoy en el infierno.

DON JUAN.-?Cómo lo sabe?

LA VIEJA. -Porque no siento ningún dolor.

DON JUAN. - Entonces, no hay duda: está usted con

penada intencionalmente.

LA VIEJA. -¿Por qué lo dice?

DON JUAN. - Porque el infierno, señora, es lugar para los malos. Los malos se sienten cómodos en el infierno; para ellos se hizo. Me dice usted que no siente ningún dolor, y yo deduzco que es usted uno de aquellos para los cuales el infierno existe.

LA VIEJA. - ¿Usted no siente ningún dolor?

DON JUAN. - Yo no soy de los malos, señora, y por eso me aburre, me aburre de una manera indescriptible.

LA VIEJA. - ¡Que no es uno de los malos! Acaba de decirme que fue asesino.

DON JUAN. -Pero en duelo. Atravesé con mi espada a un viejo que quería atravesarme con la suya.

LA VIEJA. -Si era usted un caballero, eso no fué asesinato.

DON JUAN. -El viejo lo calificó de asesinato porque, según dijo, él defendía la honra de su hija. Con esto quería decir que porque yo me enamoré estúpidamente de ella y se lo dije, ella se puso a gritar; y él intentó asesinarme después de dirigirme palabrotas.

LA VIEJA.-Era usted como todos los hombres. Todos, todos son unos libertinos y unos asesinos.

DON JUAN. -Y, sin embargo, aquí estamos los dos, señora.

LA VIEJA.-Escúcheme. Mi padre fue asesinado por un miserable como usted, en un duelo semejante y por la misma causa. Yo grité: era mi deber. Mi padre atacó a mi asaltante -su honor lo requería- y cayó: esa fué la recompensa del honor. Yo estoy aquí, en el infierno, según me dice usted: esa es la recompensa del deber. ¿Hay justicia en el cielo?

DON JUAN. - No, pero en el infierno la hay. El cielo está por encima de esas trivialidades personales. En el cielo será usted bienvenida, señora. El cielo es el hogar del honor, del deber, de la justicia y de las demás siete virtudes capitales. Todo lo que

de malo se hace en la tierra se hace en su nombre. ¿Dónde, sino en el cielo, puede tener su recompensa? ¿No le he dicho que los verdaderamente condenados son los que son felices en el infierno?

LA VIEJA.-¿Usted ¿Usted es feliz aquí?

DON JUAN *(poniéndose de un salto en pie).*-No; y ese es el enigma en el cual medito en la oscuridad. ¿Por qué estoy aquí, yo, que repudié todos los deberes, pisoteé el honor y me reí de la justicia?

LA VIEJA.-A mí qué me importa por qué está aquí? ¿Por qué estoy yo, que sacrifique a la virtud y al decoro de la mujer todas mis inclinaciones?

DON JUAN. - Paciencia, señora; aquí será feliz y estará contenta. Como dijo el poeta: "El infierno es una ciudad muy parecida a Sevilla."[2]

LA VIEJA. - ¿Feliz aquí, donde no soy nada, donde no soy nadie?

DON JUAN. -No tiene razón; es usted una señora, y dondequiera que haya señoras está el infierno. No se sorprenda ni se asuste. Aquí encontrará todo lo que una señora puede desear, incluso diablos que la servirán por puro amor a la servidumbre y exagerarán su importancia por dignificar su servicio... los mejores criados.

LA VIEJA. - ¡Mis criados serán diablos!

DON JUAN. -¿Tuvo alguna vez criados que no lo fueran?

LA VIEJA. -Nunca; todos fueron unos diablos, unos perfectos diablos. Pero esa no es más que una manera de expresarse. Creí que usted quería decir que mis criados aquí serán verdaderos diablos.

DON JUAN. -No serán más verdaderos diablos que usted una verdadera señora. Aquí nada es real. Ese es el error de la condenación.

LA VIEJA. - Oh, todo esto es una 'locura. Peor que el fuego y los gusanos.

DON JUAN. - Tal vez haya consuelos para usted. Por ejemplo, ;cuántos años tenía cuando se mudó del tiempo a la eternidad?

LA VIEJA.-No me pregunte cuántos años tenía... como si perteneciera al pasado. Tengo 77.

DON JUAN. - Buena edad, señora. Pero en el infierno no se tolera la vejez. Es demasiado real. Aquí adoramos el Amor y la Belleza. Como nuestras almas están totalmente condenadas, cultivamos nuestros corazones. Como mujer de setenta y siete años, en el infierno no tendría usted ni un conocido.

[2] Parodia del verso de Sheelley. "Hell is a city much like London." El infierno e una ciudad muy

LA VIEJA. - ¿Cómo puedo evitar mi edad, hombre?

DON JUAN. - Olvida usted que ha dejado su edad detrás, en el reino del tiempo. Ahora tanto tiene usted 77 como 7, 17 0 27 años.

LA VIEJA. - ¡Qué tontería!

DON JUAN. -Considere, señora: ¿no era eso cierto hasta cuando vivía en la tierra? Cuando tenía 70 años, ¿era usted realmente más vieja, bajo sus arrugas y sus canas, que cuando tenía 30?

LA VIEJA. -No, más joven: a los 30 era una estúpida. Pero, ¿de qué sirve sentirse más joven y parecer más vieja?

DON JUAN. -El aspecto, señora, no era más que una ilusión. Sus arrugas mentían como miente acerca de su edad la tersa y rellenita piel de muchas chicas estúpidas de 17 años que tienen un espíritu triste e ideas decrépitas. Aquí no tenemos cuerpos. Si nos vemos unos a otros como cuerpos es porque cuando vivíamos nos acostumbramos a vernos en ese aspecto, y como no sabemos pensar de otra manera, seguimos pensando de ésa. Pero podemos aparecernos unos a otros con la edad que queramos. No tiene usted más que desear volver a tener su antiguo aspecto, y lo tendrá.

LA VIEJA. -No puede ser verdad.

DON JUAN. -Pruébelo.

LA VIEJA. - ¡Diecisiete!

DON JUAN. - Espere. Más vale que antes de que se decida le diga yo que esas cosas son cuestión de moda. De vez en cuando nos entra la furia por los 17, pero dura poco. Actualmente la edad a la moda es 40... o digamos 37; pero ya se notan señales de cambio. Si era usted bonita a los 27, yo le sugeriría que pruebe esa edad e implante una nueva moda.

LA VIEJA. -No le creo ni una palabra de lo que me dice. Con todo, opto por los 27. *(¡Plam!, la vieja se transforma en una joven magníficamente vestida, y tan hermosa que en la irradiación en que se ha convertido su halo amarillo mate se la podría confundir con Ann Whitefield.)*

DON JUAN. -¡Dona Ana de Ulloa!

ANA. -¡Cómo! ¿Me conoce?

DON JUAN. -¡Y tú me olvidas!

ANA. -No puedo verle la cara. *(Don Juan levanta el sombrero.)* ¡Don Juan

parecida a Londres.

Tenorio! ¡Monstruo! ¡Asesinaste a mi padre y me persigues hasta aquí!

DON JUAN.-Protesto; no te persigo. Permíteme que me retire. *(Yéndose.)*

ANA *(agarrándolo de un brazo).* -No me dejarás sola en este espantoso lugar.

DON JUAN. - ¡Con tal que el quedarme no lo interpretes como persecución!

ANA *(soltándole el brazo).* -Te extrañará que pueda soportar tu presencia. ¡Mi padre, mi pobre padre!

DON JUAN.-¿Quieres verlo?

ANA. - ¡;Mi padre aquí!!

DON JUAN. -No; está en el cielo.

ANA. -Ya lo sabía. ¡Mi noble padre! En este momento nos está mirando desde allí. ;Qué sentirá al ver a su hija en este lugar y en conversación con su asesino?

DON JUAN. -A propósito, si nos lo encontramos...

ANA. -¿Cómo nos lo vamos a encontrar aquí? Está en el cielo.

DON JUAN. -De vez en cuando suele condescender a hacernos una visita. El cielo le aburre. Por eso quiero advertirte que si te encuentras con él se sentirá mortalmente ofendido si dices de mí que soy su asesino. Insiste en que el era mucho mejor espadachín que yo, y en que si no hubiera resbalado me habría matado. Sin duda tiene razón: yo no era buen esgrimista, y como no se lo discuto, somos excelentes amigos.

ANA. -No es una deshonra el que un soldado se sienta orgulloso de su habilidad con las armas.

DON JUAN. -Probablemente preferirás no verte con él.

ANA. -¿Cómo te atreves a decir eso?

DON JUAN. -Oh, es el sentimiento corriente aquí. Recordarás que en la tierra -aunque no lo confesábamos- el sentimiento por la muerte de un conocido, aun del que más simpático nos fuera, se mezclaba con cierta satisfacción de no tener que tratar más con él.

ANA. - ¡Monstruo! Nunca, nunca.

DON JUAN *(plácidamente).* -Veo que reconoces el sentimiento. Sí; un entierro, especialmente el de un pariente, era siempre una fiesta a la que se iba de luto. En todo caso, aquí rara vez se conservan los lazos de familia. Tu padre está ya muy acostumbrado, de modo que no esperará devoción por tu parte.

ANA. -¡Miserable! Toda mi vida vestí de luto por él.

DON JUAN. -Sí, te sentaba bien. Pero una vida de luto es una cosa, y una

eternidad de luto, otra. Además, aquí estás tú tan muerta como él. ¿Puede haber algo más ridículo que un muerto de luto por otro? No te escandalices ni alarmes, querida Ana. En el infierno hay abundantes paparruchas (en realidad no hay otra cosa); pero las paparruchas de la edad y de los cambios no existen porque todos estamos muertos y somos eternos. Pronto te acostumbrarás a nuestras cosas.

ANA. -¿Y todos los hombres me llamarán querida Ana?

DON JUAN. -No. Eso ha sido un desliz. Perdóname.

ANA (*casi tiernamente).* -Juan: ¿me amabas de veras cuando te portaste tan mal conmigo?

DON JUAN *(impaciente).* -Oh, te ruego que no empieces a hablar de amor. Aquí no hablan más que de amor: de su belleza, de su santidad, de su espiritualidad, de su Dios sabe cuántas cosas más. Dispensa, pero me aburre espantosamente. No saben de qué hablan, y yo lo se. Creen que han logrado la perfección en amor porque carecen de cuerpos. ¡Puro desenfreno imaginativo! ¡Puah!

ANA.-Ni siquiera la muerte te ha refinado el alma, Juan. ¿El terrible juicio del cual fue ministro la estatua de mi padre no te ha enseñado a reverenciar?

DON JUAN. -A propósito, ¿qué tal está aquella favorecedora estatua? ¿Todavía se presenta a cenar con pillos y los arroja a este pozo sin fondo?

ANA.- Me Me ha costado mucho dinero. Los chicos de la escuela del monasterio no la dejaban en paz: los tunantes la rompían, y los estudiosos escribían sus nombres en ella. ¡Tres narices nuevas en dos años, y los dedos no se pueden ni contar! Al fin la tuve que abandonar a su suerte, y ene temo que esté espantosamente mutilada. ¡Mi pobre padre!

DON JUAN-Escucha. Escucha. *(Dos grandes acordes en re menor y su dominante ruedan en ondas sincopadas. en un sonido de tremenda alegría para los músicos.)* ¡Ajá! La música que Mozart escribió para la estatua. Es tu padre. Más te vale desaparecer hasta que lo prepare. *(Ana desaparece.)*

Del vacío vierte una estatua viva de mármol blanco, modelada para representar a un viejo majestuoso. Pero se desprende de su majestad con una gracia infinita, cantina con un paso de pluma y hace que cada arruga de su rostro curtido por la guerra exhale una alegría de día de fiesta. Debe al escultor un tipo perfectamente adiestrado que porta erguida y cuidadosamente; y las puntas de su rizado bigote, elásticas como muelles de reloj, le dan una expresión que, si no fuera por su dignidad española., se

podría calificar de jactanciosa. Está en las mejores relaciones con Don Juan. Su voz, salvo por una entonación mucho más distinguida, se parece tanto a la de Roebuck Ramsden, que llama la atención el hecho de que no son muy distintos a pesar de su diferente manera de afeitarse.

DON JUAN.-Ah, aquí está usted, amigo mío. ¿Por qué no aprende a cantar la espléndida música que le escribió Mozart?

LA ESTATUA. - Desgraciadamente la escribió para voz de bajo. La mía es de tenor. Bueno, ¿no se ha arrepentido usted todavía?

DON JUAN. -Le tengo a usted demasiada consideración para arrepentirme, Don Gonzalo. Si me arrepintiera, no tendría usted pretextos para venir del cielo a discutir conmigo.

LA ESTATUA. -Cierto. Siga terco, hijo mío. ¡Ojalá lo hubiera matado, como lo habría matado si no hubiera sido por el accidente! Entonces habría venido aquí; y usted habría tenido que acomodar su conducta a la estatua y a su reputación de piadoso. ¿Hay noticias?

DON JUAN. -Sí; su hija ha muerto.

LA ESTATUA *(perplejo).* -¿Mi hija? *(Recordando.)* Ah, la hija de la cual se enamoro usted. Déjeme recordar: ¿cómo se llamaba?

DON JUAN. -Ana.

LA ESTATUA. -Es verdad: Ana. Bonita chica, si la recuerdo bien. ¿Se lo ha dicho a ... cómo se llama su marido?

DON JUAN. -¿A mi amigo Ottavio? No; no lo he visto desde la llegada de Ana.

Ana sale indignada a la luz.

ANA. -¿Que significa esto? ¡Ottavio aquí y amigo tuyo! Y tú, padre, has olvidado mi nombre. Te has vuelto verdaderamente de piedra.

LA ESTATUA.-Hija mía: en mármol me admiran tanto más que cuando era yo mismo, que he conservado la forma que me dio el escultor. Era una de las primeras personalidades de su tiempo, debes reconocerlo.

ANA. -¡Padre! ¡Vanidad! ¡Vanidad personal! ¡En ti!

LA ESTATUA. -Ah, a ti se te paso ya esa debilidad, hija mía; debes tener cerca de los 8o. A mí me cortaron la vida (por un accidente) a los 64, y por lo tanto soy bastante más joven que tú. Además, hija mía, en este lugar se prescinde de lo que nuestro libertino amigo llama la farsa de la sabiduría paterna. Te ruego que me mires

como a un semejante, no como a tu padre.

ANA.-Hablas como habla este villano.

LA ESTATUA. -Juan es un profundo pensador. Mal esgrimista, pero profundo pensador.

ANA *(cada vez más horrorizada).* -Empiezo a comprender. Son diablos que se burlan de mí. Más me vale rezar.

LA ESTATUA *(consolándola).* -No, no, no, hija mía: no reces. Si rezas dejarás de aprovechar la principal oportunidad que ofrece este lugar. En el dintel de la puerta está escrito: "Dejad atrás toda esperanza al entrar aquí." Piensa que alivio es eso, porque, ¿qué es la esperanza? Una forma de responsabilidad moral. Aquí no hay esperanzas, y en consecuencia no hay deberes, ni trabajo, ni se gana nada con rezar, ni se pierde nada con hacer lo que uno quiere. El infierno, en pocas palabras, es un lugar donde no hay otro quehacer que divertirse. *(Don Juan suspira pro fundamente.)* Suspira usted, amigo mío, pero si residiera en el cielo, como yo, comprendería las ventajas de que disfruta.

DON JUAN.-Hoy está usted de buen humor, comendador. Positivamente brillante. ¿Qué le pasa?

LA ESTATUA. -He llegado a adoptar una resolución importantísima. Pero primero, ¿donde está nuestro amigo el Diablo? Tengo que consultarle el asunto. Estoy seguro de que también a Ana le gustaría conocer al Diablo.

ANA. -Me estás preparando algún tormento.

DON JUAN. -Todo eso es superstición, Ana. Tranquilízate. Recuérdalo: el diablo no es tan negro como lo pintan.

LA ESTATUA. -Voy a llamarlo.

En cuanto la estatua mueve una mano vuelven a sonar los acordes, pero la música de Mozart la adultera grotescamente esta vez la de Gounod, Empieza a resplandecer un halo escarlata y en él surge el Diablo, muy mefistofélico pero no muy distinto de Mendoza, aunque no tan interesante. Representa más edad, se está poniendo prematuramente calzo y, pese a su efusión y a su cordialidad, se enoja y es muy sensible a que no se le corresponda de la misma manera. No inspira gran confianza en sus condiciones de trabajador y de resistente, y, en conjunto, es persona de aspecto desagradable y que tiene muchos miramientos consigo mismo, pero es inteligente y veraz, aunque peor criado que los otros dos hombres y enormemente

menos vital que la mujer.

EL DIABLO *(cordialmente).* - ¿Tengo el placer de recibir otra visita del ilustre Comendador de Calatrava? *(Fríamente.)* Don Juan, a su servicio. *(Cortésmente.)* ¡Y una dama desconocida! Mis respetos, señora.

ANA. -¿Es usted... ?

EL DIABLO *(inclinándose).*-Lucifer, a su disposición.

ANA. - Me voy a volver loca.

EL DIABLO *(galantemente).* -Ah, señora, no se inquiete. Viene usted de la tierra, llena de prejuicios y terrores de aquel lugar plagado de curas. Ha oído hablar mal de mi, pero créame que tengo allí infinidad de amigos.

ANA. - Sí, reina usted en sus corazones.

El, DIABLO *(meneando la cabeza).* - Me halaga usted, señora, pero se equivoca. Es cierto que el mundo no puede vivir sin mí, pero nunca me reconoce ese mérito. En su corazón desconfía y me odia. Todas sus simpatías están con la pobreza, con el hambre del cuerpo y del corazón. Yo procuro que simpatice con la alegría, con el amor, con la felicidad, con la belleza...

DON JUAN *(asqueado).*-Dispense; me voy. Ya sabe que no puedo aguantar esto.

El. DIABLO *(enojado).*-Sí; ya sé que no es usted amigo mío.

LA ESTATUA. - ¿Qué daño le hace a usted, Juan? A mi me parece que cuando le ha interrumpido usted, estaba diciendo cosas muy sensatas.

EL DIABLO *(acariciando calurosamente la mano de la estatua).* - Gracias, amigo mío, gracias. Siempre me ha comprendido usted; él, en cambio, siempre me ha desalentado y eludido.

DON JUAN. -Lo he tratado con perfecta cortesía.

EL DIABLO. -¡Cortesía! ¿Qué es cortesía? La cortesía me tiene sin cuidado. Déme usted un corazón cálido, verdadera sinceridad, lazos de simpatía con el amor y la alegría...

DON JUAN.- Me Me pone usted enfermo.

EL DIABLO *(dirigiéndose a la estatua)* . -¿Ha oído, comendador? ¿Por qué ironía del destino han traído a mi reino a este frío egotista y le han llevado a usted a las heladas mansiones del cielo?

LA ESTATUA. -No me puedo quejar. Fui un hipócrita, y merezco que me mandaran al cielo.

EL DIABLO.-¿Por qué no viene aquí y deja una esfera para la cual su temperamento es demasiado simpático, su corazón demasiado cálido, su capacidad para gozar demasiado generosa?

LA ESTATUA. -Hoy me he decidido a eso. En el porvenir, excelente Hijo de la Mañana, soy suyo. He dicho adiós para siempre al cielo.

EL DIABLO *(tocando otra vez la mano de mármol).* -¡Qué honor! ¡Qué triunfo para nuestra causa! Gracias, gracias. Ahora, amigo mío -al fin me es posible llamarlo así-, ¿no puede usted persuadirle para que ocupe el puesto que ha dejado usted vacante arriba?

LA ESTATUA *(meneando la cabeza).* -A nadie con quien tengo amistosas relaciones le puedo recomendar en conciencia que vaya deliberadamente a aburrirse y a vivir incómodamente.

EL DIABLO. -Claro que no, pero ¿está usted seguro de que se sentiría incómodo? Naturalmente, usted lo sabe mejor que yo; usted lo trajo aquí originalmente, y él nos hizo concebir grandes esperanzas. Sus sentimientos eran del mejor gusto de nuestra mejor gente. ¿Recuerda cómo cantaba? *(Se pone a cantar con una nasal voz de barítono, trémula por falta de uso, a la francesa.)*

Vivan le femmine. Viva il buon vino.

LA ESTATUA *(siguiendo la melodía en una octava más alta con su voz de tenor).*

Sostegno e gloria D'umanitá.

EL DIABLO. - Exactamente. Pues bien, ya no canta más.

DON JUAN. -¿Se queja de eso? El infierno está lleno de músicos amateurs: la música es el coñac de los condenados. ¿Ni a una sola alma perdida se le permite la abstinencia?

EL DIABLO. -Se atreve a blasfemar contra la más sublime de las artes.

DON JUAN *(con fría repugnancia).* - Habla usted como una mujer histérica que rasca un violín.

EL DIABLO. -No estoy enfadado. Me da usted pena. No tiene alma, y se da cuenta de todo lo que pierde. En cambio usted, señor comendador, es un músico nato. ¡Qué bien canta! A Mozart le encantaría si todavía estuviera aquí; pero le entró la murria y se fue al cielo. Es curioso que estos hombres inteligentes, de quienes se hubiera dicho que habían nacido para ser populares aquí, han resultado ser unos fracasos sociales, como Don Juan.

DON JUAN. -Lamento mucho ser un fracaso social.

EL DIABLO.-No es que no admiremos su intelecto, ya lo sabe usted. Lo admiramos. Pero yo miro a la cosa desde su propio punto de vista. Usted no se entiende con nosotros. Este sitio no le gusta. La verdad es que usted... no diré que no tiene corazón, porque sabemos que tras su afectado cinismo tiene uno cálido...

DON JUAN *(encogiéndose).* -No siga, por favor.

EL DIABLO *(irritado).* -Bueno, no sabe disfrutar. ¿Está bien así?

DON JUAN. -Es una forma de pedantería un tanto menos insufrible que la otra. Pero si me lo permite me refugiaré, como siempre, en la soledad.

EL DIABLO. -¿Por qué no se refugia en el cielo? Aquel es el lugar que le corresponde. (*A Ana.)* Vamos, señora, ¿no puede convencerlo de que le sentará bien un cambio de aire?

ANA. -¿Puede ir al cielo si quiere?

EL DIABLO. -¿Qué se lo va a impedir?

ANA. - ¿Puede cualquiera ... puedo yo ir al cielo si quiero?

EL DIABLO *(un tanto desdeñosamente).*-Naturalmente, si sus gustos le llevan en esa dirección.

ANA. - Entonces, ¿por qué no van todos al cielo?

LA ESTATUA *(riéndose sordamente).* - Yo te lo puedo decir, hija mía. Porque el cielo es el lugar más angelicalmente aburrido de toda la creación; por eso.

EL DIABLO. -Su excelencia el comendador lo ha dicho con rudeza de militar, pero es que la tensión en que se vive en el cielo es intolerable. Se dice que a mí me expulsaron de allí, pero la verdad es que nada hubiera podido inducirme a quedarme. Me largué simplemente y organicé esto.

LA ESTATUA.-No me extraña. Nadie podría soportar una eternidad de cielo.

EL DIABLO. - Oh, a algunos les gusta. Seamos justos, comendador: es cuestión de temperamento. Yo no admiro el temperamento celestial, no lo comprendo ni creo que tengo ningún interés en comprenderlo, pero de todo tiene que haber en el universo. Sobre gustos no hay nada escrito, y hay personas a las cuales les gusta. Yo creo que a Don Juan le gustaría.

DON JUAN. -Perdóneme mi franqueza: ¿podría usted realmente volver si lo deseara, o están verdes las uvas?

EL DIABLO. - ¿Si podría volver? Vuelvo a menudo. ¿No ha leído el libro de Job?

¿Puede apoyarse en alguna autoridad canónica para suponer que entre nuestro círculo y el otro hay alguna barrera?

ANA. - Seguramente hay un gran abismo.

EL DIABLO. - Señora mía, las parábolas no hay que tomarlas al pie de la letra. El abismo es la diferencia entre el temperamento angelical y el diabólico. ¿Qué abismo más infranqueable puede haber? Piense en lo que ha visto en la tierra. Entre el aula dei filósofo y la plaza de toros no hay un abismo físico, pero, no obstante, los toreros no van al aula del filósofo. ¿Ha estado usted alguna vez en el país donde más partidarios tengo?

Es Inglaterra. Allí hay grandes hipódromos y también grandes salas de conciertos donde tocan las obras clásicas de Mozart, el amigo de su excelencia. Los que van a los hipódromos pueden dejar de ir a ellos e ir, si quieren, a los conciertos clásicos. No hay ley que lo impida, porque los ingleses nunca serán esclavos: gozan de libertad para hacer lo que el gobierno y la opinión pública les permiten hacer. Y todo el mundo reconoce que las salas de conciertos son lugares más elevados, más cultos, más poéticos y más intelectuales que los hipódromos. Pero, ¿desertan de su deporte los aficionados a las carreras y van en masa a las salas de conciertos? No. Se aburrirían todo lo que el comendador se ha aburrido en el cielo. Ese es el gran abismo de la parábola entre los dos lugares. Un simple abismo físico podrían salvarlo con un puente; por lo menos se lo podría construir yo (el mundo está lleno de Puentes del Diablo) ; pero el abismo de lo que no gusta es insalvable y eterno. Ese es el único que separa a mis amigos de aquellos a quienes envidiosamente se les llama bienaventurados.

ANA. -Me voy ahora mismo al cielo.

LA ESTATUA. - Hija mía: permíteme antes una palabra de advertencia. Déjame completar la imagen de mi amigo Lucifer sobre el concierto clásico. En todos los conciertos clásicos que se dan en Inglaterra verás filas de gente cansada que están allí, no porque realmente les guste la música clásica, sino porque creen que deben estar. Pues bien, lo mismo pasa en el cielo. Hay muchos que están sentados en la gloria, no porque sean felices, sino porque creen que su posición les obliga a estar en el cielo. Casi todos son ingleses.

EL DIABLO. -Sí; los meridionales renuncian al cielo y vienen a mí como ha venido usted. Pero los ingleses

Librodot

no parecen darse cuenta de cuándo son verdaderamente desdichados. Un inglés cree que es moral cuando no está más que incómodo.

LA ESTATUA. -Para resumir, hija mía, si vas al cielo sin reunir las naturales condiciones, no vas a disfrutar.

ANA. -¿Y quién se atreve a decir que no reúno las naturales condiciones? Los príncipes más distinguidos de la Iglesia no lo han puesto nunca en duda. Me debo a mí misma el partir de aquí inmediatamente.

EL DIABLO *(ofendido).* -Como guste, señora. Yo hubiera esperado en usted mejor gusto.

ANA. -Padre: espero que vendrás conmigo. No puedes quedarte aquí. ¡Qué dirá la gente!

LA ESTATUA. -¡La gente! ¡Si la mejor gente está aquí ... incluso los príncipes de la Iglesia! Tan pocos van al cielo y tantos vienen aquí, que los bienaventurados, a los que en un tiempo se les llamó huéspedes del cielo, constituyen una minoría decreciente. Los santos, los padres, los elegidos de antaño son los chiflados, los maniáticos y los ousiders de hoy.

EL DIABLO. -Cierto. Desde el principio de mi carrera comprendí que a la larga ganaría por la mera gravitación de la opinión pública, pese a la larga campaña de difamación y calumnia que se desató contra mí. En el fondo, el universo es constitucional, y con una mayoría como la mía no se me puede tener permanentemente alejado del poder.

DON JUAN. - Creo que más te vale quedarte aquí.

ANA *(celosa).* -No quieres que vaya contigo.

DON JUAN. -Seguramente no querrás entrar en el cielo en compañía de un réprobo como yo.

ANA. -Todas las almas son igualmente preciosas. Te has arrepentido, ¿no es cierto?

DON JUAN. - Querida Ana, eres boba. ¿Supones que el cielo es como la tierra, donde la gente se convence de que lo hecho se puede deshacer arrepintiéndose; de que lo dicho queda no dicho retractándose; de que lo que es cierto se puede aniquilar mediante un pacto general para desmentirlo? No; el cielo es hogar de los dueños de la realidad; por eso voy allí.

ANA.-Gracias; yo voy al cielo por ser feliz. Para realidad me ha bastado con la de

la tierra.

DON JUAN. -Entonces, debes quedarte aquí, porque el infierno es el hogar de lo irreal y de quienes buscan la felicidad. Es el único refugio para huir del cielo, que, como te digo, es el hogar de los dueños de la realidad, y para huir de la tierra, que es el hogar de los esclavos de la realidad. La tierra es un criadero de niños donde los hombres y las mujeres juegan a ser héroes y heroínas, santos y pecadores, pero de su paraíso de tontos les tiran hacia abajo sus cuerpos. El hambre, el frío y la sed, los años, la decadencia y las enfermedades, y sobre todo la muerte, les hacen esclavos de la realidad; hay que comer y digerir tres veces al día; en cada siglo hay que engendrar tres veces una nueva generación. Las eras de la fe, de los sentimientos románticos y de la ciencia desembocan al fin en una sola oración: "Haz de mí un animal sano." Pero aquí se escapa de la tiranía de la carne, porque no se tiene nada de animal. Aquí se es un fantasma, una apariencia, una ilusión, un convencionalismo inmortal, intemporal, en una palabra, incorpóreo. Aquí no hay cuestiones sociales, ni cuestiones políticas, ni cuestiones religiosas, ni, quizá lo mejor, cuestiones sanitarias. Aquí al aspecto se le llama belleza, a las emociones se les llama amor, a los sentimientos heroísmo, a las aspiraciones virtud, como se les llamaba en la tierra; pero no hay una dura realidad que contradiga, ni un irónico contraste entre las necesidades y las pretensiones, ni comedia humana; no hay más que un perpetuo romance, un melodrama universal. Como dijo un amigo nuestro alemán en su poema: 'La insensatez poética es aquí buen sentido, y el eterno femenino nos eleva constantemente"... sin llevarnos ni un paso más allá. ¡Y con todo eso quieres dejar este paraíso!

ANA. -Si el infierno es tan hermoso, ¡qué glorioso debe de ser el cielo!

El diablo, la estatua y Don Juan se ponen a protestar violentamente, y de pronto se callan avergonzados.

DON JUAN. - Perdonen ustedes.

EL DIABLO. -De nada. Yo le he interrumpido.

LA ESTATUA. - Iba usted a decir algo.

DON JUAN. - Después de ustedes, señores.

EL DIABLO *(a Don Juan).* - Ha estado usted tan elocuente sobre las ventajas de mis dominios, que le dejo el hacer justicia a los inconvenientes del otro establecimiento.

DON JUAN. - En el cielo, tal como yo me lo imagino, señora mía, se vive y se

trabaja en vez de jugar y fingir. Se ven las cosas como son; no se evita más que el embelesamiento; y la solidez y el peligro de cada uno son su gloria. Si la comedia continúa todavía en la tierra y aquí y todo el mundo es un escenario, el cielo está al menos detrás del decorado. Pero el cielo no se puede describir en metáforas. Allí voy en seguida, porque allí espero al fin escapar de la mentira y de la tediosa y vulgar persecución de la felicidad, para pasar mis eones en la contemplación...

LA ESTATUA. - ¡Uf!

DON JUAN. - Señor comendador: no le reprocho que no le guste: una galería de cuadros es lugar aburrido para un eiego. Pero así como hasta usted goza con la contemplación de esos románticos espejismos que son la belleza y el placer, también yo gozaría con la contemplación de lo que más me interesa: la Vida, la fuerza que aspira constantemente a lograr una mayor capacidad de contemplarse a sí misma, ¿Qué cree usted que creó este cerebro mío? No fue la necesidad de mover mis miembros, porque una rata con la mitad de mi talento los mueve tan bien como yo. No fue simplemente la necesidad de obrar, sino la de saber qué hago, para que en mis ciegos esfuerzos por vivir no me destruya a mí mismo.

LA ESTATUA. -Amigo mío, si no es por el resbalón que di, se hubiera destruído en sus ciegos esfuerzos de esgrimista.

DON JUAN. -Audaz lujurioso: su risa terminará en espantoso aburrimiento antes de que llegue la mañana.

LA ESTATUA. -¡Ja, ja! ¿Recuerda cómo lo asusté cuando le dije algo desde el pedestal de mi estatua en Sevilla? Sin los trombones suena un poco apagado.

DON JUAN. - Me dicen que generalmente suena apagado con ellos, comendador.

ANA. -No interrumpas con frivolidades, papá. ¿No hay en el cielo nada más que contemplación, Juan?

DON JUAN. -En el cielo no busco otro goce. Pero existe la tarea de ayudar a la Vida en su lucha por elevarse. Piensa en cómo derrocha y se desperdiga, en cómo se pone obstáculos y se destruye en su ignorancia y ceguera. Esa fuerza irresistible necesita un cerebro para que en su ignorancia no se resista a sí misma. ¡Qué gran obra es el hombre!, dice el poeta. Sí, pero qué torpe es. Siendo el milagro más grande de organización que ha hecho todavía la vida, el ser más intensamente vivo, el más consciente de todos los organismos, qué cerebro más pobre tiene. La realidad que le han enseñado las fatigas del trabajo y la pobreza ha hecho sórdida y cruel su

estupidez. Su imaginación prefiere pasar hambre a afrontar esa realidad, amontonando ilusiones para ocultarla y llamándose inteligencia, genio. Y las dos se acusan mutuamente de su propio defecto: la estupidez acusa de loca a la imaginación, y la imaginación acusa de ignorante a la estupidez, mientras que, ay, la estupidez tiene todo el conocimiento y la imaginación toda la inteligencia.

EL DIABLO. - Y buen potaje han hecho entre las dos. ¿Le conté a usted cuando estaba disponiendo aquel asunto de Fausto, que lo único que la razón ha hecho por el hombre ha sido hacerle más bestia que ninguna bestia? Un cuerpo espléndido vale lo que todos los cerebros cíe cien filósofos dispépticos y flatulentos.

DON JUAN. -Olvida usted que se ha ensayado la magnificencia del cuerpo sin cerebro. Han existido seres inconmensurablemente más grandes que el hombre en todos los aspectos. El megaterio y el ictiosauro han caminado en la tierra con pasos de siete leguas y ocultado el sol con sus enormes alas. ¿Dónde están ahora? Son fósiles en museos, y aun como tales son tan pocos y tan imperfectos que a uno de sus nudillos o de sus dientes se les da más valor que a las vidas de mil soldados. Esos seres vivieron y deseaban vivir; pero por falta de cerebro no supieron cómo realizar su propósito y se destruyeron.

EL DIABLO. -¿Es que el hombre se está destruyendo menos a sí mismo a pesar de ese cerebro del que tanto se jacta? ¿Ha estado usted últimamente en la tierra? Yo sí, y he examinado los maravillosos inventos del hombre; y le aseguro que en las artes de vivir no ha inventado nada, pero que en las artes de matar supera a la Naturaleza y produce con la química y la maquinaria todas las matanzas de las plagas, de la peste y del hambre. El campesino a quien tiento hoy come y bebe lo que comían y bebían los campesinos de hace diez mil años; y la casa donde vive no ha cambiado en mil siglos lo que cambia la moda de sombreros de mujer en unas semanas. Pero cuando sale a matar lleva un maravilloso mecanismo que al toque de un dedo arroja todas las ocultas energías moleculares y deja muy atrás la jabalina, la flecha y la caña de soplar de sus padres. En las artes de la paz el hombre es un torpón. He visto sus fábricas de tejidos de algodón y demás, con maquinaria que un perro codicioso habría podido inventar si hubiera deseado dinero en vez de comida. Conozco sus torpes máquinas de escribir, sus ruidosas locomotoras y sus aburridas bicicletas: son juguetes si se les compara con la ametralladora y el torpedero submarino. En la maquinaria industrial del hombre no hay más que codicia y pereza: su corazón está en sus armas. La

maravillosa fuerza vital de que usted se jacta es una fuerza mortífera; el hombre mide su fuerza por su capacidad de destrucción. ,Qué es su religión? Un pretexto para odiarme. ¿Qué es su ley? Un pretexto para ahorcarle a usted. Qué es su moralidad? Señoritismo, un pretexto para consumir sin producir. ¿Qué es su arte? Un pretexto para regodearse en cuadros de matanza. ¿Qué es su política? O la adoración a un déspota porque el déspota puede matar, o una parlamentaria pelea de gallos. Hace poco pasé una tarde en cierto celebrado parlamento y oí que el cazo sermoneaba a la sartén por su tiznado, y que los ministros contestaban a preguntas. Cuando me fui escribí con tiza a la puerta la vieja frase de los cuartos de niños: "No hagas preguntas y no te dirán mentiras." Compre una revista de seis peniques y vi que estaba llena de fotografías de hombres jóvenes que se disparaban tiros y se mataban. Vi morir a un hombre, un albañil londinense con siete hijos. Dejo diecisiete libras esterlinas y su mujer las gasto en su entierro y al día siguiente fue con sus hijos a un asilo. En la instrucción de sus hijos no hubiera gastado siete peniques -la ley tuvo que obligarle a permitir que se los instruyeran- pero en el muerto gasto todo lo que tenia. La imaginación de esa gente se enciende, sus energías aumentan ante la idea de la muerte, y cuanto más horrible sea, más les gusta. El cielo está muy por encima de su comprensión; la idea que de él tienen la derivan de dos de los bobos más grandes que han existido, un italiano y un inglés. El italiano lo describió como un lugar de barro, heladas, suciedad, fuego y serpientes venenosas: todo tortura. Ese burro, cuando no estaba diciendo mentiras de mi, estaba gimiendo acerca de una mujer a la cual vio una vez en la calle. El inglés me describió como si me hubieran expulsado del cielo a fuerza de cañonazos y pólvora; y todavía hoy todo inglés cree que esas estupideces están en la Biblia. No sé qué más dice, porque lo dice en un largo poema con el que ni yo ni nadie hemos podido apencar. Lo mismo pasa en todo. La forma literaria más elevada es la tragedia, obra de teatro en la que al fin se asesina a todo el mundo. Las viejas crónicas nos hablaban de terremotos y pestes y nos decían que mostraban el poder y majestad de Dios y la pequeñez del hombre. Ahora las crónicas describen batallas. En una batalla dos cuerpos de hombres se disparan mutuamente balas y bombas explosivas hasta que uno de ellos huye, y entonces el otro persigue a los fugitivos y los hace pedazos en su huida. Esto, deduce la crónica, muestra la grandeza y majestad de los imperios y la pequeñez de los vencidos. Por esas batallas la gente se echa a la calle profiriendo gritos de alegría y presiona a los ministros para que gasten

cientos de millones en la matanza, mientras los ministros más energicos no se atreven a gastar un penique más por libra esterlina para combatir la pobreza y la peste que ven todos los días en sus paseos. Podría poner mil ejemplos más, pero todos se reducen a lo mismo: el poder que gobierna la tierra no es el de la Vida, sino el de la Muerte; y la intima necesidad que ha servido a la Vida en sus esfuerzos por organizarse en forma de ser humano no es la necesidad de una vida más elevada, sino la de un elemento destructor más eficaz. Las plagas, las hambres, los terremotos y las tempestades eran demasiado espasmódicos en su actividad; el tigre y el cocodrilo se hartaban con demasiada facilidad y no eran suficientemente crueles; se necesitaba algo más constante, más implacable, más ingeniosamente destructor, y ese algo fue el hombre, inventor del potro, de la hoguera, del cadalso y de la silla eléctrica, de la espada, del fusil y del gas venenoso, y, sobre todo, de la justicia, del deber, del patriotismo y de todos los demás ismos, mediante los cuales aun a los suficientemente inteligentes para portarse humanamente se les convence para que sean los más destructores de todos.

DON JUAN. - ¡Bah!, todo eso es viejo. Su punto flaco, diabólico amigo, está en que siempre ha sido un cándido: usted toma al hombre por lo que el dice que vale. Nada podría halagarlo tanto como la opinión que usted tiene de él. Le gusta creerse audaz y malo, y no es ni lo uno ni lo otro; no es más que un cobarde. Llámele tirano, asesino, pirata, matón, y le adorará y se jactará de saber que lleva en sus venas sangre de los antiguos reyes del mar. Llámele mentiroso y ladrón, y se limitará a querellarse contra usted por difamación. Pero llámele cobarde y verá qué furioso se pone; afrontará la muerte para responder a esa hiriente verdad. El hombre da, de su conducta, todas las razones menos una, disculpa sus crímenes con todos los pretextos menos uno, busca su seguridad por todos los motivos menos uno: su cobardía. Sin embargo, toda su civilización se basa en su cobardía, en su abyecta mansedumbre, que él llama respetabilidad. Ni una mula ni un burro aguantan más que hasta ciertos límites, pero el hombre soportará que lo degraden hasta el punto de que su villeza les acaba por parecer tan odiosa a sus opresores, que ellos mismos se ven obligados a corregirla.

EL DIABLO. -Exactamente. Y esas son las criaturas en quienes usted descubre lo que llama Fuerza Vital.

DON JUAN. -Sí, porque ahora viene lo más sorprendente de todo ello.

LA ESTATUA, -¿Qué es?

DON JUAN. -Que a esos cobardes se les puede hacer valientes poniéndoles simplemente una idea en la cabeza.

LA ESTATUA. -Qué tontería! Como viejo soldado, reconozco la cobardía: es tan universal como el marearse en el mar y tiene tan poca importancia. Pero eso de poner una idea en la cabeza de un hombre es una estupidez. Lo único que se necesita para hacer combatir en una batalla es un poco de ardor y el saber que es más peligroso perder que ganar.

DON JUAN. -Por eso, tal vez, son tan inútiles las batallas. Pero los hombres no se sobreponen realmente al miedo hasta que imaginan que están combatiendo en pro de un principio universal, lo que ellos llaman combatir por una idea. ,Por qué era el cruzado más valiente que el pirata? Porque no luchaba para sí, sino por la Cruz. ;Cuál es la fuerza que se le opuso con tanta intrepidez como la suya? La fuerza de hombres que no luchaban para ellos, sino por el Islam. Nos arrebataron España aunque luchamos por defender nuestros hogares, pero cuando también nosotros combatimos por la potente idea del catolicismo, los expulsamos otra vez a Africa.

EL DIABLO *(irónicamente).* - Cómo, usted católico, señor Don Juan, usted devoto! Lo felicito.

LA ESTATUA *(seriamente).* -Vamos, vamos. Como soldado, no puedo escuchar nada en contra de la Iglesia.

DON JUAN. -No tenga miedo, comendador: la idea de la. Iglesia Católica sobrevivirá al Islam, sobrevivirá a la Cruz, sobrevivirá hasta a ese vulgar desfile de incompetentes gladiadores escolares que usted llama Ejército.

LA ESTATUA. -Juan: me va usted a poner en la necesidad de pedirle una explicación por eso.

DON JUAN. -Es inútil; no sé batirme. Toda idea por la cual esté dispuesto el hombre a morir será una idea católica. Cuando al fin el español aprenda que no es mejor que el sarraceno y que su profeta no es mejor que Mahoma, se levantará, más católico que nunca, y morirá en una barricada frente a la inmunda casa donde se muere de hambre, en defensa de la libertad y de la igualdad universales.

LA ESTATUA. -¡Majaderías!

DON JUAN. - Por eso que usted llama. majaderías es por lo único por lo que los hombres se atreven a morir. Más tarde la libertad no será suficientemente católica, y los hombres morirán por la perfección humana, a la cual sacrificarán alegremente su

libertad.

EL DIABLO. - Sí; nunca les faltará una excusa para matarse.

DON JUAN. -¿Y qué? Lo que importa no es la muerte, sino el temor a la muerte. Lo que nos degrada no es el matar y el morir, sino el vivir vilmente y aceptar los salarios y las ganancias de la degradación. Es preferible que mueran diez hombres a que viva uno esclavo de su amo. Los hombres se levantarán todavía, padre contra hijo y hermano contra hermano, y se matarán por la gran idea católica de abolir la esclavitud.

EL DIABLO. - Sí, cuando la libertad y la igualdad que usted exalta haya hecho que los blancos cristianos y libres sean en el mercado del trabajo más baratos que los negros paganos vendidos en subasta en masa.

DON JUAN. -No se preocupe; ya le llegará su turno al obrero blanco. Pero ahora no estoy defendiendo las formas ilusorias que adoptan las grandes ideas. Estoy poniendo ejemplos de que esta criatura llamada Hombre, que en sus propios asuntos egoístas es más cobarde que una liebre, lucha por una idea como un héroe. Como ciudadano podrá ser abyecto, pero como fanático es peligroso. No se le puede esclavizar más que mientras es suficientemente débil para prestar atención a razones. Les digo a ustedes, señores, que si saben mostrar al hombre, para que lo realice, un trozo de lo que él llama ahora obra de Dios y después designará con muchos nombres nuevos, le pueden hacer totalmente indiferente a las consecuencias que personalmente tendrá para él.

ANA. -Sí, el hombre se sacude todas las responsabilidades y deja que cargue con ellas su mujer.

LA ESTATUA. -Bien dicho, hija mía. No dejes que te priven del sentido común.

EL DIABLO. -Ay, señor comendador; ahora que hemos tocado el tema de la Mujer, Don Juan hablará más que nunca. Yo mismo confieso que para mí es el tema supremamente interesante.

DON JUAN.-Para la mujer, señora, las obligaciones y las responsabilidades del hombre empiezan y terminan con su tarea de encontrar pan para sus hijos. El hombre no es para ella más que un medio para tener hijos y sacarlos adelante.

ANA.-¿Es ¿Es eso lo que crees que piensa la mujer? Yo lo llamo cínico y repugnante animalismo.

DON JUAN. -Perdóname, Ana; no he hablado de lo que la mujer piensa en

conjunto. He hablado de su opinión del hombre como sexo distinto. No es más cínica que su opinión de que ella es, por encima de todo, madre. Sexualmente, la mujer es el medio de que se vale la naturaleza para perpetuar su más alta finalidad. Sexualmente, el hombre es el medio de que se vale la mujer para cumplir lo más económicamente posible el designio de la naturaleza. La mujer sabe instintivamente que en tiempos remotísimos inventó al hombre, lo diferenció y lo creó para producir algo mejor que lo que puede producir el proceso unisexual. Mientras el cumpla el propósito para el cual le creó, le permite benévolamente sus sueños, sus locuras, sus ideales y sus heroísmos, siempre que su piedra angular sea la adoración de la mujer, de la maternidad, de la familia y del hogar. Pero, ¡qué precipitado y peligroso fue inventar un ser cuya única función consistía en que la fecundara! No tienen más que ver lo que ha sucedido. Primero se multiplicó el hombre en manos de la mujer, hasta que ha llegado a haber tantos hombres como mujeres, por lo que la mujer se ha visto en la imposibilidad de utilizar para sus propósitos más que una fracción de la inmensa energía que le dejó a su disposición al evitarle la extenuante tarea de la gestación. Esta superflua energía del hombre le ha ido al cerebro y a los músculos, y el hombre ha llegado a ser demasiado fuerte para que lo domine la mujer físicamente, y demasiado imaginativo y mentalmente vigoroso para que se contente con reproducirse. El hombre ha creado así la civilización sin consultar a la mujer, y tomando como si tal cosa su tarea doméstica como base de esa civilización.

ANA.-En todo caso, eso es cierto.

El DIABLO. -Sí, ¿y qué es, después de todo, esta civilización?

DON JUAN. - Después de todo, un excelente perchero para colgar sus cínicos lugares comunes; pero ante todo, una tentativa del hombre para ser algo más que el mero instrumento del propósito de la mujer. Hasta ahora el resultado del continuo esfuerzo de la Vida, no sólo para subsistir, sino también para organizarse cada vez mejor y tener más clara conciencia de sí misma, no es, en el mejor de sus aspectos, más que una dudosa campaña entre sus fuerzas y las de la muerte y la degeneración. Las batallas de esa campaña son meras torpezas, las más de las cuales gana, como se ganan las verdaderas batallas militares, a pesar de los jefes.

LA ESTATUA. - Esa es una indirecta contra mí. No importa. Siga.

DON JUAN. -Es una indirecta a un poder mucho más alto que usted, comendador. Con todo, en su profesión habrá observado que hasta un general estúpido puede ganar

batallas si el general del enemigo es un poco más estúpido.

LA ESTATUA *(muy seriamente).* - ¡Gran verdad,

Juan! Algunos burros tienen una suerte asombrosa.

DON JUAN.-Pues bien; la Fuerza Vital es estúpida, pero no tanto como las fuerzas de la muerte y la degeneración. Además, éstas están siempre a su servicio, y, en cierto sentido, la Vida gana. Poseemos todo lo que la simple fertilidad puede proporcionar y la simple codicia conservar. Está asegurada la supervivencia de cualquier forma de civilización que puedan producir el mejor rifle y el tirador mejor nutrido.

EL DIABLO. -Exactamente. No la supervivencia de los medios más eficaces de la Vida, sino de los medios más eficaces de la Muerte. A pesar de sus retorcimientos, evasiones y sofisterías, por no mencionar la intolerable longitud de sus discursos, siempre vuelve usted a mi punto de vista.

DON JUAN. - Vamos, ¿quién empezó con largos discursos? Si le recargo a usted demasiado su intelecto, puede irse y buscar la sociedad del amor, de la belleza y demás aburrimientos de su predilección.

EL DIABLO *(muy ofendido).* -Eso no es justo ni cortés, Don Juan. También yo me explayo en un plano intelectual. Nadie lo aprecia más que yo. Estoy discutiendo limpiamente con usted, y creo que consigo refutarlo. Podemos seguir una hora más, si quiere.

DON JUAN. - Bien; sigamos.

LA ESTATUA. - Yo no veo la posibilidad de que llegue usted a ningún punto concreto, Juan. Pero en fin, ya que en este lugar tenemos que matar la eternidad en vez de matar el tiempo, sigamos.

DON JUAN *(un tanto impaciente).* -Mi punto, vieja y marmórea obra maestra, está a un paso de distancia. ¿Estamos de acuerdo en que la Vida es una fuerza que ha hecho innumerables experimentos para organizarse; en que el mamut y el hombre, el ratón y el megaterio, las moscas, las pulgas y los Padres de la Iglesia son más o menos logradas tentativas para transformar esa grosera fuerza en individuos más elevados, con la vista puesta en que el individuo ideal sea omnipotente, omnisciente, infalible y, por lo tanto, tenga una plena y absoluta conciencia de sí mismo, es decir, sea un dios?

EL DIABLO. - Asiento a fin de discutir.

LA ESTATUA. - Asiento a fin de evitar discusiones.

ANA. - Disiento vivamente en cuanto a los Padres de la Iglesia, y ruego que no se

les traiga más a colación.

DON JUAN. - No lo hice más que por emplear la aliteración, Ana; y no aludiré más a ellos. Ahora, ya que hasta ahí, con esa excepción, estamos de acuerdo, ¿no convendrán ustedes conmigo en que la Vida no ha medido con la belleza o la perfección física el resultado de sus tentativas para crear esa divinidad, ya que los pájaros, como señaló hace mucho tiempo nuestro amigo Aristófanes, con su capacidad para volar y su precioso plumaje, y yo añadiría que con la conmovedora poesía de sus amores y sus nidos, son tan extraordinariamente superiores que es inconcebible que, si el propósito de la Vida fuera el amor y la belleza, después de haberlos producido tomara otro rumbo y produjera el torpe elefante y el horrible mono cuyos nietos somos?

ANA. - Aristófanes era pagano, y me temo, Juan, que tú eres muy poco mejor.

EL DIABLO. - ¿Llega usted, entonces, a la conclusión de que la Vida buscaba la torpeza y la fealdad?

DON JUAN. -No, diablo perverso, mil veces no. La vida buscaba producir sobre todo cerebros, órganos mediante los cuales no sólo puede lograr conciencia de sí misma, sino también comprensión de sí misma.

LA ESTATUA. -Eso es metafísica, Juan. ¿Por qué diablos ... ? *(Al diablo.)* Perdone.

EL DIABLO. -No tengo nada que perdonar. Siempre he pensado que cuando se utiliza mi nombre para recalcar algo, se me hace un gran cumplido. Estoy a su disposición, comendador.

LA ESTATUA. -Gracias; es usted muy generoso. Ni siquiera en el cielo he olvidado del todo mi manera militar de expresarme. Lo que iba a preguntar a Juan es por qué se va a molestar la Vida en lograr un cerebro. ¿Para qué quiere entenderse? ¿Por qué no contentarse con gozar?

DON JUAN. -Sin cerebro, comendador, gozaría usted sin darse cuenta, y no se divertiría nada.

LA ESTATUA. -Verdad, muy verdad. Pero yo me contento con el suficiente cerebro para saber que estoy gozando. No quiero entender por qué. Hasta prefiero no entenderlo. Mi experiencia me dice que nuestros placeres no resisten el análisis.

DON JUAN. -Por eso es por lo que el intelecto es tan impopular. Pero para la Vida, para la fuerza que está detrás del hombre, el intelecto es una necesidad, porque

sin él iría de torpeza en torpeza a la muerte. Así como la Vida, después de siglos de lucha, desarrolló el maravilloso órgano corporal que es el ojo, para que el organismo vivo pudiera ver adónde iba y lo que venía como ayuda o como amenaza, evitando así mil peligros que antes lo destruían, ahora está desarrollando un ojo de la mente que verá, no el mundo físico, sino el propósito de la vida, y por lo tanto capacitará al individuo para trabajar por ese propósito en vez de frustrarlo y desconcertarlo planteando miopes fines personales. como actualmente. Tal como ocurre ahora, sólo una clase de hombre ha sido siempre feliz, ha sido universalmente respetada en medio de todos los conflictos de los intereses y las ilusiones.

LA ESTATUA. -Se refiere usted al militar.

DON JUAN. -Comendador: no me refiero al militar. Cuando se acerca el militar, el mundo guarda bajo llave las cucharas y manda fuera a las mujeres. No; no canto las armas ni al héroe, sino al filósofo: a quien busca descubrir en la contemplación la íntima voluntad del mundo, a quien descubre en los inventos los medios de cumplir esa voluntad, y a quien con sus actos realiza esa voluntad con los medios descubiertos. Confieso que estoy cansado de las demás clases de hombres. Son unos tediosos fracasados. Cuando yo estaba en la tierra merodeaban a mi alrededor profesores de todas clases que buscaban en mi un punto enfermizo al cual pudieran agarrarse. Los doctores en medicina me ordenaban que tuviera en cuenta lo que debía hacer para salvar mi cuerpo, y me ofrecieron curanderías para enfermedades imaginarias. Yo contestaba que no era hipocondriaco, y ellos me llamaron ignorantón y siguieron su camino. Los doctores en teología me pedían que considerara lo que debía hacer para salvar mi alma, pero o no era más hipocondriaco espiritual que físicamente Y' tampoco quise molestarme, por lo que me llamaron ateo y siguieron su camino. Después vino el político, que dijo que la naturaleza no tenia más que un propósito: llevarlo a él al parlamento. Yo le dije que no me importaba que fuera al parlamento o no, por lo que me llamó indisciplinado y siguió su camino. Después vino el romántico, el artista, con sus canciones de amor, sus cuadros y sus poemas, y me deleitó durante muchos años y salí ganando porque por él cultivé mis sentidos, y sus canciones me enseñaron a oír mejor, sus cuadros a ver mejor, y sus poemas a sentir más. Pero al fin me llevó a adorar a la Mujer.

ANA. -¡Juan!

DON JUAN. -Si; llegué a creer que en su voz estaba toda la música de la canción,

en su rostro toda la belleza de la pintura, y en su alma todas las emociones del poema.

ANA. - Me figuro que sufriste una desilusión. ¿Tenia ella la culpa de que le atribuyeras todas las perfecciones?

DON JUAN. - En parte, si. Porque con una maravillosa astucia instintiva se calló y me permitió que la glorificara, que confundiera mis propias visiones, pensamientos y sentimientos con los de ella. Pero como mi amigo el romántico era a menudo demasiado pobre y demasiado tímido para acercarse a las mujeres suficientemente hermosas o refinadas para que pareciera que realizaban su ideal, se fue a la tumba creyendo en su sueño. A mi me favorecieron más la naturaleza y las circunstancias. Yo era noble de nacimiento y rico, y cuando mi persona no gustaba, mi conversación halagaba, aunque generalmente fui afortunado en las dos cosas.

LA ESTATUA. - ¡Fanfarrón!

DON JUAN. - Si, pero hasta mi fanfarronería gustaba. Pues bien, descubrí que en cuanto despertaba la imaginación de una mujer me permitía convencerme a mi mismo de que me amaba, pero al acceder a mi requerimiento nunca dijo: "Soy feliz; mi amor está satisfecho." Lo Primero que dijo siempre, fue: "Al fin han caído las barreras", y después: ",Cuándo vas a volver?"

ANA.-Exactamente lo que dicen los hombres.

DON JUAN.-Protesto: yo nunca lo dije. Pero todas las mujeres lo dicen. Esas dos frases me alarmaron siempre, porque la primera significaba que su impulso había sido únicamente el derribar mis fortificaciones y conquistar mi ciudadela; y la segunda anunciaba simplemente que desde entonces me consideraba de su propiedad y contaba ya con que mi tiempo lo tenía a su absoluta disposición.

EL DIABLO. - Ahí es donde se revelaba que a usted le faltaba corazón.

LA ESTATUA *(meneando la cabeza).* -No debería repetir lo que dice la mujer, Juan.

ANA *(severamente).* -Debería serte sagrado.

LA ESTATUA. -Con todo, no hay duda de que lo dicen. A mí no me importaron nunca las barreras, pero lo otro, a menos que lo hubiera uno tomado muy a pecho, producía siempre un leve sobresalto.

DON JUAN.-Entonces la dama, que antes había sido bastante feliz con poco que hacer, se inquietaba y preocupaba por mí, instigando, conspirando, persiguiendo, vigilando, esperando, totalmente dedicada a asegurarse su presa; la presa era yo,

naturalmente. Pero no era eso lo que yo había buscado. Podría ser muy decente y muy natural, pero no era música, ni pintura, ni poesía, ni alegría encarnada en una mujer hermosa. Yo me escapaba. En realidad, me escapé tantas veces que me hice famoso por escaparme.

ANA.-Querrás decir que adquiriste reputación de infame.

DON JUAN. - No me escapé de ti. ¿Me reprochas el haberme escapado de otras?

ANA. - No digas tonterías, hombre. Estás hablando con una mujer que ahora tiene 77 años. Si se te hubiera presentado una oportunidad, también de mí habrías escapado... si yo te hubiera dejado. No te habría sido tan fácil conmigo como con algunas otras. Cuando los hombres no son fieles a sus hogares y a sus obligaciones, hay que hacer que lo sean. Yo me figuro que todos queréis casaros con encantadoras encarnaciones de música, pintura y poesía. Pues bien, no podéis porque no existen. Si las de carne y hueso no os contentan, quedaos sin ninguna, eso es todo. Las mujeres tienen que contentarse con hombres de carne y hueso, a veces de poca carne y poco hueso, y vosotros tenéis que contentaros con mujeres de carne y hueso. *(El Diablo pone cara de dudarlo. La Estatua tuerce el gesto.)* Ya veo que a ninguno de los dos les gusta, pero a pesar de eso es verdad; de modo que si no les gusta, se lo aguantan.

DON JUAN. - En pocas palabras has expuesto, querida Ana, todos mis argumentos contra los sentimientos románticos. Por eso precisamente volví la espalda al romántico con carácter de artista, como llamaba él a su entusiasmo. Le di las gracias por haberme enseñado a utilizar mis ojos y mis oídos, pero le dije que su adoración de la belleza, su caza de la felicidad y su idealización de la mujer no valía un comino como filosofía de la vida. Me llamó filisteo y siguió su camino.

ANA. - Parece que también la Mujer, con todos sus defectos, te enseñó algo.

DON JUAN. - Hizo más: me interpretó todas las demás enseñanzas. Ay, amigos míos, cuando las barreras cayeron por primera vez, ¡qué sorprendente iluminación!

Yo me había preparado para el breve entusiasmo, para la embriaguez, para todas las ilusiones del joven sueño del amor, pero jamás tuve una percepción más clara ni fue más implacable mi crítica. La más celosa rival de mi amante no vio sus defectos con más claridad que yo. No se me engaño: la tome sin cloroformo.

ANA. -Pero la tomaste.

DON JUAN. -Esa fue la revelación. Hasta aquel momento jamás dejé de sentirme dueño de mí mismo, jamás di conscientemente un paso sin que mi razón lo examinara

y aprobara. Habría llegado a creer que era un ser puramente racional, un pensador. Dije, con el filósofo bobo: "Pienso, luego soy." Fue la Mujer la que me enseño a decir: "Soy, luego pienso", y también: "Debería pensar más, luego debo de ser más."

LA ESTATUA. -Eso es extremadamente abstracto y metafísico, Juan. Si se limitara usted a lo concreto y expusiera sus descubrimientos en forma de anécdotas entretenidas acerca de sus aventuras con mujeres, se le seguiría más fácilmente lo que dice.

DON JUAN. - ¡Bah! ¿Qué más necesito añadir? ¿No comprenden que cuando me veía frente a frente con la Mujer, cada fibra de mi claro cerebro crítico me aconsejaba que la dejara y me salvara? Mis principios morales decían No. Mi conciencia decía No. Mi caballerosidad y la lástima que me daba decían No. Mi prudente consideración a mí mismo decía No. Mi oído, ejercitado en mil canciones y sinfonías, mi ojo, ejercitado en mil cuadros, deshicieron en el análisis su voz, sus rasgos y sus colores. Por lo que se dice de los parecidos con el padre y la madre supe lo que sería ella treinta años después. Noté el brillo del oro de una muela sin vida en la boca riente. Hice curiosas observaciones acerca de los extraños olores de la química de los nervios. Las visiones de mis románticos sueños, en los cuales caminé en las llanuras celestiales con intemporales seres de coral y marfil, me abandonaron en la hora suprema. Yo la recordaba y me esforzaba desesperadamente por recobrar su ilusión, pero me parecían los más hueros de los inventos. Mi juicio no lo podía corromper nada. Mi cerebro seguía diciendo No cada vez. Y mientras yo preparaba la excusa que había de dar a la dama, la Vida me agarro y me arrojo a sus brazos como un marinero arroja un trozo de pescado a una gaviota.

LA ESTATUA. - No tenía usted por qué haber pensado tanto. Es usted como todos los hombres inteligentes: tiene demasiado cerebro.

EL DIABLO. - ¿Y no le hizo más feliz la experiencia, señor Don Juan?

DON JUAN. - Más feliz, no; más sabio, quizá. Aquel momento me hizo conocerme a mí mismo por primera vez, y a través de mí mismo conocer el mundo. Entonces vi lo inútil que es imponer condiciones a la irresistible fuerza de la Vida; lo inútil de predicar prudencia, cuidadosa selección, virtud, honor, castidad...

ANA. - Don Juan: decir una palabra contra la castidad es insultarme.

DON JUAN. - No he dicho nada contra su castidad, señora, ya que tomo la forma de un marido y doce hijos. ¿Que más habría podido hacer si hubiera sido la mujer más

libertina?

ANA.-Habría podido tener doce maridos y ningún hijo; y permíteme que te diga que la tierra que poblé hubiera notado una gran diferencia.

LA ESTATUA. - Bravo, Ana. Juan: está usted en el suelo, caído, aniquilado.

DON JUAN. -No; pues aunque esa diferencia es la verdaderamente esencial - reconozco que Doña Ana ha dado directamente en el clavo-, no es, sin embargo, una diferencia en amor, en castidad, ni siquiera en constancia, porque doce hijos de doce padres distintos hubieran repoblado el mundo tal vez más eficazmente. Supón que mi amigo Ottavio hubiera muerto cuando tú tenías treinta años. No te habrías quedado viuda, porque eras demasiado hermosa. Supón que el sucesor de Ottavio hubiera muerto cuando tú tenías cuarenta años. Todavía seguirías siendo irresistible, y una mujer que se ha casado dos veces se casa tres si está en libertad para casarse. No es imposible, ni la opinión pública lo condena, que una dama altamente respetable tenga doce hijos legítimos con tres padres distintos. No hay duda de que esa dama respeta más la ley que la pobre chica a la cual solíamos arrojar al arroyo por tener un hijo ilegítimo, pero, ¿te atreves a decir que renuncia más al placer?

ANA. - Es más virtuosa; con eso me basta.

DON JUAN. -En ese caso, ¿qué es la virtud, sino el sindicalismo de los casados? Veamos las cosas cara a cara, querida Ana. La Fuerza Vital respeta el matrimonio únicamente porque es su añagaza para asegurar el mayor número de hijos y su mejor cuidado. El honor, la castidad y el resto de vuestras ficciones morales le importan un comino. El matrimonio es la más licenciosa de las institucioncs humanas...

ANA. - ¡Juan!

LA ESTATUA *(protestando).* - ¡Realmente... !

DON JUAN *(resueltamente).* - Digo que es la más licenciosa de las instituciones humanas: ese es el secreto de su popularidad. Y una mujer que busca marido es el más inescrupuloso de los animales de presa. La confusión del matrimonio con la moralidad ha contribuido más que cualquier otro error suelto a destruir la conciencia de la raza humana. Vamos, Ana; no pongas cara de escandalizada: tú sabes mejor que ninguno de nosotros que el matrimonio es una trampa cebada con simuladas perfecciones y engañosas idealizaciones. Cuando tu santa madre, mediante regaños y castigos, te obligaba a aprender a tocar en el piano, que detestaba tanto como tú, media docena de piezas. ¿se proponía algo más que hacer creer a tus cortejantes que tu marido tendría

en casa un ángel que la llenaría de melodías, o que por lo menos tocaría para arrullarle a dormir después de cenar? Te casaste con mi amigo Ottavio. Pues bien, ¿volviste a destapar el piano desde que la Iglesia os unió?

ANA. -Eres bobo, Juan. Una joven mujer casada tiene algo más que hacer que sentarse al piano sin tener donde respaldarse, y pierde la costumbre de tocar.

DON JUAN. -No la perderá si le gusta la música. No, créeme; lo que hace es tirar el cebo cuando el pájaro está en la red.

ANA *(amargamente).* -Y los hombres nunca se quitan la máscara cuando el pájaro está en la red, ¿verdad? El marido no se vuelve descuidado, egoísta, brutal... no, no, nunca.

DON JUAN. -¿Qué prueban esas recriminaciones? Pues que el héroe es una impostura tan grande como la heroína.

ANA. -Todo eso es una tontería. La mayoría de los matrimonios son perfectamente cómodos.

DON JUAN. - "Perfectamente" es una expresión fuerte, Ana. Lo que quieres decir es que las personas sensatas se aceptan como son y se contentan con eso. Que me manden a mí a presidio y me encadenen al criminal cuyo número da la casualidad que es el anterior al mío. No tendré más remedio que aceptar lo inevitable y contentarme con mi compañero. Muchas de esas compañías son, según dicen, conmovedoramente afectuosas; y las más son por lo menos tolerablemente amistosas. Pero eso no hace que una cadena sea un adorno deseable, ni que el presidio sea una mansión feliz. Los que más hablan de la bendición que es el matrimonio y de la constancia de sus votos son los mismos que manifiestan que si se rompiera la cadena y los presos quedaran en libertad de elegir, toda la fábrica social se vendría abajo. No se puede utilizar el argumento en los dos sentidos. Si el preso es feliz, ¿por qué encerrarlo? Si no es feliz, ¿por qué fingir que lo es?

ANA. - De todos modos, permíteme que vuelva a recurrir al privilegio de la mujer para decirte simplemente que el matrimonio puebla el mundo y el desenfreno no lo puebla.

DON JUAN. - ¿Y que va a pasar si llega el momento en que eso deje de ser cierto? ¿Sabes que cuando hay voluntad se encuentra siempre un camino, que si el Hombre quiere realmente hacer algo descubrirá finalmente la manera de hacerlo? Vosotras, las mujeres virtuosas, y otras personas que piensan como vosotras, habéis hecho todo lo

posible para dirigir el pensamiento del hombre hacia el amor honorable como bien supremo, y para entender por amor honorable el romance, la belleza y la felicidad en forma de posesión de mujeres hermosas, refinadas, delicadas y cariñosas. Habéis enseñado a las mujeres a valorar por encima de todo la juventud, la salud, las lindas formas y el refinamiento. Pues bien, ¿qué lugar ocupan en ese paraíso de los sentidos y de las emociones los niños llorones y los cuidados del hogar? ¿No será el inevitable fin de todo eso que la voluntad humana dirá al cerebro humano: invéntame la manera de que pueda gozar del amor, de la belleza, del romance, de las emociones y de las pasiones sin sus horribles castigos, sus gastos, sus preocupaciones, sus pruebas, sus enfermedades, sus agonías y riesgos de muerte, su séquito de criados, de niñeras, de médicos y de maestros?

EL DIABLO. - Todo eso, señor Don Juan, es una realidad en mi reino.

DON JUAN. -Sí, a costa de la muerte. El hombre no lo quiere a ese precio: pide las románticas delicias de su infierno mientras está en la tierra. Pues bien, encontrará los medios: el cerebro no le fallará cuando la voluntad se lo proponga seriamente. Se acerca el día en que los grandes países verán que su población se reduce de censo en censo; en que un chalet de seis habitaciones costará más que la mansión solariega; en que lo único que los pobres perversamente inquietos y los ricos estúpidamente devotos harán para retrasar la extinción de la raza será degradarla; en que los audazmente prudentes, los cautelosamente egoístas y ambiciosos, los imaginativos y poéticos, los amantes del dinero y de la sólida comodidad, los adoradores del éxito, del arte y del amor opondrán a la Puerta Vital el artificio de la esterilidad.

LA ESTATUA. -Todo eso es muy elocuente, joven amigo; pero si hubiera vivido usted tanto como Ana, o siquiera tanto como yo, se habría enterado de que las personas que se libran del temor a la pobreza, a tener hijos y a todas las demás preocupaciones familiares, y se consagran a pasarlo bien, no hacen sino quedar libres para temer a la vejez, a la fealdad, a la impotencia y a la muerte. Al obrero sin hijos le atormentan más la ociosidad de su mujer y su constante petición de diversiones y distracciones que lo que podrían atormentarle veinte hijos; y su mujer es más desgraciada que él. Yo he conocido la vanidad, porque en mi juventud me admiraban las mujeres y en forma de estatua me elogian los críticos de arte. Pero confieso que si en el mundo no hubiera encontrado otro quehacer que revolcarme en esas delicias, me habría degollado. Cuando me casé con la madre de Ana -para ser más exacto, quizá

debiera decir cuando al fin me entregué y permití que la madre de Ana se casara conmigo- comprendí que no hice más que poner espinas en la almohada, y que para mí, hasta entonces invicto y gallardo militar, el matrimonio significaba derrota y ser prisionero.

ANA *(escandalizada).* -¡Papá!

LA ESTATUA.- Siento escandalizarte, hija mía; pero ya que Juan ha privado hasta de la última hilacha del decoro a esta conversación, puedo decir la fría verdad.

ANA. - ¡Uf! Me figuro que una de las espinas fuí yo.

LA ESTATUA. -Nada de eso; a menudo fuiste una rosa. Con la mayoría de las molestias que diste cargó tu madre.

DON JUAN. - Entonces, ¿puedo preguntarle, comendador, por qué ha dejado el cielo y ha venido aquí a revolcarse, como dice usted, en sentimentales beatitudes que usted mismo confiesa que en otro tiempo le hubieran llevado a degollarse?

LA ESTATUA *(sorprendida por esto).* - ¡Caramba, es verdad!

EL DIABLO *(alarmado).* - ¡Cómo! ¡Se está usted echando atrás! (A Don Juan.) Y todo su filosofar no ha sido más que una máscara para hacer proselitismo.

(A la Estatua.) ¿Ha olvidado ya el horrible aburrimiento contra el cual le ofrezco refugio aquí? *(A Don Juan.)* ¿Su demostración de que se acercan la esterilización y la extinción de la humanidad lleva a algo mejor que a sacar el mayor partido posible a esos placeres del arte y del amor que usted mismo admite que lo refinaron, elevaron y perfeccionaron?

DON JUAN. - No he demostrado que la humanidad se va a extinguir. La vida no puede desear su propia extinción, ni en su ciego estado amorfo ni en ninguna de las formas en las cuales se ha organizado. Yo no había terminado cuando me interrumpió su excelencia.

LA ESTATUA. - Empiezo a dudar de que terminará algún día, amigo mío. Le gusta extraordinariamente escucharse.

DON JUAN. - Cierto, pero ya que han aguantado tanto, pueden aguantar hasta el fin. Mucho antes de que esa esterilización que he descrito sea algo más que una posibilidad claramente prevista, empezará la reacción. El gran propósito central de criar la raza, sí, de elevarla hasta una altura que hasta ahora parece sobrehumana; el propósito oculto ahora en una mefítica nube de amor, de romance, de gazmoñería y de melindrosidad, se abrirá paso a la clara luz del sol como un propósito al cual no será

ya posible confundir con la satisfacción de caprichos personales, con imposibles realizaciones de sueños de felicidad de chicos y chicas, o con la necesidad que las personas mayores tienen de compañía o de dinero. Los francos ritos matrimoniales de las Iglesias vernáculas no habrá que abreviarlos y medio suprimirlos como poco delicados. Se honrará y aceptará la sobria decencia, seriedad y autoridad de su declaración del verdadero fin del matrimonio, mientras que se borrarán por ser insoportables frivolidades los románticos juramentos y promesas y lo de que hasta la muerte nos separe. Haga a mi sexo, señora, la justicia de admitir que nosotros siempre hemos reconocido que la relación sexual no tiene nada de personal o amistosa.

ANA. - ¡Que no es una relación personal ni amistosa! ¿Cuál es ni, más personal, más sagrada, más santa?

DON JUAN. - Sagrada y santa, si quieres, Ana, pero no personalmente amistosa. Tu relación con Dios es sagrada y santa, pero, ¿te atreves a llamarla personalmente amistosa? En la relación sexual, la universal energía creadora, de la cual ambas partes son simplemente agentes, salta por encima y prescinde de las consideraciones y de las relaciones personales. La pareja podrá estar formada por personas que se desconocen totalmente, que hablan distintos idiomas y son de diferente raza y color, edad y modo de ser, sin que las una más que una posibilidad de aquella fecundidad por la cual la Fuerza Vital las echa mutuamente en brazos nada más que con mirarse. ¿No reconocemos esto al permitir que los matrimonios los concierten los padres sin consultar a la mujer? ¿No han dicho ustedes a menudo cuánto les disgusta la inmoralidad de Inglaterra, donde hombres y mujeres de noble alcurnia se conocen y cortejan como campesinos? ¿Y cuánto más sabe el campesino de su novia o ella de él antes de quedar comprometidos? ¡Si nadie haría de un hombre su abogado o su médico de casa conociéndolo tan poco como conoce una mujer al hombre de quien se enamora y con el cual se casa!

ANA. - Sí, Juan: conocemos la filosofía del libertino. Consiste en ignorar las consecuencias que el amor acarrea a la mujer.

DON JUAN. - Las consecuencias, eso es: las consecuencias justifican lo terriblemente que la mujer agarra al hombre. Pero estoy seguro de que no llamas sentimental a esa relación. Lo mismo se podría decir que lo que ata al policía y a su preso es una relación amorosa.

ANA. -Ya ves que te ves obligado a confesar que el matrimonio es necesario,

aunque, según tú, el amor es la más trivial de todas las relaciones humanas.

DON JUAN.-,Como sabes que no es la más grande, demasiado grande para ser una cuestión personal? ¿Habría podido tu padre servir a su patria si se hubiera negado a matar un enemigo de España a menos que lo odiara personalmente? ¿Puede una mujer servir a su patria si se niega a casarse con un hombre a quien no ama personalmente? Ya sabes que no: la mujer de noble alcurnia se casa, como lucha el hombre de noble alcurnia, por motivos políticos o familiares, no personales.

LA ESTATUA *(impresionada).* - Es muy inteligente lo que ha dicho, Juan: tendré que pensar un poco en ello. Está usted lleno de ideas. ¿Como se le ha ocurrido ésa?

DON JUAN. - Me la dio la experiencia. Cuando estaba en la tierra y hacía a las damas todas esas proposiciones que a pesar de ser condenadas universalmente hicieron de mí un héroe legendario tan interesante, no pocas veces me vi en la siguiente situación. La dama decía que accedería a mis requerimientos con tal que fueran honorables. A1 averiguar qué quería decir eso, me encontraba con que significaba que yo me proponía tomar posesión de sus bienes, si los tenía, o me comprometía a sostenerla toda la vida si no los tenía; que deseaba su constante compañía, su consejo y su conversación hasta el fin de mis días, y que me comprometía solemnemente a que me arrobaran siempre; y sobre todo, que por ella volvería para siempre la espalda a las demás mujeres. Yo no me oponía a esas condiciones porque fueran exorbitantes e inhumanas; lo que me abrumaba era su extraordinario desatino. Contestaba invariablemente, con toda franqueza, que nunca había soñado en hacer ninguna de esas cosas; que a menos que el carácter y la inteligencia de la dama fueran muy superiores a los míos, su conversación me degradaría y su consejo me descarriaría; que su constante compañía podía acabar por resultarme intolerablemente aburrida; que no podía responder de mis sentimientos ni siquiera con una semana de anticipación, y mucho menos hasta el fin de mis días; que aislarme del natural y libre trato con la mitad de mis semejantes me achicaría y limitaría si me sometiera, y si no, me obligaría a la maldita clandestinidad; y que, finalmente, las proposiciones que yo le hacía no tenían nada que ver con esas cuestiones y eran resultado de un impulso, perfectamente sencillo, de mi virilidad hacia su feminidad.

ANA. - Quieres decir que era un impulso inmoral.

DON JUAN. -La naturaleza, señora mía, es lo que usted llama inmoral. Yo me

ruborizo por ello, pero no puedo impedirlo. La Naturaleza es una celestina, el Tiempo es un destructor y la Muerte es una asesina. Siempre he preferido afrontar esos hechos y basar las instituciones en reconocerlos. Tú prefieres propiciar a los tres diablos proclamando su castidad, su frugalidad y su amable bondad, y basar tus instituciones en esas adulaciones. ¿Es extraño que las instituciones no funcionen suavemente?

LA ESTATUA. -¿Qué solían decir las damas, Juan?

DON JUAN. -Ah, vamos. Confidencia por confidencia: primero dígame que les solía usted decir.

LA ESTATUA.-Les Les juraba que les sería fiel hasta la muerte, que me moriría si me rechazaban, que ninguna mujer había sido para mí lo que ella...

ANA. -¡Ella! ¿Quién?

LA ESTATUA. -La que fuera en aquel momento, hija mía. Ciertas cosas las decía siempre. Una de ellas era que cuando yo tuviera ochenta años, una cana de la mujer amada me haría temblar más que la más espesa trenza de pelo dorado de la más bella cabeza joven. Otra, que no podía soportar la idea de que otra mujer fuera la madre de mis hijos...

DON JUAN *(indignado).* - ¡Viejo granuja!

LA ESTATUA *(orgullosamente).* -Nada de eso, porque en aquel momento lo creía con toda mi alma. Yo tenía corazón, no era como usted. Y lo que me daba mis triunfos era mi sinceridad.

DON JUAN. -¡Sinceridad! Ser lo suficientemente imbécil para creer en una mentira descarada, escandalosa; a eso llama usted sinceridad. A desear a una mujer tanto como para engañarse a sí mismo en su ansia de engañarla; a eso llama usted sinceridad.

LA ESTATUA. - ¡Que se vayan al cuerno sus sofisterías! Yo era un hombre enamorado, no un abogado. Y por eso me querían las mujeres, Dios las bendiga.

DON JUAN. - Se lo hacían creer a usted. ¿Qué dirá usted cuando yo le diga que aunque yo hacía secamente el abogado también a mí me hicieron creer que me querían? También yo tuve momentos de entusiasmo en que borboteé tonterías y creí en ellas. A veces el deseo de complacer diciendo cosas hermosas surgió en mí en el torrente de la emoción y las dije en abundancia. Pero vi que tan difícil me era escapar siendo cruel como siendo amable. Cuando el instinto de la dama se fijaba en mí, no había más que dos soluciones: la perpetua servidumbre o la huida.

ANA. -Te atreves a jactarte, en presencia de mi padre y de mí, de que todas las mujeres te encontraban irresistible.

DON JUAN. - ¿Me estoy jactando? Creo que hice el papel más lastimoso. Además, he dicho "mando el instinto de la dama se fijaba en mí". No era así siempre; y entonces, ¡santos cielos!, ¡qué transportes de virtuosa indignación!, ¡qué abrumador desafío al miserable seductor!, ¡qué escenas de Imogen e Iachimo!

ANA. -Yo no te hice ninguna escena. Me limité a llamar a mi padre.

DON JUAN. - Y tu padre vino, espada en mano, a vindicar, asesinándome, el honor y la moral ultrajados.

LA ESTATUA. -¡Asesinándole! ¿Qué quiere usted decir? Le maté yo a usted o me mató usted a mí?

DON JUAN. - ¿Quién de los dos era el mejor espadachín?

LA ESTATUA. -Yo.

DON JUAN. -Naturalmente. Sin embargo, usted, héroe de las escandalosas aventuras que nos acaba de relatar, tuvo la avilantez de adoptar la actitud del vengador de la moral ultrajada y de condenarme a muerte. Si no es por el accidente, me habría asesinado.

LA ESTATUA. -Eso se esperaba de mí. Así era como las cosas estaban dispuestas en la tierra. Yo no era un reformador social e hice siempre lo que los caballeros tenían por costumbre.

DON JUAN. -Eso podrá explicar que usted me atacara, pero no la indignante hipocresía de su conducta posterior como estatua.

LA ESTATUA. -Eso ocurrió porque fuí al cielo.

EL DIABLO. -Todavía sigo sin ver, señor Don Juan, que esos episodios de comienzos de su carrera y de la del señor comendador desacrediten de algún modo mi manera de entender la vida. Aquí, lo repito, encontrará usted todo lo que buscaba, sin nada de lo que le echaba atrás.

DON JUAN. - Aquí, por el contrario, encontraré todo lo que me desilusionó, y no encontrare nada que no haya buscado sin conseguirlo. Le aseguro que mientras pueda concebir algo mejor que yo mismo no estaré tranquilo más que esforzándome por traerlo a la vida o por abrirle paso. Esa es la ley de mi vida. Por eso es por lo que labora dentro de mí la incesante aspiración de la Vida a una organización más elevada, a una conciencia más amplia, más profunda y más intensa de uno mismo, a

una autocomprensión más clara. La supremacía de ese propósito fue la que redujo para mí el amor a un mero placer momentáneo, el arte a un mero adiestramiento de mis facultades, la religión a una mera excusa para la haraganería, ya que había erigido un Dios que miraba al mundo y veía que era bueno, contra el instinto que lo miraba a través de mis ojos y veía que podía ser mejorado. Le aseguro que al perseguir mi propio placer, mi propia salud, mi propia fortuna, no he conocido nunca la felicidad. No fue el amor a la Mujer el que me puso en sus manos; fue la fatiga, la extenuación. Cuando en mi niñez me lastimaba una rodilla contra una piedra, corría a la mujer más cercana y lloraba mi dolor en su delantal. Cuando crecí y me arañé el alma en las brutalidades y estupideces contra las cuales luchaba, volví a hacer lo que hacía de chico. También yo disfruté con mis descansos, mis convalecencias, mis períodos de respiro, hasta con mis decaimientos después de la lucha, pero hubiera preferido verme arrastrado a través de todos los círculos del Infierno del estúpido italiano, a verme arrastrado a través de los placeres de Europa. Eso es lo que ha hecho que este lugar de eternos placeres sea para mí letal. Lo que hace de usted ese extraño monstruo llamado Diablo es que le falta ese instinto. Lo que le ha ganado el nombre de Tentador es el éxito que ha tenido al distraer la atención de los hombres de su verdadero propósito, que en un grado u otro es el mismo que el mío en relación con el de usted. Lo que hace que los hombres sean las criaturas incómodas, falsas, inquietas, artificiales, petulantes y desgraciadas que son, es el hecho de que están cumpliendo la voluntad de usted, mejor dicho, yendo a la deriva porque a usted le falta voluntad de ser.

EL DIABLO *(mortificado).* -Señor Don Juan: es usted grosero con mis amigos.

DON JUAN. - ¡Bah! ¿Por qué voy a ser fino con ellos o con usted? En este Palacio de la Mentira no le liarán ningún daño una o dos verdades. No hay seres más aburridos que sus amigos. No son hermosos: están adornados, nada más. No son limpios: no pasan de estar afeitados y almidonados. No son dignos: no están más que vestidos a la moda. No son instruidos; no han hecho más que aprobar a duras penas. No son religiosos: no pasan de contribuir a la bandeja. No son morales: son únicamente convencionales. No son virtuosos: no son más que cobardes. No son ni siquiera malos: son únicamente "débiles". No tienen temperamento artístico: no son más que lascivos. No son prósperos, sino ricos. No son leales, sino serviles; ni cumplidores, sino borreguiles; ni les anima el espíritu público, sino que son patriotas; ni son valientes, sino disputadores; ni resueltos, sino tercos; ni tienen autoridad, sino que son

dominadores; ni se dominan a sí mismos, sino que se quedan en obtusos; ni se respetan a sí mismo, sino que son vanidosos; ni son bondadosos, sino sentimentales; ni sociales, sino gregarios; ni considerados, sino corteses; ni inteligentes, sino porfiados; ni progresistas, sino facciosos; ni imaginativos, sino supersticiosos; ni justos, sino vengativos; ni generosos, sino propiciatorios; ni disciplinados, sino miedosos; y no son nada veraces; todos ellos son unos mentirosos de pies a cabeza.

LA ESTATUA. -Su riqueza de vocabulario es simplemente asombrosa, Juan. ¡Cómo me hubiera gustado haberles hablado así a mis soldados!

EL DIABLO. -Todo eso es mera palabrería, y además ya se ha dicho antes. ¿Con qué resultado? ¿Se ha enterado el mundo?

DON JUAN. -Sí, es palabrería. Pero, ¿por qué lo lo es? Porque, amigo mío, belleza, pureza, respetabilidad, religión, moral, arte, patriotismo, valentía y todo lo demás, no son sino palabras a las cuales yo o cualquiera les podemos dar la vuelta como a un guante. Si fueran realidades tendría usted que confesarse culpable de mis acusaciones, pero afortunadamente para el respeto que se debe a sí mismo, diabólico amigo, no son realidades. Como usted dice, todo eso es mera palabrería útil para embaucar a bárbaros para que adopten una civilización, o para embaucar a civilizados para que se sometan a que los roben y los esclavicen. Ese es el secreto de familia de la casta gobernante; y si nosotros, que pertenecemos a esa casta, aspiráramos a más Vida para el mundo en vez de aspirar a más poder y lujo para los desgraciados que somos, ese secreto nos liaría grandes.

Ahora bien, como también yo, que soy noble, estoy en el secreto, piense en lo que me debe aburrir su infinita pedantería en todas esas ficciones moralistas, y en lo sórdidamente desastroso de sacrificarles la vida. Si siquiera creyera usted en su partida moral lo suficiente para jugarla limpiamente, sería interesante el contemplarla, pero no cree; hace trampas a cada paso, y si su adversario le hace mayores, derriba usted la mesa y quiere asesinarlo.

EL DIABLO. -Es posible que en la tierra sea cierto algo de eso, porque la gente no tiene ilustración ni puede apreciar mi religión de amor y belleza; pero aquí...

DON JUAN. - Sí, sí; ya lo sé. Aquí no hay más que amor y belleza. ¡Uf!, es como pasarse toda la eternidad viendo el primer acto de una comedia de éxito, antes de que empiecen las complicaciones. Ni en mis peores momentos de terror supersticioso en la tierra soñé con que el infierno fuera tan horrible. Vivo como un peluquero en la

continua contemplación de la belleza, jugando con trenzas sedosas. Respiro en una atmósfera de dulzura, como un recadista de confitería. Comendador: ¿hay mujeres hermosas en el cielo?

LA ESTATUA. -No. Absolutamente ninguna. Todas son unos loros. Entre una docena de ellas no reúnen ni dos peniques de joyas. Lo mismo podrían ser hombres de cincuenta años.

DON JUAN. - Estoy impaciente por llegar allí. ¿Se menciona alguna vez la palabra belleza? ¿Hay gente artística?

LA ESTATUA. -Le doy mi palabra de que no admiran una hermosa estatua ni cuando les pasa por delante.

DON JUAN. - Allá voy.

EL DIABLO. - Don Juan: ¿quiere que le sea franco?

DON JUAN. -¿No lo ha sido antes?

EL DIABLO. - En cuanto a mí, sí. Pero ahora iré más adelante y le confesaré que los hombres se aburren de todo, del cielo no menos que del infierno; y que toda la historia no es más que un registro de las oscilaciones del mundo entre esos dos extremos. Una época no es más que un balanceo del péndulo, y cada generación cree que el mundo progresa porque se mueve constantemente. Pero cuando sea usted tan viejo como yo, cuando se haya cansado mil veces del cielo, como el comendador y yo, y otras mil del infierno, como usted ahora, no imaginará que cada oscilación del cielo al infierno es una emancipación, y cada oscilación del infierno al cielo una evolución. Donde ahora ve reforma, progreso, cumplimiento de una tendencia ascendente, continua subida del Hombre en los peldaños de sus muertas personalidades hacia cosas más elevadas, no verá más que una infinita comedia de ilusión. Descubrirá la profunda verdad de la frase de mi amigo Koheleth, de que nada nuevo hay bajo el sol. Varitas vanitatum...

DON JUAN *(que ha perdido la paciencia).* - ¡Santos cielos!, esto es peor que sus pedanterías sobre el amor y la belleza. Será usted muy listo, pero ¿es que el hombre no es mejor que un gusano, o un perro mejor que un lobo, a pesar de que se cansan de todo? ¿Va a dejar de comer porque destruye su apetito en el acto de satisfacerlo? ¿Es que un campo está ocioso cuando está en barbecho? ¿Puede el comendador gastar aquí su infernal energía sin acumular una celestial energía para su próximo período de bienaventuranza? Reconociendo que la gran Fuerza Vital ha dado con el artificio del

péndulo del relojero y utiliza la tierra como disco; que la historia de cada oscilación, que tan nueva nos parece a nosotros los actores, no es más que la historia repetida de la última oscilación; más aun, que en el inimaginable infinito de tiempo el sol arroja la tierra y la vuelve a atrapar mil veces como un jinete de circo arroja una pelota, y que nuestras inmemoriales eras no son sino momentos entre el arrojar y el atrapar, ¿es que el colosal mecanismo carece de propósito?

EL DIABLO. - Totalmente, amigo mío. Usted piensa porque tiene un propósito. La naturaleza debe tener uno. Lo mismo podría usted esperar que tenga dedos de manos y de pies porque usted los tiene.

DON JUAN. -Yo no los tendría si no sirvieran a algún propósito, y, amigo mío, soy tan parte de la Naturaleza como mi propio dedo es parte de mí. Si mi dedo es el órgano con el cual agarro la espada y la mandolina, mi cerebro es el órgano con el que la Naturaleza aspira a comprenderse. El cerebro de mi perro no sirve sino al propósito (le mi perro, pero mi propio cerebro trabaja en un conocimiento que lo único que hace por mí personalmente es que mi cuerpo me llene de amargura y que mi decadencia y muerte sea una calamidad. Si no me poseyera un propósito superior al mío, más me valdría ser labrador que filósofo, porque el labrador vive tanto como el filósofo, come más, duerme mejor y disfruta con menos reservas con la mujer de sus entretelas. Eso es porque el filósofo es presa de la Fuerza Vital, que le dice: "He hecho inconscientemente mil cosas maravillosas simplemente deseando vivir y siguiendo la línea de menor resistencia; ahora quiero conocerme a mí misma, conocer mi destino y elegir mi camino; por eso he hecho un cerebro especial *(cerebro de filósofo)* para que aprenda para mí ese conocimiento como el labrador agarra para mí la mancera del arado. Y esto -dice la Fuerza Vital al filósofo- debes tú aspirar a hacer hasta que mueras, momento en que haré otro cerebro y otro filósofo para que prosiga el trabajo.'

EL DIABLO. - ¿Para qué sirve el conocer?

DON JUAN. -Para poder elegir la línea más ventajosa en vez de ceder en dirección a la de menor resistencia. ¿No va un barco a su destino mejor que un tronco que avanza a la deriva? El filósofo es el piloto de la Naturaleza. Y ahí tenemos la diferencia: estar en el infierno es ir a la deriva; estar en el cielo es timonear.

EL DIABLO.-Hacia las rocas, probablemente.

DON JUAN. -¡Bah! ¿Cuál es el barco que más a menudo va a las rocas o al fondo? ¿El que va a la deriva o el que lleva un piloto a bordo?

EL DIABLO. -Bueno, bueno, como usted quiera, señor Don Juan. Yo prefiero ser dueño de mí mismo, y no instrumento de ninguna torpona fuerza universal. Sé que la belleza es agradable a la vista; que la música es agradable al oído, que el amor es bueno para sentirlo, y que los tres son buenos como temas de pensamiento y de conversación. Sé que el ejercitarse bien en esas sensaciones, emociones y estudios hace de uno persona refinada y culta. Digan lo que digan de mí en las iglesias de la tierra, sé que se admite universalmente que el Príncipe de la Oscuridad es un caballero, y con eso me basta. En cuanto a su Fuerza Vital, que a usted le parece irresistible, es la cosa más resistible del mundo para una persona de carácter. Pero si es usted vulgar y crédulo por naturaleza, como son todos los reformistas, le arrojará primero a la religión, donde asperjará con agua a los niños para salvar de mí su alma; después le llevará de la religión a la ciencia, donde en vez de asperjar a los niños con agua les inoculará enfermedades para evitar que las atrapen accidentalmente; después le llevará a la política, donde se convertirá en instrumento de funcionarios corrompidos y en esbirro de farsantes ambiciosos; y el final será la desesperación y la decrepitud, los nervios destrozados y las esperanzas perdidas, las vanas lamentaciones por el peor y el más estúpido de los despilfarros y sacrificios: el despilfarro y sacrificio de su capacidad de goza r; en una palabra, el castigo del tonto que persigue lo mejor antes de haberse asegurado lo bueno.

DON JUAN. - Pero al menos no me aburriré. El servir a la Fuerza Vital tiene en todo caso esa ventaja. De modo que adiós, señor Satanás.

EL DIABLO *(amistosamente).* - Adiós, Don Juan. Pensaré a menudo en nuestras interesantes charlas sobre temas generales. Le deseo toda clase de felicidades. Como he dicho antes, el cielo es adecuado para algunos. Pero si cambia de modo de pensar, no olvide que estas puertas están siempre abiertas para el hijo pródigo que se arrepiente. Si alguna vez siente ese calor de corazón, un sincero y espontáneo afecto, un inocente goce, y la cálida, viva y palpitante realidad...

DON JUAN. -,Por qué no dice de una vez si me siento de carne y hueso, aunque liemos dejado atrás esos dos grasientos lugares comunes?

EL DIABLO *(enojado).* - ¿Me arroja a la cara mi amistosa despedida, Don Juan?

DON JUAN.-Nada de eso. Pero aunque de un diablo cínico se puede aprender mucho, no puedo realmente soportar a un diablo sentimental. Señor comendador: usted conoce el camino a la frontera entre el infierno y el cielo. Tenga la bondad de

señalármelo.

LA ESTATUA. -La única frontera es la diferencia entre dos maneras de ver las cosas. Cualquier camino le llevará si quiere realmente llegar allí.

DON JUAN-Bien. Bien. *(Saludando a Doña Ana.)* Señora: su servidor.

ANA. –Voy contigo.

DON JUAN.-Puedo encontrar mi camino al cielo, Ana, pero no el tuyo. *(Se desvanece.)*

ANA. - ¡Qué fastidio!

LA ESTATUA *(gritando).*-Bon voyage, Juan. *(Como saludo de despedida lanza detrás de Don Juan una final explosión de sus grandes ondas sonoras. Vuelve, acusando recibo, un vago eco de la primera melodía fantasmal.)* Allá va. *(Expirando una profunda bocanada de aire.)* ¡Uf, cuanto habla! En el cielo no lo van a soportar.

EL DIABLO *(tristemente).* - Su ida es una derrota política. No consigo retener a estos Adoradores de la Vida; todos se van. Esta es la pérdida más grande que he tenido desde que se fue aquel pintor holandés, un individuo que disfrutaba tanto pintando una arpía de 70 años como una Venus de 20.

LA ESTATUA. - Lo recuerdo; vino al cielo. Rembrandt.

EL DIABLO. -Sí, Rembrandt. Todos esos individuos tienen algo que no es natural. No preste oído a su evangelio, señor comendador: es peligroso. Cuidado con la busca del Superhombre; lleva a desdeñar indistintamente lo humano. Para el hombre, los caballos, los perros y los gatos son meras especies que están fuera del mundo moral. Pues bien, para el Superhombre también los hombres y las mujeres son meras especies, y también están fuera del mundo moral. Este Don Juan era amable con las mujeres y cortés con los hombres, como su hija fue amable con sus gatos y sus perros; pero esa amabilidad es la negación del carácter exclusivamente humano del alma.

LA ESTATUA. -¿Y quién demonios es el Superhombre?

EL DIABLO. -Ah, la última moda entre los fanáticos de la Fuerza Vital. ¿No ha conocido usted en el cielo, entre los recién llegados, a un loco polaco-alemán... cómo se llamaba... Nietzsche?

LA ESTATUA. -Nunca he oído ese nombre.

EL DIABLO. -Primero, antes de recobrar su sano juicio, vino aquí. A mí me hizo concebir esperanzas, pero era un redomado adorador de la Fuerza Vital. £1 fue quien desenterró al Superhombre, que es tan viejo como Prometeo; y el siglo XX correrá

tras esta chifladura, la más nueva de las antiguas, cuando se canse del mundo, de la carne y de su humilde servidor de usted.

LA ESTATUA. -Eso de Superhombre suena bien; y una palabra que suena bien es media batalla. Me gustaría ver a ese Nietzsche.

EL DIABLO. -Desgraciadamente se encontró aquí con Wagner y disputó con él.

LA ESTATUA. -Con toda la razón. ¡A mí que me den Mozart!

EL DIABLO. -Oh, no disputó sobre música. Wagner fue en un tiempo a la deriva a la adoración de la Fuerza Vital e inventó un superhombre llamado Sigfrido. Pero después recobró su sentido común, por lo que cuando se encontraron aquí Nietzsche lo denunció como renegado y Wagner escribió un folleto para demostrar que Nietzsche era judío. La cosa terminó en que Nietzsche fue pitando al cielo. De buena nos libramos. Ahora, amigo mío, vamos a mi palacio a celebrar su llegada con un gran servicio musical.

LA ESTATUA. -Con mucho gusto; es usted muy amable.

EL DIABLO. -Por aquí, comendador. Bajaremos por la vieja trampa *(se pone sobre la trampa).*

LA ESTATUA. -Bien. *(Reflexionando.)* De todos modos, el Superhombre es un hermoso concepto. Tiene algo de estatuario. *(Se pone en la trampa al lado del diablo. La trampa empieza a bajar lentamente. Del abismo sube un rojo resplandor.)* Ah, esto me recuerda otros tiempos.

EL DIABLO. -También a mí.

ANA. - Esperen. *(La trampa se detiene.)*

EL DIABLO. -Usted no puede venir por aquí, señora. Usted tendrá una apoteosis. Pero llegará al palacio antes que nosotros.

ANA. -No es por eso por lo que les he detenido. Dígame: ¿dónde puedo encontrar al Superhombre?

EL DIABLO. - Todavía no ha sido creado, señora.

LA ESTATUA. - Y acaso no lo será nunca. Sigamos: el fuego rojo me hace estornudar. *(Descienden.)*

ANA. - ¡No ha sido creado todavía! Entonces, mi tarea no está aún hecha. *(Santiguándose devotamente.)* Creo en la Vida del Porvenir. *(Gritando al universo.)* ¡Un padre! ¡Un padre para el Superhombre!

Se desvanece en el vacío. De nuevo, la nada; toda la existencia parece suspendida

indefinidamente. Después, vagamente, se oye en alguna parte un grito humano. Se ve, con un sobresalto, un picacho que se perfila vagamente contra un fondo más claro. El cielo ha vuelto de lejos, y de pronto recordamos dónde estábamos. El grito se oye claro y urgente: dice "Un automóvil, un automóvil". La completa realidad vuelve de golpe; en un momento es plena mañana en la Sierra, y los bandidos se están poniendo de pie para dirigirse a la carretera cuando el cabrero viene corriendo cuesta abajo para advertirles que viene otro automóvil. Tanner y Mendoza se levantan asombrados y se miran perplejos. Straker se queda sentado para bostezar un momento antes de ponerse de pie, haciendo cuestión de honor el no demostrar un indebido interés en la agitación de los bandidos. Mendoza mira rápidamente para ver si sus secuaces atienden a la alarma, y después cambia unas palabras con Tanner.

MENDOZA— ¿Ha ¿Ha soñado usted?

TANNER. -Espantosamente. ¿Y usted?

MENDOZA.-Sí. He olvidado qué. Aparecía usted.

TANNER. - También usted, Asombroso.

MENDOZA. -Ya se lo había advertido. *(Se oye un tiro en la carretera.)* Ya están jugando con el fusil. *(Llegan de estampía los bandidos, asustados.)* ¿Quién ha disparado ese tiro? *(A Duval.)* ¿Tú?

DUVAL *(jadeando).* -Yo, no. Han disparado ellos primero.

EL ANARQUISTA.-Ya te dije que empezaras por abolir el Estado. Ahora estamos perdidos.

EL SOCIALISTA ALBOROTADOR *(de estampía a través del anfiteatro).* - ¡Ya podemos correr!

MENDOZA *(agarrándolo, tumbándolo de espaldas y sacando un cuchillo).* - Al que corra lo degüello. *(Obstruye el camino. Contiene a los que huyen.)* ¿Qué ha ocurrido?

EL SOCIALISTA SOMBRÍO.- n auto ...

EL ANARQUISTA. -Tres hombres ...

DUVAL. - Deux femmes...

MENDOZA. -Tres hombres y dos mujeres. ¿Por qué no los habéis traído aquí? ¿Les tenéis miedo?

EL SOCIALISTA ALBOROTADOR *(levantándose).* -Traen escolta. Larguémonos de aquí.

Librodot

EL SOCIALISTA SOMBRÍO. -Dos automóviles blindados llenos de soldados a la entrada del valle.

EL ANARQUISTA. -Han disparado al aire. Era una señal.

Straker silba su melodía favorita, que en los oídos de los bandidos suena a marcha fúnebre.

TANNER. -No es una escolta, sino una expedición para capturarlos. Se nos dijo que la esperáramos, pero

yo tenía prisa.

EL SOCIALISTA ALBOROTADOR *(en una agonía de temor).* -Y aquí estamos esperándolos, santo Dios. Vamos a la montaña.

MENDOZA. - ¿Qué sabes tú de montañas, idiota? ¿Eres español? El primer pastor con quien te encontraras te entregaría. Además ya estamos al alcance de sus fusiles.

EL SOCIALISTA ALBOROTADOR. -Pero.. .

MENDOZA. -Silencio. Dejadme esto a mí. *(A Tanner.)* Camarada: usted no nos traicionará.

STRAKER. - ¿A quién llama camarada?

MENDOZA.-Anoche la superioridad era mía. El ladrón de los pobres estaba a merced del ladrón de los ricos. Usted me dio la mano y yo se la estreché.

TANNER. -Yo no les acusaré de nada, camarada. Hemos pasado una agradable velada con ustedes, eso es todo.

STRAKER. -Yo no le di la mano a nadie.

MENDOZA *(volviéndose impresionantemente hacia él).* -Oiga, joven: si se me juzga, confesaré que soy culpable y explicaré qué es lo que me alejo de Inglaterra, del hogar y del deber. ¿Quiere usted ver el respetable apellido de Straker arrastrado en el fango en un juzgado español? La policía me registrará. Encontrará el retrato de Louisa. Todas las revistas ilustradas lo publicarán. Se echa usted atrás. La culpa será suya, recuérdelo,

STRAKER *(con una furia sofocada).* - No me importa mucho el juzgado. A lo que me opongo es a ver mi apellido mezclado con el suyo, cerdo chantajista.

MENDOZA. - Lenguaje indigno del hermano de Louisa. Pero no importa; está usted amordazado, y con eso nos basta. *(Se vuelve para mirar a sus hombres, que retroceden inquietos en el anfiteatro hacia la cueza para refugiarse detrás de él, cuando viene de la carretera un grupo de personas vestidas de automovilistas y de*

muy buen humor. La primera es Ann, que se dirige en derechura hacia Tanner; le siguen Violet, a quien ayudan a caminar en el terreno accidentado Hector, que le agarra de la enano derecha, y Ramsden, que le agarra de la izquierda, Mendoza va a su bloque presidencial y se sienta tranquilamente. Los hombres de filas se agrupan detrás de él. De su estado mayor, Duval y el anarquista se sientan a su derecha, y los dos socialistas a su izquierda, protegiéndole por el flanco.)

ANN. -Es Jack.

TANNER. - ¡Atrapado!

HECTOR. -No hay duda. Yo dije que eras tú, Tanner. Nos hemos detenido por un pinchazo. La carretera está llena de clavos.

VIOLET. - ¿Que haces aquí con todos éstos?

ANN. - ¿Por qué te fuiste sin decir una palabra?

HECTOR.-Exijo el ramo de rosas, señorita Whitefield. *(A Tanner:)* Cuando vimos que usted se había ido, la señorita Whitefield me apostó un ramo de rosas a que mi automóvil no le alcanzaría al suyo antes de que llegara usted a Montecarlo.

TANNER. - Pero este no es el camino a Montecarlo.

HECTOR. -No Importa. La señorita Whitefield encontró su pista en todos los puntos donde nos detuvimos; es una verdadera Sherlock Holmes.

TANNER. - ¡La Fuerza Vital! Estoy perdido.

OCTAVIUS *(viniendo alegremente a saltos desde la carretera al anfiteatro y poniéndose entre Tanner y Straker).* - Cuánto me alegro de encontrarte sano y salvo. Nos temíamos que os hubieran atrapado los bandidos.

RAMSDEN *(que ha estado mirando fijamente a Mendoz*a). - Me parece recordar la cara de este amigo suyo. *(Mendoza se levanta cortésmente y avanza sonriendo entre Ann y Ramsden.)*

HECTOR. - También yo.

OCTAVIUS. - Lo conozco a usted perfectamente, pero no puedo recordar dónde lo he visto.

MENDOZA *(a Violet).* - ¿Me recuerda usted, señorita?

VIOLET. - Oh, muy bien; pero siempre he sido tonta para los nombres.

MENDOZA. - Fue en el Savoy Hotel. *(A Hector:)* Usted solía venir a almorzar con esta señorita. *(A Octavius:)* Usted traía a menudo a esta señorita (Ann) y a su madre, a comer antes de ir al Lyceum Theatre. *(A Ramsden:)* Usted solía ir a cenar

con *(baja la voz para decirlo en un tono confidencial, pero perfectamente audible)* distintas señoritas.

RAMSDEN *(enojado).* - ¿Y a usted que le importa?

OCTAVIUS. - Violet: yo creía que Malone y tú apenas os conocíais antes de este viaje.

VIOLET *(molesta).*-Me figuro que este individuo sería el gerente.

MENDOZA. - El camarero, señorita. Me acuerdo de todos ustedes con gratitud. De la generosidad con que me trataban deduje que disfrutaban mucho en sus visitas.

VIOLET. - ¡Qué impertinencia! (Le da la espalda y va cuesta arriba con Flector.)

RAMSDEN. - Basta, amigo. Me figuro que no esperará que las señoras lo traten como a un conocido por haberles servido a la mesa.

MENDOZA. -Perdone, pero ha sido usted quien ha dicho que me conocía. Las señoras han seguido su ejemplo. Sin embargo, esta muestra de desdichados modales de su clase pone fin al incidente. De ahora en adelante tenga usted la bondad de dirigírseme con el respeto debido a un desconocido y compañero de viaje. *(Se vuelve arrogantemente y ocupa de nuevo su asiento presidencial.)*

TANNER. - ¡Ahí está! En todo el viaje no he encontrado más que un hombre capaz de conversar razonablemente y todos ustedes le han insultado instintivamente. Hasta el Hombre Nuevo se porta tan mal como cualquiera de ustedes. Enry: se ha portado usted corno un desdichado caballero.

STRAKER. - ¡Yo, caballero! No por cierto.

RAMSDEN. - Realmente, Tanner, este tono ...

ANN. - No le des importancia, abuelito, debías conocerlo para ahora. *(Agarra de un brazo a Ramsden y se lo lleva hacia la colina a juntarse con Violet y Hector. Octavius les sigue como un perro.)*

VIOLET *(llamando desde el cerro).*-Ahí están los soldados. Se están apeando de los automóviles.

DUVAL (presa de pánico).-Oh, nom de Dieu!

EL ANARQUISTA. - Imbéciles: el Estado os va a aplastar porque lo habéis sostenido a instigación de aquellos en quienes se apoya políticamente la burguesía.

EL SOCIALISTA SOMBRÍO *(discutidor harta el fin).* - Al contrario; sólo conquistando la máquina del Estado...

EL ANARQUISTA. -Te va a Conquistar a ti.

EL SOCIALISTA ALBOROTADOR *(cuya angustia culmina).*-Callarse la boca, hombre. ¿Para qué estamos aquí? ¿A qué estamos esperando?

MENDOZA *(entre dientes).* - Seguid. Hablad de política, idiotas: nada suena tan respetable. Seguid, hombres.

Los soldados se alinean en la carretera, dominando el anfiteatro con sus fusiles. Los bandidos, luchando contra un imperioso impulso de ocultarse uno detrás de otro, adoptan la expresión más indiferente posible. Mendoza se levanta soberbiamente, impasible. El oficial jefe desciende de la carretera al anfiteatro, mira fijamente a los bandidos y después inquisitivamente a Tanner.

EL OFICIAL. - ¿Quiénes son estos hombres, señor inglés?

TANNER. - Mi escolta.

Mendoza, con una mefistofélica sonrisa, se inclina profundamente. Una irreprimible sonrisa corre de cara en cara entre los bandidos, que se llevan la mano al sombrero, menos el Anarquista, que desafía al Estado con los brazos cruzados.

FIN DEL ACTO III

ACTO IV

El jardín de un chalet de Granada. Quien quiera saber cómo es debe ir a Granada a verlo. Se puede detallar prosaicamente un grupo de cerros punteados de chalets, con la Alhambra en la cima de uno de los cerros. En el valle hay una considerable ciudad a la que dan acceso unos blancos caminos polvorientos donde los niños, hagan lo que hagan o piensen lo que piensen, gimen automáticamente para pedir monedas y alargan unas manitas morenas; pero en esta descripción no hay nada, excepto la Alhambra, la mendicidad y el color de los caminos, que no se puede decir de Surrey tan bien como de España. La diferencia es que las colinas de Surrey son, en comparación, pequeñas y feas, y que en realidad se les debería llamar protuberancias de Surrey; mientras que estas colinas españolas tienen calidad de montaña, pues la amenidad que oculta su tamaño no compromete su dignidad.

Este determinado jardín está en un cerro frente a la Alhambra, y el chalet es todo lo caro y presuntuoso que debe ser un chalet para alquilarlo amueblado y por semanas a opulentos visitantes norteamericanos e ingleses. Si miramos hacia arriba desde el pradito que hay al pie del jardín, nuestro horizonte es la pétrea balaustrada de una empedrada plataforma al borde del infinito espacio en la cumbre del cerro. Entre nosotros y la plataforma hay un jardín de flores con un estanque y surtidor en el centro, rodeado de geométricos lechos de flores, caminos de grata y setos recortados de la manera más distinguida. El jardín está más arriba que nuestro pradito, por lo que llegamos a el subiendo unos peldaños en mitad de su terraplén. La plataforma está todavía más arriba que el jardín, desde el cual subimos un par de peldaños más para contemplar por encima de la balaustrada una hermosa vista de la ciudad, que está valle arriba, y de las colinas que se alejan hacia donde, en la remota distancia, se convierten en montañas. A nuestra izquierda está el chalet, accesible por escalones desde el ángulo izquierdo del jardín. Volviendo de la plataforma a través del jardín, para bajar otra vez al pradito (movimiento con el que dejamos el chalet detrás, a nuestra derecha), en el hecho de que no hay red de tenis ni una colección de arquitos de croquet, sino una mesita jardinera de hierro con unos cuantos libros, la mayoría de pasta amarilla, y una silla al lado, vemos pruebas de que a los locatarios les interesa la literatura. También sobre una silla que hay a la derecha se ven un par de libros. No se ven diarios, circunstancia que, unida a la falta de juegos, pudiera

llevar a un espectador inteligente a conclusiones de gran alcance respecto a la clase de gente que vive en el chalet. Esa clase de especulaciones la contiene sin embargo, en esta tarde deliciosa, la aparición de Henry Straker, vestido profesionalmente, en un portillo abierto en una valla que hay a nuestra izquierda. Straker lo abre a un señor entrado en años y le sigue al pradito.

El señor entrado en años desafía al sol español con su chaqué negro, su sombrero de copa, su pantalón en que unas oscuras rayas grises y lila se funden en un color altamente respetable, y su corbata de lazo negra sobre una camisa inmaculada. Probablemente, por lo tanto, se trata de un hombre cuya posición social necesita afirmarse constante y escrupulosamente sin considerar el clima; de alguien que se vestiría de la misma manera en pleno Sahara o en la cumbre del Mont Blanc. Y como no tiene el sello de la clase que acepta como misión en la vida el anunciar y sostener sastrerías y camiserías de primer orden, tiene, en su elegancia, un aspecto vulgar, si bien con un traje de trabajo de cualquier clase tendría un aire bastante digno.

Tiene unas mejillas tersas, color rojo, pelo corto, ojos pequeños, una boca dura que se pliega en las comisuras, y una barbilla de perro de presa. La flaccidez que viene con los años le ha atacado en el cuello y debajo de las mandíbulas, pero encima de la boca está duro congo una manzana, por lo que la mitad superior de su cara representa menos edad que la inferior. Tiene en sí mismo la confianza del que ha hecho dinero, y algo de la truculencia de quien lo ha hecho en una lucha brutal y cuya cortesía oculta una perceptible amenaza de que en caso de necesidad cuenta en reserva con otros medios. Con lodo eso, es hombre al que hay que compadecer más que temer, porque por momentos tiene algo de patético, como si la enorme máquina comercial que lo ha vestido de chaqué le hubiera permitido hacer muy poco de lo que quería y le hubiera dejado hambriento de afecto y desorientado sentimentalmente. En la primera palabra que se le oye se ve claramente que es un irlandés cuya entonación original le ha seguido a través de muchos cambios de lugar y de categoría. Lo único que se puede adivinar es que el primer material de su lenguaje tenía el agrio acento de Kerry; pero la degradación del lenguaje en Londres. Glasgow, Dublin y en general las grandes ciudades ha influido ya tanto tiempo que nadie más que un empedernido cockney diría que es acento, pues su música casi ha desaparecido aunque se nota todavía lo agrio. Straker, conspicuo cockney, le inspira un desdén implacable, como inglés estúpido que ni siquiera sabe hablar su idioma como se

Librodot

debe. Straker, por otra parte, ve el acento del señor entrado en años como una broma concienzudamente dispuesta por la Providencia con la expresa intención de divertir a la raza inglesa, y lo trata normalmente con la indulgencia debida a especies inferiores y desdichadas, pero ocasionalmente con indignada alarma al ver que el viejo da muestras de que desea que se tomen en serio sus tonterías irlandesas.

STRAKER. - Se lo diré a la señorita. Me dijo que usted preferiría esperar aquí *(se vuelve para ir por el jardín al chalet).*

EL IRLANDÉS *(que ha estado mirando alrededor con viva curiosidad).* - ¿A la señorita? A la señorita Violet, ¿eh?

STRAKER *(deteniéndose en los peldaños sospechando súbitamente).* -Sabe a quién, ¿verdad? El. IRLANDÉS. - ¿Lo sé?

STRAKER *(que se va poniendo de mal humor).* - ¿Lo sabe o no lo sabe?

EL IRLANDÉS.- ¿Y a usted qué le importa?

STRAKER. - Se lo diré. La señorita Robinson ...

EL IRLANDÉS (interrumpiéndole). - Ah, se apellida Robinson, ¿eh? Gracias.

STRAKER. - ¡Cómo! ¿Ni siquiera sabe cómo se apellida?

EL IRLANDÉS. - Ahora que me lo ha dicho usted, lo sé.

STRAKER *(después de un momento de estupefacción al ver la facilidad que el viejo tiene para la réplica).* -Oiga usted: ¿qué es eso de meterse en mi automóvil para que lo traiga aquí, si no es usted la persona a la cual llevé yo aquella nota?

EL IRLANDÉS.- ¿A ¿A qué otro se la llevó?

STRAKER. - Se la llevé al Sr. Ector Malone, por encargo de la señorita Robinson, ¿comprende? La señorita Robinson no es mi patrona; le llevé la carta por hacerle un favor. Conozco al Sr. Malone y no es usted por ningún lado que se le mire. En el hotel me dijeron que se llama usted Ector Malone.. .

MALONE. - Hector Malone.

STRAKER *(con tranquila superioridad).*-Hector será en su país; es el resultado de vivir en lugares provinciales como Irlanda y los Estados Unidos. Aquí es usted Ector; si no lo ha notado ya, pronto lo notará.

La creciente tensión de la conversación la alivia Violet, que ha salido impetuosamente del chalet y después de cruzar el jardín ha bajado los peldaños, llegando muy oportunamente a interponerse entre Malone y Straker.

VIOLET *(a Straker).* - ¿Ha llevado usted mi carta?

STRAKER. - Sí, señorita. La he llevado al hotel y la he mandado arriba, esperando que bajaría el joven Sr. Malone. De pronto aparece este señor y dice que está bien y que viene conmigo. Como en el hotel me dijeron que era el Sr. Ector Malone, lo he traído. Y ahora se desdice de lo que ha dicho. Pero si no es el señor a quien usted se refería, dígalo y me será muy fácil llevarlo atrás.

MALONE. - Estimaría como un gran favor el poder tener una breve conversación con usted, señora. Soy el padre de Hector, como hubiera podido adivinar hace cosa de una hora este inteligente inglés.

STRAKER *(fríamente desafiador).* - No lo hubiera adivinado ni en otro año. Si pudiéramos pulir a usted tanto tiempo como le hemos pulido a él, es posible que empezara usted a estar a su altura. Por el momento le falta mucho. Para empezar, pronuncia demasiadas haches. *(A Violet, amistosamente.)* Muy bien, señorita; usted quiere conversar con él. No estorbaré. *(Hace un afable saludo a Malone y se va por el portillo de la valla.)*

VIOLET *(muy cortésmente).* - Siento mucho que ese hombre haya sido grosero con usted, señor Malone. Pero, ¿qué podemos hacer? Es nuestro chófer.

MALONE.-¿Su qué?

VIOLIET. -El conductor de nuestro automóvil. Es capaz de guiarlo a setenta millas por hora y de repararlo cuando se avería. Nosotros dependemos de nuestros automóviles y nuestros automóviles dependen de él, por lo que, naturalmente, nosotros dependemos de él.

MALONE. -He observado que por cada mil dólares que gana un inglés parece añadir una persona al número de las que depende. Sin embargo, no necesita disculparse por ese hombre. Le he hecho hablar a propósito. Así es como me he enterado de que está usted aquí en Grannida con un grupo de ingleses, incluyendo a mi hijo Hector.

VIOLET *(conversacionalmente).* -Sí; teníamos la intención de ir a Niza, pero tuvimos que seguir a uno del grupo, un tanto excéntrico, que salió antes que nosotros y vino aquí. ¿No quiere sentarse? *(Quita de la silla más cercana los dos libros.)*

MALONE *(impresionado por su atención).* -Gracias. *(Se sienta y la examina curiosamente cuando Violet va a dejar en la mesa de hierro los dos libros. Cuando Violet vuelve, le dice.)* Usted es la señorita Robinson, ¿verdad?

Librodot

VIOLET *(sentándose).* -Sí.

MALONE *(sacando del bolsillo una carta).* -Su nota a Hector dice así: *(Violet no puede contener un sobresalto. Malone hace tranquilamente una pausa para sacar y ponerse sus gafas de oro)* "Queridísimo: todos se han ido a pasar la tarde en la Alhambra. Me duele la cabeza y tengo todo el jardín a mi disposición. Aprovecha el automóvil de Jack, y Straker te traerá aquí en un voleo. Pronto, pronto, pronto. Tu Violet." *(Malone la mira, pero Violet ha recobrado ya el dominio de sí misma y hace frente a sus gafas con perfecta compostura. Malone prosigue lentamente.)* Yo no sé en qué términos se tratan los jóvenes en Inglaterra, pero en los Estados Unidos se entendería que entre las personas que se escriben así hay un considerable grado de cariñosa intimidad.

VIOLET. -Sí; conozco muy bien a su hijo, señor Malone. ¿Tiene usted alguna objeción que hacer?

MALONE *(un tanto desconcertado).* - Objeción, exactamente, ninguna. Siempre que se entienda que mi hijo depende totalmente de mí y que se me ha de consultar acerca de cualquier paso importante que se proponga dar.

VIOLET. - Estoy segura de que no se mostraría usted irrazonable.

MALONE. -Así lo espero, pero a la edad de usted pueden parecerle irrazonables muchas cosas que a mí no me parecen.

VIOLET *(encogiéndose levemente de hombros).* - Bueno, creo que no vale la pena de que juguemos a equívocos. Hector quiere casarse conmigo.

MALONE. - En su carta me había parecido que podía ser así. Pues bien, señorita: Hector es dueño de sus actos, pero si se casa con usted no recibirá de mí ni un centavo. (*Se quita las gafas y las guarda con la nota.)*

VIOLET (*con cierta severidad).* - Eso no es muy halagador para mí, señor Malone.

MALONE. - No digo nada contra usted, señorita: estoy seguro de que es usted una excelente y simpática muchacha. Pero tengo otros proyectos para Hector.

VIOLET. - Es posible que el Hector no los tenga para sí.

MALONE. -Es posible. En ese caso, que no cuente conmigo; eso es todo. Me figuro que está usted preparada para eso. Cuando una chica escribe a un joven diciéndole que venga pronto, pronto, pronto, al dinero no se le da importancia y el amor lo es todo.

VIOLET *(secamente).* - Perdone, señor Malone; no creo en esas tonterías. Hector

necesita dinero.

MALONE *(en un tambaleo).*-Muy bien, muy bien. Sin duda puede ganarlo.

VIOLET. -Para qué vale tener dinero si hay que trabajar para ganarlo? *(Se levanta impaciente.)* Es una estupidez, señor Malone. Usted debe capacitar a su hijo a sostener su posición. Tiene derecho a ella.

MALONE *(sombríamente).* -Yo no le aconsejaría que se case con él fundándose en ese derecho.

Violet, que casi se ha puesto de mal humor, se domina haciendo un esfuerzo, deja de retorcerse los dedos y vuelve a ocupar su silla con estudiada tranquilidad y sensatez.

VIOLET. - ¿Qué puede usted decir contra mí? Mi posición social es tan buena como la de Hector, por no decir más. Hector lo reconoce.

MALONE (*astutamente).* -Se lo dice usted de vez en cuando, ;eh? La posición social de Hector en Inglaterra, señorita, es la que decidí yo pagarle. Yo le hice una proposición justa. Que elija la casa, el castillo o la abadía más históricos que haya en Inglaterra. El día que me diga que la quiere para una mujer digna de sus tradiciones, se la compro y le doy los medios para sostenerla.

VIOLET. -¿Qué quiere usted decir con eso de una mujer digna de sus tradiciones? ¿Es que una mujer bien educada no puede gobernarle una casa así?

MALONE. -No. Debe haber nacido para ello.

VIOLET. - ¿Nació Hector para una casa así?

MALONE. - Su abuela era una chica irlandesa que andaba descalza y me crió al amor de fuego de turba. Que se case con una como ella, y no le escatimaré lo que le corresponde. Que suba socialmente con mi dinero, o que haga que suba otra persona: mientras haya algún provecho social, consideraré justificado mi gasto. Pero debe haber provecho para alguien. Una boda con usted dejaría las cosas tal como están.

VIOLET. - Muchos de mis parientes se opondrían mucho a que yo me casara con el nieto de una plebeya, señor Malone. Podrá ser un prejuicio, pero también lo es su deseo de que se case con una aristócrata.

MALONE *(levantándose y acercándose a Violet; en la forma en que la examina con la mirada hay un tanto de respeto a regañadientes).* - Me parece que es usted una chica resuelta y que dice las cosas claritas.

VIOLET. - No veo por qué razón he de ser desgraciadamente pobre porque no

puedo hacerle a usted ganar dinero. ¿Por qué quiere hacer desgraciado a Hector?

MALONE. -Ya se le pasará. Los hombres prosperan más con desilusiones en amor que con desilusiones de dinero. Eso le parecerá a usted sórdido, pero yo sé lo que me digo. Mi padre murió de inanición el año negro de 1847. Es posible que haya oído usted hablar.

VIOLET. - ¿Del hambre?

MALONE *(con violenta pasión).* -No, de la inanición. Cuando un país está lleno de comestibles y los exporta, no puede haber hambre. Mi padre murió de inanición, y la inanición me llevó a mí a los Estados Unidos en brazos de mi madre. Inglaterra nos echó a mí y a los míos de Irlanda. Pues bien, guárdense ustedes Irlanda. Yo y los que son como yo estamos volviendo a comprar Inglaterra, y compraremos lo mejor que tiene. No quiero para Hector fincas de clase media ni mujeres de clase media. También eso está claro, ¿verdad?

VIOLET *(compadeciéndose glacialmente del sentimentalismo de Malone).* - Me extraña muchísimo, señor Malone, oír a un hombre de su edad y su buen sentido hablar de esa manera romántica. ¿Cree usted que los aristócratas ingleses les van a vender sus casas solariegas así como así?

MALONE. - Ya se me han negado dos de las casas solariegas más antiguas de Inglaterra. A un propietario histórico no le alcanza para que les quiten el polvo a todas las habitaciones; el otro no puede abonar los derechos de sucesión. ¿Qué dice usted ahora?

VIOLET. - Que es verdaderamente escandaloso. Pero usted sabe, seguramente, que tarde o temprano el gobierno pondrá coto a esos ataques socialistas a la propiedad.

MALONE *(sonriéndose).* - ¿Cree usted que podrá hacerlo antes de que yo compre la casa... mejor dicho la abadía? Las dos son abadías.

VIOLET *(dejando eso a un lado, un tanto impaciente).*-Bueno, hablemos con sentido común, señor Malone. Ya se habrá dado cuenta de que hasta ahora hemos demostrado poco.

MALONE. -No digo yo lo mismo. Lo que he dicho lo he dicho en serio.

VIOLET. -Entonces no conoce a Hector como lo conozco yo. Es romántico y caprichoso -me figuro que le viene de usted- y quiere cierta clase de mujer que lo cuide. No una caprichosa, ¿comprende?

MALONE. - ¿Alguien como usted, tal vez?

VIOLET (*suavemente).*-Sí. Pero usted no puede permitirme que me comprometa a eso sin medios para sostener su posición.

MALONE (*alarmado).* -Espere, espere. ¿Adónde vamos a parar? No me he dado cuenta de haberle pedido que se comprometa a algo.

VIOLET. -Si se pone a comprenderme mal, va a hacer que me sea muy difícil conversar con usted.

MALONE *(medio perplejo).*-No quiero aprovecharme de ninguna ventaja, pero me parece que nos hemos desviado del camino.

Straker, con expresión de hombre que se ha dado prisa, abre el portillo y deja pasar a Hector, quien, nervioso de indignación, avanza en el pradito y se va a dirigir hacia su padre, casando Violet, muy acongojada, salta y se interpone. Straker no se queda; al menos no se le ve.

VIOLET. -¡Oh, qué mala suerte! Hector, por favor, no digas nada. Véte hasta que acabe de hablar con tu padre.

HECTOR *(inexorablemente).* -No, Violet; esto lo voy a aclarar ahora mismo. *(Aparta a Violet, y da cara a su padre, cuyas mejillas se oscurecen cuando empieza a fluir a ellas su sangre irlandesa.)* Papá: no has jugado limpio.

MALONE. - ¿Qué quieres decir?

HECTOR. -Has abierto una carta que me estaba dirigida a mí. Has fingido ser yo y has llegado furtivamente hasta esta señora. Eso no es honorable.

MALONE *(amenazadoramente).* - Cuidado con lo que dices, Hector. Ten cuidado.

HECTOR. -Lo he tenido. Lo estoy teniendo. Estoy cuidando mi honor y mi posición en la sociedad inglesa.

MALONE *(con calor).* - ¿Sabes que tu posición la has obtenido con mi dinero?

HECTOR. - Ahora la has echado a perder abriendo esa carta. ¡Una carta de una dama inglesa, que no estaba dirigida a ti, una carta confidencial, una carta delicada, una carta personal, abierta por mi padre! Esa es una de las cosas que no se pueden hacer en Inglaterra. Cuanto antes volvamos los dos, mejor. *(Invoca sin palabras al cielo para que atestigüe la vergüenza y angustia de dos proscritos.)*

VIOLET *(desairándolo porque le disgustan instintivamente las escenas).* - No seas absurdo, Hector. Era muy natural que el señor Malone abriera mi carta: en el sobre estaba su nombre.

MALONE. - Ahí tienes sentido común, Hector. Gracias, señorita.

RECTOR. - Gracias, Violet, Eres muy amable. Mi padre no da más de sí.

MALONE *(apretando furioso los puños).* -Hector...

HECTOR *(con impasible fuerza moral).* - No vale gritarme. Una carta particular es una carta particular, no le des vueltas.

VIOLET. - ¡Sh... por favor! Ahí vienen todos. Padre e hijo, frenados, se miran en silencio cuando entran por el portillo Tanner y Ramsden seguidos de Octavius y Ann.

VIOLET. - Ya estáis de vuelta.

TANNER. - La Alhambra no está abierta esta tarde.

VIOLET. - ¡Qué éxito habéis tenido!

Tanner avanza y de pronto se ve entre Hector y un desconocido entrado en años, que aparentemente están a punto de irse a las manos, y mira primero a uno y después al otro buscando una explicación. Hector y su padre eluden su mirada y contienen su furia en silencio.

RAMSDEN. - Violet: ¿haces bien estando al sol si tienes mucho dolor de cabeza?

TANNER. - ¿También usted se siente mejor ya, Malone?

VIOLET. - Ah, se me olvidaba. No todos nos conocemos. Señor Malone: ¿quiere presentar a su padre?

RECTOR *(con romana firmeza).* - No, no quiero. No es mi padre.

MALONE *(muy enojado).* -Reniegas de tu padre ante tus amigos ingleses, ¿eh?

VIOLET. - Por favor, no hagan una escena.

Ann y Octavius, que se han quedado cerca del portillo, se cambian una mirada de asombro y se retiran discretamente, escalera arriba, al jardín, desde donde pueden disfrutar del alboroto sin entrometerse. Al dirigirse a la escalera. Ann hace un gesto de muda simpatía a Violet, que está de espaldas a la mesita, viendo disgustada, y sin poder evitarlo, que su marido se eleva a alturas morales cada vez más elevadas, sin la menor consideración a los millones del viejo.

HECTOR. -Lo siento, señorita, pero estoy sosteniendo un principio. Soy hijo, y creo que uno que cumple con su deber, pero ante todo soy hombre. Y cuando mi

padre se apodera de mis cartas como si fueran suyas y se cree con derecho a decir que no me casaré contigo aunque tenga la felicidad y la suerte de obtener tu consentimiento, me burlo de él y sigo mi camino.

TANNER. - ¡Casarse con Violet!

RAMSDEN.-¿Está usted en su sano juicio?

TANNER. -¿Ha olvidado lo que le dijimos?

HECTOR *(atrevidamente).* -No me importa lo que me dijeron.

RAMSDEN *(escandalizado).* -¡Sh... señor mío! Es monstruoso. *(Se dirige velozmente hacia el portillo. Los codos le tiemblan de indignación.)*

TANNER. - Otro loco. A estos enamorados habría que encerrarlos. *(Deja a Hector por imposible y se dirige hacia el jardín, pero Malone, que siente una nueva ofensa, le sigue y con la agresividad de su tono le obliga a detenerse.)*

MALONE. -No entiendo esto. ¿Es que Hector no es suficiente buen partido para esta señorita?

TANNER. - Querido señor Malone: esta señorita está ya casada. Hector lo sabe y a pesar de eso persiste en su entusiasmo. Lléveselo a casa y enciérrelo.

MALONE *(amargamente).* - ¿De modo que es esa la posición social que yo he echado a perder en mi ignorancia y mi falta de cultura? ¡Cortejando a una mujer casada! *(Se vuelve furioso a ponerse entre Hector y Violet y casi le ruge a Hedor al oído izquierdo.)* Esa costumbre la habrás adquirido en la aristocracia inglesa, ¿eh?

HECTOR. -No te preocupes. Respondo de que lo que estoy haciendo es decente.

TANNER *(acercándose hasta ponerse a la derecha de Hector y con ojos relampagueantes).* - Bien dicho, Malone. También usted opina que las simples leyes matrimoniales no forman la moral. Estoy de acuerdo con usted, pero, desgraciadamente, Violet no lo está.

MALONE. - Me permito dudarlo. *(A Violet.)* Permítame que le diga que no tenía usted derecho a mandar a mi hijo aquella carta siendo la mujer de otro hombre.

HECTOR *(ofendido).* -Esta es la última gota. Papá: has insultado a mi mujer.

MALONE. - ¡Tu mujer!

TANNER. -¡Usted es el marido desconocido! ¡Otro impostor moral! *(Se pasa la mano por la frente y se deja caer en la silla de Malone.)*

MALONE. -Te casaste sin mi consentimiento.

RAMSDEN. - Nos ha engañado usted deliberadamente a todos.

HECTOR. - Oigan ustedes: ya estoy harto de que me fastidien. Violet y yo estamos casados, y basta. ¿Tiene alguno de ustedes algo que decir?

MALONE. - Yo ya sé lo que tengo que decir. Que se ha casado con un mendigo.

HECTOR. - No; se ha casado con un obrero *(sin pronunciación norteamericana imparte a esta sencilla e impopular palabra una abrumadora intensidad).* Empiezo a

ganarme la vida desde esta misma tarde.

MALONE *(burlándose enojado).* - Sí; ahora tienes mucha audacia porque has cobrado ayer o esta mañana mi asignación. Espera a que la gastes. Entonces no tendrás tanto valor.

HECTOR *(sacando de la cartera una carta).* - Ahí la tienes *(se la da violentamente a su padre).* Ahora podéis desaparecer de mi vida tú y tu asignación. He acabado con las asignaciones y he acabado contigo. No vendo por mil dólares el privilegio de insultar a mi mujer.

MALONE *(muy dolido y lleno de preocupación por Hector).* - Hector: no sabes lo que es la pobreza.

HECTOR *(fervientemente).* -Bueno, pues quiero saberlo. Quiero ser hombre. Violet: ven conmigo a tu casa; ya saldremos adelante.

OCTAVIUS *(saltando del jardín al pradito y corriendo a la izquierda de Hector).* - Espero que me dará la mano antes de irse, Héctor. Lo admiro y respeto más de lo que puedo expresar. *(Se emociona casi hasta llorar cuando le da la mano.)*

VIOLET *(también casi llorando, pero de enojo).* - No seas idiota, Tavy. Hector sirve para obrero más o menos lo que tú.

TANNER *(levantándose de su silla, al otro lado de Hector).* -No importa; no se trata de que vaya a ser jornalero. *(A Hector:)* No hay dificultad en cuanto al capital inicial. Tráteme como amigo; gire contra mí.

OCTAVIUS *(impulsivamente)* . - O contra mí.

MALONE *(con unos celos feroces).* - ¿Quién quiere su cochino dinero? ¿Contra quién va a girar sino contra su padre? *(Tanner y Octavius retroceden; Octavius, un tanto dolido; Tanner, consolado por la solución de la dificultad monetaria.)* Hector, hijo mío: no seas precipitado. Lamento mis palabras. No tenía ninguna intención de insultar a Violet y las retiro. Es la mujer que necesitas.

HECTOR *(dándole unas palmadas en la espalda).* - Muy bien, papá. Ni una palabra más; somos amigos de nuevo. Pero no acepto dinero a nadie.

MALONE *(suplicando abyectamente).* - No seas duro conmigo, Hector. Prefiero que regañes y aceptes el dinero, a que seamos amigos y pases hambre. Tú no sabes lo que es el mundo; yo, sí.

HECTOR. -No, no, No. Eso está resuelto y no va a cambiar. *(Pasa inexorablemente al lado de su padre y se acerca a Violet.)* Vamos, señora Malone;

tienes que mudarte al hotel conmigo y ocupar el puesto que te corresponde en el mundo.

VIOLET. - Primero tengo que entrar y decir a Davis que haga las valijas. ¿No quieres ir tú por delante y pedir una habitación que dé al jardín? Iré dentro de media hora.

HECTOR. -Muy bien. Comerás con nosotros, ¿verdad, papá?

MALONE (*ansioso por conciliarlo).* - Sí, sí.

HECTOR. - Hasta luego. *(Saluda con la mano a Ann, con quien ahora están Tanner, Octavius y Ramsden en el jardín, y sale por el portillo dejando a su padre y a Violet en el pradito.)*

MALONE. - Haz que vuelva a su sano juicio, Violet. Ya sé que lo harás.

VIOLET. - No sabía que puede ser tan terco. Si sigue así, ¿qué puedo yo hacer?

MALONE. -No te desanimes. La presión doméstica podrá ser lenta, pero es segura. Tú lo calmarás a fuerza de insistir. Prométemelo.

VIOLET. - Haré lo posible. Yo sé que el hacernos deliberadamente pobres de esa manera es una tremenda estupidez.

MALONE. - ¡Claro que lo es!

VIOLET *(después de reflexionar un momento).* - Es preferible que me dé usted la asignación a mí. La necesitará para pagar la cuenta del hotel. Veré si puedo convencerlo para que la acepte. No ahora, naturalmente, pero pronto.

MALONE *(ansiosamente).* -Sí, sí, sí. Eso es lo que hay que hacer. *(Alarga a Violet el billete de mil dólares y añade astutamente).* Ya comprenderás que eso no es más que una asignación de soltero.

VIOLET *(fríamente).* - Perfectamente. *(Toma el billete*.) Gracias. A propósito... las dos casas que ha mencionado... las abadías...

MALONE. -;Qué?

VIOLET. -No compre ninguna de ellas hasta que las vea yo. Nunca se sabe qué inconvenientes pueden tener esas casas.

MALONE. - No la compraré. No haré nada sin consultarte, no tengas miedo.

VIOLET *(cortésmente, pero sin chispa de gratitud).* - Gracias; será lo mejor. *(Se vuelve tranquilamente al chalet, escoltada obsequiosamente por Malone harta lo más alto del jardín.)*

TANNER *(llamando la atención a Ramsden sobre la humilde actitud de Malone*

Librodot

cuando se despide de Violet). - Y ese pobre diablo es un billonario, uno de los grandes espíritus de nuestro tiempo. La primera chica que se toma la molestia de atarle una cuerda al cuello se lo lleva como un perrito. ¿Me pasará a mí alguna vez una cosa así? *(Baja al pradito.)*

RAMSDEN *(siguiéndole).* - Cuanto antes le pase, mejor.

MALONE *(frotándose las manos cuando vuelve a través del jardín).*-Magnífica mujer para Hector. No la cambiaría por diez duquesas. *(Baja al pradito y se sitúa entre Tanner y Ramsden.)*

RAMSDEN *(muy cortésmente, al billonario).* - Es un inesperado placer encontrarlo a usted en este rincón del mundo. ¿Ha venido a comprar la Alhambra?

MALONE.-No, pero no digo que no la compraría. Creo que le sacaría más partido que el gobierno español. Pero no es a eso a lo que he venido. Si he de decirle la verdad, hace un mes sorprendí una conversación en que dos hombres negociaban un paquete de acciones. Discrepaban acerca del precio. Eran jóvenes y codiciosos y no sabían que si las acciones valían lo que ofrecían por ellas, valían lo que se pedía, porque el margen era demasiado pequeño para tenerlo en cuenta. Por divertirme me entrometí y las compré. Pues bien, hoy es el día en que no he averiguado todavía cuál es el negocio. Las oficinas las tiene en esta ciudad, y el nombre es Mendoza, Limitada. Ahora, no sé si Mendoza es una mina, una compañía naviera, un banco, o un artículo patentado.

TANNER. -ES un hombre. Lo conozco. Sus normas son perfectamente comerciales. Permítanos enseñarle la ciudad en nuestro automóvil, y de paso lo visitaremos.

MALONE. - Si es usted tan amable, con mucho gusto. ¿Puedo preguntar quién... ?

TANNER. - El señor Roebuck Ramsden, amigo muy antiguo de su nuera.

MALONE. - Mucho gusto, señor Ramsden.

RAMSDEN. - Gracias. También el señor Tanner es de nuestro círculo.

MALONE. - Mucho gusto en conocer a usted también, señor Tanner.

TANNER. -Gracias. *(Malone y Ramsden salen muy amistosamente por el portillo. Tanner llama a Octavius, que está paseando en el jardín con Ann.)* ¡Tavy! *(Tavy viene a la escalera, Tanner le susurra en voz alta.)* El suegro de Violet es financiero de bandidos. *(Tanner sale corriendo para alcanzar a Malone y Ramsden. Ann se acerca a la escalera con un vago impulso de atormentar a Octavius.)*

ANN. - ¿No quieres ir con ellos, Tavy?

OCTAVIUS *(con los ojos súbitamente llenos de lágrimas).* -Me das una puñalada en el corazón al querer que me vaya *(baja al pradito para que Ann no le vea la cara. Ann le sigue cariñosamente).*

ANN. - ¡Pobre Ricky-ticky-tavy! ¡Pobre corazón!

OCTAVIUS. - Te pertenece, Ann. Perdóname, debo decirlo. Te amo. Tú sabes que te amo.

ANN. -¿Para qué, Tavy? Ya sabes que mi madre está resuelta a que me case con Jack.

OCTAVIUS *(asombrado).* - ¡Con Jack!

ANN. - Parece absurdo, ¿verdad?

OCTAVIUS *(con creciente resentimiento).* - ¿Quieres decir que Jack ha estado jugando conmigo durante todo este tiempo? ¿Que ha estado insistiendo en que me case contigo porque quiere casarte él?

ANN *(alarmada).* - No, no; no debes hacerle pensar que yo he dicho eso. Creo que Jack no sabe lo que quiere. Pero en el testamento de mi padre se ve claramente que quería que me case con Jack. Y mi madre está resuelta.

OCTAVIUS. - Pero no tienes obligación de sacrificarte siempre a los deseos de tus padres.

ANN. -Mi padre me quería. Mi madre me quiere. Seguramente sus deseos son mejor guía que mi propio egoísmo.

OCTAVIUS. -Ya sé que no tienes nada de egoísta. Pero créeme que aunque sé que hablo por mi propio interés, la cuestión tiene otro aspecto. ¿Te portas bien con Jack casándote con él sin quererle? ¿Es justo destrozar mi felicidad y la tuya si puedes quererme?

ANN *(mirándolo con un leve impulso de compasión).* - Tavy: eres una buena persona, un buen chico.

OCTAVIUS *(humillado).* - ¡Eso es todo!

ANN *(picarescamente, a pesar de su compasión).* -Es mucho, te lo aseguro. Siempre adorarías el suelo que yo pisara, ¿verdad?

OCTAVIUS. -Siempre. Parece ridículo, pero no es exageración. Lo adoro y lo adoraré siempre.

ANN. - Siempre es una palabra muy larga. Tendría que vivir conforme a la idea

que tú tienes de mi divinidad, y no creo que podría lograrlo si nos casáramos. Pero si me caso con Jack no te desilusionarás, por lo menos hasta que yo envejezca demasiado.

OCTAVIUS. -También yo envejeceré. Y cuando tenga ochenta años, una cana de la mujer amada me hará temblar más que la más espesa cabellera rubia de la chica más hermosa.

ANN *(conmovida).* - Oh, eso es poesía, Tavy, verdadera poesía. Me trae de pronto ese extraño eco de una existencia anterior que siempre me parece la sólida prueba de que nuestras almas son inmortales.

OCTAVIUS. - ¿Crees que es cierto?

ANN. - Tavy: si ha de ser verdad, tienes que perderme sin dejar de amarme.

OCTAVIUS. - ¡Oh! *(se sienta bruscamente en la mesita y oculta la cara con las manos).*

ANN *(con convicción).* - Tavy: por nada del mundo destruiría tus ilusiones. No puedo ni aceptarte ni dejarte ir. Veo exactamente que es lo mejor para ti. Por mí, debes ser un viejo solterón sentimental.

OCTAVIUS *(desesperado).*-Ann: me mataré.

ANN. - Oh, no; no te matarás; eso no estaría bien. No lo pasarás mal. Serás muy simpático con las mujeres e irás muy a menudo a la ópera. En Londres un corazón destrozado es compañía muy agradable si tiene una buena renta.

OCTAVIUS *(considerablemente más frío, pero creyendo que no hace más que recobrar el dominio de sí mismo).* - Ya sé que lo dices con buena intención. Jack te ha convencido de que el cinismo es un tónico para que me sienta bien. *(Se levanta con tranquila dignidad.)*

ANN (*estudiándolo disimuladamente).*-Ya ves que ya empiezo a desilusionarte. Eso es lo que temo.

OCTAVIUS. - No ternes desilusionar a Jack.

ANN *(a quien se le ilumina el rostro en un éxtasis pícaro ... susurrando).*-No puedo; no se hace ilusiones conmigo. A Jack lo sorprenderé de la otra manera. Vencer una impresión desfavorable es mucho más fácil que vivir como un ideal. Oh, ya lo extasiaré de vez en cuando.

OCTAVIUS *(reasumiendo la tranquila fase de la desesperación y empezando a disfrutar, sin darse cuenta, con su corazón destrozado y su delicada actitud).*-Lo ex-

tasiarás siempre. ¡Y él -qué estúpido- cree que lo harías desgraciado!

ANN. - En eso está la dificultad hasta ahora.

OCTAVIUS *(heroicamente).* -¿Quieres que le diga que lo amas?

ANN *(en seguida).* - Oh, no; se volvería a escapar.

OCTAVIUS *(escandalizado).* - Ann: ¿te casarías con un hombre que no quiere casarse?

ANN. - ¡Qué hombre más raro eres, Tavy! No existe el hombre que quiere casarse cuando una lo persigue de veras. *(Se ríe pícaramente.)* Me figuro que te estoy escandalizando. Pero no sé si te das cuenta de que empiezas a encontrar una especie de satisfacción en verte fuera de peligro.

OCTAVIUS *(sobresaltado).* - ¡Satisfacción! *(En tono de reproche.)* ¡Me lo dices a mí!

ANN. - ¿Pedirías más si fuera realmente una agonía?

OCTAVIUS, - He pedido más?

ANN. -Te has ofrecido a decir a Jack que lo amo. Me figuro que eso será autosacrificio, pero debe haber en ello un poco de satisfacción. Tal vez sea así porque eres poeta. Eres como el pájaro que aprieta contra su pecho una espina para forzarse a cantar.

OCTAVIUS. - Es muy sencillo. Te amo y quiero que seas feliz. Tú no me amas, de modo que no puedo hacerte feliz, pero puedo ayudar a otro a que te haga.

ANN. - Sí; parece muy sencillo. Pero dudo que sepamos por qué hacemos las cosas. Lo único sencillo es ir en derechura a lo que uno quiere, y agarrarlo. Creo que no te amo, Tavy, pero a veces siento que me gustaría hacer de ti un hombre. Tienes ideas muy falsas acerca de las mujeres.

OCTAVIUS *(casi fríamente).*-En ese aspecto estoy contento con ser como soy.

ANN. - Entonces debes quedarte lejos de ellas y limitarte a soñar. No me casaría contigo por nada del mundo.

OCTAVIUS. - No tengo esperanzas. Acepto mi mala suerte, pero creo que no llegas a comprender cuánto duele.

ANN. - ¡Tienes un corazón tan blando! Es raro que seas tan distinto de Violet. Violet es más dura que la piedra.

OCTAVIUS. - Oh, no. Estoy seguro de que en el fondo es muy femenina.

ANN *(con cierta impaciencia).* - ¿Por qué dices eso? ¿Es poco femenino el pensar,

y ser práctica y sensata? ¿Quieres que Violet sea una idiota ... o algo peor, como yo?

OCTAVIUS. - ¡O algo peor... como tú! ¿Qué quieres decir?

ANN. -Bueno, no eso, claro está. Pero respeto mucho a Violet. Siempre se sale con la suya.

OCTAVIUS *(suspirando).* -También tú.

ANN. - Sí, pero ella lo consigue sin engatusar... sin tener que hacer que otros se sientan sentimentales.

OCTAVIUS *(con dureza de hermano).* - Aunque es bonita, nadie se podría sentir muy sentimental respecto a ella.

ANN. -Si ella quisiera, sí, ya lo creo.

OCTAVIUS. - Pero estoy seguro de que ninguna mujer verdaderamente decente tocaría esa tecla de los instintos del hombre.

ANN *(levantando las manos).* - ¡Ay, Ricky-ticky-tavy! Que Dios proteja a la mujer que se case contigo.

OCTAVIUS *(cuya pasión se aviva al oír ese nombre).* - ¿Por qué, por qué dices eso? No me atormentes. No comprendo.

ANN. - Supón que diga mentirillas y ponga trampas a los hombres.

OCTAVIUS. -¿Crees que podría casarme con una mujer así... cuando te he conocido y te he amado?

ANN. - ¡Ejem! Bueno; de todos modos, si sabe lo que se hace no te dejará que te cases con ella. Ya está eso resuelto, y ahora no puedo hablar más. Dí que me perdonas y que el tema está agotado.

OCTAVIUS. - No tengo nada que perdonarte. Y si la herida está abierta, al menos nunca verás como sangra.

ANN. - Poético hasta el fin, Tavy. Adiós. *(Le acaricia una mejilla y siente el impulso de darle un beso, y después otro de disgusto que le impide besarlo; finalmente se escapa por el jardín al chalet.)*

Octavius se refugia otra vez en la mesa, apoyando la cabeza en los brazos y sollozando suavemente. La señora Whitefield, que ha estado de compras en los comercios de Granada y trae una red llena de paquetitos, entra por el portillo y ve a Octavius.

LA SEÑORA WHITEFIELD *(corriendo hacia Octavius y levantándole la cabeza).* - ¿Qué te pasa, Tavy? ¿Te sientes mal?

OCTAVIUS. -No; nada, nada.

LA SEÑORA WHITEFIELD *(sosteniéndole todavía la cabeza, con ansiedad).* - Estás llorando. ¿Es por la boda de Violet?

OCTAVIUS. -No. ¿Quién le ha dicho lo de Violet?

LA SEÑORA WHITEFIELD *(devolviendo la cabeza a su dueño).* - Me he encontrado con Roebuck y con ese espantoso irlandés viejo. ¿Estás seguro de que no te sientes mal? ¿Qué pasa?

OCTAVIUS *(afectuosamente).* -Nada. Que a un hombre le han destrozado el corazón, nada más. ¿No parece ridículo?

LA SEÑORA WHITEFIELD. - Pero, ¿de qué se trata? ¿Te ha hecho algo Ann?

OCTAVIUS. - No tiene Ann la culpa. Y no piense usted ni por un momento que se lo reprocho a usted.

LA SEÑORA WHITEFIELD *(sobresaltada).* - ¿Qué me puedes reprochar?

OCTAVIUS *(apretándole una mano para consolarla).* -Nada. Ya le he dicho que no se lo reprocho a usted.

LA SEÑORA WHITEFIELD. - ¡Si no he hecho nada! ¿Qué ocurre?

OCTAVIUS *(sonriendo tristemente).* -¿No lo adivina? Creo que tiene usted razón en preferir a Jack para marido de Ann, pero yo la amo, y me duele. *(Se levanta y se aleja de ella hacia el centro del pradito.)*

LA SEÑORA WHITEFIELD *(siguiéndole de prisa).* -¿Dice Ann que yo quiero que se case con Jack?

OCTAVIUS. - Sí; me lo ha dicho a mí.

LA SEÑORA WHITEFIELD *(pensativamente).*-Entonces lo siento mucho por ti. No es sino su manera de decir que quiere casarse con Jack. Poco le importa lo que yo diga o lo que yo quiera.

OCTAVIUS. -Pero no lo diría si no lo creyera No acusará usted a Ann... de ... engañar.

LA SEÑORA WHITEFIELD.-No importa, Tavy. No sé qué es mejor para un hombre joven: si saber demasiado poco, como tú, o saber demasiado, como Jack.

Vuelve Tanner.

TANNER. -Bueno, ya me he librado del viejo Malone. Lo he presentado a Mendoza Limitada y les he dejado a los dos bandidos para que hablen del negocio. Caramba, Tavy, ¿qué te pasa?

OCTAVIUS. -Ya veo que debo ir a lavarme la cara. *(A la señora Whitefield.)* Dígale lo que quiera. *(A Tanner.)* Puedes creerme que Ann aprueba.

TANNER (perplejo por la actitud de Octavius). - ¿Qué es lo que aprueba?

OCTAVIUS. -Lo que desea su madre. *(Sigue caminando con triste dignidad hacia el chalet.)*

TANNER *(a la señora Whitefield).* -Esto es muy misterioso. ¿Qué es lo que usted desea? Lo que sea, se hará.

LA SEÑORA WTHITEFIELD (*con llorona gratitud).*-Gracias, Jack. *(Se sienta. Tanner trae otra silla de la otra mesa y se sienta muy cerca de la señora Whitefield, con los codos en las rodillas y poniendo en ella toda su atención.)* No sé por qué los hijos de los demás son tan cariñosos conmigo y los míos me guardan tan poca consideración. No me extraña que no dé la impresión de que no puedo cuidar tan bien a Ann y a Rhoda como os cuido a ti, a Tavy y a Violet. Es un mundo muy raro. Antes era muy claro y sencillo, pero ahora nadie parece sentir y pensar como debiera. Todo se ha torcido desde el discurso del profesor Tyndall en Belfast.

TANNER. - Sí, la vida es más complicada de lo que nos solía parecer. Pero ¿qué tengo yo que hacer con usted?

LA SEÑORA WHITEFIELD. -Eso es precisamente lo que quiero decirte. Claro está que te casarás con Ann, me guste o no me guste.

TANNER (sobresaltado). -Me parece que pronto me casaré con Ann, me guste o no me guste a mí.

LA SEÑORA WHITEFIELD *(pacíficamente).* - Oh, es muy probable. Ya sabes cómo es cuando decide algo. Lo único que te pido es que no me eches a mí la culpa. Tavy me acaba de decir que Ann dice que yo le obligo a casarse contigo. El pobre chico está desesperado porque está enamorado de ella, aunque sólo Dios sabe qué es lo que ve en ella de admirable. Yo no lo sé. No sirve decir a Tavy que Ann hace que la gente piense cosas diciendo que las quiero yo cuando a mí ni siquiera se me han pasado por la cabeza. Lo único que consigo es que se vuelva contra mí. Pero tú estás mejor informado, de modo que si te casas con ella, no me eches a mí la culpa.

TANNER *(enfáticamente).*-No tengo la menor intención de casarme con ella.

LA SEÑORA WHITEFIELD *(astutamente).* - Sería mejor mujer para ti que para Tavy. En ti encontraría un contrincante. Me gustaría verla en esa situación.

TANNER.-Ningún hombre es contrincante para una mujer, excepto con una barra

de hierro y un par de botas de clavos. Y no siempre, ni siquiera así. De todos modos, yo no puedo esgrimir una barra de hierro contra ella. Yo sería simplemente un esclavo.

LA SEÑORA WHITEFIELD. - No; te tiene miedo. En todo caso, tú le dirías la verdad acerca de sí misma. No podría escurrirse de tus palabras como se escurre de las mías.

TANNER. - Todo el mundo me llamaría bruto si yo le dijera a Ann la verdad respecto a ella en términos de su propio código moral. Para empezar, dice cosas que no son estrictamente ciertas.

LA SEÑORA WHITEFIELD. - Me alegro de que alguien vea que no es un ángel.

TANNER. -En pocas palabras -para decirlo como lo diría un marido exasperado hasta el punto de decirlo- es una mentirosa. Y como ha hecho que Tavy se enamore perdidamente de ella sin tener ninguna intención de casarse con él, es una coqueta según la definición corriente de que la coqueta es una mujer que despierta pasiones que no tiene intención de satisfacer. Y como le ha reducido a usted a la situación de estar dispuesta a sacrificarme en el altar por la mera satisfacción de hacer que la llame mentirosa a la cara, debo deducir que además es una dominadora. No puede imponerse a los hombres como se impone a las mujeres, por lo que habitual e inescrupulosamente utiliza su fascinación personal para hacer que los hombres le den todo lo que quiere. Eso hace de ella algo para lo cual no encuentro una palabra cortés.

LA SEÑORA WHITEFIELD *(en leve disculpa).*-No puedes esperar la perfección.

TANNER. - No la espero. Lo que me molesta es que Ann la espera. Sé perfectamente que todo eso de que es una mentirosa, una dominadora, una coqueta y todo lo demás es una acusación artificial que se le puede hacer a cualquiera. Todos mentimos, todos nos imponemos todo lo que podernos, todos aspiramos a que nos admiren, sin tener la menor intención de merecerlo, todos sacamos la mayor renta posible a nuestras facultades de fascinadores. Si Ann lo reconociera, no disputaría con ella. Pero no lo reconoce. Si tiene hijos se aprovechará de que digan mentiras para divertirse vapuleándolos. Si otra mujer coquetea conmigo, se negará a conocer a una coqueta. Hará lo que quiere insistiendo en que los demás hagan lo que prescribe el código convencional. En pocas palabras, puedo soportar cualquier cosa menos su maldita hipocresía. Con eso no puedo.

LA SEÑORA WHITEFIELD *(entusiasmada con el alivio de oír tan*

elocuentemente expresada su propia opinión). - Oh, es una hipócrita, una hipócrita, ¿verdad?

TANNER. - Entonces, ¿por qué quiere usted que me case con ella?

LA SEÑORA WHITEFIELD *(quejosamente).* - ¡Eso es, échame a mí la culpa! A mí no se me había ocurrido hasta que Tavy me ha dicho que Ann dice que yo lo quiero así. Pero ya sabes que quiero a Tavy, que es como un hijo, y no quiero verlo pisoteado y desgraciado.

TANNER. -Me figuro que yo no importo.

LA SEÑORA WHITEFIELD. - Oh, tú eres distinto: eres capaz de cuidarte a ti mismo. En ti encontraría Ann la horma de su zapato. Y además tiene que casarse con alguien.

TANNER. - ¡Ajá! Ya habla el instinto vital. Usted la detesta, pero siente que tiene que casarla.

LA SEÑORA WHITEFIELD *(levantándose, sobresaltada).-(*Quieres decir que detesto a mi propia hija? No me creerás tan mala y tan antinatural como para eso, simplemente porque veo sus defectos.

TANNER *(cínicamente).*-Entonces, ¿la quiere usted?

LA SEÑORA WHITEFIELD. - ¡Claro que sí! ¡Qué cosas dices! No podemos menos de querer a personas que llevan nuestra propia sangre.

TANNER. - Bueno, quizá decir eso evita cosas desagradables. Pero, por mi parte, sospecho que las tablas de consanguinidad tienen su base natural en una repugnancia natural. (*Se levanta.)*

LA SEÑORA WHITEFIELD. -No deberías decir esas cosas. Espero que no dirás a Ann que he estado conversando contigo. No quería más que justificarme ante Tavy y ante ti. No podía quedarme calladita mientras me echaban a mí la culpa de todo.

TANNER *(cortésmente).* - ¡Exactamente!

LA SEÑORA WHITEFIELD *(insatisfecha).*-Y ahora no he hecho más que empeorarlo todo. Tavy está enojado conmigo porque no adoro a Ann. Y cuando me ponen en la cabeza que Ann debería casarse contigo, ¿qué puedo yo decir, sino que se lo merecería?

TANNER. - Gracias.

LA SEÑORA WHITEFIELD. - No seas tonto y no retuerzas lo que digo para convertirlo en algo que no quiero decir. Todos deberíais jugar limpio conmigo...

Ann sale del chalet, seguida poco después por Violet, que está vestida cono para guiar el automóvil.

ANN (*acercándose a la derecha de su madre con amenazadora suavidad).* - Mamá: parece que has tenido con Jack una conversación deliciosa. Se os oía de todas partes.

LA SEÑORA WHITEFIELD *(anonadada).* - ¿Has oído?

TANNER.-No importa. Ann... bueno, acabamos de conversar de la costumbre que tiene. No ha oído una palabra.

LA SEÑORA WHITEFIELD *(arrogantemente).* -No me importa si ha oído o no. Tengo derecho a decir lo que quiera.

VIOLET *(llegando al pradito y poniéndose entre la señora Whitefield y Tanner).* - Vengo a despedirme. Voy en viaje de luna de miel.

LA SEÑORA WHITEFIELD *(llorando).* -No digas eso, Violet. ¡Sin boda, ni desayuno, ni vestido, ni nada!

VIOLET *(acariciándola).* -Volveré pronto.

LA SEÑORA WHITEFIELD. -No te dejes llevar a los Estados Unidos. Prométeme que no te dejarás.

VIOLET *(muy resueltamente).* -Ni pensar. No llore; no voy más que al hotel.

LA SEÑORA WHITEFIELD. - Pero el verte vestida así, sin equipaje, hace pensar... *(se le atragantan las palabras, pero pronto prosigue).* ¡Cómo me gustaría que fueras hija mía.

VIOLET *(calmándola).* - Vamos, vamos: lo soy. Ann va a tener celos.

LA SEÑORA WHITEFIELD. - Ann no me quiere nada.

ANN. - ¡Que vergüenza, mamá! No llores más; ya sabes que a Violet no le gusta. *(La señora Whitefield se seca los ojos y se domina.)*

VIOLET. - Adiós, Jack. TANNER. - Adiós, Violet.

VIOLET. - Cuanto antes te cases también tú, mejor. No te comprenderán tan mal.

TANNER *(intranquilo).*-Espero estar casado esta tarde. Parece que lo habéis decidido todos.

VIOLET. - Podrías hacer algo peor. *(A la señora Whitelfield, estrechándola con un brazo. Venga conmigo al hotel; el paseo le sentará bien. Voy a subir a buscar algún abriguito. (La lleva hacia el chalet.)*

LA SEÑORA WHITEFIELD *(cuando van por el jardín).* -No sé lo que voy a

hacer cuando estés fuera, sin nadie más que Ann en casa, siempre ocupada con los hombres. No se puede esperar que a tu marido le interesará ocuparse de una vieja como yo. Oh, no necesitas decirme nada... la cortesía está muy bien... pero yo sé lo que la gente piensa... *(Hablando, hablando, desaparece y no se le oye más.)*

Ann, sola con Tanner, le observa y espera. Tanner hace un indeciso movimiento hacia el portillo, pero cierto magnetismo lo atrae hacia Ann, y vuelve destrozado.

ANN. - Violet tiene razón. Deberías casarte.

TANNER *(explosivamente).* - Ann; no me casaré contigo. ¿Lo oyes? ¡No, no, no! ¡No me casaré contigo!

ANN *(plácidamente).*-Nadie se lo ha pedido, señor mío, señor mío, señor mío. De modo que ya está resuelto.

TANNER. -Es verdad; nadie me lo ha pedido, pero todo el mundo considera que la cosa está resuelta. Está en el aire. Cuando nos encontramos, los demás se alejan con cualquier absurdo pretexto para dejarnos solos. Ramsden no me gruñe más; le brillan los ojos como si ya te estuviera llevando del brazo en la boda. Tavy me hace una referencia a tu madre y me da su bendición. Straker te trata abiertamente como a su futura patrona; fue el primero que me lo dijo.

ANN. - ¿Por eso te escapaste?

TANNER. -Sí; para que me detuviera un bandido locamente enamorado y me alcanzarais como un chico que ha hecho la rabona.

ANN. -Bueno, si no quieres casarte, no tienes por qué *(se aleja de él y se sienta muy tranquila).*

TANNER *(siguiéndola).* - ¿Quiere algún hombre que lo ahorquen? No, pero los hombres se dejan ahorcar sin luchar por vivir aunque al menos podrían amoratarle un ojo al cura. Todos cumplimos la voluntad del inundo, no la nuestra. Tengo el espantoso presentimiento de que me dejaré casar porque el mundo quiere que tú tengas marido.

ANN. -Me figuro que algún día lo tendré.

TANNER. - Pero, ¿por qué he de ser yo, habiendo tantos? El matrimonio es para mí una apostasía, la profanación del santuario de mi alma, la violación de mi virilidad, la venta de mi inalienable personalidad, una vergonzosa rendición, una capitulación ignominiosa, la aceptación de la derrota. Decaeré como una cosa que ha servido a su propósito y que ya no sirve; de ser un hombre con un porvenir pasaré a ser un hombre

con un pasado; en los pegajosos ojos de los demás maridos veré el alivio que sienten a la llegada de un nuevo preso que compartirá su ignominia. Los jóvenes se burlarán de mí como de alguien que se ha vendido; para las mujeres, yo, que he sido siempre un enigma y una posibilidad, seré simplemente algo propiedad de otra, y además algo deteriorado, cuando más un hombre de segunda mano.

ANN. - Bueno, tu mujer podrá ponerse un gorro para afearse y tener un aspecto parecido al tuyo, como mi abuela.

TANNER. - Sí, para hacer que su triunfo sea más insolente arrojando públicamente el cebo en el momento en que la víctima cae en la trampa.

ANN. - Al fin y al cabo, ¿qué importaría? La belleza está muy bien para un primer ver, pero ¿quién la contempla a los tres días de tenerla en casa? Nuestros cuadros me parecieron deliciosos cuando los compró papá, pero hace muchos años que ni los he mirado. Tú nunca te molestas en ver si estoy bonita o no; estás demasiado acostumbrado a mí. Podría ser el paragüero.

TANNER. - Mientes, vampiro, mientes.

ANN. - Adulador. ¿Por qué intentas fascinarme si no quieres casarte conmigo?

TANNER. -¡La Fuerza Vital! Soy presa de la Fuerza Vital.

ANN. - No entiendo absolutamente nada. Me suena a Fuerza Policial.

TANNER. - ¿Por qué no te casas con Tavy? Lo está deseando. ¿No estás contenta a menos que tu presa forcejee?

ANN *(volviéndose hacia él como para comunicarle un secreto).* - Tavy no se casará nunca. ¿No has observado que los hombres de esa clase no se casan?

TANNER. - ¡Cómo! ¡Un hombre que idealiza a las mujeres, que en la naturaleza no ve más que un romántico escenario para dúos de amor! Tavy, el caballeroso, el leal, blando de corazón y fiel. ¡Que Tavy no se casará nunca! ¡Si nació para que le arrastrara el primer par de ojos azules con los cuales cruzara en la calle!

ANN. -Sí, ya lo sé. Así y todo, los hombres como él viven siempre en cómodas casas de solteros con el corazón destrozado, sus patronas los admiran, y no se casan. Los hombres como tú se casan siempre.

TANNER *(pasándose una mano por la frente).*¡Qué verdad más espantosa, más horrible! Toda la vida me ha estado saltando a la cara y no la he visto.

ANN. - Lo mismo pasa con las mujeres. El temperamento poético es muy agradable, muy simpático y muy inofensivo, pero es temperamento de solterona.

TANNER. -Estéril. La Fuerza Vital pasa de largo.

ANN. - Si es eso lo que quieres decir con Fuerza Vital, sí.

TANNER. -¿No te interesa Tavy?

ANN *(mirando alrededor cuidadosamente para cerciorarse de que Tavy no les oye).* -No.

TANNER. - ¿Y te intereso yo?

ANN *(levantándose en silencio T amenazándole con un dedo).* - Jack: a ver si te portas bien.

TANNER. - ¡Infame, depravada! ¡Diablo!

ANN. - ¡Serpiente boa! ¡Elefante!

TANNER. - ¡Hipócrita!

ANN *(suavemente).* - Debo serlo, por mi futuro marido.

TANNER. - ¡Por mí! *(Corrigiéndose furiosamente).* Quiero decir por él.

ANN *(ignorando la corrección).* - Sí, por ti. Más te vale casarte con una mujer a quien llamas hipócrita. Las mujeres que no son hipócritas visten trajes irracionales, oyen insultos y viven como sobre ascuas. Después arrastran a ellas a sus maridos y viven en un perpetuo miedo de nuevas complicaciones. ¿No preferirías una mujer en quien pudieras confiar?

TANNER. -No, mil veces no; las ascuas son el elemento natural para el revolucionario. A los hombres se los purifica como a las cantimploras de leche: con calor.

ANN. -También el frío tiene sus usos. Es sano.

TANNER *(desesperado).* -Eres ingeniosa. En el momento supremo, la Fuerza Vital te dota con todas las cualidades. Bueno, también yo puedo ser hipócrita. Tu padre me nombró tutor tuyo, no aspirante a tu mano. Seré fiel al nombramiento.

ANN *(en voz baja de sirena).* -Antes de hacer el

testamento me preguntó quién quería yo de tutor. Y te elegí a ti.

TANNER. - Entonces el testamento es tuyo. La trampa la pusiste desde el principio.

ANN *(concentrando toda su magia).* - Desde el principio... desde la niñez nos la puso la Fuerza Vital.

TANNER. - No me casaré contigo. No me casaré contigo.

ANN. - Te casarás. Te casarás.

TANNER. -Te digo que no, que no y que no.

ANN. -Te digo que sí, que sí y que sí.

TANNER. -No.

ANN (engatusando... implorando... casi extenuada). -Sí. Antes de que sea demasiado tarde para arrepentirte. Sí.

TANNER *(Impresionado por un eco del pasado.)* - ¿Cuándo me ocurrió todo esto antes? ¿Estamos soñando?

ANN *(acobardándose súbitamente, con una angustia que no oculta*). -No. Estamos despiertos y has dicho que no; eso es todo.

TANNER *(brutalmente).* - ¿Y qué?

ANN. -Nada; que me había equivocado. No me quieres.

TANNER (*estrechándola en brazos).* - Falso. Te amo. La Fuerza Vital me encanta. Cuando te agarro tengo todo el mundo en mis brazos. Pero estoy luchando por mi libertad, por mi honor, por mi yo, uno e indivisible.

ANN. -Tu felicidad valdrá tanto como todo eso.

TANNER. - ¿Venderías tu libertad, tu honor y tu yo por ser feliz?

ANN. - No todo será felicidad para mí. Quizá encuentre la muerte.

TANNER *(gimiendo).* - ¡Oh, cómo agarra y duele

este apretón! ¿Qué has agarrado en mí? ¿Hay un corazón de padre como hay un corazón de madre?

ANN. -Cuidado, Jack: si viene alguien mientras estamos así, tendrás que casarte conmigo.

TANNER. -Si estuviéramos ahora al borde de un precipicio, te agarraría con fuerza y me tiraría.

ANN (*jadeando, cada vez más vencida por la tensión).* -Suéltame, Jack. ¡Me he atrevido tanto... está durando más de lo que creía! Suéltame; no puedo más.

TANNER. - Tampoco yo. Que nos mate esto.

ANN. -Sí. No me importa. Me faltan fuerzas. No me importa. Creo que me voy a desmayar.

En este momento vuelven del chalet Violes y Octavius con la señora Whitefield, que se ha puerto un tapado para el automóvil. Simultáneamente entran por el portillo Malone y Ramsden,, seguidos de Mendoza y Straker. Tanner, avergonzado, suelta a Ann, que aturdida se lleva una mano a la frente.

Librodot

MALONE. - Cuidado. A la señorita le pasa algo.

RAMSDEN. - ¿Qué significa esto?

VIOLET *(corriendo a ponerse entre Ann y Tanner).* -je sientes mal?

ANN (tambaleándose, en un supremo esfuerzo).-He prometido casarme con Jack. *(Se desmaya. Violet se arrodilla y le calienta una mano. Tanner corre alrededor de Ann para agarrarle de la otra y procura levantarle la cabeza. Octavius va a ayudar a Violet, pero no sabe qué hacer. La señora Whitefield vuelve corriendo al chalet. Octavius, Malone y Ramsden corren adonde está Ann y la rodean agachándose para ayudar. Straker va fríamente a los pies de Aun y Mendoza a la cabeza, ambos erguidos y con pleno dominio de sí mismos.)*

STRAKER. - Señoras y caballeros: la señorita no quiere una multitud a su alrededor. Quiere aire... todo el aire que pueda conseguir. Hagan el favor, señores... *(Malone y Ramsden se dejan llevar suavemente por el pradito hacia el jardín. donde se les une Octavius, que se ha dado cuenta de que allí no sirve para nada. Straker, que los sigue, se detiene un momento para decir a Tanner.)* No le levante la cabeza; déjesela horizontal para que le pueda volver la sangre.

MENDOZA.- Tiene razón. Confíe en el aire de la Sierra. *(Se retira delicadamente a la escalera del jardín.)*

TANNER *(levantándose).* - Me inclino ante sus conocimientos de fisiología, Henry. *(Se retira al rincón del pradito, e inmediatas: ente se le acerca Octavius corriendo.)*

OCTAVIUS *(aparte a Tanner, agarrándole de una mano).* -Que seas muy feliz.

TANNER *(aparte a Tavy).* -Yo no se lo he pedido. Es un cepo. *(Va pradito arriba hacia el jardín. Octavius se queda petrificado.)*

MENDOZA *(Interceptando el paso a la señora Whitefield, que viene del chalet con una copa de coñac.).*- ¿Qué es esto, señora? *(Le quita la copa.)*

LA SEÑORA WHITEFIELD. - Un poco de coñac.

MENDOZA. - Lo peor que puede usted darle. Permítame. *(Se bebe la copa.)* Confíe en el aire de la Sierra, señora.

Durante un momento todos los hombres olvidan a Ann y miran fijamente a Mendoza.

ANN *(al oído a Violet, agarrándola del cuello).* - Violet: -ha dicho algo Jack cuando me he desmayado?

VIOLET. - No.

ANN. - ¡Ah! *(Exhala un suspiro de profundo alivio y se vuelve a desmayar.)*

LA SEÑORA WHITEFIELD. -Se desmayó otra vez.

Todos están a punto de precipitarse otra vez en socorro de Ann, pero Mendoza los contiene con un gesto de advertencia.

ANN *(en posición supina).*-No, no me he desmayado. Soy muy feliz.

TANNER *(caminando de pronto muy resueltamente hasta donde está Ann y arrancando su mano de la de Violet para tomarle el pulso).* -El pulso está positivamente dando saltos. Vamos, arriba. ¡Qué tontería es ésta! Arriba. *(La levanta sin contemplaciones.)*

ANN. - Sí; ya me siento bastante fuerte. Pero a poco me matas, Jack.

MALONE. - Es un galán un poco brusco, ¿eh? Son los mejores. Felicito al señor Tanner y espero verlos a menudo en la abadía.

ANN. - Gracias. *(Va a donde está Octavius).* - Ricky-ticky-tavy: felicítame. (Aparte.) Quiero hacerte llorar por última vez.

OCTAVIUS (*con firmeza).*- Se acabaron las lágrimas. Soy feliz viéndote feliz. Creo en ti a pesar de todo.

RAMSDEN *(poniéndose entre Malone y Tanner).* - Es usted feliz, Jack Tanner. Lo envidio.

MENDOZA *(poniéndose entre Violet y Tanner).* - Señor: en la vida hay dos tragedias. Una es no conseguir lo que quiere uno de todo corazón. La otra, conseguirlo. La mía y la de usted.

TANNER. -Señor Mendoza: yo no deseo nada de todo corazón. Ramsden: a usted le es muy fácil decir que soy un hombre feliz; no es usted más que un espectador. Yo soy uno de los actores y lo sé mejor. Ann: deja de tentar a Tavy y ven aquí.

ANN *(sometiéndose*). - Eres absurdo, Jack. *(Se agarra del brazo que le ofrece Jack.)*

TANNER *(prosiguiendo).* - Digo solemnemente que no soy feliz. Ann tiene cara de serlo, pero no es más que triunfadora, victoriosa. Eso no es felicidad, sino el precio en que los fuertes venden la suya. Lo que hemos hecho los dos esta tarde es renunciar a la felicidad, a la libertad, a la tranquilidad y, sobre todo, a las románticas posibilidades de un futuro desconocido, por las preocupaciones del hogar y de la familia. Ruego que nadie se aproveche de la ocasión para emborracharse y decir

Librodot

imbecilidades y chistes procaces a mi costa. Nos proponemos amueblar nuestra casa a nuestro gusto, y desde ahora hago saber que los siete u ocho relojes de viaje, los cuatro o cinco necessaires, los trinchantes, los cubiertos para pescado, la reproducción de El Angel de la casa de Patmore en marco de piel, y los demás objetos que os disponéis a amontonar sobre nosotros, se venderán inmediatamente y el importe de la venta se destinará a la gratuita circulación del Manual del revolucionario. La boda se celebrará a los tres días de nuestra llegada a Inglaterra, en el registro civil del distrito y en presencia de mi abogado y su empleado, quienes, como sus clientes, vestirán de calle...

VIOLET *(con intensa convicción).* - ¡Eres un bárbaro, Jack!

ANN *(mirando a Tanner con cariñoso orgullo y acariciándole el brazo).* - No hagas caso, Jack. Sigue hablando.

TANNER. - ¡Hablando!

Carcajada general.

FIN DE LA OBRA

MANUAL Y COMPAÑERO DE BOLSILLO DEL REVOLUCIONARIO

por

JOHN TANNER, M. C. R. O.

(Miembro de la clase rica y ociosa)

PREFACIO AL MANUAL DEL REVOLUCIONARIO

"Nadie puede contemplar la actual situación de las masas del pueblo sin desear algo como una revolución para que mejore." Sin Robert Giffen, Ensayos sobre finanzas, vol. I, p. 393.

Palabras preliminares

Un revolucionario es uno que quiere abolir el orden social existente y ensayar otro.

La constitución inglesa es revolucionaria. Para un burócrata ruso o anglo-indio, tan revolucionaria es una elección general como un referéndum o un plebiscito en que el pueblo pelea en vez de votar. La revolución francesa derrocó a un grupo de gobernantes y lo sustituyó con otro que tenía distintos intereses y distintas opiniones. Eso es lo que la elección general permite hacer al pueblo inglés cada siete años si quiere. Por lo tanto, la revolución es en Inglaterra una institución nacional, y el que un inglés abogue por ella no necesita disculpa.

Todo hombre es revolucionario respecto a aquello que comprende. Por ejemplo, toda persona que ha dominado una profesión es escéptico respecto a ella y, en consecuencia, revolucionario.

Toda persona auténticamente religiosa es un hereje y, por lo tanto, un revolucionario.

Todos los que consiguen distinguirse de veras en la vida empiezan como revolucionarios. Las personas más distinguidas se vuelven más revolucionarias a medida que envejecen, aunque se suponga generalmente que se vuelven más conservadores porque pierden la fe en los métodos convencionales de reforma.

Toda persona menor de treinta años que teniendo algún conocimiento del orden social existente no es revolucionaria, es un ser inferior.

Y sin embargo

Las revoluciones no han aliviado nunca la carga de la tiranía; no han hecho más que pasarla de unos hombros a otros.

JOHN TANNER.

MANUAL DEL REVOLUCIONARIO

I

De la buena crianza

Si no hubiera Dios, dijo el deísta del siglo XVIII, sería necesario inventarlo. Ahora bien, el dios del siglo XVIII era un deux ex machina, el dios que ayudaba a quienes no podían ayudarse, el dios de los perezosos e ineptos. El siglo XIX decidió que no hay tal dios; y ahora el Hombre debe ocuparse de hacer el trabajo que antes solía eludir con una perezosa oración. Debe, en efecto, convertirse en la providencia política a la cual concebía anteriormente como dios; y esa transformación no es sólo posible, sino la única transformación verdadera. La mera transfiguración de instituciones, como el pasar de la dominación militar y sacerdotal a la comercial y científica, de la dominación comercial a la democracia proletaria, de la esclavitud a la servidumbre, de la servidumbre al capitalismo, de la monarquía a la república, del politeísmo al monoteísmo, del monoteísmo al ateísmo, del ateísmo al humanitarianismo panteísta, del analfabetismo general a la ilustración general, del romanticismo al realismo, del realismo al misticismo, de la metafísica a la física, no son más que cambios de Tweedledum a Tweedledee: plus fa change, plus c'est la même chose. Pero el cambio de una manzana silvestre a una reineta, del lobo y el zorro al perro casero, del cabailo de Enrique V al percherón del cervecero y al caballo de carrera son verdaderos, porque ahí el hombre ha hecho de dios sometiendo a la naturaleza a su intención y ennobleciendo o degradando la vida para un propósito concreto. Y lo que se puede hacer con un lobo se puede hacer con un hombre. Si esos monstruos que son el vagabundo y el caballero pueden aparecer como meros subproductos de la codicia y locura individual del hombre, ¿qué no podemos esperar como principal productos de su aspiración universal?

No es esta una nueva conclusión. La desesperación por las instituciones y el

inexorable "tendrá que nacer de nuevo", con el añadido de la Sra. Poyser, "y nacer distinto"; vuelven en cada nueva generación. El clamor por el Superhombre no empezó con Nietzsche ni acabará con su boga. Pero siempre le ha impuesto silencio la misma pregunta: ¿Qué clase de persona va a ser ese Superhombre? No se pide una supermanzana, sino una manzana comestible, ni un supercaballo, sino un caballo más fuerte o que corra más. Tampoco vale para nada el pedir un superhombre: hay que dar detalles de la clase de hombre que se pide. Desgraciadamente, no se sabe qué clase de hombre se quiere. Algo así como un filósofo-atleta bien parecido, con una mujer hermosa y sana como pareja, tal vez.

Vago como es eso, es un gran adelanto sobre la demanda popular de un perfecto caballero y una perfecta dama, y, al fin y al cabo, ninguna demanda mercantil toma en el mundo la forma de una exacta descripción técnica del artículo requerido. Excelentes aves y papas se producen para satisfacer la demanda de amas de casa que ignoran las diferencias técnicas que existen entre un tubérculo y una gallina. Ellas dirán que el pudding se prueba comiéndolo, y tienen razón. La prueba del superhombre estará en cómo vivirá, y la manera de producirlo la averiguaremos por el viejo método del ensayo y del error, y no esperando una receta, absolutamente convincente, de sus ingredientes.

Habrá que descartar desde el principio algunos errores usuales y obvios. Tendremos que convenir, por ejemplo, en que deseamos una mente superior, pero no necesitamos caer en la locura futbolística de contar con ella como producto de un cuerpo superior. Sin embargo, si nos resistimos hasta el punto de llegar a la conclusión de que la mente superior consiste en engañarse con nuestra clasificación ética de los vicios y las virtudes, es decir, con nuestra moral convencional, caeremos de la sartén futbolística al fuego de la escuela dominical. Si hemos de elegir entre una raza de atletas y una raza de hombres "buenos", quedémonos con los atletas: mejor Sansón y Milón, que Calvino y Robespierre. Pero ninguna de esas alternativas vale la pena de transformarse: Sansón no es más superhombre que Calvino. ¿Qué vamos, pues, a hacer?

Librodot

II

La propiedad y el matrimonio

Salvemos a toda prisa los obstáculos que nos ponen la propiedad y el matrimonio. Los revolucionarios les dan demasiada importancia. Sin duda es fácil demostrar que la propiedad destruirá la sociedad a menos que la sociedad destruya la propiedad. Sin duda, también, la propiedad se ha sostenido firmemente y ha destruido todos los imperios. Pero eso ha ocurrido porque la superficial objeción que se le opone (la de que distribuye de una manera grotescamente inequitativa la riqueza social y la carga del trabajo social) no amenazaba a la existencia de la raza sino a la felicidad individual de sus unidades y, finalmente, al mantenimiento de alguna desatinada forma política llamada nación, imperio o cosa parecida. Ahora bien, como a la Naturaleza le tiene sin cuidado la felicidad, pues no reconoce banderas ni fronteras y le importa un comino que el sistema adoptado por una sociedad sea feudal, capitalista o colectivista, con tal que mantenga en pie a la raza (la colmena y el hormiguero le parecen tan aceptables como la Utopía), las demostraciones de los socialistas, por muy irrefutables que sean, no producirán jamás un efecto serio en la propiedad. La campana de esa institución a la cual se le da demasiada importancia no sonará a difunto hasta que entre en conflicto con alguna cuestión más vital que las simples desigualdades personales en la economía industrial. Ningún conflicto de esa clase se percibió mientras la sociedad no había traspuesto la etapa de comunidades nacionales demasiado pequeñas y sencillas para sobrecargar desastrosamente la limitada capacidad política del hombre. Pero hemos llegado ya a la etapa de la organización internacional. A la capacidad política y a la magnanimidad del hombre los vencen ahora la vastedad y complejidad de los problemas que se le presentan. Y en ese angustioso momento es cuando ve, al mirar arriba en busca de una ayuda poderosa, que el cielo está vacío. Pronto verá que la fórmula de que había prescindido, de que el hombre es el templo del Espíritu Santo, es precisamente la única cierta, y que sólo por medio de su propia mente y de su propia mano le puede ayudar de alguna manera ese Espíritu Santo que en su forma es la persona más nebulosa de la Trinidad, pero que ha acabado por ser la única sobreviviente, como ha sido siempre su verdadera Unidad.

Librodot

Así, pues, si el superhombre ha de venir, ha de nacer de mujer, engendrado por un propósito intencionado y bien meditado del hombre. La convicción de esa voluntad destruirá todo lo que se le oponga. Hasta de la Propiedad y el Matrimonio, que se ríen de que el jornalero se queje de que le roban la plus valía y de las domésticas miserias de los esclavos del anillo matrimonial, se prescindirá entre risas, como de leves bagatelas, si se atraviesan a ese concepto cuando llegue a ser un propósito vital de la raza plenamente comprendido.

Que se deben atravesar se comprende claramente desde el momento que reconocemos lo fútil de criar hombres de cualidades especiales como criamos gallos de pelea, perros de carrera o corderos de matanza. Lo verdaderamente importante en el hombre es la parte de él que todavía no comprendemos. De mucho de él no tenemos ni siquiera conciencia, de la misma manera que normalmente no tenemos conciencia de mantener la circulación de la sangre mediante la bomba del corazón, aunque si lo descuidamos morimos. Nos vemos, pues, obligados a llegar a la conclusión de que cuando hayamos llevado la selección tan lejos como podamos, rechazando de la lista de padres elegibles todas las personas que carezcan de interés, o poco prometedoras, o que tengan alguna mancha no compensada, todavía tendremos que confiar en que nos guíe el capricho (alias Voz de la Naturaleza) tanto en los criadores como en los padres, en busca de esa superioridad del yo inconsciente que será la verdadera característica del superhombre.

En este punto percibimos la importancia de brindar al capricho el campo más amplio posible. Dividir la humanidad en grupitos, y limitar efectivamente la selección del individuo a su propio grupito, es posponer por eones, si no para siempre, el superhombre. No sólo toda persona debería nutrirse y adiestrarse en calidad de padre posible, sino que no debería haber ni siquiera la posibilidad de que la selección natural encontrara obstáculos como las objeciones que una condesa pueda poner a un jornalero o un duque a una fregona. La igualdad es esencial para criar bien, y, como saben todos los economistas, es también incompatible con la propiedad.

Además, la igualdad es también una condición esencial para criar mal, y el criar mal es indispensable para escardar en la raza humana. Cuando el concepto de la herencia se apoderó de la imaginación científica a mediados del siglo pasado, sus devotos anunciaron que era un crimen casar a un loco con una loca o a un tísico con una tísica. Pero, ¿es que vamos a corregir nuestros stocks enfermos infectando con

Librodot

ellos a nuestros stock sanos? Evidentemente, la atracción que la enfermedad tiene para los enfermos es beneficiosa para la raza. Si dos personas enfermas se casan, quieran o no quieran muchos de sus hijos se morirán antes de llegar a la madurez, lo que constituye un arreglo mucho más satisfactorio que la tragedia de la unión de una persona sana con una persona enferma. Aunque más costoso que la esterilización de los enfermos, tiene la enorme ventaja de que en caso de que nuestras nociones de la salud o de la enfermedad sean erróneas (y en cierto grado lo son indudablemente) el error se corregirá mediante la experiencia en vez de corregirlo eludiéndolo.

Una cosa se debe afrontar resueltamente a pesar de los alaridos de los románticos. No hay prueba de que los mejores ciudadanos sean retoños de matrimonios de personas que armonicen, ni de que el conflicto de temperamentos no sea una parte importante de lo que los criadores llaman cruza. Al contrario, pues la probabilidad, bastante considerable, de que se puedan obtener buenos resultados con padres que serían extremadamente inadecuados para ser compañeros en la vida, hará que tarde o temprano se ensaye el experimento de emparejarlos deliberadamente casi tan a menudo como se ensaya ahora accidentalmente. Pero el emparejarlos no debe traer consigo el casarlos. Al conjugarse, dos personas complementarias pueden suplirse mutuamente las propias deficiencias: en la sociedad doméstica no hacen más que sentirlas y sufrir por ellas. Así, el hijo de un caballero rural inglés robusto, jovial y eupéptico, con los gustos y horizonte intelectual de su clase, y de una judía inteligente, imaginativa, intelectual y altamente civilizada podría ser muy superior a los dos padres- pero no es probable que el caballero rural le parezca a la judía un compañero interesante, ni que sus costumbres, sus amigos, su posición y su modo de vivir le resulten agradables. Por lo tanto, mientras el matrimonio sea una condición indispensable para el emparejamiento, retrasará el advenimiento del superhombre tan eficazmente como la propiedad; y con la misma eficacia se modificará como resultado del impulso hacia el superhombre.

La abrogación práctica de la propiedad y del matrimonio, tal como existen actualmente, ocurrirá sin que se note mucho. Para la gran masa de hombres la inteligente abolición de la propiedad no significará sino un aumento en la cantidad de comestibles, ropas, hogares y comodidades a su disposición, así corno que se les fiscalizarán más el tiempo y las circunstancias. Muy pocas personas hacen ahora distinción entre la propiedad virtualmente plena y la que se tiene en condiciones

públicas tan desarrolladas como para que sus rentas queden en pie de igualdad con los ingresos de sacerdotes, militares o funcionarios que carecen de bienes. Un propietario puede todavía expulsar de sus tierras a hombres y mujeres y sustituirlos con ovejas o con ciervos, y, en el comercio no reglamentado, el comerciante puede todavía esquilmar al comercio reglamentado y sacrificar la vida y la salud del país como hicieron los manufactureros de algodón de Manchester a principios del siglo pasado. Pero aunque, en vida de personas que todavía viven, el Código Industrial, por una parte, y las organizaciones sindicales, por otra, han convertido la antigua e ilimitada propiedad del manufacturero de algodón sobre su fábrica o del hilador sobre su trabajo, en un simple permiso de traficar o de trabajar en severas condiciones públicas o colectivas, impuestas en interés del bienestar general y sin consideración alguna a complicados casos individuales, la gente de Lancashire habla todavía de su "propiedad" en el antiguo sentido, sin darle más significado que al de las cosas por robar las cuales se le condena a un ladrón. Muchos más que el 99 por ciento de los habitantes del país no notarían la total abolición de la propiedad y la conversión de todo ciudadano en un asalariado funcionario público, más de lo que notan ahora el cambio que ocurre cuando el hijo de un naviero ingresa en la marina de guerra. Todavía seguirían llamando "propiedad" a sus relojes, sus paraguas y sus jardinillos.

También el matrimonio persistirá como nombre adherido a una costumbre general, mucho después de que la costumbre haya sufrido alteración. El moderno matrimonio inglés, por ejemplo, tal como lo han modificado el divorcio y las Leyes de Bienes de las Mujeres Casadas, difiere del matrimonio de principios del siglo XIX mucho más que el matrimonio de Byron del de Shakespear. En este momento el matrimonio en Inglaterra difiere no sólo del matrimonio en Francia, sino también del matrimonio en Escocia. Al matrimonio tal como lo modificaron las leyes de divorcio en South Dakota se le llamaría mera promiscuidad en Clapham. Sin embargo, los norteamericanos, lejos de tener una opinión libertina y cínica del matrimonio, tributan a sus ideales un homenaje que parecería anticuado en Clapham. Ni en Inglaterra ni en los Estados Unidos se toleraría un momento la proposición de abolir el matrimonio; sin embargo, nada más cierto que la progresiva modificación del contrato matrimonial continuará en ambos países hasta que no sea más oneroso ni irrevocable que cualquier contrato comercial de sociedad. Si se prescindiera hasta de esto, las personas casadas seguirían llamándose maridos y esposas, describirían su compañerismo como matri-

Librodot

monio, y la mayoría no se darían cuenta de que estaban menos casadas que Enrique VIII. Porque aunque un vistazo a las condiciones legales del matrimonio en distintos países cristianos indica que el matrimonio varía legalmente de frontera a frontera, la domesticidad varía tan poco que la mayoría de la gente cree que sus propias leyes matrimoniales son universales. En consecuencia, una vez más, como en el caso de la propiedad, la absoluta confianza del público en la estabilidad del nombre de la institución hace que sea más fácil alterar su sustancia.

Sin embargo, no se puede negar que uno de los cambios que la necesidad del superhombre requiere en la opinión pública es muy inesperado. Es nada menos que la disolución de la asociación, actualmente necesaria, del matrimonio con la cópula, que la mayoría de las personas no casadas entienden que es el verdadero diagnóstico del matrimonio. Yerran, claro está; se acercaría más a la verdad el decir que la cópula es la condición puramente accidental e incidental del matrimonio. La cópula no es esencial más que para la propagación de la especie, y en el momento en que se satisface esa fundamental necesidad de un modo distinto que el del matrimonio, la cópula deja de ser, desde el creador punto de vista de la Naturaleza, esencial en el matrimonio. Pero el matrimonio no deja por eso de ser tan económico, conveniente y cómodo como para que el superhombre pueda sobornar seguramente a los matrimonomaníacos ofreciéndoles reimplantar la antigua e inhumana severidad e irrevocabilidad del matrimonio, abolir el divorcio, y confirmar el horrible lazo que todavía encadena a personas decentes con borrachos, criminales e inútiles, con tal que se le conceda la completa independencia de la cópula. Porque aunque la gente no pudiera formar compañías domésticas en condiciones más leves que ésas, seguiría casándose. El católico, a quien su religión le impide utilizar las leyes de divorcio, se casa tan fácilmente como el. presbiteriano de South Dakota que puede cambiar de pareja con una facilidad que escandaliza al viejo mundo; y si la Iglesia Católica diera un paso más hacia el cristianismo e impusiera el celibato a los legos así como a los clérigos, todavía seguirían contrayendo matrimonio, por amor a la vida doméstica, hijos e hijas de la Iglesia perfectamente obedientes. No se necesita aventurar más hipótesis: se han planteado aquí para ayudar al lector a analizar el matrimonio teniendo en cuenta sus dos funciones de regular la cópula y de proporcionar una forma de vida doméstica. Estas dos funciones se pueden separar perfectamente, porque la única esencial para la existencia del matrimonio es la vida doméstica, pues

Librodot

la cópula sin vida doméstica no es matrimonio, mientras que la vida doméstica sin cópula sigue siéndolo: en realidad esa es, necesariamente, la verdadera condición de todos los matrimonios fértiles durante gran parte de su duración, y de algunos durante toda ella.

Teniendo pues en cuenta que la propiedad y el matrimonio, que al destruir la igualdad dificultan la selección con desatinadas condiciones, son hostiles a la evolución del superhombre, se comprende fácilmente por qué el único experimento moderno que se conoce en la crianza de la especie humana se efectuó en una comunidad que descartó ambas instituciones.

III

El experimento perfeccionista de Oneida Creek

En 1848 se fundó en los Estados Unidos la Comunidad Oneida, para llevar a efecto una resolución a que llegó un puñado de comunistas perfeccionistas "de que nos consagraremos exclusivamente a establecer el Reino de Dios". Aunque la nación norteamericana declaró que esa clase de cosas no se pueden tolerar en un país cristiano, la Comunidad Oneida se sostuvo durante más de treinta años, período en que parece haber producido niños más sanos y sufrido menos males que cualquier Compañía Anónima de que se tiene noticia. Era, sin embargo, una comunidad muy seleccionada, pues un auténtico comunista (al cual se le puede definir en términos generales como persona profundamente orgullosa que se propone enriquecer el fondo común en vez de esquilmarlo) es superior a un capitalista corriente de compañía anónima, precisamente como un capitalista corriente de compañía anónima es superior a un pirata. A los perfeccionistas los pastoreaba, además, su jefe Noyes, una de esas casuales tentativas de superhombre que ocurren de vez en cuando a pesar de la ingerencia de las torpes instituciones humanas. La existencia de Noyes les simplificó a los comunistas el problema de qué criar, pues la cuestión de qué clase de hombre debían aspirar a criar la zanjó instantáneamente el obvio deseo de criar otro Noyes.

Pero un experimento efectuado por un puñado de personas que después de treinta años de inmunidad de la inintencionada matanza de niños que realizan padres

ignorantes en sus hogares no pasaban de 200, muy poco podían hacer aparte de probar que los comunistas guiados por un superhombre y "consagrados exclusivamente a establecer el reino de Dios", y a quienes la propiedad y el matrimonio les importaban tan poco como la casta hindú o suttee a un ministro de Camberwell, podían resolver sus vidas mucho mejor que la gente corriente bajo el tormento de esas dos instituciones. Sin embargo, su propio superhombre reconoció que ese éxito aparente no era más que parte del anormal fenómeno de que él mismo existiera, porque, cuando sus facultades decayeron con los años, él mismo guió y organizó la voluntaria recaída de los comisionistas en el matrimonio, el capitalismo y la habitual vida privada, reconociendo así que la verdadera solución social no estaba en lo que un superhombre accidental pudiera convencer a un selecto puñado que hicieran para él, sino en lo que toda una comunidad de superhombres haría espontáneamente. Si Noyes hubiera tenido que organizar, no a unas cuantas docenas de perfeccionistas, sino a todos los Estados Unidos, Norteamérica le hubiera derrotado tan decisivamente como Inglaterra derrotó a Oliver Cromwell, Francia a Napoleón o Roma a julio César. Cromwell aprendió, en la amarga experiencia, que el mismo Dios no puede elevar a un pueblo por encima de su propio nivel, y que aunque se agite a una nación para que sacrifique todos sus apetitos a su conciencia, el resultado seguirá dependiendo totalmente de la clase de conciencia que la nación tiene. Napoleón terminó, al parecer, considerando a la humanidad como a una fatigosa jauría de podencos que no vale la pena de tener más que por el deporte de cazar con ellos. A la capacidad de César para guerrear sin odio ni resentimiento le venció la resolución de sus soldados de matar a sus enemigos en el campo de batalla en vez de hacerlos prisioneros para que el César les perdonara la vida; y su supremacía civil la compró el tremendo soborno por parte de los ciudadanos de Roma. Lo que los grandes gobernantes no pueden hacer, no pueden hacerlo los códigos ni las religiones. El hombre lee su propio carácter en toda ordenanza: si se le dicta un mandamiento de superhombre tan astutamente que no lo pueda interpretar mal en términos de su propia voluntad, lo denunciará como blasfemia sediciosa o lo descartará como una locura o como totalmente ininteligible. Los parlamentos y los sínodos pueden manipular como quieran con sus códigos y sus credos mientras las circunstancias alteran el equilibrio de clases y sus intereses, y como resultado de la manipulación podrá producirse una ocasional ilusión de evolución moral, como cuando la victoria de la casta comercial sobre la militar lleva a

sustituir el duelo con el boycot social y la indemnización pecuniaria. En ciertos momentos podrá haber hasta un considerable progreso material, corno cuando la conquista del poder político por la clase obrera produce una mejor distribución de la riqueza mediante la simple actividad egoísta de los nuevos señores; pero todo eso es mero reajuste y reforma. Hasta que cambie el corazón y la mente del pueblo no se atreverá el hombre más grande a gobernar, partiendo de que todos son tan grandes como él, más de lo que se atreve el pastor a dejar que su rebaño encuentre el camino en las calles como lo encontraría él. Hasta que haya una Inglaterra en que todo hombre sea un Cromwell, una Francia en que todo hombre sea un Napoleón, una Roma en que todo hombre sea un César, una Alemania en que todo hombre sea un Lutero más un Goethe, al mundo no lo mejorarán sus héroes más de lo que mejora a un chalet de Brixton la pirámide de Cheops. El único verdadero cambio posible es la producción de países así.

IV

La objeción del hombre a su propio perfeccionamiento

Pero, ¿se toleraría semejante cambio si el hombre debe elevarse por encima de sí mismo para desearlo? Sí, pero interpretando mal su naturaleza. El hombre desea un superhombre ideal con toda la energía que le queda después de conseguir nutrirse, y en todas las épocas ha glorificado al mejor sustituto vivo que ha podido encontrar para ese ideal. Al menos incompetente de sus generales le tiene por un Alejandro; a su rey, por el primer señor del mundo; a su Papa, por santo. Nunca le falta una ristra de ídolos humanos que no son sino superhombres de pacotilla. Que el verdadero superhombre se burlaría de todos los actuales ideales aparatosos de justicia, deber, honor, derecho, religión y hasta decencia, y aceptaría obligaciones morales que la humanidad actual no podría soportar, es algo que el hombre contemporáneo no prevé; en realidad no lo nota ni siquiera cuando un superhombre casual lo hace en sus propias barbas. En realidad, él mismo lo hace todos los días sin darse cuenta. No pondrá, pues, ninguna

objeción a la producción de una raza que él llama de Grandes Hombres o Héroes, porque se los imaginará, no como verdaderos superhombres, sino, como él mismo, dotados de un talento infinito, de un valor infinito, y de una infinita cantidad de dinero.

La oposición más fastidiosa surgirá del temor, general en la humanidad, de que toda intromisión en nuestras costumbres conyugales será una intromisión en nuestros placeres y en nuestro romance. Ese temor ha intimidado siempre, adoptando aires de moral ofendida, a personas que no han medido su debilidad esencial; pero no prevalecerá más que sobre los degenerados en quienes el instinto de la fecundidad ha acabado por ser una mera comezón de placer. Los modernos procedimientos de combinar el placer con la esterilidad, universalmente conocidos y accesibles hoy, facilitan a esas personas el que puedan escardarse a sí mismas de la especie, proceso que ya funciona vigorosamente; y la consiguiente supervivencia de los inteligentemente fecundos significa la supervivencia de los partidarios del superhombre, pues lo que se propone no es sino la sustitución de la antigua, ininteligente, inevitable y casi inconsciente fecundidad por una fecundidad inteligentemente controlada y consciente, y el eliminar del proceso evolutivo a los meros voluptuosos.[3] Aunque no se hubiera inventado el agente seleccionador, el propósito de la raza no dejaría de destruir la oposición de los instintos individuales. No sólo las abejas y las hormigas satisfacen por delegación sus instintos reproductivos y paternales; también el matrimonio impone el celibato a millones de hombres y mujeres normales que no están casados. En resumen, el instinto individual en esta cuestión, por abrumador que sin pensarlo se supone que es, carece finalmente de importancia.

[3] El papel desempeñado en la evolución por los voluptuosos será el mismo que ya ha desempeñado el glotón. El glotón, como hombre de más motivos para nutrirse, siempre se tomará, para lograr comida, más trabajo que los que no lo sean. Cuando el lograrla es tan difícil que sólo con grandes fatigas se puede asegurar una provisión suficiente, el apetito del glotón desarrolla hasta el máximo su astucia y su actividad, por lo que acaba de ser, no sólo el hombre mejor nutrido, sino también el más competente de la comunidad. Pero en climas más hospitalarios o donde la organización social del suministro de víveres hace que al hombre le sea fácil comer demasiado, el glotón come tanto que acaba por perder la salud y la vida. Todos los demás voluptuosos prosperan y perecen de la misma manera; y por esto es por lo que la supervivencia de los más aptos significa en último término la supervivencia de los que se dominan, porque sólo ellos saben adaptarse al perpetuo cambio de condiciones producido por el progreso industrial.

Librodot

V

Necesidad política del superhombre

La necesidad del superhombre es, en su aspecto más imperativo, política. A la democracia proletaria nos ha empujado el fracaso de los demás sistemas, pues dependían de la existencia de superhombres que actuaran como déspotas u oligarcas; y esos superhombres no sólo no existían constantemente, sino que ni siquiera surgían en el momento oportuno y dentro de una posición social elegible, y cuando surgían no podían, salvo por un breve período y mediante métodos coactivos moralmente suicidas, imponer superhumanidad a sus gobernados; por lo que, por la mera fuerza del "carácter humano", el gobierno por consentimiento de los gobernados ha reemplazado al antiguo plan de gobernar al ciudadano como se gobierna a un colegial.

Ahora bien, todavía estamos por conocer al hombre que teniendo alguna experiencia práctica de la democracia proletaria le quede alguna creencia en su capacidad para resolver grandes problemas políticos, o al menos para cumplir inteligente y económicamente una tarea parroquial corriente. La fe extremista en el "sufragio universal", como panacea política, no se ha despertado más que bajo despotismos y oligarquías. Y se marchita en el momento que se somete a la prueba práctica, porque la democracia no puede elevarse por encima del material humano del que se componen sus votantes. Suiza parece dichosa en comparación con Rusia, pero si Rusia fuera tan pequeña como Suiza y sus problemas políticos se los simplificaran del mismo modo unas inexpugnables fortificaciones naturales y un pueblo educado por la variedad e intimidad del intercambio internacional, es posible que hubiese pocas diferencias entre los dos países. En todo caso, Australia y Canadá, que virtualmente son repúblicas democráticas protegidas, y Francia y los Estados Unidos, que reconocidamente son repúblicas democráticas independientes, no son sanas, ni ricas, ni sabias; y serían peores en vez de mejores si sus ministros populares no fueran maestros en el arte de esquivar entusiasmos populares y embaucar a la ignorancia popular. El político que en otro tiempo tenía que aprender a adular a los reyes tiene que aprender ahora a fascinar, divertir, engatusar, engañar, asustar o llamar de alguna manera la atención del cuerpo electoral; y aunque en los modernos Estados

adelantados, donde el artesano está mejor instruído que el rey, hace falta ser hombre de mucha más talla para ser un demagogo triunfante que para ser un cortesano triunfante, el hombre que arrastra convicciones populares con prodigiosa energía es el hombre a quien sigue el populacho, mientras que el escéptico, más frágil, que cautelosamente busca su camino hacia el siglo que viene, no tiene ninguna probabilidad, a menos que, por casualidad tenga también el específico talento del truhán, caso en que si logra votos es como truhán, y no como "mejorista". En consecuencia, aunque el demagogo pregona (y no lo logra) que reajusta cosas en interés de la mayoría de los electores, estereotipa la mediocridad, organiza la intolerancia, desalienta la exhibición de cualidades no comunes y glorifica la conspicua exhibición de las comunes.

VI

Explicación de la gazmoñería

Merece la pena reflexionar por qué las abejas miman a sus madres mientras que nosotros no mimamos más que a las divas de ópera. Nuestra idea de cómo tratar a una madre no consiste en aumentarle su ración de víveres, sino en cortársela prohibiéndole trabajar en una fábrica en el mes siguiente al parto. Todo lo que puede hacer que el dar a luz sea una desdicha para los padres, así como un peligro para la madre, se hace concienzudamente. Cuando un gran escritor francés, Emile Zola, alarmado por la esterilidad de su país, escribió un elocuente y vigoroso libro para devolver el prestigio a la paternidad, en Inglaterra se supuso inmediatamente que un libro de ese género, y con un título como Fecundidad, era demasiado abominable para traducirlo, y que toda tentativa de tratar la relación de los sexos desde un punto (le vista que no fuera el voluptuoso o el romántico había que reprimirla severamente. Ahora bien, si esa suposición se hubiera basado realmente en la opinión pública, habría indicado una actitud de disgusto y resentimiento hacia la Fuerza Vital, que no podría manifestarse más que en una comunidad enferma y moribunda en la que la mujer típica sería la Hedda Gabler, de Ibsen. Pero no tenía ninguna base vital. La gazmoñería de los

diarios, como la gazmoñería entre comensales, no es más que tuna mera dificultad de educación y de lenguaje. Como no se nos enseña a pensar decentemente sobre esos temas, para conversar sobre ellos no disponemos más que de un lenguaje indecente. La consecuencia es que nos vemos obligados a declararlos inapropiados para su análisis público porque los únicos términos en que podemos expresar el análisis son inapropiados para usarlos en público. Los filólogos, que disponen de un vocabulario técnico, no encuentran ninguna dificultad; los maestros del idioma que piensan decentemente pueden escribir novelas populares, como Fecundidad, de Zola, y Resurrección, de Tolstoi, sin ofender absolutamente nada a lectores que también piensan decentemente. Pero el periodista moderno corriente, que nunca ha conversado de esos temas más que con salacidad, no puede escribir un simple comentario sobre un caso judicial de divorcio sin una consciente vergüenza o una furtiva procacidad que hacen imposible leer en voz alta el comentario en compañía. Esa salacidad y esa gazmoñería (las dos son lo mismo) no significan que la gente no tenga sentimientos decentes sobre el tema; al contrario, pues es precisamente lo profundo y lo serio de nuestro sentimiento lo que hace insoportable su profanación con un lenguaje vil y un humorismo procaz, hasta el punto de que no toleramos que se hable absolutamente nada porque sólo uno de cada mil puede hablar sin herirnos en el respeto que nos tenemos a nosotros mismos, especialmente el respeto que se tienen a sí mismas las mujeres. Añadid los horrores del lenguaje popular a los horrores de la pobreza popular. Entre la gente amontonada, la pobreza destruye la posibilidad de limpieza; y en la ausencia de limpieza muchas de las naturales condiciones de la vida llegan a ser indignantes y perniciosas, con el resultado de que la asociación que se establece entre la suciedad y esas naturales condiciones acaba por ser tan abrumadora que entre personas civilizadas (es decir, personas amontonadas en los laberintos de casas sórdidas que llamamos ciudades) la mitad de su vida física se convierte en un secreto delictuoso e inmencionable más que al médico en emergencias; y Hedda Gabler se pega un tiro porque la maternidad es tan poco señorial. En resumen, la gazmoñería popular no es sino un incidente de la sordidez popular: los demás que declara tabús siguen siendo los más interesantes y serios a pesar de ella.

Librodot

VII

El progreso es una iluisión

Desgraciadamente, a las personas serias les desvía del camino de la evolución la ilusión del progreso. Cualquier socialista puede convencernos fácilmente de que la diferencia entre el hombre tal como es y tal como pudiera llegar a ser, sin que evolucione más, bajo milenarias condiciones de nutrición, ambiente y adiestramiento, es enorme. Puede demostrar que la desigualdad y la inicua distribución de la riqueza y asignación de trabajo son productos de un sistema económico acientífico, y que el hombre, culpable como es, no tenía más intención de establecer semejante desordenado orden que la polilla de quemarse cuando vuela a la llama de una vela. Puede demostrar que la diferencia entre la gracia y fuerza del acróbata y la curvada espalda del reumático peón de campo es una diferencia producida por condiciones, no por la naturaleza. Puede demostrar que muchos de los más detestables vicios humanos no son esenciales, sino simples reacciones provocadas por nuestras instituciones en nuestras mismísimas virtudes. El anarquista, el fabiano, el salvacionista, el vegetariano, el médico, el abogado, el sacerdote, el profesor de ética, el gimnasta, el soldado, el deportista, el inventor, el elaborador de programas políticos, todos tienen alguna receta para mejorarnos; y casi todos sus remedios son físicamente posibles y apuntan a los mismos reconocidos males. Para ellos el límite del progreso está, en el peor de los casos, en completar todas las reformas sugeridas y en nivelar a todos los hombres en la línea a que han llegado ya las personas mejor nutridas y cultivadas en alma y cuerpo.

Ahí, pues, tal como ellos lo entienden, hay un campo enorme para la energía del reformador. Ahí existen muchas nobles finalidades a las que se puede llegar por muchos caminos que suben la Cuesta de la Dificultad que aspiran a recorrer los grandes espíritus. Desgraciadamente, esa cuesta no la subirá nunca el hombre que conocemos. No se puede negar que si todos nos esforzáramos valientemente en llegar hasta el fin de los senderos de los reformadores, mejoraríamos prodigiosamente el mundo. Pero en ese "si" no hay más esperanza que en la igualmente plausible afirmación de que si el cielo se hunde todos atraparemos alondras. No vamos a

recorrer esos senderos: carecernos de la suficiente energía. No deseamos suficientemente llegar al fin; en realidad, en la mayoría de los casos no lo deseamos absolutamente nada. Preguntad a cualquiera si quisiera ser un hombre mejor, y, muy píamente, contestará que sí. Preguntadle si quisiera tener un millón de libras esterlinas y contestará muy sinceramente que sí. Pero el pío ciudadano a quien le gustaría ser mejor sigue portándose como antes. Y el vagabundo que quisiera tener un millón no se toma la molestia de ganar diez chelines: multitudes de hombres y mujeres ansiosos por aceptar un legado de un millón, viven y mueren sin haber tenido jamás cinco libras juntas, aunque algunos mendigos han muerto envueltos en harapos sobre colchones rellenos de oro que acumulaion porque lo desearon lo suficiente para lograrlo y guardarlo. Los economistas que descubrieron que la demanda creaba oferta tuvieron que limitar pronto la proposición a la "demanda efectiva", que a fin de cuentas no resultó ser más que la misma oferta, y eso se aplica a la política, a la moral y a todos los demás departamentos: la verdadera oferta es la medida de la demanda efectiva, y las simples aspiraciones y manifestaciones no producen nada. Ninguna comunidad ha ido todavía más allá de la fase inicial en que el tesón y el fanatismo le permitieron crear una nación, y su codicia establecer y desarrollar una civilización comercial. Ni siquiera esas etapas las alcanzó el espíritu público; las alcanzaron la intolerante obstinación y la fuerza bruta. Considerad la Ley de Reforma de 1832 como ejemplo de conflicto entre ingleses ilustrados, acerca de una medida política que evidentemente era todo lo necesaria e inevitable que ha sido o va a ser probablemente cualquier medida política. No fue aprobada hasta que los caballeros de Birmingham tomaron medidas para degollar en debida forma militar a los caballeros de Saint James. Todavía estaría sin aprobarse si no hubiera habido detrás ninguna fuerza, pero estaban la lógica y la conciencia pública de los Utilitarios. Un gobernante despótico que hubiera tenido tanto sentido común como la reina Elizabeth lo hubiese hecho mucho mejor que la pandilla de chicos salidos de Eton que nos gobernaban por privilegio y que desde la introducción del sufragio, al que prácticamente se le puede llamar varonil, en 1884, nos gobiernan a petición de la democracia proletaria.

En el momento actual tenemos, en vez de los Utilitarios, la Sociedad Fabiana, con su pacífica, constitucional, moral y económica política socialista, que para su incruenta y benéfica realización no necesita sino que los ingleses la entiendan y la aprueben. Pero, ¿por qué se habla bien de los fabianos en círculos donde hace treinta años la

Librodot

palabra socialista equivalía a degollador e incendiario? No es porque los ingleses tengan la menor intención de estudiar o adoptar la política fabiana, sino porque creen que los fabianos, al eliminar de la agitación socialista el elemento intimidatorio, han arrancado los dientes a la pobreza rebelde y salvado al orden existente del único método de ataque al cual teme realmente. Claro está que si el país adoptara la política fabiana se implantaría por la fuerza bruta, exactamente como se implantó nuestro sistema de propiedad. Se convertiría en ley, y a los que se opusieran se les impondrían multas, se les embargarían los bienes, les darían porrazos en la cabeza los policías, se les encarcelaría y en último extremo se les "ajusticiaría" como les pasa ahora a los que infringen la ley. Pero como nuestra clase propietaria no teme que esa transformación vaya a ocurrir, y en cambio teme a los esporádicos complots de degolladores y dinamiteros, y se esfuerza con toda su alma en ocultar el hecho de que no hay ninguna diferencia moral entre los métodos mediante los cuales hace respetar los derechos de propiedad y el método mediante el que el dinamitero afirma su concepto de los derechos humanos naturales, a la Sociedad Fabiana le dan palmaditas en la espalda como se las dan a la Unión Social Cristiana, mientras que al socialista que dice tajantemente que una revolución social no se puede hacer más que corno se han hecho todas las demás revoluciones, es decir, haciendo que la gente que la desea mate, se imponga e intimide a la que no la desea, se le denuncia como a un descarriador del pueblo y se le condena a trabajos forzados, para que vea lo sinceros que al oponerse a la fuerza física son los que lo encarcelan.

¿Vamos, entonces, a repudiar los métodos fabianos y volver a los de los revolucionarios de barricada, o a adoptar los del dinamitero y del asesino? Al contrario; vamos a reconocer que ambos son fundamentalmente fútiles. Al dinamitero le parece fácil decir: "¿No acaba usted de reconocer que nunca se concede nada más que a la fuerza física? ¿No reconoció Gladstone que a la Iglesia Irlandesa no le hizo perder su carácter oficial el espíritu liberal, sino la explosión que destruyó la cárcel de Clerkenwell?" Bueno, no necesitamos negarlo boba y tímidamente. Concedamos que fue así. Concedamos, además, que todo eso yace en la naturaleza de las cosas; que el socialista ardoroso que tenga bienes no puede de ninguna manera hacer sino lo que hacen los propietarios conservadores, a menos que todo el país derogue a la fuerza la propiedad; más aun, reconozcamos que las votaciones y divisiones parlamentarias, a pesar de sus vanas ceremonias de discusión, no difieren de las batallas sino como la

incruenta rendición de una fuerza inferior en el campo de batalla difiere de Waterloo o Trafalgar. Regalo todas estas admisiones al feniano que recolecta dinero en América, pidiéndolo a irlandeses que no piensan lo que hacen, para volar el castillo de Dublin; al policía secreto que convence a obreros jóvenes y bobos para que encargen bombas al ferretero más cercano y después los entrega para que los condenen a cadena perpetua; a nuestros jefes militares y navales que creen, no en predicaciones, sino en un ultimátum respaldado por abundante lydita; y, en general, a todo aquel a quien le concierna. Pero, ¿de qué sirve sustituir con los procedimientos de los temerarios y sanguinarios los de los cautelosos y humanos? ¿Ha ganado algo Inglaterra con la destrucción de la cárcel de Clerkenwwell, o Irlanda con la desoficialización de la Iglesia Irlandesa?

VIII

El engreimiento de la civilización

Después de todo, la ilusión de progreso no es muy sutil. Empezamos por leer las sátiras de los contemporáneos de nuestros padres, y deducimos (en general bastante ignorantemente) que los abusos que exponen son cosas dei pasado. Vemos también que el desplazamiento del poder político del sector de los opresores al de los oprimidos trae frecuentemente reformas de males que claman al cielo. Los liberales dan el voto al pobre en la esperanza de que votará por sus emancipadores. La esperanza no se realiza, pero el hombre que no tiene dinero deja de pasar la vida en la cárcel por deudas; se promulgan leyes de fábrica que mitigan el esfuerzo agotador; la instrucción se hace libre y obligatoria; se multiplican las leyes sanitarias; se dan pasos públicos para albergar decentemente a las masas; los que andan descalzos obtienen zapatos; se van haciendo raros los harapos; y los cuartos de baño y los pianos, los buenos paños y los cuellos almidonados llegan a numerosas personas que en otros tiempos "desconocían el jabón" y tocaban el arpa judía o el acordeón envueltos en pieles de topo. Algunos de estos cambios son ganancias; otros son pérdidas. Algunos no son cambios; todos ellos son cambios que trae simplemente el dinero. Sin embargo,

producen la ilusión de ruidoso progreso; y las clases leídas deducen que los abusos del primer período de la era victoriana no existen ya más que en las divertidas páginas de las novelas de Dickens. Pero en el momento que buscamos una reforma debida al carácter y no al dinero; al arte de gobernar pueblos y no al interés o al motín, nos desilusionamos. La mala administración y la incompetencia que reveló la guerra de Crimea, por ejemplo, las recordábamos como cosas del pasado hasta que la guerra de Sudáfrica mostró al país que el Ministerio de Guerra, como los pobres Borbones a quienes se les ha reprochado descaradamente una característica universal, no había aprendido ni olvidado nada. Apenas nos habíamos repuesto de esa infructuosa irritación, traslució que el refectorio de oficiales de nuestro regimiento más selecto incluía un club de azotamientos presidido por el subalterno de más edad. La revelación provocó cierta indignación cuando se conocieron los detalles de esa orgía de escolares, pero no sorpresa por la aparente ausencia de todo concepto del honor y de la virtud viriles, dei valor personal y del respeto a sí mismos, en la primeras filas de nuestra caballería. En asuntos civiles supusimos que el servilismo y la idolatría que estimularon a Carlos 1 a menospreciar la rebelión puritana del siglo XVII habían quedado muy atrás, pero no se ha necesitado más que circunstancias favorables para que reviva más abyecta que antes para compensar el perdido sentimiento religioso. Hemos recaído en disputas sobre la transubstanciación en el mismo momento en que el descubrimiento de que la teofagia sigue prevaleciendo extensamente como costumbre tribal nos ha privado de la última excusa para creer que nuestros oficiales ritos religiosos difieren esencialmente de los de los bárbaros. La doctrina cristiana de la inutilidad del castigo y de la maldad de la venganza no ha convertido, a pesar de su sencillo sentido común, ni a un solo país del mundo; el cristianismo no es para las masas más que una sensacional ejecución en público que sirve de pretexto para otras ejecuciones. En su nombre hemos privado a un ladrón de diez años de vida minuto a minuto en la lenta desgracia y degradación de las modernas prisiones reformadas, con tan poco remordimiento corno Laud y su Cámara Estrellada desorejaron a Bastwick y a Burton. El otro día hemos desenterrado y mutilado los restos de Mahdi, exactamente como hace dos siglos desenterramos y mutilamos los de Cromwell. Hemos pedido, como hubiera podido pedirla cualquier tártaro, la decapitación de los príncipes chinos boxers; y nuestras expediciones militares y navales para matar, quemar y destruir tribus y aldeas por haber golpeado a un inglés en la cabeza son tan corrientes en

nuestra rutina imperial, que la última media docena de ellas no han despertado tanta compasión como puede estar segura de despertar cualquier dama criminal. Se supone que la aplicación judicial de la tortura para hacer confesar es una reliquia de los tiempos atrasados, pero mientras se escriben estas páginas un juez inglés ha condenado a un falsificador a veinte años de presidio, manifestando abiertamente que cumplirá toda la sentencia a menos que confiese dónde ha ocultado los billetes falsificados. Y no se comenta ni eso ni el telegrama procedente de una zona de guerra en Somalilandia, que menciona que un prisionero ha proporcionado "bajo castigo" cierta información. Aunque esas noticias sean falsas, el hecho de que sean aceptadas sin protesta, como si fueran naturales en el curso ordinario de la dirección de los asuntos públicos, muestra que estamos tan dispuestos como lo estaba Bacon a recurrir a la tortura. En cuanto a la crueldad vindicativa, un incidente de la guerra de Sudáfrica, en que a los parientes y amigos de un prisionero se les obligó a presenciar su ejecución, reveló una bajeza de carácter y modo de ser que difícilmente nos deja el derecho de adornarnos con la pluma de nuestra superioridad sobre Eduardo III en la rendición de Caíais. Y el democrático oficial norteamericano se permite torturar en las Filipinas como se permitió el aristocrático inglés en Sudáfrica. Los incidentes de la invasión blanca de África en busca de marfil, oro, diamantes y diversión han demostrado que el europeo moderno es la misma bestia rapaz que antes fue a la conquista de nuevos mundos bajo Alejandro, Marco Antonio y Pizarro. Los parlamentos y los consejos de parroquia son como eran cuando Cromwell los suprimió y Dickens se burló de ellos. El político demócrata sigue siendo exactamente igual que cuando lo describió Platón; el médico sigue siendo el crédulo impostor y el petulante farsante científico a quien ridiculizó Moliére; el maestro de escuela sigue siendo, cuando mejor, un pedante hijo de campesino, y cuando peor, un flagelomaníaco; las personas honradas temen más a los arbitrajes que a los pleitos; el filántropo sigue siendo un parásito de la miseria como el médico lo es de la enfermedad; los milagros de la hechicería sacerdotal no son menos fraudulentos ni dañinos porque ahora se les llame experimentos científicos y los dirijan profesores; impera la brujería en la forma moderna de específicos y de inoculaciones profilácticas; el terrateniente que no es suficientemente poderoso para poner cepos para personas, supera los cepos con alambre de púa; el moderno caballero que es demasiado holgazán para pintarrajearse la cara con bermellón como símbolo de valor, recurre a una lavandera para que bañe

Librodot

su camisa en almidón como símbolo de limpieza; meneamos la cabeza ante la suciedad de la Edad Media, en ciudades sucias de hollín y malolientes y repugnantes por tanto fumar desvergonzadamente; el agua bendita, en su última forma de líquido desinfectante, se usa mas que nunca e inspira más fe que nunca; las autoridades sanitarias se entregan deliberadamente a encantaciones quemando azufre (aunque saben que no sirve para nada) porque la gente cree en el azufre con tanta devoción como cree el campesino italiano en la licuefacción de la sangre de San Genaro; y el mentir paladinamente en público ha tomado tales proporciones que en eso no se puede elegir entre el carterista en la comisaría, el ministro en la banca de la tesorería, el director de un diario en su despacho, el magnate financiero que anuncia neumáticos de bicicleta que no resbalan, el clérigo que suscribe los treinta y nueve artículos, y el vivisector que afirma por su honor de caballero que los animales a los que opera en el laboratorio fisiológico no padecen absolutamente nada. Nunca ha habido peor hipocresía, porque no sólo perseguimos intolerante pero sinceramente en nombre de la brujería curandera en que creemos, sino también cruel e hipócritamente en nombre del credo evangélico del que nuestros gobernantes se sonríen en privado como los patricios del siglo v se sonreían de Júpiter y Venus. El deporte es, como ha sido siempre, una excitación criminal: el impulso de matar es universal, y en todo el país se establecen museos que estimulan a los niños y a los caballeros de cierta edad a coleccionar cadáveres conservados en alcohol y a robar huevos de pájaros y guardarlos como los pieles rojas guardaban cueros cabelludos. La coacción mediante el látigo es tan natural en el inglés como fue en Salomón estropear a Rehoboam; y la comparación es injusta respecto a los judíos, teniendo en cuenta que la ley mosaica prohibía más de cuarenta latigazos en nombre de la humanidad y que a los soldados ingleses de los siglos XVIII y XIX se les daban más de mil, y todavía se seguirían dando si no fuese por el cambio en el equilibrio político entre la casta militar y la comercial y el proletariado. A pesar de ese cambio la azotaina sigue siendo una institución en las public schools, en las prisiones militares, en el barco de adiestramiento, y en esa escuela de pequeñeces llamada hogar. El lascivo clamor del flagelomaníaco que pide que se azote más, constante como el clamor que pide más insolencia, más guerra y menos impuestos, se tolera y hasta se satisface porque, no proponiéndonos fines morales, tenemos suficiente sentido común para ver que sólo la coacción física puede imponer a otros nuestra egoísta voluntad. La cobardía es

Librodot

universal: patriotismo, opinión pública, deber para con los padres, disciplina, religión, moral, no son más que bellos nombres para intimidar; y la crueldad, la glotonería y la credulidad tienen a raya a la cobardía. Degollamos un ternero y lo colgamos de las pezuñas traseras para que se desangre con objeto de que nuestro bife sea blanco; sujetamos al ganso a una tabla y lo atiborramos de comida porque nos gusta la enfermedad de su hígado; descuartizamos pájaros para adornar los sombreros de nuestras mujeres; mutilamos animales domésticos sin otra razón que la de seguir una costumbre instintivamente cruel; y coadyuvamos en las más abominables torturas con la esperanza de encontrar alguna curación mágica para nuestras enfermedades.

Ahora bien, haced el favor de observar que esos no son excepcionales aspectos de nuestros reconocidos defectos, que deploran y por los cuales rezan todas las buenas personas. Aquí no se ha dicho ni una palabra de los excesos de nuestros Nerones, que los tenemos en el habitual porcentaje. Con la excepción de unos pocos ejemplos militares, que se mencionan principalmente para mostrar que la educación y posición de un caballero, reforzadas por los más fuertes convencionalismos del honor, espíritu de cuerpo, publicidad y responsabilidad, no brindan mejores garantías de conducta que las pasiones de un populacho, los ejemplos puestos antes son cosas corrientes extraídas de las costumbres cotidianas de nuestros mejores ciudadanos, vehementemente defendidas en nuestros diarios y desde nuestros púlpitos. A los mismos humanitarios que los aborrecen pueden excitarlos al asesinato; el puñal de Bruto y de Ravaillac siguen en actividad en manos de Caserio y Luccheni; y la pistola ha ido a ayudarle en las manos de Guiteau y de Czolgosz. Nuestros remedios se siguen limitando a aguantar o a asesinar; y al asesino se le sigue asesinando judicialmente con arreglo al principio de que con dos borrones negros se hace uno blanco. La única novedad está en nuestros métodos: con el descubrimiento de la dinamita, al mosquetón de Hamilton de Bothwellhaugh, cargado hasta la boca, le ha sustituido la bomba, pero el corazón de Ravachol arde como ardió el de Hamilton. El mundo no resiste al análisis de los que saben lo que es, ni siquiera haciendo las mayores concesiones al freno que la pobreza pone a los pobres y la riqueza a los ricos.

Lo único que se puede decir a nuestro favor es que la gente vive y deja vivir hasta ciertos límites. Hasta el caballo, con su cola cortada y su boca con freno, ve su esclavitud mitigada por el hecho de que el descuidar totalmente la necesidad que tiene de comida y descanso obligaría a su amo a gastar comprando otro caballo un día sí y

Librodot

otro no, porque no se le puede hacer trabajar a un caballo hasta que reviente y hacerse con otro gratis, como se puede hacer con un jornalero. Pero este modo natural de contener el inconsiderado egoísmo se contiene también en parte a causa de nuestra miopía y en parte por cálculo deliberado, por lo que junto al hombre que pierde dinero al acortar la vida del caballo por tacañería, tenemos la compañía de tranvías que descubre, en sus libros de contabilidad, que aunque un caballo puede vivir de 24 a 40 años, trae más cuenta hacerle trabajar hasta que reviente en 4 y sustituirlo con una nueva víctima. Y la esclavitud humana, que ha llegado a la cumbre de los excesos en nuestro tiempo en forma de la mano de obra sin salario mínimo, ha tropezado con los mismos límites personales y comerciales, tanto para agravarla como para mitigarla. Ahora que la libertad de la mano de obra ha dado por resultado que escasee, como en Sudáfrica, los principales diarios y revistas inglesas han pedido sin disculpas la vuelta al trabajo obligatorio, es decir, a los métodos con que, según creemos, construyeron los egipcios las pirámides. Ahora sabemos que la cruzada contra la esclavitud proletaria del siglo XIX triunfó únicamente porque el sistema de considerar al obrero como una cosa no era el más eficaz ni el menos humano de explotar al obrero; y el mundo busca actualmente a tientas un sistema más eficaz que derogue la libertad del obrero sin volver a hacer a su explotador responsable de él.

Sin embargo, siempre hay una mitigación -miedo a la rebelión- y existen también los efectos de la bondad y del afecto. Permítaseme, pues, repetir que aquí no se acusa al mundo por lo que hacen los criminales y los monstruos. Las hogueras de Smithfield y de la Inquisición las encendieron personas piadosas y serias que eran amables y buenas tal como se entienden la amabilidad y la bondad. Y cuando a un negro lo rocían de kerosene y le prenden fuego en los Estados Unidos, no se trata de un buen hombre linchado por rufianes; se trata de un criminal linchado por muchedumbre de ciudadanos respetables, caritativos, virtuosamente indignados, cultos, que aunque actúan al margen de la ley, no son menos compasivos que los legisladores y jueces norteamericanos que no hace mucho tiempo condenaban a incomunicación, no de cinco meses, como se hace aquí, sino de cinco años o más. De las cosas que hacen nuestros monstruos morales se puede prescindir ante las matanzas de San Bartolomé y otras momentáneas explosiones de desorden social. Júzguesenos por las reconocidas y respetadas prácticas de nuestros círculos más reputados; y si conocéis los hechos y sois suficientemente fuertes para verlos cara a cara, reconoceréis que a menos que nos

Librodot

sustituya un animal más evolucionado -en pocas palabras, el Superhombre- el mundo debe seguir siendo una guarida de peligrosos animales entre los que los pocos superhombres accidentales, nuestros Shakespears, Goethes y Shelleys y sus semejantes, deben vivir tan precariamente como viven los domadores de leones, considerando lo humorístico de su situación y la dignidad de su superioridad como una compensación del horror de la primera y de la soledad de la segunda.

IX

El veredicto de la historia

Se puede decir que aunque la bestia feroz sale del hombre y lo devuelve momentáneamente a la barbarie bajo la excitación de la guerra y del crimen, su vida

normal se desenvuelve en una esfera más alta que la de sus antepasados. Esta opinión le parece muy aceptable al inglés, que siempre se inclina sinceramente al lado de la virtud mientras no le cueste nada en dinero o en esfuerzo mental. El inglés siente profundamente la injusticia del extranjero al no reconocerle esa condicional elevación de espíritu. Pero no hay motivo para suponer que nuestros antepasados eran menos capaces de ella que nosotros. A los argumentos de que existe una progresiva evolución moral que opera visiblemente de abuelo a nieto, se puede responder contundentemente que miles de años de esa evolución hubieran producido unos enormes cambios sociales cuya prueba histórica sería abrumadora. Pero ni siquiera Macaulay, el más convencido de los "mejoristas", puede presentar pruebas que resistan al análisis. Comparad nuestra conducta y nuestros códigos con los mencionados coetáneamente en las antiguas escrituras y obras clásicas que han llegado hasta nosotros, y no encontraréis ni pizca de motivos para creer que en el tiempo histórico se ha realizado ningún progreso moral, pese a las románticas tentativas de los historiadores para reconstruir el pasado partiendo de esa suposición. En ese tiempo ha ocurrido que los países, las familias y los individuos han florecido y decaído, se han arrepentido y endurecido de corazón, se han sometido y han protestado, han actuado y reaccionado, han fluctuado entre la sanidad natural y la artificial (la casa más antigua del mundo, desenterrada el otro día en Creta, tiene una

Librodot

instalación sanitaria bastante moderna), y pasado por mil cambios respecto a diferentes escalas de tributación y de presión de la población, creyendo firme y constantemente que la humanidad avanzaba a saltos porque los hombres estaban constantemente ocupados.

Y el mero capítulo de accidentes ha dejado una pequeña acumulación de descubrimientos hechos al azar, como la rueda, el arco, el alfiler imperdible, la pólvora, el magneto, la pila voltaica y así sucesivamente, cosas que, a diferencia de los evangelios y de los tratados de filosofía de los sabios, pueden ser comprendidas y aplicadas por el hombre corriente; por lo que la locomoción a vapor es posible sin un país de Stephensons aunque el cristianismo nacional es imposible sin un país de Cristos. Pero, ¿hay quien crea seriamente que el chófer que guía un automóvil desde París hasta Berlín es un hombre más evolucionado que el que guiaba el carro de Aquiles, o que un primer ministro moderno es más ilustrado que César porque anda en triciclo, escribe sus despachos a la luz eléctrica o da instrucciones por teléfono a su corredor de bolsa?

Basta, pues, de cacarear acerca del progreso. El hombre, tal como es, no añadirá nada a su talla mediante su charlatanería política, científica, educacional, religiosa o artística. Lo que puede ocurrir cuando esta convicción les entre en la cabeza a los hombres cuya fe en esas ilusiones es el cemento de nuestro sistema social, no lo pueden imaginar sino los que saben lo rápidamente que una civilización que hace mucho tiempo dejó de pensar (o como en la vieja frase, de vigilar y orar) puede hundirse cuando la vulgar creencia en sus hipocresías e imposturas no puede seguir resistiendo sus fracasos y escándalos. Cuando las fórmulas religiosas y éticas llegan a ser tan anticuadas que ningún hombre con una mente vigorosa puede creer en ellas, han llegado también al punto en que ningún hombre de carácter vigoroso las profesa; y desde ese momento hasta que se les descarta oficialmente se plantan a la puerta de todas las profesiones y todos los cargos públicos para impedir la entrada a los hombres competentes que no sean sofistas o mentirosos. Un país que revisa sus concejos de parroquia cada tres años, pero que no revisa sus artículos de religión, ni siquiera los que debieron su origen a una transacción política dictada por el Sr. Juega a los Dos Paños, es un país que necesita que lo vuelvan a hacer.

Nuestra última esperanza está, pues, en la evolución. Debemos reemplazar al hombre con el superhombre. Al ciudadano le resulta espantoso, a medida que va

teniendo años, ver a sus contemporáneos reproducidos en la nueva generación tan exactamente que sus compañeros de hace treinta años tienen su contrapartida en las muchedumbres de todas las ciudades, entre las cuales tiene que contenerse repetidamente para no saludar como a un antiguo amigo a algún joven para quien él es únicamente un desconocido de cierta edad. Toda esperanza en el progreso muere en el fondo de su alma cuando los ve: sabe que harán exactamente lo que hicieron sus padres, y que las pocas voces que seguirán exhortándoles, como antes, a hacer algo distinto y mejor, podrían ahorrarse el aliento para enfriar su desayuno (si es que lo pueden conseguir). Hombres como Ruskin y Carlyle predicarán a Smith y a Brown por predicar, como predicaba San Francisco a los pájaros y San Antonio a los peces. Pero Smith y Brown, como los peces y los pájaros, se quedan como son; y los poetas que planean utopías y prueban que lo único que se necesita para que se realicen es la voluntad de que existan, perciben al fin, como Richard Wagner, que lo que hay que ver cara a cara es que el hombre no tiene efectivamente esa voluntad. Y no la tendrá hasta que se convierta en superhombre.

Y así llegamos al fin del sueño socialista de "socializar los medios de producción y de cambio", al sueño positivista de moralizar al capitalista, y al sueño ético del profesor, del legislador y del educador, de poner al hombre los mandamientos, los códigos, las lecciones y las notas de examen como se pone el arnés a un caballo, el manto de armiño a un juez, la pipa de yeso a un marino, o la peluca a un actor, y fingir que su carácter ha cambiado. El único socialismo fundamental y posible es la socialización de la crianza selectiva del hombre; en otros términos, la evolución humana. Debemos eliminar al Jahoo, o su voto destruirá la comunidad.

X

El método

En cuanto al método, ¿qué podemos decir todavía, salvo que cuando se quiere se encuentra un camino? Si no se quiere, estamos perdidos. Hay una posibilidad para nuestro loco pequeño imperio, si no para el universo; y como en esas posibilidades no

se puede pensar sin desesperar, mientras sobrevivamos debemos partir de la suposición de que todavía nos queda energía, no sólo para vivir, sino para vivir mejor. Esto puede significar que debemos establecer un Departamento de Estado de la Evolución con una poltrona ministerial para su jefe e ingresos para sufragar los gastos de los experimentos directamente efectuados por el Estado, y estimular a los particulares para que logren resultados beneficiosos. Puede significar una sociedad privada o una compañía pública para la mejora del animal humano. Pero es mucho más probable que por el momento signifique un estrepitoso repudio de esas proposiciones por indecentes e inmorales, acompañado, sin embargo, de un secreto empujar a la voluntad humana en la repudiada dirección, por lo que toda clase de instituciones y autoridades públicas encontrarán furtivamente y a tientas, con un pretexto u otro, su camino hacia el superhombre. Mr. Graham Wallas se ha aventurado ya a sugerir, como presidente del Comité de Administración de Escuelas del Consejo Escolar de Londres, que la aceptada política de esterilizar a las maestras de escuela, por muy conveniente que sea administrativamente, se expone a la crítica desde el punto de vista de la cría de la raza nacional; y este es un ejemplo, tan bueno como cualquier otro, de la forma en que el impulso hacia el superhombre puede operar a pesar de todas nuestras hipocresías. Una cosa está clara, para empezar. Si seleccionando cuidadosamente el padre y alimentándose bien, puede una mujer producir un ciudadano con sentidos eficientes, órganos sólidos y buena digestión, es evidente que por ese servicio natural se le debería asegurar la suficiente recompensa para estimularla a prestarlo y repetirlo voluntariamente. No importa, con tal que el resultado sea satisfactorio, que se financie ella misma, o que la financien el padre, o un capitalista especulador, o una nueva entidad oficial, digamos la Real Sociedad de Dublin, ni, como actualmente, la sostengan el Ministerio de Guerra "basándose en los hechos" y autorizando a un determinado soldado a casarse con ella, o la autoridad local con arreglo a una ley que dispone que la mujer puede tener en ciertas circunstancias licencia de un mes con sueldo entero, o el gobierno central.

Es un hecho melancólico que en las actuales circunstancias la gran mayoría de las mujeres y sus maridos carecen de la alimentación, capital y crédito suficientes e ignoran la ciencia de los negocios, por lo que si el Estado les pagara por los nacimientos como ahora les paga por las defunciones, las sociedades anónimas los explotarían para hacerles producir dividendos, como hacen en las industrias

ordinarias. Hasta un criadero humano por acciones (piadosamente disfrazado en forma de Hospital Reformado de Huérfanos o cosa parecida) daría mejores resultados que nuestra confianza actual en la promiscuidad matrimonial. Se podrá argüir que cuando un contratista corriente produce artículos para el Gobierno, y el Gobierno se los rechaza porque no reúnen las condiciones requeridas, los artículos rechazados se venden por lo que den por ellos o van a parar a ser chatarra, es decir, material derrochado, mientras que si los artículos rechazados fueran seres humanos, lo único que se podría hacer sería dejarlos sueltos o mandarlos al asilo más cercano. Pero no hay nada nuevo en que una empresa privada arroje su escoria humana al barato mercado de la mano de obra o al asilo; y los desechados productos de la nueva industria estarían probablemente mejor criados que el acostumbrado producto de la pobreza habitual. En nuestro actual desorden social de a la buena de Dios todos los productos humanos, buenos o no, irían a parar al mercado de la mano de obra, pero los malos no autorizarían a la compañía a obtener ayuda y constituirían una pérdida absoluta. Prácticamente, la dificultad comercial sería la incertidumbre y el costo de los primeros experimentos en tiempo y dinero. El capital puramente comercial no entraría en esas heroicas operaciones durante el período experimental, y en todo caso no se podría esperar de la Bolsa de Comercio el vigor mental necesario para emprender unas actividades tan extraordinariamente nuevas. Tendrían que encargarse de ellas unos estadistas con suficiente carácter para decir a nuestra democracia y a nuestra plutocracia que el arte de gobernar no consiste en halagar sus locuras o en aplicar a los asuntos de cuatro continentes sus suburbanos principios de decencia. Del asunto se tiene que encargar el Estado o alguna entidad suficientemente fuerte para imponer respeto al Estado.

La novedad de esa clase de experimentos no está, sin embargo, más que en la escala en que se hagan. En un caso conspicuo -el de personas de la familia real- el Estado selecciona ya los padres basándose en razones puramente políticas; y en la aristocracia, aunque el heredero de un ducado está legalmente en libertad para casarse con una chica del establo, la presión social que le limita la elección a personas políticas y socialmente elegibles es tan abrumadora que en realidad no tiene para casarse con una chica del establo más libertad que la que tuvo Jorge IV para casarse con Mrs. Fitzherbert; y un matrimonio así no podría ocurrir sino como resultado de la actuación del extraordinario carácter de la chica del establo sobre la extraordinaria

Librodot

debilidad del duque. Que aquellos a quienes el concepto de criar inteligentemente les parece absurdo y escandaloso se pregunten por qué no se permitió a Jorge IV elegir su mujer cuando cualquier calderero se podía casar con quien le diera la gana. Simplemente porque políticamente no importaba un comino con quien se casara el calderero, mientras que importaba mucho con quien se casaba el rey. La forma en que todas las consideraciones relativas a los derechos personales del rey, a su inclinación sentimental, a la santidad del juramento del matrimonio y a la moral romántica se derrumbaron ante la necesidad política, demuestra lo desdeñables que son esos prejuicios, aparentemente irresistibles, cuando entran en conflicto con la calidad que se exige a nuestros gobernantes. La misma lección nos da el caso del soldado, cuyo matrimonio, cuando se le permite, se fiscaliza despóticamente teniendo en cuenta únicamente su eficiencia militar.

Pues bien, ahora no gobierna el rey, sino el calderero. Ya no se teme a las guerras dinásticas ni se aprecian las alianzas dinásticas. Los matrimonios de personas de las familias reales se van volviendo rápidamente menos políticos y más populares, domésticos y románticos. Si a todos los reyes de Europa se les hiciera mañana tan libres como al rey Cophetua, nadie más que sus tías y sus chambelanes se preocuparía ni un momento por las consecuencias. Por otra parte ha ido creciendo firmemente el sentido de la importancia social del matrimonio del calderero. La salud de su mujer en el mes siguiente al parto la hemos convertido en asunto público. Nos hemos apoderado de la inteligencia de sus hijos y se la hemos encomendado al maestro de escuela del Estado. Pronto liaremos que su alimentación no dependa de él mismo. Pero siguen siendo morralla, y entregar el país a la morralla es un suicidio nacional, ya que la morralla no puede gobernar ni dejar gobernar a nadie sino al que más pan y circo ofrezca. No vive nadie que tenga veinte años de experiencia democrática práctica y crea en la capacidad política del cuerpo electoral o del cuerpo que elige. El derrocamiento del aristócrata ha creado la necesidad del superhombre.

Los ingleses odian la libertad y la igualdad demasiado para comprenderlas. Pero todo inglés anea y desea un pedigree. Y en eso tiene razón. El rey Demos debe ser criado como todos los demás reyes; y ante el "debe" no hay discusión. Es ocioso que un escritor individual desarrolle m s este gran tema en un folleto. El siguiente paso que hay que dar es convocar una conferencia sobre el asunto. Asistirán hombres y mujeres que, habiendo perdido la fe en que pueden vivir eternamente, buscan una

tarea inmortal en la que pueden construir lo mejor de sí mismos antes de que sus restos sean arrojados a ese archidestructor llamado horno crematorio.

Librodot

MÁXIMAS PARA REVOLUCIONARIOS

La norma preciosa

No hagas a otro lo que quisieras que ellos te hicieran a ti. Sus gustos pueden no ser los mismos.

Nunca resistas a la tentación: pruébalo todo y quédate con lo bueno.

No ames al prójimo como a ti mismo. Si estás en buenas relaciones contigo mismo es una impertinencia; si estás en malas, una ofensa.

La norma preciosa es que no hay normas preciosas.

Idolatría

El arte de gobernar consiste en organizar la idolatría. La burocracia se compone de funcionarios; la aristocracia, de ídolos; la democracia, de idólatras.

El populacho no puede entender la burocracia; lo único que puede hacer es adorar a los ídolos nacionales. El salvaje se inclina ante los ídolos de madera y de piedra: el hombre civilizado, ante los de carne y hueso. La monarquía limitada es un artificio para combinar la inercia de un ídolo de madera con la credulidad del de carne y hueso.

Cuando el ídolo de madera no responde a la oración del campesino, el campesino lo golpea: cuando el ídolo de carne y hueso no satisface al hombre civilizado, el hombre civilizado lo degüella.

Quien mata a un rey y quien muere por él son igualmente idólatras.

Realeza

Los reyes no nacen: los hace la alucinación artificial. Cuando el proceso lo interrumpe la adversidad en una edad crítica, como en el caso de Carlos II, el súbdito recobra la razón pero jamás vuelve a recobrar su propia majestad.

La corte es el cuarto de criados del soberano.

La vulgaridad en un rey halaga a la mayoría de la nación.

El precio que pagamos por la conveniencia política del trono es el servilismo que propaga.

Democracia

Si los menos inteligentes pudieran medir a los más inteligentes, como puede una cinta métrica medir una pirámide, el sufragio universal tendría una finalidad. Tal

como son las cosas, el problema político sigue siendo insoluble.

La democracia sustituye a los nombrados por la minoría de corrompidos con los elegidos por la mayoría de incompetentes.

A las repúblicas democráticas les son tan necesarios los ídolos nacionales como a las monarquías los funcionarios públicos.

El arte de gobernar no plantea más que un problema: el descubrimiento de un método antropométrico digno de confianza.

Imperialismo

El exceso de insularidad hace del británico un imperialista.

El exceso en afirmar el espíritu local hace del colonizador un imperialista.

Es imperialista colonial aquel que recluta tropas coloniales, equipa un escuadrón colonial, pide un Parlamento Federal que traslade sus disposiciones al Trono en vez de trasladarlas a la Dirección de Colonias, y, entrando de ese modo en insoluble conflicto con los imperialistas británicos insulares "corta la amarra" y se separa del Imperio.

Libertad e igualdad

Quien confunde la libertad política con la libertad, y la igualdad política con la semejanza, no ha pensado nunca cinco minutos en ninguna de las dos cosas.

Nada puede ser incondicional; por lo tanto, nada puede ser libre.

Libertad significa responsabilidad. Por eso la temen la mayoría de los hombres.

El duque pregunta desdeñosamente si su guarda de coto es igual al Astrónomo Real, pero insiste en que se ahorque a los dos de la misma manera si lo asesinan.

La noción de que el coronel ha de valer más que el soldado raso es tan confusa como la de que la piedra angular ha de ser más resistente que la del remate.

Donde no se discute la igualdad tampoco se discute la subordinación.

La igualdad es fundamental en todas las secciones de la organización social.

La relación de superior a inferior excluye los buenos modales.

Educación

Cuando un hombre enseña algo que no sabe a otro que carece de aptitudes para aprenderlo, y le da un certificado de competencia, el último ha completado su educación de caballero.

El cerebro de un tonto, al digerir la filosofía la convierte en locura, al digerir la ciencia la convierte en superstición, y al digerir el arte lo convierte en pedantería. De ahí la necesidad de una instrucción universitaria.

Los niños mejor criados son los que han visto a sus padres como son. No es la hipocresía el primer deber del padre.

Librodot

El abortador más vil es el que intenta moldear el carácter de un niño.

En la universidad los grandes tratados se dejan para cuando su autor haya llegado a juzgar imparcialmente y al perfecto conocimiento. Si un caballo pudiera esperar tanto tiempo sus herraduras y las pagara por anticipado, todos nuestros herreros serían profesores universitarios.

Quien puede, hace. Quien no puede, enseña.

Un hombre culto es un ocioso que mata el tiempo estudiando. Cuidado con su falsa cultura: es más peligrosa que la ignorancia.

El único camino que lleva al conocimiento es la actividad.

Todos los tontos creen lo que sus maestros les dicen, y llaman a su credulidad ciencia o moral con la misma confianza con que su padre la llamaba revelación divina.

Ningún hombre que conoce bien su propio idioma llega jamás a dominar otro.

Nadie puede ser un especialista puro sin ser un idiota en el sentido estricto de la palabra.

No deis a vuestros hijos instrucción moral o religiosa, a menos de estar completamente seguros de que no la tomarán en serio.

Es preferible ser la madre de Enrique IV y de Nell Gwynne a ser la de Robespierre y la reina María Tudor.

Matrimonio

El matrimonio es popular porque combina el máximo de tentación y el máximo de oportunidad.

El matrimonio es el único contrato legal que abroga entre las partes todas las leyes que salvaguardan la relación particular a la cual se refiere.

La función esencial del matrimonio es la continuación de la especie, como dice el Libro de Oraciones.

La función accidental del matrimonio es la satisfacción del sentimiento amoroso de la humanidad.

La esterilización artificial del matrimonio hace posible que pueda cumplir su función accidental descuidando la esencial.

El invento más revolucionario del siglo XIX fue la esterilización artificial del matrimonio.

Todo sistema matrimonial que condene al celibato a la mayoría de la población será destruído violentamente con el pretexto de que ofende a la moral.

A la poligamia, cuando se intenta bajo las modernas condiciones democráticas, como la han intentado los mormones, la destruye la rebelión de la masa de hombres inferiores a quienes condena al celibato; porque el instinto materno lleva a una mujer a preferir la décima parte de un hombre de primera clase, a la exclusiva posesión de un hombre de tercera. No se ha intentado aun la poliandria en esas condiciones.

El mínimo del celibato nacional (que se obtiene dividiendo el número de varones de la comunidad por el número de hembras y tomando el cociente como número de mujeres o maridos permitidos a cada persona) está asegurado en Inglaterra (donde el cociente es i) por la institución de la monogamia.

El moderno término sentimental para el mínimo nacional de celibato es Pureza.

El matrimonio y cualquier otra forma de amorosa y promiscua monogamia es fatal

para los grandes Estados porque prohibe la deliberada cría del hombre como animal político.

Crimen y castigo

Toda la granujería se resume en la frase: Que Messieurs les Assasins commencent.

El hombre que se gradúa desde el banco de los azotes de Eton hasta el estrado desde el cual condena a un atracador a azotes, es el mismo producto social que el atracador a quien el padre da puntapiés y su madre le ata las manos hasta que adquiere la suficiente fuerza para estrangular y robar al rico cuyo dinero codicia.

El encarcelamiento es tan irrevocable como la muerte.

Los criminales no mueren a manos de la ley. Mueren a manos de otros hombres.

El asesino Czolgosz hizo del presidente McKinley un héroe cuando lo asesinó. Los Estados Unidos de América hicieron de Czolgosz un héroe por el mismo procedimiento.

La peor forma de asesinato es asesinar en el cadalso, porque la sociedad lo aprueba.

Lo que enseña es el acto, no el nombre que le demos. El crimen y la pena de muerte no son extremos opuestos que se anulan mutuamente, sino semejantes que engendran el mismo género.

El crimen no es más que la sección minorista de lo que al por mayor llamamos derecho penal.

Cuando un hombre quiere asesinar a un tigre, dice que es deporte; cuando el tigre quiere asesinarlo a él, dice que es ferocidad. No es mayor la diferencia entre Crimen y justicia.

Mientras tengamos prisiones importa poco quien de nosotros ocupa las celdas.

El hombre más preocupado de la cárcel es el director.

No es necesario sustituir a un criminal guillotinado: es necesario sustituir un sistema social guillotinado.

Títulos

Los títulos distinguen al mediocre, fastidian al superior, y los desprestigia el inferior.

Los grandes hombres rechazan los títulos porque les cían celos.

Honor

No hay hombres perfectamente honorables; pero todo hombre que lo sea de veras tiene un punto principal de honor y unos cuantos puntillos.

No se puede creer en el honor hasta haberlo conquistado. Es preferible conservarse limpio y brillante: uno es la ventana a través de la cual debe ver el mundo.

Tu palabra no puede valer nunca tanto como tu garantía, porque no se puede

confiar tanto en tu memoria como en tu honor.

La propiedad

La propiedad es un robo, dijo Proudhon. Es el único altruismo perfecto que se haya dicho jamás.

Sirvientes

Si a los criados hay que tratarlos como seres humanos, no vale la pena de tenerlos.

La relación entre amo y criado no es ventajosa más que para el amo que carece de escrúpulos para abusar de su superioridad y para el criado que carece de escrúpulos para abusar de la confianza.

Cuando el amo tiene con él consideraciones humanas, el perfecto criado siente que su modo de vivir corre peligro y se apresura a cambiar de casa.

Tanto los amos como los criados son tiranos, pero el más dependiente de los dos es el amo.

Un hombre disfruta con lo que usa él, no con lo que usan sus criados.

El único animal que se considera rico en proporción al número y a la voracidad de sus parásitos es el hombre.

A las señoras y a los caballeros se les permite tener amigos en la perrera, pero no en la cocina.

Los criados domésticos echan a perder a sus amos y se ven obligados a intimidarlos para poder vivir con ellos.

En un Estado de esclavos gobiernan los esclavos; en Mayfair[4] gobiernan los comerciantes.

Cómo pegar a los niños

Cuando pegues a un niño ten cuidado en pegarle estando enfurecido, aun a riesgo de dejarlo lisiado para toda la vida. Un golpe a sangre fría no se puede ni se debe perdonar.

Si pegas a los niños por placer confiésalo francamente y sigue las reglas del juego como el cazador de zorros; y harás relativamente poco daño. Ningún cazador de zorros es tan miserable como para fingir que los caza para enseñarles a no robar gallinas, o que cuando muere el zorro sufre más que el mismo zorro. Recuerda que hasta pegar se puede hacer como un deportista o como un miserable.

[4] Barrio elegante de Londres.

Religión

Cuidado con el hombre cuyo dios está en el cielo atmosférico.

Lo que un hombre cree se puede comprobar, no en su credo, sino en las suposiciones de que parte cuando actúa como de costumbre.

Virtudes y vicios

Por mucho que la imaginación pueda asociarlos, ninguna virtud o vicio específicos implican la existencia de otras virtudes o vicios específicos en la misma persona.

La virtud consiste, no en abstenerse del vicio, sino en no desearlo.

La renunciación no es una virtud, sino el efecto de la prudencia en la granujería.

La obediencia simula subordinación como el temor a la policía simula honradez.

A la desobediencia, que es la más rara y valerosa de las virtudes, pocas veces se la distingue del descuido, que es el más haragán y común de los vicios.

El vicio es derroche de vida. Los vicios canónicos son la pobreza, la obediencia y la castidad.

Economía es el arte de sacar el mayor partido posible a la vida.

La raíz de todas las virtudes es el amor a la economía.

Juego limpio

El amor al juego limpio es virtud de espectador, no de actor.

Grandeza

La grandeza no es sino una de las sensaciones de la pequeñez. En el cielo un ángel no es nadie.

Grandeza es el nombre secular de la Divinidad; las dos palabras no significan sino lo que está más allá de nosotros.

Si un gran hombre consiguiera que lo comprendiéramos, lo ahorcaríamos.

Reconocemos que cuando la divinidad que adorábamos se hizo visible y comprensible, la crucificamos.

Para un matemático una oncena parte es simplemente una unidad; para el rústico cuyos números no van más allá de los diez dedos, es una incalculable miríada.

La diferencia entre el rutinario más superficial y el pensador más profundo le parece al último una bagatela; al primero, infinita.

En un país estúpido el hombre genial se convierte en un dios; todos lo adoran y nadie hace lo que aconseja.

Belleza y felicidad, arte y riqueza

La felicidad y la belleza son subproductos.

Locura es la persecución directa de la felicidad y la belleza.

Las riquezas y el arte son espurios resultados de la producción de felicidad y belleza.

Quien desea toda una vida de felicidad con una mujer hermosa desea disfrutar del gusto del vino con la boca constantemente llena.

El dolor más intolerable es el producido prolongando el placer más intenso.

El hombre a quien le duelen las muelas cree que todos los que tienen buena dentadura son felices. El hombre afligido por la pobreza comete el mismo error respecto al rico.

Cuanto más posee un hombre por encima de lo que usa, más le comen las preocupaciones.

La tiranía que te prohibe abrirte camino con pico y pala es peor que la que te impide pasear en él en coche.

En un mundo feo y desgraciado el hombre más rico no puede comprar más que fealdad y desgracia.

En sus esfuerzos por huir de la fealdad y de la desgracia, el rico las intensifica. Cada nueva yarda de West End[5] crea un nuevo acre de East End[6].

El siglo XIX fue la época de la fe en las Bellas Artes. Los resultados los tenernos a la vista.

El perfecto caballero

Lo fatal en lo que se reserva un caballero es que sacrifica a su honor todo menos su señorío.

Un caballero de nuestro tiempo es el que tiene suficiente dinero para hacer lo que harían todos los tontos si pudieran permitírselo: consumir sin producir.

El verdadero diagnóstico del señorío moderno es parasitismo.

Por mucho que se elaboren las hazañas físicas o morales no se puede expiar el pecado de parasitismo.

Un caballero moderno es necesariamente enemigo de su país. Ni en la guerra pelea por defenderlo, sino para impedir que su poder de saquear pase a un extranjero. Esos combatientes son patriotas en el mismo sentido que dos perros que se disputan un hueso aman a los animales.

El indio norteamericano era un tipo de caballero deportista y guerrero. El ateniense de tiempo de Pericles era un tipo de caballero culto, intelectual y artísticamente. Los dos fracasaron políticamente. El caballero moderno, sin la temeridad del primero ni la cultura del segundo, tiene el apetito de los dos juntos. No triunfará donde aquéllos fracasaron.

Quien cree en la instrucción, en el código penal y en el deporte, no necesita más que tener bienes para ser un perfecto caballero moderno.

[5] Sector rico de Londres.

[6] Sector pobre de Londres.

Moderación

La moderación nunca es aplaudida por sí misma.

Un hombre moderadamente honrado con una mujer moderadamente fiel, que beben moderadamente y tienen una casa moderadamente sana: ese es el verdadero elemento constituyente de la clase media.

El yo inconsciente

El verdadero genio es el yo inconsciente. Se empieza a respirar mal en el momento en que el yo consciente se mezcla en el asunto.

Excepto en los nueve meses anteriores a su primer aliento, nadie maneja sus asuntos tan bien como un árbol.

Razón

El hombre razonable se adapta al mundo: el irrazonable persiste en intentar que el mundo se adapte a él. De ahí que el progreso dependa del hombre irrazonable.

El hombre que escucha a la razón está perdido: la razón esclaviza a todos aquellos cuya mente no es suficientemente vigorosa para dominarla.

Decencia

La decencia es la conspiración del silencio de la indecencia.

Experiencia

Los hombres son prudentes en proporción, no a su experiencia, sino a su capacidad de experiencia.

Si pudiéramos aprender en la mera experiencia, las piedras de Londres serían más sabias que los londinenses más sabios.

Las venganzas del tiempo

Aquellos a quienes llamábamos bestias lograron su venganza cuando Darwin nos demostró que somos primos.

Los ladrones lograron su venganza cuando Marx condenó a la burguesía por ladrona.

Buenas intenciones

El infierno está empedrado de buenas intenciones, no de malas.
Todos los hombres tienen buenas intenciones.

Derechos naturales

Al demostrar que nadie tiene derechos naturales, el universitario nos obliga a que demos por supuestos los suyos.
Se abusa del derecho a la vida cuando no lo ponemos constantemente en duda.

Faute de mieux

En mi infancia me resistí a que a cierta señorita la describieran diciendo: "la linda Fulanita". Y mi tía me regañó: "Recuerda siempre que la menos vulgar de las hermanas es la belleza de la familia."
En ninguna época ni en ningunas circunstancias faltan héroes. El menos incapaz de los generales de un país es su César, el menos imbécil de sus estadistas es Solón, el menos confuso de sus pensadores es Sócrates, y el menos chabacano de sus poetas es Shakespear.

Caridad

La caridad es la forma más perjudicial de la lascivia. Los que atienden a la pobreza y a la enfermedad son cómplices en los dos peores crímenes.
Quien da dinero que no ha ganado es generoso con el trabajo de otros.
Toda persona auténticamente bondadosa detesta el dar limosna y la mendicidad.

Fama

La vida nivela a todos los hombres: la muerte destaca a los eminentes.

Disciplina

Las leyes contra motines no las necesitan más que los oficiales que mandan sin autoridad. El derecho divina reo necesita látigo.

Mujeres en el hogar

El hogar es la cárcel de la chica y el asilo de la mujer

Civilización

La civilización es una enfermedad producida por los experimentos de las empresas constructoras con materiales podridos.

Los que admiran la civilización moderna la identifican generalmente con la máquina de vapor y el telégrafo eléctrico.

Los que entienden la máquina de vapor y el telégrafo eléctrico se pasan la vida intentando sustituirlos con algo mejor.

La imaginación no puede concebir un criminal más vil que el que quisiera construir otro Londres como el actual, ni mayor bienhechor que el que quisiera destruirlo

Juego

El método más popular de distribuir la riqueza es el de la mesa de ruleta.

Con la ruleta no gana nadie más que su dueño. Sin embargo, la pasión del juego es corriente, pero la de tener mesas de ruleta es desconocida.

El juego promete al pobre lo que la propiedad permite al rico: por eso los obispos no se atreven a denunciarlo fundamentalmente.

La cuestión social

No perdáis el tiempo en cuestiones sociales. Lo que le pasa al pobre es que es pobre; lo que le pasa al rico es que es inútil.

Frases sueltas

Se nos dice que cuando Jehová creó el mundo dijo que era bueno. ¿Qué diría ahora?

Convertir a un salvaje al cristianismo equivale a convertir el salvajismo al cristianismo.

Nadie se atreve a decir de lo que piensa tanto como para que lo tomen por extremista.

Lo de "mens sana in corpore sano" es una tontería. El cuerpo sano es producto de una mente sana.

La decadencia no puede encontrar agentes más que cuando se pone la máscara del progreso.

En momentos de progreso triunfan los nobles porque las cosas van por su camino; en momentos de decadencia triunfan los viles, por la misma razón; de ahí que al mundo no le falte nunca la alegría de que en su tiempo se triunfa.

El reformista para quien el mundo no es suficientemente bueno se encuentra en la compañía de aquel que no es suficientemente bueno para el mundo.

Todo hombre que ha cumplido los cuarenta es un granuja.

La juventud, a la que se perdona todo, no perdona nada; a la vejez, que se perdona todo a sí misma, no se le perdona nada.

Cuando aprendamos a cantar que los británicos nunca serán los dueños acabaremos con la esclavitud.

No confundas tu oposición a la derrota con una oposición a pelear, tu oposición a ser esclavo con una oposición a la esclavitud, tu oposición a no ser tan rico como tu vecino con una oposición a la pobreza. El cobarde, el insubordinado y el envidioso comparten tus oposiciones.

Pon cuidado en lograr lo que te gusta, o te verás obligado a que te guste lo que logres. Donde no hay ventilación se califica de malsano al aire limpio. Donde no hay religión la hipocresía se convierte en buen gusto. Donde no hay conocimiento la ignorancia se llama a sí misma ciencia.

Si los malos medran y los más aptos sobreviven, la naturaleza debe ser el Dios de los granujas.

Si la historia se repite y siempre ocurre lo inesperado, ¡qué incapacidad debe de tener el hombre para aprender en la experiencia!

La compasión es el sentimiento que acompaña a lo malsano.

Los que entienden el mal lo perdonan; los que se indignan con él lo destruyen.

La idea adquirida sobre el decoro es más fuerte que los instintos naturales. Es más fácil reclutar gente para monasterios y conventos que inducir a una mujer árabe

a que muestre su boca en público o a un oficial inglés a caminar por Bond Street llevando puesta una gorra de golf una tarde de mayo.

Es peligroso ser sincero a menos que se sea también estúpido.

Los chinos coartan a las aves de corral recortándoles las alas, y a las mujeres deformándoles los pies. Una. pollera en torno a los tobillos hace el mismo efecto.

La economía política y la economía social son divertidos juegos intelectuales, pero la piedra filosofal es la economía vital.

Cuando un hereje quiere eludir el martirio habla de "la verdadera y la falsa ortodoxia" y demuestra que su herejía es la verdadera.

Cuidado con el hombre que no te devuelve la bofetada; ni te perdona ni te permite

perdonarte a ti mismo.

Si ofendes a tu prójimo, no lo ofendas a medias.

El sentimentalismo es el error de suponer que en conflictos morales se puede dar o aceptar cuartel.

Dos hombres hambrientos no pueden tener doble hambre que uno solo; pero dos granujas pueden ser diez veces más perversos que uno.

Que tu cruz sea tu muleta; pero cuando veas que otra hace lo mismo, ten cuidado.

Autosacrificio

El autosacrificio nos permite sacrificar a otros sin que nos ruboricemos.

Si empiezas por sacrificarte a quienes amas, terminarás odiando a aquellos por quienes te has sacrificado.